

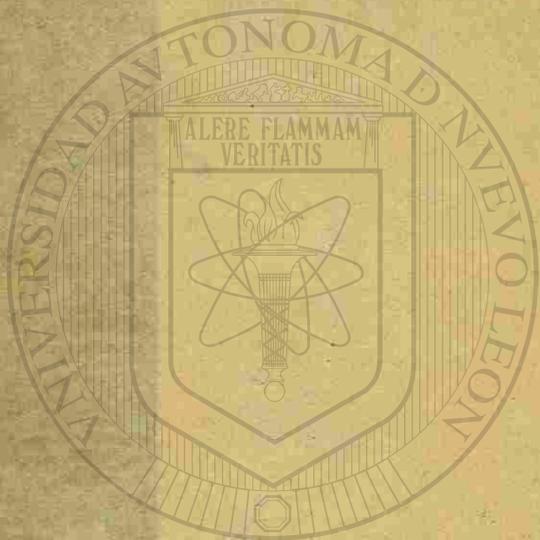
CCI

PQ2520
T5
v.2

101149



1020026935

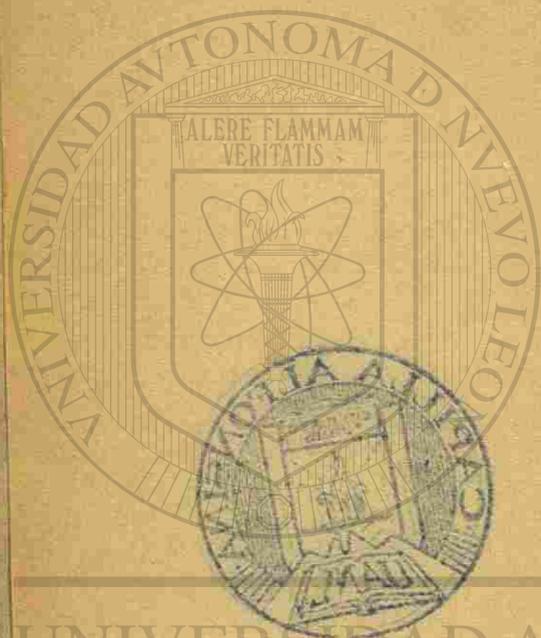


FONDO
RIGARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

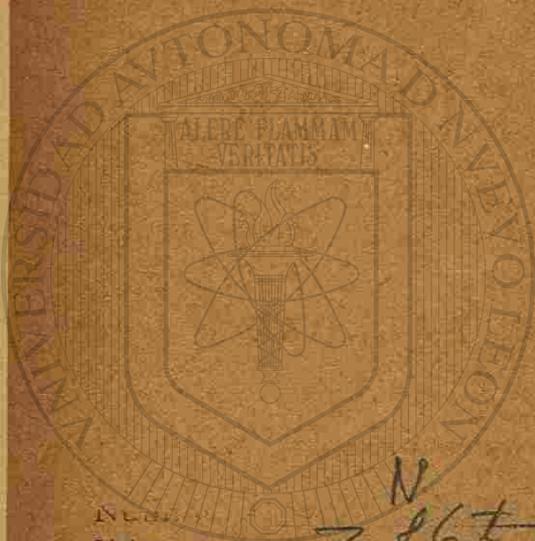


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA TIERRA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Núm. 2867
Núm. An 30826
Núm. An 8
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

EMILIO ZOLA

LA TIERRA

VERSIÓN CASTELLANA

RICARDO GONZÁLEZ
DE

LEÓN BALLCAG

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO P. YES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

101149

MADRID

IMPRENTA: HERRADORES 4, 5 Y 6

1887

30826

843
Z.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA 2520

TS
V.2

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LA TIERRA.

PARTE CUARTA.

I.

Desde el mes de Mayo, después de la esquila y de la venta de los chotillos, el pastor Soulas había sacado de la Borderie unas cuatrocientas cabezas, que él llevaba solo con el porquero Fermín y sus dos perros, Emperador y Matanza, dos bestias terribles; pero ya estaban á fines de Septiembre, y era cosa de volverlas á encerrar durante la peor época del año que se pasa en la Beauce.

Precisamente aquel día hacía mucho viento á ráfagas calientes y bruscas que hacían galopar por el cielo grupos amenazadores de espesas nubes negruzcas. Desde por la mañana, Soulas esperaba para él y para su ganado una cantidad de agua que debían llevarle de la granja, porque el sitio donde se encontraba para que los bichos pastasen estaba al Norte de Rognes y carecía absolutamente de agua. Al mediodía el sol calentaba

que era un portento, y viendo que el agua no llegaba, mandó á Fermín para que se enterase de lo que sucedía.

Al fin apareció el porquero corriendo y gritando:

—Van á venir, y no han venido esta mañana, porque no había caballos.

—Y tú, animal, ¿por qué no te has traído siquiera un cántaro para nosotros?

—¡Ah! no se me ha ocurrido.

Soulas cerró el puño y marcó un puñetazo á la cabeza del chiquillo, que pudo evitarlo echándose á un lado.

Hasta las dos no se vió nada. El calor iba en aumento; el pastor, que muerto de sed esperaba pacientemente sin hablar palabra y en ademán estoico, dió al fin un suspiro de satisfacción.

—¡Por vida de Dios, bien se han hecho esperar!

En efecto, acercábanse dos carros que á lo lejos, allá en el horizonte parecían sólo dos puntos negros. En el primero, que guiaba Juan, iba un tonel de agua.

Al fin llegaron los carros, y los pastores, los carneros y los perros se pusieron á beber con verdadera fruición.

—Ahora—dijo Soulas cuando después de saciar la sed se puso de buen humor—ahora, si fuéis unos buenos muchachos, echaríais una mano aquí para ayudarnos á concluir el aprisco, que quisiera dejar concluído cuanto antes.

Juan y Trou, el otro carretero, le ayudaron. En las siembras de trigos el aprisco viajaba sin estar en el mismo sitio más que dos ó tres días, el tiempo justo para que los carneros se comie-

ran los rastros de la siega; y este sistema tenía además la ventaja de que no se necesitaba quemar los rastros.

Todos trabajaban con ardor clavando las estacas del aprisco para luego colocar la especie de red que se pone de una á otra para que los carneros no puedan salirse del sitio que se desca.

Soulas, á pesar de su edad, se fijó en la cara de entierro que tenía Juan, y preguntó:

—¿Qué demonios tiene ése? Parece que anda de entierro.

Y como el joven meneaba tristemente la cabeza porque estaba como enfermo desde que lo atormentaba la idea de que ya Francisca no podía ser suya, el viejo añadió:

—¡Oh! ¡hay alguna hembra de por medio, ¿eh? ¡Ah! ¡las bribonas! ¡les debían cortar el pescuezo á todas!

Trou, con sus miembros de coloso y su aire inocente de pobre diablo, se echó á reír.

—Eso se dice cuando ya no se puede con ellas.

—Yo ya no puedo, ya no puedo—repitió el pastor desdenosamente—y eso que tú no lo sabes, porque no he probado contigo.... Y mira, más valiera que tú tampoco probases con alguna que yo sé, porque de seguro te ha de producir disgustos gordos, hijo mío.

Esta alusión á sus relaciones con la querida de su amo puso colorado á Trou hasta las orejas. Una mañana Soulas les había sorprendido juntos en el granero detrás de unos sacos. Y en su odio á la antigua fregona, tan orgullosa ahora con sus compañeros de entonces, se había decidido al fin á abrirle los ojos á su amo; pero á las primeras

palabras éste lo había mirado de una manera tan terrible, que se quedó mudo, resuelto á no hablar como no fuera que Santiaguilla hiciera que lo echasen de la granja; de manera que vivían en pie de guerra, él temiendo que lo echasen como á una bestia vieja que ya no sirve, y ella esperando á sentirse con bastante fuerza para exigirle eso á Hourdequin, que le tenía cariño al pastor. En toda la Beauce no había ningún pastor que supiese cuidar mejor sus ganados.

El viejo, acometido de esa comezón de hablar que sienten á veces las personas que están acostumbradas á la soledad, continuó:

—¡Ah! si la bribona de mi mujer antes de reventar no hubiera echado al diablo todos mis ahorros á medida que yo los iba haciendo, ya me hubiera ido de la granja por no ver tantas porquerías!.... ¡Esa Santiaguilla es una tía que ha trabajado mucho más con los muslos que con las manos! ¡Y su posición la debe, no á su mérito, sino á sus carnes! ¡Da rabia pensar que el amo se acuesta con ella en la misma cama de su difunta, y que ha logrado acostumbrarlo á comer con ella sola, como si fuese su verdadera mujer! ¡Estoy viendo que el mejor día nos echa á la calle á todos, incluso él!.... ¡Una bribona que no había hecho en su vida más que cuidar cerdos!

Trou á cada frase iba cerrando más los puños. Tenía accesos de cólera que sus fuerzas de gigante hacían verdaderamente terribles.

—¡Eh! ¡basta ya, viejo! Si fueras todavía un hombre, ya te hubiese dado una bofetada.... Es más honrada la uña de su dedo meñique que todo tu cuerpo indecente de foca vieja.

Pero Soulas lo tomaba á broma; se encogía de hombros por toda respuesta á esas amenazas. El, que no reía jamás, dió una carejada brusca y como mohosa, el chirrido de una polea fuera de uso.

—¡Pobrecillo! ¡animalucho! Eres tan tonto como bribona es ella. ¡Tú ya te convencerás cuando se harte de tí y saque las uñas!.... Te digo que todo el mundo en el pueblo se ha montado encima de ella! Sin ir más lejos, yo mismo he presenciado qué sé yo cuántas escenas de esas.... Mira, apenas tenía catorce años, cuando la pesqué un día en la cuadra con el tío Matías, un jorobado que ya murió. Otro día la vi contra la tapia del corral con un chicuelo, Guillermo, que es soldado húsar, y además ha estado con todos los mozos de labranza que han pasado por la granja, por los rincones, entre la paja, encima de los sacos, en el suelo.... Además, no tenemos que ir á buscar muy lejos. Si quieres hablar con alguien que te lo pueda contar por experiencia, ahí tienes uno á quien pesqué un día entre la hierba con las manos en la masa.

Y soltó otra carejada, dirigiendo una mirada oblicua á Juan, quien pareció muy turbado, y el cual estaba silencioso y mirando distraídamente á otra parte desde que el viejo empezaba á hablar de Santiaguilla.

—¡Pues que intente cualquiera tocarla ahora!— gruñó Trou, sacudido por la rabia que siente un perro cuando le van á quitar el hueso que roe.— ¡Os aseguro que le quito para siempre las ganas!

Soulas lo contempló un momento sorprendido por aquellos celos de bruto, y después, vuelto al ensimismamiento de sus largos ratos de silencio, añadió con sequedad:

— ¡Allá tú, hijo mío!

Cuando Trou se hubo montado en el carro que llevaba al molino, Juan permaneció todavía un rato con el pastor para ayudarle, y éste, que le veía tan callado, tan triste y cabizbajo, acabó por hablar:

— Supongo que no será esa Santiaguilla la que te tiene así.

El muchacho respondió que no con un signo negativo de cabeza.

— Entonces, ¿es otra?.... ¡Quién es, que no la he visto nunca contigo?

Juan miraba al tío Soulas, pensando que los viejos suelen ser buenos consejeros para esas cosas. Cedió también á cierta necesidad de expansión, y le relató todo el asunto, cómo había poseído á Francisca y por qué desesperaba de hacerla suya después de la riña con Buteau. Hasta creyó que éste lo llevaría á los tribunales por haberle roto el brazo, lo cual le impedía trabajar, aunque ya iba estando curado. Pero sin duda Buteau no lo había hecho pensando que nunca es bueno dejar que la justicia meta las narices en casa de un pobre.

— ¿De modo que has gozado á Francisca?— preguntó el pastor.

— Sí, una vez.

El viejo reflexionó, se puso grave y por fin dijo:

— Es menester decírselo al tío Fouan. Tal vez así te la dé por mujer.

Juan se extrañó porque no se le había ocurrido esta cosa tan sencilla. El aprisco estaba ya colgado, y se marchó diciéndose que aquella misma noche iría á ver al viejo.

Y en tanto que él se alejaba detrás de su carro vacío, Soulas siguió de centinela vigilando sus carneros. El éhico que le acompañaba con los dos perros se había echado á la sombra de la choza portátil. Bruscamente el viento había caído y la tempestad se corría hacia el Este; el calor era espantoso, el sol brillaba en un cielo purísimo, azul y despejado.

Aquella noche Juan dejó el trabajo una hora antes, y fué á ver á Fouan á casa de Delhomme antes de comer.

Pero cuando bajaba la colina, los vió á todos en las viñas, ocupados en quitarles hojas á las cepas. Lluvias abundantes habían caído al final de la otra luna; la uva maduraba en malas condiciones, y se trataba de que aprovecharan los pocos días que quedaban de buen sol. El muchacho vió que no estaba allí el viejo con sus hijos y apresuró el paso con la esperanza de poder hablar á solas con él, lo cual era sin duda alguna preferible. La casa de los Delhomme se encontraba al otro extremo del pueblo, pasado el puente; era una pequeña granja que había sido aumentada por otros edificios que servían de establos y de pajares, tres cuerpos de edificación irregulares que contenían un corral bastante grande, barrido todas las mañanas.

— ¡Buena noche, tío Fouan!— gritó Juan desde el camino con voz poco firme.

El viejo estaba sentado en el corral, con un bastón entre las piernas, con la cabeza baja, y tan absorto que no lo oyó. Sin embargo, al segundo saludo levantó la vista y acabó por reconocer al que le hablaba.

— ¡Ah! ¡sois vos, Caporal! ¿adónde vais?

Y acogió con tanta naturalidad, tan sin rencor al joven, que éste entró ya más tranquilo. Pero no se atrevió á hablarle de su asunto; perdía el valor al pensar en que tendría que contar lo que había hecho con Francisca. Hablaron del buen tiempo y de lo conveniente que era para las viñas. ¡Ah! ¡como el sol durase ocho días más siquiera, el vino sería bueno! Luego el joven quiso congraciarse con él.

—Sois el hombre más feliz del pueblo.

—Sí, ciertamente.

—¿Cuándo se tienen hijos como los vuestros! Porque ¿dónde se iría á buscar otros tan buenos como ellos?

—Es verdad.... pero ya sabes que cada uno tiene su carácter.

El viejo se había puesto todavía más triste. Desde que vivía en casa de Delhomme, Buteau no le pagaba la renta, diciendo que no quería que su dinero fuera á ser aprovechado por su hermana. Jesucristo no había dado jamás un céntimo; y cuanto á Delhomme, como alojaba y mantenía á su suegro, se abstenia de darle cantidad alguna. Pero el viejo no sufría por falta de dinero para el bolsillo, siquiera porque tomaba en casa del señor Baillehache los ciento cincuenta francos anuales; precisamente doce francos cincuenta céntimos todos los meses, procedentes de la renta de su casa. Con eso podía permitirse ciertos lujos, sus dos sueldos de tabaco todas las mañanas, su copita en casa de Languigne, su café en casa de Macqueron; porque Fanny, muy mirada y económica, no sacaba café y aguardiente de su armario más que cuando había algún enfermo. Y á pesar de todo,

aunque podía divertirse y disfrutar fuera, y aunque no carecía de nada en casa de su hija, vivía triste, aburrido y desesperado.

—¡Ah, caramba! ¡sí!—replicó Juan sin saber que ponía el dedo en la llaga;—cuando uno vive en compañía, nunca está en su casa.

—Eso, eso es precisamente—gruñó Fouan.

Y levantándose como acometido de la necesidad de sublevarse,

—Vamos á echar una copa—dijo.—Supongo que tengo el derecho de ofrecérsela á un amigo.

Pero en seguida le asaltó un temor antes de entrar en la casa.

—Limpiaos los pies, Caporal—dijo—porque es seguro que siempre está fastidiándome con que si se ensucia ó no se ensucia la casa.

Juan entró turbado, con la idea de desahogar su corazón antes de que volviesen Delhomme y su mujer. Fué sorprendido por el arreglo y buen orden que se notaba en la cocina; las cacerolas relucían, en los muebles no había absolutamente ningún polvo, y á fuerza de fregoteo estaban gastadas las maderas. Todo aquello estaba limpio y frío como si nadie habitase allí. Junto á un poco de lumbre, abrigado con ceniza, se mantenía caliente una cazuela de sopas del día antes.

—¡A vuestra salud!—dijo el viejo, que había sacado del aparador dos vasos y una botella.

Su mano temblaba un poco al vaciar el suyo, temeroso de la libertad que se había tomado. Le dejó encima de la mesa con el ademán de un hombre que se ha jugado el todo por el todo.

—¡Si yo os dijese que Fanny no me habla desde antes de ayer porque escupí en el suelo! ¡Eh! ¡es-

cupir! ¿pues qué, no escape todo el mundo? Pues es claro que escupo cuando me da la gana..... No, no; más vale largarse de aquí que vivir de esta manera.

Y al echarse su nuevo vaso de vino, feliz y contento de haber encontrado al fin un confidente que le oía sin interrumpirle, se tranquilizó. No eran más que pequeñas rabieta porque se empeñaba en no tolerarle las rarezas propias de los viejos, y porque quería someterle demasiado estrictamente á las costumbres de la casa. Pero grandes sevicias y terribles malos tratamientos no le hubiesen hecho más daño. Una observación cualquiera hecha en tono reticente era para él un bofetón; y su hija mostraba una susceptibilidad inaguantable, una de esas vanidades desconfiadas, propias de la mujer del campo honrada, que le hería y sacaba de sus casillas cualquiera palabra grosera; de suerte que las relaciones entre el padre y la hija eran cada vez más tirantes. Ella, que en otro tiempo, cuando las particiones, había sido la mejor de todos, se agriaba ahora, llegaba á una verdadera persecucion contra el viejo, siempre detrás de él, barriende, pasando el trapo del suelo y fastidiándolo por lo que hacía y por lo que dejaba de hacer. No había entre ellos nada grave, y aquello era, sin embargo, un suplicio moral constante, que hacía llorar al pobre viejo, escondido siempre por los rincones.

—Es menester que por parte de alguien esté la prudencia—decía Juan á cada nueva queja que el viejo formulaba.—Con paciencia todo se consigue.

Pero Fouan, que acababa de encender una vela, se enfurecía y se exaltaba cada vez más.

—¡No, no, ya no puedo más!..... ¡Ah! ¡si hubiera sabido lo que me iba á pasar aquí! Más valía que hubiese reventado el día que vendí la casa..... Pero se equivocan si creen que me tienen cogido. ¡Preferiría ir á arrancar piedras de un camino!

Se sofocaba, y tuvo que sentarse, de lo cual se aprovechó el joven para decir que tenía que hablarle.

—Tío Fouan, quisiera yo charlar un poco con vos de la cuestión del otro día. Lo sentí mucho, pero no tuve más remedio que defenderme, ¿no es verdad? El otro fué quien empezó..... Esto no impide que estemos de acuerdo Francisca y yo, y no hay nadie más que vos ahora que pueda arreglar todo este negocio..... ¡Si quisierais ir á casa de Buteau y explicarle la cosa!.....

El viejo se había puesto grave. Le temblaba la barba, no sabía qué contestar; afortunadamente el regreso de Delhomme y su mujer le ahorró el trabajo. Estos no parecieron sorprendidos de encontrar á Juan en su casa y le recibieron con la amabilidad de siempre. Pero al entrar Fanny había visto encima de la mesa la botella y los dos vasos. Los quitó y fué á buscar un trapo de limpiar. Luego dijo con sequedad, ella que no le había dirigido la palabra hacía cuarenta y ocho horas:

—Padre, ya sabéis que no me gusta esto.

Fouan se levantó temblando, furioso por aquella observación hecha delante de gente extraña.

—¿Otra vez? ¡qué es esto! ¿No voy á poder obsequiar á un amigo con un vaso de vino?..... ¡Guárdatelo y en paz! Beberé agua.

Entonces fué ella quien se puso furiosa al verse

así acusada de avaricia, y respondió poniéndose muy pálida:

—Os podéis beber toda la casa hasta reventar si queréis.... Lo que no me da la gana es que me ensuciéis la mesa escurriendo los vasos y dejándolos señalados como si estuvieseis en una taberna.

Las lágrimas asomaron á los ojos del viejo, el cual dijo su última palabra:

—¡Un poco menos de limpieza y un poco más de corazón, hija mía!

Y en tanto que ella secaba furiosamente la mesa, él se levantó, y colocándose al lado de la ventana, comenzó á contemplar la obscuridad de la noche que había cerrado completamente, presa de verdadera desesperación que procuraba disimular.

Delhomme había procurado no mezclarse en la disputa, aunque apoyaba con su silencio la actitud firme y sensata de su mujer. No quiso permitir que Juan se marchase sin haber bebido con él otro trago en vasos que Fanny sirvió con sus correspondientes platos para que no se ensuciara la mesa. Y la mujer á media voz se excusó con tono compasivo.

—No hay idea de lo que se sufre con los viejos! ¡Están llenos de manías, de costumbres malas, y prefieren morirse á corregirse!.... Aquél, su padre, no era malo; ya no tenía tampoco fuerza para serlo; y sin embargo, preferiría tener que guardar cuatro vacas á cuidar á un viejo.

Juan y Delhomme le daban la razón, moviendo la cabeza en señal de aprobación. Pero fué interrumpida por la entrada brusca de Ernesto, vestido como un muchacho de la ciudad, con americana y pantalón de fantasía, comprados hechos en

casa de Lambourdien, y llevando en la cabeza un sombrero hongo de fieltro duro. Con el cuello largo, la nuca afeitada, se balanceaba con aire afeminado, luciendo sus ojos azules y su cara rechoncha y de facciones bonitas. Había tenido siempre horror á trabajar en el campo; se iba al día siguiente á Chartres colocado como mozo en un restaurant donde había al mismo tiempo un baile público. Durante mucho tiempo sus padres se habían opuesto á esa deserción de la agricultura; pero al fin la madre, halagada por aquella colocación, había decidido al padre. Y desde por la mañana temprano Ernesto andaba convidando á sus amigos del pueblo y despidiéndose de ellos.

En el primer momento pareció sorprendido de encontrar allí á una persona extraña. Luego se decidió á decir:

—Oye, madre, quiero convidar á esos á comer en casa del tío Macqueron, y necesitaba dinero.

Fanny le miró con fijeza, y ya con la boca abierta para negárselo; pero era tan vanidosa, que la presencia de Juan la detuvo. ¡Ciertamente su hijo podía gastar veinte francos sin arruinarlos! Y desapareció rígida y silenciosa.

—¿Estás con alguien?—preguntó á Ernesto su padre.

Había visto una sombra á la puerta de su casa. Se acercó, y al conocer al muchacho que se había quedado fuera,

—¡Toma, pues si es Delfín! ¡Entra, hombre!

Delfín se atrevió, saludando, excusándose. Él iba de calzón y blusa azules y con sus grandes zapatos de labor, sin corbata y con el cutis ya curtido por los rigores del sol y el aire libre.

—Y tú—continuó Delhomme, que lo tenía en muy buen concepto—¿te vas á ir también un día de estos á Chartres?

Delphin entornó los ojos y dijo con violencia:

—¡Oh, no; me moriría yo en la ciudad!

El padre dirigió á su hijo una mirada oblicua, en tanto que el otro salía á la defensa de su compañero diciendo:

—¡Eso de irse á la ciudad es bueno para Ernesto, porque sabe vestirse y es elegante y toca el cornetín!

Delhomme sonrió, porque el talento de su hijo para tocar el cornetín lo tenía lleno de orgullo; Fanny entró en la cocina con la mano llena de monedas de cuarenta sueldos, de las cuales contó diez que fué dejando caer en la mano, y que estaban blancas, blancas como si fueran nuevas, de tenerlas escondidas debajo de un montón de trigo. No se fiaba bastante del armario, y guardaba así su dinero en cantidades pequeñas, en todos los rincones de la casa, entre el grano, entre el carbón, en la arena; de suerte que cuando iba á pagar, su dinero variaba de color, unas veces negro, otras blanco, otras amarillento.

—Esto va bien—dijo Ernesto á guisa de gracias.—¿Te vienes, Delphin?

Y los dos mozaibetes se marcharon, dejando oír sus alegres careajadas á medida que se alejaban.

Juan vació su vaso al ver al tío Fouan, que ni siquiera había vuelto la cabeza hasta entonces, que se separaba de la ventana y salía con dirección al corral. Se despidió, y se reunió con el viejo que estaba de pie é inmóvil en medio de la obscuridad de la noche.

—Vamos á ver, tío Fouan, ¿queréis ir á casa de Buteau á pedir para mí la mano de Francisca?.... Vos sois el amo y no tenéis más que abrir la boca.

El anciano en la sombra replicó con voz débil:

—No puedo.... no puedo.

Después estalló confesándolo todo. Había concluido con el matrimonio Delhomme; al día siguiente se iría á vivir á casa de Buteau que se le había ofrecido muchas veces. Si su hijo le pegaba, sus golpes le harían menos daño que los alfilerazos de su hija.

Exasperado ante este nuevo obstáculo, Juan acabó por hablar.

—Ya que es preciso, tío Fouan, os diré que ya hemos dormido juntos Francisca y yo.

El anciano labrador no hizo más que una exclamación:

—¡Ah!

Después de reflexionar un momento,

—¿Está la muchacha embarazada?—preguntó.

Juan, seguro de que no podía estarlo por la forma en que habían cohabitado, respondió sin embargo:

—¿Qué sé yo? Es posible.

—Entonces, no hay más que esperar.... Si tiene una barriga, ya veremos.

En aquel momento se presentó Fanny en la puerta del corral, llamando á su padre para comer. Pero el viejo se volvió, respondiendo con rabia:

—¡Métete tu comida donde te quepa! ¡Me voy á la cama!

Y subió á acostarse con el estómago vacío y furioso.

Juan tomó el camino de la granja con paso len-

to, tan atormentado por el pesar, que se halló en la colina sin darse cuenta de cómo había llegado hasta allí. La noche, de un azul sombrío tachonado de estrellas, era pesada y calurosa. En el aire inmóvil sentíase nuevamente la proximidad, el paso por allí cerca de alguna tempestad de la cual sólo se veían allá á lo lejos hacia el Este algunos relámpagos. Al levantar la cabeza un momento, vió á su izquierda centenares de ojos fosforescentes que brillaban semejantes á las luces de las bujías, y que se volvían hacia él sin duda al ruido de sus pasos. Eran los carneros encerrados en un aprisco, por el lado del cual pasaba en aquel momento.

Oyóse la voz cascada del tío Soulas.

—¿Qué hay, muchacho?

Los perros, echados en el suelo, no se habían movido al oler á uno de la granja. El chicuelo que acompañaba al tío Soulas, arrastrado fuera de la cabaña por el excesivo calor, dormía tranquilamente en un surco. Y solamente el pastor permanecía de pie en medio de la llanura y envuelto en las tinieblas.

Sin detenerse siquiera, Juan contestó:

—Ha dicho que si le he hecho una barriga, veremos.

Ya había pasado del aprisco, cuando llegó á sus oídos esta respuesta del tío Soulas, que le pareció una sentencia en medio del silencio profundo de la noche:

—Y tiene razón; hay que esperar.

Juan continuó su camino. La Beauce se extendía hasta el infinito, abrumada por pesado sueño. Se comprendía su muda desolación, y sus rastros

jos quemados y su tierra destrozada y cocida, en el olor á pavesa y en el cantar de los grillos que chillaban como ascuas entre las cenizas.

II.

Al día siguiente Fouan fué á instalarse en casa de los Buteau. La mudanza no trastornó á nadie; todo se redujo á trasladar dos líos muy grandes que el viejo quiso llevar él mismo, y con los cuales hizo dos viajes. En vano los Delhomme quisieron provocar una explicación. El anciano se fué sin costarles palabra.

En casa de Buteau le dieron la habitación grande del piso bajo que habla al lado de la cocina, la cual hasta entonces sólo había servido para guardar patatas y el pienso de las vacas. Lo peor era que no tenía más luz que la que entraba por un ventanuco abierto á dos metros de altura. Y el suelo de tierra apisonada, los montones de legumbres, los desperdicios tirados por los rincones, producían allí una humedad que se transformaba en lágrimas amarillentas que resbalaban silenciosamente por el suelo encañado de las paredes desnudas. Además, dejaron todo aquello allí; no arreglaron más que un ángulo para colocar en él una cama de hierro, una silla y una mesa de pino blanco. El viejo se dió por muy satisfecho.

Buteau había triunfado. Desde que Fouan vivía con Delhomme y su mujer, rabiaba de envidia porque no ignoraba lo que se decía por Rognes; esto es, que los Delhomme podía mantener á su padre en tanto que los Buteau ¡qué demonio! no tenían

to, tan atormentado por el pesar, que se halló en la colina sin darse cuenta de cómo había llegado hasta allí. La noche, de un azul sombrío tachonado de estrellas, era pesada y calurosa. En el aire inmóvil sentíase nuevamente la proximidad, el paso por allí cerca de alguna tempestad de la cual sólo se veían allá á lo lejos hacia el Este algunos relámpagos. Al levantar la cabeza un momento, vió á su izquierda centenares de ojos fosforescentes que brillaban semejantes á las luces de las bujías, y que se volvían hacia él sin duda al ruido de sus pasos. Eran los carneros encerrados en un aprisco, por el lado del cual pasaba en aquel momento.

Oyóse la voz cascada del tío Soulas.

—¿Qué hay, muchacho?

Los perros, echados en el suelo, no se habían movido al oler á uno de la granja. El chicuelo que acompañaba al tío Soulas, arrastrado fuera de la cabaña por el excesivo calor, dormía tranquilamente en un surco. Y solamente el pastor permanecía de pie en medio de la llanura y envuelto en las tinieblas.

Sin detenerse siquiera, Juan contestó:

—Ha dicho que si le he hecho una barriga, veremos.

Ya había pasado del aprisco, cuando llegó á sus oídos esta respuesta del tío Soulas, que le pareció una sentencia en medio del silencio profundo de la noche:

—Y tiene razón; hay que esperar.

Juan continuó su camino. La Beauce se extendía hasta el infinito, abrumada por pesado sueño. Se comprendía su muda desolación, y sus rastros

jos quemados y su tierra destrozada y cocida, en el olor á pavesa y en el cantar de los grillos que chillaban como ascuas entre las cenizas.

II.

Al día siguiente Fouan fué á instalarse en casa de los Buteau. La mudanza no trastornó á nadie; todo se redujo á trasladar dos líos muy grandes que el viejo quiso llevar él mismo, y con los cuales hizo dos viajes. En vano los Delhomme quisieron provocar una explicación. El anciano se fué sin costarles palabra.

En casa de Buteau le dieron la habitación grande del piso bajo que habla al lado de la cocina, la cual hasta entonces sólo había servido para guardar patatas y el pienso de las vacas. Lo peor era que no tenía más luz que la que entraba por un ventanuco abierto á dos metros de altura. Y el suelo de tierra apisonada, los montones de legumbres, los desperdicios tirados por los rincones, producían allí una humedad que se transformaba en lágrimas amarillentas que resbalaban silenciosamente por el suelo encañado de las paredes desnudas. Además, dejaron todo aquello allí; no arreglaron más que un ángulo para colocar en él una cama de hierro, una silla y una mesa de pino blanco. El viejo se dió por muy satisfecho.

Buteau había triunfado. Desde que Fouan vivía con Delhomme y su mujer, rabiaba de envidia porque no ignoraba lo que se decía por Rognes; esto es, que los Delhomme podía mantener á su padre en tanto que los Buteau ¡qué demonio! no tenían

con qué. Así es que al principio le hacía comer mucho para que engordase, á fin de demostrar que en su casa no se moría nadie de hambre. Y además tenía los ciento veinte francos de renta procedentes de la venta de la casa, que el padre de seguro dejaría al hijo que lo tuviese consigo cuando muriera. Por otra parte, ahora que Delhomme no le tenía ya en su casa, sin duda volvería á pagarle su parte de la renta anual, doscientos francos, lo cual hizo en efecto. Buteau contaba con aquellos doscientos francos. Lo había calculado todo y se había dicho que tendría la gloria de ser un buen hijo, sin sacar nada de su bolsillo y con la esperanza de verse recompensado á su tiempo; todo esto sin hablar de los ahorros que suponía al viejo, por más que nunca había podido asegurarse de si en efecto los tenía.

Para Fouan fué aquello una verdadera luna de miel. Le festejaban, le enseñaban á los vecinos: ¡eh! ¡cómo se le conocía que estaba bien tratado y que era feliz! Los pequeños Laura y Julio, siempre en sus rodillas, lo ocupaban é iban apoderándose de su corazón. Pero sobre todo sentíase feliz viéndose volver á sus manías de viejo y viéndose libre y haciendo lo que le daba la gana en aquella casa. Aunque limpia y cuidadosa, Elisa no tenía los refinamientos ni las susceptibilidades de Fanny, y el viejo podía escurrir en todas partes, salir y entrar, comer cuando se le antojaba, siguiendo esa costumbre del labriego que no sabe pasar por delante de un pan sin cortarle un pedazo. Así transcurrieron tres meses; llegaron á Diciembre; los grandes fríos helaban el agua del puchero que dejaba á los piés de la cama para lavarse; pero no

se quejaba ni de eso ni de que el deshielo llenase de agua las paredes de su cuarto como si lloviese dentro de la habitación. Todo aquello lo encontraba natural, porque siempre había vivido de aquella manera.

Con tal de no carecer de tabaco y café, con tal de que no le fastidiasen, decía él que ni el rey podía comparársele.

Lo que empezó á echar á perder las cosas fué que una mañana de sol muy claro, al entrar á su cuarto en busca de una pipa, cuando ya creían que se había ido á la calle, Fouan se encontró á Buteau tratando de tumbar á Francisca sobre un montón de patatas.

La muchacha, que se defendía con rudeza, sin decir una palabra, se levantó y se marchó después de haber cogido lo que había venido á buscar para sus vacas; y el viejo, al quedarse solo con su hijo, comenzó á reprenderle.

—¡Indecente, con esa chiquilla y al lado de tu mujer!..... ¡Bien he visto que ella no quería!

Pero Buteau, sofocado todavía y con el rostro encendido, no admitió aquellas reconvenciones.

—¿Y para qué os metéis en lo que no os importa? ¡Haceos el desentendido, ó esto acabará mal!

Desde el parto de Elisa y la lucha con Juan, Buteau perseguía con más ahínco á Francisca. Había esperado á que se le afirmase el brazo roto, y saltaba sobre ella en todos los rincones de la casa, seguro de que si una vez la poseía, sería suya siempre que quisiera. ¿No era aquella la mejor manera de impedir su matrimonio y de conservar la muchacha y su tierra? Aquellas dos pasiones se con-

fundían: el empeño de no soltar nada de lo que poseía, la posesión furiosa de aquel campo, y el ansia no satisfecha del macho estimulado por la hembra. Su mujer se ponía enormemente gorda y siempre andaba con la pequeña Laura colgada de sus tetas; mientras que la otra tenía las carnes muy frescas y los pechos elásticos y duros. Por lo demás, no despreciaba á ninguna: las dos le gustaban, cada una en su género, una blanda y otra dura. Era bastante buen gallo para dos gallinas, y soñaba con una vida de pachá, cuidado, acariciado, nadando en placeres. ¿Por qué no casarse con las dos hermanas, si ellas consentían? ¡Aquel sería un verdadero medio de estrechar la amistad y de evitar la partición de bienes que le espantaba como si fuera la amenaza de cortarle algún miembro!

Y por esto, en el establo, en la cocina, en todas partes donde se encontraban solos un minuto, el ataque y la defensa bruscos, Buteau echándose encima y Francisca pateándolo. Y siempre la misma escena violenta y corta; él metiéndola mano por debajo de las faldas y cogiéndola un puñado de piel y crines, como á una bestia á quien se quiere montar; ella con los dientes apretados y los ojos cerrados, obligándole á soltarla, de un tremendo puñetazo entre las piernas. Y ni una palabra, nada más que su aliento abrasado, la respiración ahogada, el ruido amortiguado de la lucha; él contenía un grito de dolor, y ella se bajaba las faldas y se iba suspirando, con el bajo vientre dolorido, guardando la sensación de aquellos cinco dedos que la atenaceaban. Y esto, estando Elisa en la habitación de al lado, y aun en la misma pieza, vuelta de es-

paldas, colocando ropa en un armario, como si la presencia de su mujer le hubiera excitado, seguro del silencio orgulloso y obstinado de la muchacha.

Sin embargo, desde el día en que el tío Fouan le había sorprendido encima de las patatas, estallaban frecuentemente disputas. Había dicho la cosa claramente á Elisa para que ella impidiese á su marido volver á las andadas; y ésta, después de haberse quejado de que se mezclasen en sus asuntos, la emprendió con su hermana: ¡tanto peor para ella si gustaba á los hombres, que todos eran unos cochinos! Por la noche, sin embargo, dijo tales cosas á su marido, que á la mañana siguiente salió de su alcoba con un ojo hinchado á consecuencia de un puñetazo perdido durante la explicación. Desde aquel momento no cesaron las cuestiones: siempre había dos peleándose, ó el marido y la mujer, ó la cuñada y el marido, ó hermana con hermana, cuando no eran los tres á la vez.

Entonces fué cuando se agravó el odio lento, inconsciente, entre Elisa y Francisca. La ternura de otros tiempos se había convertido en un rencor sin razón aparente, que las hacía chocar desde la mañana hasta la noche. En el fondo la única causa era el hombre, aquel Buteau caído como un fermento destructor. Francisca, en la turbación con que él la exasperaba, habría sucumbido hacía mucho tiempo, si su voluntad no se hubiera puesto en guardia contra el deseo de dejarse hacer cada vez que él la tocaba. Castigábase duramente, obstinada en la sencilla idea de lo justo, de no dar nada ella, ni tomar nada á los demás; y su cólera nacía de sentirse celosa, de execrar á su hermana porque ésta poseía á aquel hombre. Cuando él la perse-

gufa, desabrochado, con el vientre al aire, ella arañaba furiosamente aquellas desnudeces de macho y lo enviaba á su mujer: aquello era como un consuelo para sus deseos combatidos, como si ella hubiera arañado el rostro á su hermana en el desprecio doloroso de un placer de que ella no gozaba. Elisa no sentía celos, segura de que Buteau se vanagloriaba de que poseía á las dos; no porque lo creyera incapaz de ello, sino porque estaba convencida de que la pequeña, con su orgullo, no cedería. Lo que ella únicamente quería era que sus desaires no convirtiesen la casa en un verdadero infierno. Cuanto más engordaba, más indiferente se hacía, dichosa de vivir con una alegría egoísta. ¡Era posible que se desafiase la suerte, que se turbase la existencia, cuando se tenía todo lo necesario para estar contenta! ¡Ah! ¡la pícaro chiquilla, cuyo mal carácter era la única causa de todo!

Todas las noches, al acostarse, decía á Buteau:

—Es mi hermana; pero que no vuelva á comenzar, ó te la pongo en la calle.

El no la hacía caso.

—¡Buen golpe estaría! Toda la comarca la emprendería con nosotros..... ¡Al diablo las hembras! Yo soy el que os va á echar juntas á un pantano para que os pongáis de acuerdo.

Pasaron dos meses, y Elisa seguía tan fuera de sí, que habría puesto dos veces azúcar á su café, como ella decía, sin encontrarlo bueno. Los días en que su hermana había rechazado un nuevo ataque de su marido, lo adivinaba en una recrudescencia de mal humor; de tal suerte que vivía ahora temiendo siempre brutalidades de Buteau cuando lo veía salir detrás de Francisca, segura de verlo

reaparecer pegando con todo. Aquellos días eran terribles, y no se lo perdonaba á aquella terca que no encontraba medio para arreglar las cosas.

Un día, sobre todos, fué terrible. Buteau, que había bajado á la cueva con Francisca para sacar sidra, subió tan furioso, que por una tontería tiró su plato contra la pared y se marchó, dando á Elisa una bofetada capaz de tirar por tierra á un toro.

Levantóse ésta llorando y echando sangre, con la cara hinchada. Y emprendiéndola con su hermana, exclamó:

—¡Tunanta! duerme con él de una vez..... ó me voy si te obstinas en que me pegue.

Francisca la escuchaba pálida y espantada.

—¡Como nos oye Dios, que prefiero esto!..... Así estaremos en paz acaso.

Cayó sobre una silla sollozando, y su aflicción indicaba que su único deseo era vivir tranquila, aun á costa de aquello. Si á ella se le reservaba una parte, lo demás le importaba poco. Y sobre este punto se imaginaba tonterías, como si se tratara del pan. ¿Por qué no había de haber un acuerdo para no turbar la paz de la familia?

—Veamos: ¿por qué no quieres?

Sublevada ante aquella idea, Francisca no encontró más que este grito de cólera:

—¡Me das más asco que él!

Y se fué á llorar al establo al lado de la Coliche, que la miraba cariñosamente. Lo que la indignaba no era la cosa en sí misma; eran aquellas complacencias, el adulterio tolerado, la paz del matrimonio. Si ella hubiera tenido un hombre suyo, jamás lo habría cedido por nada del mundo. Su odio contra su hermana se convirtió en despre-

cio, y se juró que antes se dejaría desollar que consentir.

Desde aquel día la vida se hizo insoportable.

Francisca se convirtió en la bestia de la casa. Quedó rebajada al papel de criada; se le confiaban los trabajos más penosos, se la reñía por todo y se la martirizaba. Elisa no la toleraba ni una hora de distracción; la hacía levantar antes de ser de día, y por las noches la tenía ocupada hasta tan tarde, que con frecuencia la desdichada se dormía sin tener alientos para desundarse. Buteau la martirizaba con sus bromas, golpeándole las caderas, pellizcándole los muslos, con toda suerte de feroces caricias, que le hacían sangre y le arrancaban lágrimas. Tenía el cuerpo amoratado, lleno de arañazos y de contusiones. Delante de su hermana hacía uso de todo su valor para no estremecerse siquiera, para negarlo todo, como si los dedos del hombre no le dejasen señales en la piel. Algunas veces, sin embargo, no era dueña de sí y contestaba con una bofetada, y entonces se enredaban verdaderas batallas. Buteau la agarraba, y Elisa, con pretexto de separarlos, los golpeaba á los dos. La pequeña Laura y su hermano se ponían á gritar, y los perros de la vecindad ladraban. Los vecinos, llenos de lástima, decían que no sabían cómo aquella pobre criatura tenía gusto en seguir en aquel presidio.

Aquello era, en efecto, el asombro de Rognes. ¿Por qué no se escapaba Francisca? Los maliciosos movían la cabeza: todavía no era mayor de edad, y tenía que esperar diez y ocho meses; y marcharse sin poder tomar lo suyo, era cosa que debía pensarse. ¡Y si el tío Fouan, su tutor, la hu-

hiera defendido! Pero él también estaba mal en casa de su hijo. Tenía que defender su tranquilidad. Por lo demás, la muchacha le prohibía que se mezclase en sus asuntos, con una bravura y una fiera como de quien no cuenta más que consigo mismo.

Siempre concluían las cuestiones con las mismas injurias:

—¡Pues véte!

—Si, eso quisierais.... Otras veces era yo fanfanta, que quería marcharme.... Ahora, podéis matarme, pero no me voy. Espero lo que es mío; quiero la tierra y la casa, y las tendré, si.

El temor de Buteau durante los primeros meses fué que Francisca estuviera embarazada de Juan. Desde que los había sorprendido, calculaba los días y la vigilaba de reojo, inquieto por su vientre, porque la venida de un chiquillo lo habría comprometido todo, exigiendo un matrimonio. Ella, tranquila, sabía que no podía estar embarazada. Pero cuando notó el interés con que él la miraba el talle, divertíase sacando la tripa para hacerle creer que se inflaba. Ahora, cuando él la cogía, sentía ella que él la palpaba allí y que la media con sus dedos, y acabó por decirle como provocándole:

—¡Sí, aquí hay algo! ¡Y se mueve!

Una mañana hasta cogió unas rodillas y se las rodeó al talle. Pero temió que aquella noche la asesinasen, sobrecogiéndola un gran terror ante las miradas que él la echaba, segura de que si ella hubiera tenido un chiquillo en el vientre, el bruto le habría dado algún golpe para matarlo. Dejó á un lado las bromas. Por otra parte, alguna vez le sor-

prendió en su alcoba examinando su ropa sucia para asegurarse de su estado.

—¿Por qué no haces un chiquillo?— le dijo él con sorna.

Y ella le contestó pálida de rabia:

—¡Si no lo hago es porque no quiero!

Y era verdad, porque se negaba á Juan obstinadamente.

Buteau la emprendió con el enamorado.

—¡Vaya un muchol! ¿Está tan podrido que no puede hacer un hijo? Le rompía un brazo á un hombre á traición, pero no era capaz de dejar preñada á una mujer.

Desde entonces persiguió á Francisca con alusiones de la peor especie.

Cuando Juan supo cómo le trataba Buteau, dijo que le iba á cortar el cuello; espiaba constantemente á Francisca, suplicándola que cediera: ya verían si él podía hacer un hijo, y bien grande! Pero ella encontraba siempre una nueva excusa ante el disgusto que le producía la idea de volver á comenzar con aquel hombre. No le aborrecía; era sencillamente que no le gustaba, y era menester que no lo deseara nada para no entregársele cuando caía entre sus brazos, furiosa todavía y excitada por un ataque de Buteau. ¡Ah! ¡el cochino! Y no hablaba más que de aquel cochino, apasionada, excitada y enfiada desde el punto en que el otro quería aprovechar la ocasión y poseerla. No, no, aquello le daba vergüenza. Un día, muy estrechada, lo aplazó para después, para la noche de su boda.

Era la primera vez que se comprometía, porque hasta entonces había evitado responder claramente

cuando él solicitaba su mano. Desde entonces fué cosa convenida: se casarían, pero cuando ella fuese mayor de edad, cuando fuese dueña de lo suyo y pudiera pedir cuentas. Estas razones le impresionaron y le encargó que tuviera paciencia, dejando de atormentarla, menos en los momentos en que le acudía la idea de aquellas bromas. Ella, consolada, tranquilizada por lo vago de aquella lejana contingencia, se contentaba con cogerle las manos para contenerle, mirándole con sus lindos ojos suplicantes, con el aire de mujer susceptible que no desea arriesgarse á tener un hijo más que de su marido.

Sin embargo, Buteau, desde que quedó seguro de que no estaba embarazada, tuvo otro temor: el de que lo quedase si volvía á encontrarse con Juan. Seguía provocándolo, y temblaba porque por todas partes le decían que aquel juraba que llenaría á Francisca hasta los ojos, como jamás había sido llenada mujer alguna.

Por esto, ahora la vigilaba desde la mañana hasta la noche, exigiéndole cuenta del empleo de su tiempo, teniéndola siempre bajo la amenaza del látigo como á un animal doméstico; aquel era un nuevo suplicio, sintiendo siempre á su cuñado pegado á sus faldas, no pudiendo ir ni aun al excusado sin encontrar un ojo que la espiase. Por la noche la encerraba en su cuarto; hasta una noche, después de una disputa, había encontrado su ventana cerrada con una cadena. Cuando lograba escaparse, había á su vuelta terribles escenas, interrogatorios repugnantes, algunas veces registros, sujetándola el marido por los hombros, mientras que la mujer medio la desnudaba para

examinarla. Así fueron aproximándola á Juan, y llegó hasta darle citas, dichosa por desafiar á los otros. Acaso habría al fin cedido, si ellos hubieran estado allí cerca para verlo. De todos modos acabó de prometerse, y jurando por lo más sagrado que Buteau mentía cuando decía que dormía con las dos hermanas. Juan, atormentado hasta entonces, encontrando la cosa en el fondo posible y natural, quedó convencido. Y al separarse se abrazaron como buenos amigos, de tal modo que, á partir de aquel día, ella le tomó por confidente y consejero, procurando verle á la menor alarma y no haciendo nada sin su aprobación. Él ni siquiera la tocaba, tratándola como un camarada con el que se tienen negocios comunes.

Ahora, siempre que Francisca corría á reunirse con Juan, la conversación era la misma. Ella desabrochaba violentamente su corpiño y se levantaba las faldas.

—¡Mira, mira dónde ese cochino me ha clavado las uñas!

Y él examinaba frío y decidido.

—¡Esto debe pagarse; hay que enseñarlo á los vecinos!.... La justicia estará á nuestro lado, porque tenemos razón.

—Y mi hermana sería capaz de tener la luz!.... ¡Ayer, cuando él se echó sobre mí, ni siquiera se fué, cuando lo que debió hacer fué echarle por detrás un cubo de agua fría!

—Tu hermana acabará mal con ese miserable!.... Todo va bien!.... Como tú no quieras, él no podrá hacer nada!.... Y cuanto al resto, ¿qué nos importa? Estemos de acuerdo y él se fastidirá.

El tío Fouan, aunque evitase mezclarse en ello,

estaba al tanto de todas las disputas. Si se callaba, se le obligaba á tomar partido; si salía, al volver se encontraba la casa hecha un infierno, donde su presencia reanimaba las cóleras. Hasta entonces, en realidad, no había sufrido físicamente; entonces comenzaban ya las privaciones, el pan tostado, las dulzuras suprimidas. Lo desvalijaban todos los trimestres cuando iba á Cloyes á que el señor Baillehache le diese la renta constituida sobre la venta de la casa. Francisca le quitaba algunos sueldos á su hermana para comprarle tabaco, porque también á ella la dejaban sin dinero.

El viejo se encontraba mal en la húmeda habitación en que dormía, desde que había roto un cristal de la ventana, y taparon el hueco con paja para no tener que gastar en un cristal nuevo. ¡Ah! ¡aquellos pillos de hijos, todos lo mismo! Gruñía desde la mañana hasta la noche, y sentía haber dejado á los Delhomme, desesperado de haber ido de mal en peor. Pero ocultaba aquel sentimiento y no lo denunciaba más que por palabras involuntarias, porque sabía que Fanny había dicho: «Ya vendrá papá á pedirnos de rodillas que volvamos á admitirle.» Aquello se había acabado, y siempre tendría lo que le sucedía atravesado en el alma. Antes se moriría de hambre y de rabia en casa de Buteau, que ir á humillarse á los Delhomme.

Precisamente un día en que Fouan volvía á pie de Cloyes después de haber estado en casa del notario, y que se había sentado en el fondo de un foso, Jesucristo, que andaba por allí ojeando conejos, le apercibió muy absorto y profundamente

ocupado en contar monedas de cien sueldos en su pañuelo. Se agachó, y desliziéndose llegó hasta ponerse á espaldas de su padre sin hacer ruido; y allí, tendido, tuvo la sorpresa de verle guardar una gruesa suma, acaso la menos ochenta francos: brillaron sus ojos y una sonrisa descubrió sus dientes de lobo. Pensó en una lucha. Evidentemente el viejo tenía títulos guardados, cuyos cupones cobraba todos los trimestres, aprovechando sus visitas al señor Baillehache. El primer pensamiento de Jesucristo fué llorarle para sacarle veinte francos. Pero esto le pareció mezquino, y concibió otro plan; se marchó tan silenciosamente como se había aproximado, desliziéndose como una culebra; de tal modo que Fouan al volver al camino no tuvo ninguna desconfianza al encontrarlo más lejos, con el aire indiferente de un mozo que vuelve á Rogues. Hicieron juntos el camino, hablando, y el padre la emprendió con los Buteau, á los que acusaba de hacerle morir de hambre; y el hijo, enternecido, le propuso que abandonase á aquellos canallas, yéndose con él. ¿Por qué no? En su casa lo mimarían desde la mañana hasta la noche. La Trouille hacía comida para dos: pues haría para tres. ¡Y gaisaba muy bien cuando había dinero!

Asombrado de la proposición, y vagamente inquieto, Fouan rehusó. No, no; no era propio de su edad ir de acá para allá, cambiando de costumbres todos los años.

—En fin, padre, os lo digo con buena voluntad; vos reflexionaréis.... De todos modos, ya sabéis que no estáis en la calle. Venid á mi casa cuando os canséis de esos perdidos.

Y Jesucristo lo dejó, perplejo, intrigado, preguntándose en qué podía gastar el viejo sus rentas, pues decididamente las tenía. Cuatro veces al año un puñado como aquel de monedas debía sumar lo menos trescientos francos. Si no los gastaba, ¿dónde los guardaba? Había que averiguarlo. ¡Buena sería la lucha!

Aquel día, un día templado y húmedo de Octubre, cuando el tío Fouan entró, Buteau quiso desvalijarlo de los treinta y siete francos cincuenta céntimos que tomaba cada trimestre desde la venta de su casa. Era cosa convenida, por otra parte, que el viejo se los diese, así como los doscientos francos anuales de los Delhomme, por su pensión. Pero aquella vez se le habían extraviado dos monedas de cien sueldos; y cuando después de registrar sus bolsillos no sacó más que veintisiete francos y medio, su hijo le trató de estafador, le acusó de haber gastado los diez francos en bebidas y en atrocidades. Sobrecogido, con la mano en su pañuelo, con el miedo de que le registraran, el padre balbuceaba explicaciones y juraba que debía haberlos perdido al sonarse. Una vez más la casa fué un infierno hasta la noche.

Lo que ponía á Buteau de un humor feroz era que había visto á Juan y á Francisca huyendo por detrás de un muro. Ésta, que había salido con el pretexto de coger hierba para las vacas, no volvía porque se sospechaba la escena que la esperaba. Cerraba la noche, y Buteau, furioso, salía á cada minuto al corral, ó iba hasta el camino á espiar si aquella calentona volvía ya del macho. Juraba, soltando palabras sucias, sin ver al tío Fouan que se había sentado en el banco de piedra después de

la cuestión, respirando en la sombra el aire templado como si se estuviese en primavera.

Un ruido de zuecos sonó en la cuesta, y apareció Francisca inclinada bajo el peso de un enorme montón de hierbas que había atado con un pedazo de tela vieja. Llegaba sofocada y sudando, medio oculta por su carga.

—¡Ah! ¡voto á.....!—exclamó Buteau,—¡si crees que vas á burlarte de mí y á regodearte dos horas con tu galán, cuando tanto hay que hacer aquí!

Y la tumbó sobre la hierba que se había caído, en el mismo momento en que Elisa salía de la casa para estrangularla y diciendo:

—¡Eh! ¡ven aquí, puta, á que te ponga mi pie en el trasero!..... ¡No tienes vergüenza!

Pero Buteau había ya metido mano á la muchacha por debajo de las faldas. Su furor se convertía siempre en un acceso brusco de deseos. Mientras que la estrujaba contra la hierba, rugía, sofocado, con el rostro amoratado.

—¡Lo que es esta vez no te escapas: he de pasar yo á mi vez sobre tí!..... Aunque se empeñe, voy á pasar después del otro!

Comenzó una lucha furiosa. El tío Fouan no distinguía bien en las tinieblas. Pero vió, sin embargo, á Elisa; su marido, fuera de sí, echado á un lado á cada segundo por el batir de las piernas que habían quedado libres, se agotaba en vano, saciándose de cualquier modo y en cualquier parte.

Cuando aquello acabó, Francisca, de una última sacudida, pudo desprenderse y se levantó balbuceando:

—¡Cochino, cochino, cochino! pero no has po-

dido, no te ha servido de nada..... ¡Me burlo yo de eso! ¡Jamás lo conseguirás, jamás!

Triunfaba; y cogiendo un puñado de hierba se secaba los muslos, temblándole todo el cuerpo, como si ella también se hubiera contentado un poco en su propia obstinación á negarse. Con un gesto de provocación tiró el puñado de hierbas á los pies de su hermana.

—¡Toma! ¡eso es tuyo!..... ¡Tú tienes la culpa de que yo te lo devuelva!

Elisa le tapaba la boca de una bofetada, cuando el tío Fouan, que había dejado el banco, sublevado, intervino blandiendo su bastón.

—¡Canallas, los dos! ¿queréis dejarla tranquila?..... ¡Basta ya!

Comenzaban á asomar luces en las casas de los vecinos, inquietos por aquel escándalo, y Buteau empujó apresuradamente á su padre y á la muchacha hacia la cocina, donde una luz iluminaba á Laura y á Julio, aterrados y refugiados en un rincón. Elisa entró también, sobrecogida y silenciosa desde que el viejo había salido de las sombras. Él continuó, dirigiéndose á ella:

—Tú eres muy repugnante y muy bestia..... Ya te he visto cómo mirabas.

Buteau dió un puñetazo en la mesa.

—¡Silencio!—gritó;—todo se ha acabado..... Le rompo el alma al primero que continúe.

—Y si yo quiero seguir—preguntó Fouan con la voz temblorosa—¿me romperás el alma?

—¡A vos como á los demás!..... Ya me estáis cargando.

Francisca, arrogantemente, se interpuso entre ellos.

—Os suplico, tío mío, que no os mezcléis en esto..... Ya habéis visto que me basto yo para defenderme.

Peró el viejo la apartó á un lado.

—Déjame, esto no te incumbe..... Es asunto mío. Y levantando su bastón,

—¡Ah! ¡tú me pegarías, bandido!..... vas á ver cómo te castigo.....

Con mano pronta Buteau le quitó el bastón, que tiró sobre la alacena, y con mirada torva se plantó delante de él.

—¡Qué! ¿creéis que voy á tolerar vuestros fueros? ¡Miradme bien para ver cómo me llamo!

Los dos, frente á frente, se callaron un instante, terribles, como queriendo anonadarse con la mirada. El hijo, después de la partición de los bienes, había engruesado; mientras que el padre, azotado por sus sesenta años de trabajo, había adelgazado más todavía, inclinándose más cada día hacia la tierra.

—¿Cómo te llamas?—replicó Fouan;—demasiado lo sé, pues te he engendrado.

Buteau gruñó.

—¿Y por qué lo hicisteis?..... Pero sí, á cada uno le llega su vez. Tengo vuestra sangre, pero no me gusta que se irrite..... ¡Y os digo una vez más que si no me dejáis tranquilo, esto acabará mal!

—Para tí seguramente..... Nunca hablé yo así á mi padre.

—¡Oh! ¡vaya una salida! pero lo hubierais matado si él no se hubiera muerto.

—¡Mientes, canalla!..... Y ¡voto á.....! que vas á desdecirte ahora mismo.

Por segunda vez intentó Francisca interponerse. La misma Elisa hizo un esfuerzo, asustada. Pero los dos hombres las apartaron á empujones para acercarse más.

Fouan quiso crecerse, intentando encontrar su antiguo poder de jefe de familia. Durante medio siglo habían temblado en su presencia la mujer, los hijos, los animales, cuando poseía la fortuna con el poder.

—¡Dí que has mentido, canalla, dí que has mentido, ó te voy á hacer bailar, tan cierto como nos alumbra esa luz!

Y con la mano en alto le amenazaba con el mismo gesto con que otras veces aterraba á todos.

—¡Dí que has mentido!.....!

Buteau, que en su juventud al ver que le iban á pegar se defendía levantando el codo y apretaba los dientes, se contentó con encogerse de hombros con un aire de burla insultante.

—¡Si creéis que me asustáis!..... Eso era bueno cuando vos érais el amo.

—Yo soy el amo, el padre.

—Vamos, viejo impertinente, vos no sois nada!..... ¡Y dejadme en paz!

Y viendo que la mano vacilante del viejo se bajaba para pegar, la cogió al vuelo y la apretó brutalmente.

—¡Cuidado que sois terec! ¡Habrás que incomodarse para meteros en vuestro rincón! ¿Servís para algo? De carga, y nada más. Cuando uno se hace viejo y pasa la tierra á los otros, ya no le queda más que tener paciencia y no estorbar.

Y sacudía á su padre á cada palabra; y después de una última sacudida, le hizo caer vacilante sobre

30826

bre una silla, cerca de la ventana. Y allí quedó el viejo, sofocado, vencido, en la humillación de su antigua autoridad muerta. Aquello había terminado, y ya no podía confiar en nada, habiéndose despojado de sus bienes.

Reinó un profundo silencio y todos quedaron temblando. Los niños ni siquiera habían respirado por temor á una bofetada. Después volvió cada cual á su ocupación como si no hubiera pasado nada.

—¿Y la hierba?—preguntó Elisa;—¿es que la vas á dejar en el corral?

—Voy á entrarla—respondió Francisca.

Cuando volvieron y hubieron comido, Buteau, incorregible, le metió la mano en el pecho á la muchacha para coger una pulga que le picaba, decía ella. Esto no le disgustó, y hasta celebró la gracia.

—No, no; está en algún sitio que te mordería.

Fouan no se había movido, silencioso en su obscuro rincón. Por sus mejillas corrían dos gruesas lágrimas. Recordaba la noche en que había roto con los Delhomme, y ahora le acometía la misma vergüenza por no ser el amo, la misma cólera que le hacía obstinarse en no querer comer. Le habían llamado tres veces y siempre había rehusado su parte de cena. De pronto se levantó y desapareció en su alcoba. Al día siguiente, al amanecer, abandonaba á los Buteau para ir á instalarse en casa de Jesucristo.

III.

Jesucristo estaba siempre ventoseando, alegrando siempre la casa con aquellas ventosidades. ¡Qué diablo! En su casa no se aburrían, porque nunca dejaba escapar uno de aquellos ruidos sin acompañarlo de una broma. No quería los ruidos vergonzantes, ahogados, tímidos; sus detonaciones eran siempre francas, de una solidez y de una amplitud de cañonazos; y á cada vez, con la pierna levantada, llamaba á su hija, con tono apresurado de mando y con aire severo.

—Trouille, ven aquí, ¡voto á...!

Acuñía ella, y estallaba el cañonazo tan vibrante, que la hacía saltar.

—¡Corre de prisa y cógelo con los dientes, á ver si tiene nudos!

Otras veces, cuando ella llegaba, le alargaba la mano.

—¡Tira, tira, hay que rasgar esto!

Y cuando se producía la explosión con el estruendo de una mina muy cargada:

—¡Ah! ¡gracias! ¡qué duro estaba!

Ó haciendo que se echaba á la cara un fusil imaginario, apuntaba con calma, y ya descargada el arma,

—¡Ve á buscarlo y tráelo!

La Trouille reía hasta ahogarse. Aquella era una alegría siempre renovada y cada vez mayor: ella conocía el juego; esperaba hasta el trueno final y se entusiasmaba. ¡Oh! ¡aquel padre era muy gracioso! En tanto hacía como que se diri-

bre una silla, cerca de la ventana. Y allí quedó el viejo, sofocado, vencido, en la humillación de su antigua autoridad muerta. Aquello había terminado, y ya no podía confiar en nada, habiéndose despojado de sus bienes.

Reinó un profundo silencio y todos quedaron temblando. Los niños ni siquiera habían respirado por temor á una bofetada. Después volvió cada cual á su ocupación como si no hubiera pasado nada.

—¿Y la hierba?—preguntó Elisa;—¿es que la vas á dejar en el corral?

—Voy á entrarla—respondió Francisca.

Cuando volvieron y hubieron comido, Buteau, incorregible, le metió la mano en el pecho á la muchacha para coger una pulga que le picaba, decía ella. Esto no le disgustó, y hasta celebró la gracia.

—No, no; está en algún sitio que te mordería.

Fouan no se había movido, silencioso en su obscuro rincón. Por sus mejillas corrían dos gruesas lágrimas. Recordaba la noche en que había roto con los Delhomme, y ahora le acometía la misma vergüenza por no ser el amo, la misma cólera que le hacía obstinarse en no querer comer. Le habían llamado tres veces y siempre había rehusado su parte de cena. De pronto se levantó y desapareció en su alcoba. Al día siguiente, al amanecer, abandonaba á los Buteau para ir á instalarse en casa de Jesucristo.

III.

Jesucristo estaba siempre ventoseando, alegrando siempre la casa con aquellas ventosidades. ¡Qué diablo! En su casa no se aburrían, porque nunca dejaba escapar uno de aquellos ruidos sin acompañarlo de una broma. No quería los ruidos vergonzantes, ahogados, tímidos; sus detonaciones eran siempre francas, de una solidez y de una amplitud de cañonazos; y á cada vez, con la pierna levantada, llamaba á su hija, con tono apresurado de mando y con aire severo.

—Trouille, ven aquí, ¡voto á...!

Acuñía ella, y estallaba el cañonazo tan vibrante, que la hacía saltar.

—¡Corre de prisa y cógelo con los dientes, á ver si tiene nudos!

Otras veces, cuando ella llegaba, le alargaba la mano.

—¡Tira, tira, hay que rasgar esto!

Y cuando se producía la explosión con el estruendo de una mina muy cargada:

—¡Ah! ¡gracias! ¡qué duro estaba!

Ó haciendo que se echaba á la cara un fusil imaginario, apuntaba con calma, y ya descargada el arma,

—¡Ve á buscarlo y tráelo!

La Trouille reía hasta ahogarse. Aquella era una alegría siempre renovada y cada vez mayor: ella conocía el juego; esperaba hasta el trueno final y se entusiasmaba. ¡Oh! ¡aquel padre era muy gracioso! En tanto hacía como que se diri-

gía á un inquilino que no pagaba y á quien echaba á la calle; en tanto se volvía con sorpresa y saludaba gravemente, como si la mesa le hubiera dado los buenos días; en tanto soltaba todo un bouquet para el señor cura, para el señor alcalde, para las señoras. Se hubiera creído que el tunante sacaba de su vientre todo lo que quería, como si fuera una caja de música, hasta el punto de que en El Buen Labrador, en Cloyes, le apostaban: —Te pago un vaso si sueltas seis; —y soltaba los seis y ganaba siempre. Aquello era una verdadera gloria, y la Trouille se enorgullecía, gozando por adelantado desde que él levantaba la pierna, en continua admiración ante él por el terror y la ternura que le inspiraba.

Y la noche de la instalación del tío Fouan en el Castillo, como llamaban á la cueva donde vivía Jesucristo, desde la primera cena que la muchacha sirvió á su padre y á su abuelo, de pie, detrás de ellos, como criada respetuosa, estalló de aquel modo la alegría muy ruidosamente. El viejo había dado cien sueldos, y esparcíase el grato olor de lo que guisaba la pequeña, chupándose los dedos. Al servir un plato, por poco lo deja caer, pasmada. Jesucristo, antes de sentarse, dejó escapar tres, regulares y secos.

—¡Una salva! Es para indicar que la fiesta comienza.

Luego soltó un cuarto, solitario, tremendo, injurioso.

—¡Para esos tunantes de Buteau! A ver si los aloga!

Fouan, sombrío desde su llegada, sonrió, aprobando con un movimiento de cabeza. Allí estaba

en su terreno, porque él también había sido un buen punto en sus tiempos, y en su casa los muchachos habían crecido tranquilos en medio del bombardeo paternal. Puso los codos en la mesa y se abandonó á su dulce bienestar enfrente de aquel demonio de Jesucristo que le contemplaba con ternura, con su aire de canalla buen muchacho.

—¡Ah, papá, qué bien lo vamos á pasar! Ya veréis; yo me encargo de todo.... Cuando estéis comiendo tierra, ¿de qué os servirá el haberos privado de un buen botado?

Cansado de la sobriedad de toda su vida, temiendo necesidad de aturdirse, Fouan acabó por decir lo mismo.

—Seguramente que vale más comérselo todo que dejarlo á los demás.... ¡A tu salud, muchacho!

La Trouille servía en aquel momento un plato de carne. Hubo un momento de silencio, y Jesucristo, para que no decayera la conversación, soltó uno prolongado que atravesó las pajas de su silla con la modulación cantante de una voz humana. Volvióse en seguida hacia su hija y le preguntó con mucha seriedad:

—¿Qué es lo que dices?

Ella no decía nada, y tuvo que sentarse, pues la risa no la dejaba estar en pie. Pero lo que colmó su regocijo fué, después de la carne y del queso, la expansión final del padre y del hijo, que se habían puesto á fumar sus pipas y á beber aguardiente. Estaban silenciosos, con la boca pastosa y muy borrachos.

Lentamente, Jesucristo levantó una pierna y tronó; después miró hacia la puerta gritando:

— ¡Entrad!

Entonces Fouan, provocado, encontró su fuerza juvenil, y con la pierna levantada, tronó á su vez, respondiendo:

— ¡Aquí estoy!

Estrecháronse los dos las manos riendo y bromeando. Bien había estado aquello. Acaso demasiado bien para la Trouille, que se cayó al suelo, agitada por una risa frenética, hasta el punto de que en las saenlidas, ella también soltó uno, pero ligero, fino y musical, como el sonido de una flauta, al lado de las notas de órgano de los dos hombres.

Indignado Jesucristo se levantó con el brazo extendido y con un gesto de autoridad trágica.

— Fuera de aquí, ¡cochina!..... ¡Fuera de aquí, asquerosa!..... ¡Voto á.....! ¡Voy á enseñarte á respetar á tu padre y á tu abuelo!

Jamás le había tolerado aquella familiaridad. Era preciso tener más edad. Y agitaba el aire con la mano, afectando que se asfixiaba por aquel suave sonido de flauta; los suyos, decía, no oían más que á pólvora. Luego, como la culpable, muy colorada y muy trastornada por su olvido, negase y se defendiese para no salir, la echó fuera de un empujón.

— ¡Gran cochina, sacude tus faldas!..... No volverás á entrar en una hora, hasta que te hayas aireado bien.

Desde aquel día comenzó una verdadera vida de holgazanería y de broma. Dieron al viejo la alcoba de la muchacha, uno de los compartimientos de la antigua cueva, dividido en dos por un tabique de tablas; y ella, complacientemente, tuvo que re-

tirarse al fondo, á una excavación en la roca, que formaba como una contra-alcoba, y donde se abrían, según la leyenda, inmensos subterráneos que los derrumbamientos habían cegado. Lo peor era que el castillo, aquella madriguera, se enterraba más cada invierno á consecuencia de las grandes lluvias; hasta se habrían venido abajo los antiguos cimientos, los muros de piedras secas, si los tilos seculares no lo hubieran sostenido todo con sus gruesas raíces. Pero así que llegaba la primavera, se gozaba allí de una encantadora frescura. El roble que tapaba la ventana se llenaba de flores rosadas, y la misma puerta se cubría de madreselva, hasta el punto de que para entrar había que separarla como una cortina.

Sin duda la Trouille no guisaba todas las noches carne. Esto no ocurría más que cuando sacaban al abuelo alguna moneda de plata, y Jesucristo, sin poner en ello discreción, no le violentaba y lo iba conquistando por la glotonería. Disfrutaba en grande los primeros días del mes, cuando Fouan tomaba los diez y seis francos de la pensión de los Delhomme; luego había grandes fiestas cada trimestre, cuando el notario le entregaba su renta de treinta y siete francos y medio. Al principio no les daba más que diez á diez sueldos, queriendo que aquello durase, obstinado en su antigua avaricia; y poco á poco se abandonaba entre las garras del gran tragón de su hijo, acariciado, sonsacado por historias extraordinarias, algunas veces por las lágrimas, de tal modo que soltaba piezas de dos y tres francos, cayendo él mismo en la glotonería, diciéndose que más valía comérselo todo, puesto que más pronto ó más tarde se lo ha-

bían de comer. Por otra parte, había que hacer esta justicia á Jesucristo: lo partía todo con el viejo, y le divertía si lo robaba. En su tanantería valía más que el canalla de Buteau, de lo que por lo demás él se vanagloriaba. Al fin, con el estómago enternecido, hasta se olvidó de la lucha, sin tratar de saber nada de ella: su padre era libre de hacer lo que quisiera, y nada más se le podía pedir desde el momento en que pagaba festines de buena gana. Y no volvía á soñar con el dinero entrevisto, ocultó Dios sabe dónde, más que en la segunda quincena del mes, cuando ya estaban vacíos los bolsillos del viejo. No había ni un cuarto. La pegaba contra la Trouille, que servía patatas sin maateca, y se apretaba el vientre, pensando que era una majadería pasar privaciones por guardar el dinero, y que un día, al fin, habría que desenterrar y romper la lucha.

Pero aun en las noches sin pan, cuando estiraba sus miembros reaccionando contra el entorpecimiento, seguía expansivo y tempestuoso, como si hubiera comido bien, reavivando la alegría con una andanada de artillería gruesa.

— ¡Para los tontos!

Fouan, por lo demás, no se aburría ni aun en aquellos penosos fines de mes; porque la hija y el padre se ponían entonces en campaña para llenar la marmita. El primer día que el viejo había visto á la Trouille traer una gallina cogida con lazo, se había incomodado. Ella le hizo reír la segunda vez una mañana que estaba escondida entre las hojas de un árbol, echando un anzuelo con un pedazo de carne en medio de una bandada de gansos: uno de éstos se lanzó bruscamente hacia el anzuelo y se

lo tragó todo, carne anzuelo y cuerda, y en seguida desapareció por los aires, ahogado, sin lanzar un graznido. Aquello no era muy honrado seguramente; pero los animales que andan por todas partes debían ser del que los coge, y mientras no se robe dinero....

Desde entonces se interesó en los merodeos de aquella andrajosa, historias increíbles, un saeo de patatas que el dueño la había ayudado á llevar, vacas pastando ordeñadas en una botella, hasta ropa de las lavauderas que llenaba de piedras y echaba al fondo del Aigre, donde ella se metía por las noches para sacarla. Siempre se la veía por los caminos, y sus gansos no eran más que un pretexto continuo para recorrer todo el país espiando una ocasión desde un foso, durante horas, con el aire inocente de una muchacha que lleva á comer á su manada; hasta se servía de sus gansos como si fueran perros que graznando la advertían la aproximación de cualquiera importuno que pudiera sorprenderla. Tenía por entonces diez y ocho años y apenas aparentaba doce, siempre delgada y pequeña, con su cabeza de cabra, sus ojos verdes y su boca grande y torcida hacia la izquierda. Bajo las blusas viejas de su padre, su pecho de niña se endurecía sin crecer. Parecía un verdadero muchacho que no quería más que á sus animales, que se burlaba de los hombres, lo que no le impedía, cuando se escondía con algún galopín de su edad, acabar el juego boca arriba, naturalmente, porque para aquello estaba hecha y porque no traía consecuencias.

Ella siempre lo hacía con los vagabundos de los caminos; y aquello habría sido una porquería

si los hombres formales, las gentes de edad, encontrándola mal de carnes, no la hubieran dejado tranquila. En fin, como le decía el abuelo, divertido y seducido, aparte de que ella robaba mucho y de que le faltaba un poco de decencia, era una muchacha muy graciosa, menos mala de lo que se hubiera podido creer.

Pero Fouan se divertía, sobre todo, acompañando á Jesueristo en sus merodeos por los campos. En el fondo de todo campesino, aun del más honrado, hay un cazador furtivo; y se interesaba en las trampas, en los lazos puestos, extraordinarias invenciones de salvaje, una guerra de astucia, una lucha continua con el guarda rural y con los gendarmes. Así que los sombreros galoneados y las bandoleras amarillas asomaban por un camino, el padre y el hijo se metían por entre los sembrados, ó se tendían en un talud fingiendo dormir; luego, de pronto, gateando á lo largo de los fosos, el hijo iba á coger las piezas, mientras que el padre con su aire inocente de buen viejo continuaba vigilando á gendarmes y guardas. En el Aigre había truchas soberbias que vendían á cuarenta y á cincuenta sueldos á un tendero de Chateaudun; lo peor era que necesitaban espiarlas durante horas tendidos boca abajo. Con frecuencia iban hasta el Loir, en cuyo fondo había muchas anguilas. Jesueristo, cuando sus cañas no sacaban nada, había imaginado una pesca cómoda, que consistía en desvalijar por las noches las pescaderías de los pueblos inmediatos.

Aquello no era más que una diversión, porque toda su pasión la ponía en la caza. Sus batidas abrazaban muchas leguas, y no despreciaba nada,

desde las perdices hasta las alondras. Rara vez empleaba el fusil, cuyas detonaciones se oyen mucho en las tierras llanas. No levantaba el vuelo una bandada de perdices que él no la conociese, hasta el punto de saber el sitio y la hora en que los polluelos, pesados de sueño ó entumecidos por el rocío, se dejaban coger con la mano. Tenía trampas perfeccionadas, y mataba á pedradas las bandadas de pájaros que parecen traer los grandes vientos de otoño. Hacía veinte años que exterminaba de este modo la caza de la comarca, donde no saltaba ni un conejo por las orillas del Aigre, lo cual desesperaba á los cazadores. Sólo se le escapaban las liebres, bastante raras por lo demás corriendo libremente por la llanura, donde era peligroso perseguirlas. ¡Oh, las pocas liebres de la Borderie! Soñaba con ellas y arriesgaba la piel por matar de vez en cuando alguna de un tiro. Fouan, cuando le veía coger su fusil, no le acompañaba; aquello era una tontería, y acabaría por ser cogido.

La cosa llegó naturalmente. Es preciso decir que Hourdequin, exasperado por la destrucción de la caza en sus dominios, daba á Becú órdenes severas; y éste, malhumorado por no coger jamás á nadie, había acabado por acostarse en un pajar para espiar mejor. Una mañana, al amanecer, un tiro, cuyo fogonazo le pasó por la cara, le despertó con sobresalto. Era Jesueristo en acecho detrás del pajar, que acababa de matar la liebre.

—¡Ah, voto á.....! ¡eres tú!—exclamó el guarda, apoderándose del fusil que el otro había dejado en el suelo para ir á coger la liebre. ¡Ah, canalla! ¡debí sospecharlo!

En la taberna eran buenos amigos, pero en el campo no podían encontrarse sin peligro.

—Pues bien, sí, yo soy y te desprecio. Devuélveme mi fusil.

Ya Becú estaba disgustado por aquel encuentro. Ordinariamente, cuando veía á Jesucristo por la derecha, tomaba por la izquierda. ¿Á qué indisponerse con un amigo? Pero aquella vez le era imposible hacer la vista gorda. Y por otra parte, cuando se ha faltado hay que ser más cortés.

—¡Tu fusil, borracho! Voy á depositarlo en la alcaldía..... ¡Y no te muevas, ó te suelto un tiro en la tripa!

Jesucristo, desarmado y furioso, dudó en saltarle al cuello. Luego, cuando le vió dirigirse al pueblo, lo siguió, llevando la liebre que se balanceaba en su mano. Uno y otro anduvieron un kilómetro sin hablarse y echándose miradas oblicuas y feroces. Á cada minuto parecía inevitable una lucha; y sin embargo, aumentaba el fastidio de los dos. ¡Maldito encuentro!

Cuando llegaban á la espalda de la iglesia, á dos pasos del castillo, el cazador intentó un último esfuerzo.

—Vamos, hagamos las paces.... Entra á casa á beber un vaso.

—No, es preciso que preste mi declaración—contestó el guarda con tono seco.

Y se obstinó como antiguo soldado que conoce su consigna. Sin embargo, se detuvo y acabó por decirle, cuando el otro le cogió por el brazo para llevarsele:

—Si tienes tinta y pluma, da lo mismo. En tu casa ó en otra parte, he de extender la denuncia.

Cuando Becú llegó á casa de Jesucristo, salía el sol, y el tío Fouan, que fumaba ya su pipa en la puerta, lo comprendió todo y se inquietó tanto más cuanto que las cosas se habían puesto muy graves: sacaron tinta y una pluma vieja, y el guarda comenzó á buscar sus frases con aire de profunda meditación y los codos apoyados en la mesa. Pero al mismo tiempo, á una indicación de su padre, la Trouille había servido tres vasos y una botella; y á la quinta línea, Becú, agotado, no acertando á redactar la narración de los hechos, aceptó un trago. Desde aquel momento la situación cambió. Apareció otra botella, y luego una tercera. Dos horas después hablaban los tres hombres amistosamente; los tres estaban completamente borrachos y habían olvidado del todo el asunto de la mañana.

—Oye, buena pieza—exclamó Jesucristo—¿sabes que duermo con tu mujer?

Era verdad. Desde la fiesta tumbaba á la Becú en todos los rincones, tratándola siempre de pellejo viejo, sin delicadeza. Pero Becú, que tenía mal vino, se incomodó. Si toleraba la cosa cuando estaba despejado, le molestaba cuando estaba borracho. Blandió una botella vacía y balbuceó:

—¡Eres un cochino!

Pero la botella se estrelló contra la pared y no tocó á Jesucristo, que sonreía dulcemente. Para apaciguar al guarda convinieron en seguir reunidos y en comerse la liebre en seguida. Cuando la Trouille hacía un jigote, esparciase un apetitoso olor hasta el otro extremo de Rognes. Aquel fué un gran festín que duró toda el día. Todavía estaban á la mesa cuando oscureció. Encendieron

luz y siguieron. Fouan encontró dos monedas de cuarenta sueldos para enviar á la chiclea por un litro de cognac. Ya dormía todo el mundo en el pueblo y aun seguían ellos bebiendo.

Y Jesucristo, cuya mano temblorosa buscaba con qué encender la pipa, encontró la denuncia comenzada que había quedado en una esquina de la mesa, manchada de vino y de grasa.

—¡Ah, es verdad, hay que acabarla!—balbuceó entre risotadas de borracho.

Miraba el papel, buseando alguna broma con que expresar todo el desprecio que sentía por la escritura y por la ley. De pronto abrió una pierna y se pasó el papel por debajo, y dejó escapar uno lleno y redondo, de aquellos de los cuales decía que estaba el cañón hasta la boca.

—¡Esta es la firma!

Todos, incluso Beeú, rieron la gracia. ¡Ah! ¡no se aburrían aquella noche en el castillo!

Por aquella época hizo Jesucristo una amistad. Escondiase una noche en un foso para dejar que pasasen los gendarmes, y encontró en el fondo á un mocetón que ocupaba ya el sitio, poco deseoso de que lo vieran, y hablaron. Era un buen vagabundo, Leroi, llamado cañón; un carpintero que había abandonado á París hacía dos años á consecuencia de historias desagradables, y que prefería vivir en los campos, rodando de pueblo en pueblo, pasando ocho días aquí y otros ocho allá yendo de una granja á otra ofreciendo sus servicios, cuando los maestros no lo necesitaban. Ahora el trabajo iba mal, y mendigaba por los caminos, viviendo de legumbres y frutas robadas, echado de todas partes, y feliz cuando se le dejaba dormir en un pajar.

Preciso es decir que su aspecto no era para inspirar confianza; cubierto de andrajos, sucio, feo, comido por la miseria y por los vicios; el rostro tan descarnado y tan amarillento, erizado por una barba clara, que las mujeres sólo con verlo cerraban puertas y ventanas. Y lo que era peor, decía atrocidades, hablaba de degollar á los ricos, de darse un festín cualquier día con el vino y las mujeres de los demás: amenazas lanzadas con voz sombría y los puños en el aire; teorías revolucionarias aprendidas en los arrabales de París; reivindicaciones sociales fluyendo en frases inflamadas, cuya ola dejaba estupefactos y espantados á los campesinos. Hacía dos años, las gentes de las granjas le habían visto llegar á la caída de la tarde, pidiendo el rincón de un pajar para dormir; sentábase cerca del fuego, y les helaba á todos la sangre con las palabras espantosas que decía; desaparecía al día siguiente para reaparecer á los ocho, á la misma hora triste del crepúsculo, con las mismas profecías de ruina y de muerte. Por esto le echaban de todas partes: tanto terror y cólera inspiraba la vista de aquel hombre.

Jesucristo y Cañón se entendieron en seguida.

—¡Ah!—exclamó el primero;—¡cuánto me pesa no haberlos degollado á todos en Cloyes el 48!... Vamos á beber un trago.

Y se le llevó al castillo y lo hizo dormir con él, lleno de deferencias á medida que el otro hablaba, sintiéndole superior y con ideas para rehacer la sociedad de un golpe. Al día siguiente se fué Cañón. Quince días después reapareció, y se volvió á marchar al obscurecer. Y desde entonces, de cuando en cuando caía en el castillo, comía y dormía como

en su casa, jurando siempre que los burgueses serían exterminados antes de seis semanas. Una noche que el padre estaba en acecho, quiso gozar á la hija; pero la Trouille, indignada, roja de vergüenza, le arañó y le mordió de tal modo, que tuvo que dejarla. ¿Por quién la tomaba aquel viejo?

Fouan tampoco quería á Cañón, á quien acusaba de ser un vago y de querer cosas que llevan á un patíbulo. Cuando aquel tunante estaba allí, el viejo se ponía triste, hasta el punto de irse afuera á fumar su pipa. Por otra parte, la vida se hacía de nuevo desagradable para Fouan, y no estaba tan á gusto en casa de su hijo desde que los dividía una historia desagradable. Hasta entonces Jesucristo no había vendido las tierras de su lote, terrón á terrón, más que á su hermano Buteau y á su cuñado Delhomme; y cada vez Fouan, cuya firma era necesaria, la daba sin decir nada, desde el momento en que todo quedaba en la familia. Pero he aquí que se trataba de un último pedazo, sobre el cual el cazador había tomado un préstamo; un trozo que el acreedor hablaba de tomar porque no se le pagaban los intereses convenidos. El señor Baillehache, consultado, había dicho que había que vender la tierra y en seguida, sino querían que se la comiera la curia. Lo malo era que Buteau y Delhomme rehusaban comprarla, furiosos de que el padre se dejase desollar en casa de aquel perdido. Y el campo iba á ser vendido judicialmente, y aquel sería el primer trozo que saliera de la familia. El viejo no dormía. ¡Aquella tierra que su padre y su abuelo habían ganado y reunido con tanto trabajo; aquella tierra poseída y guardada

celosamente como una mujer propia; verla deshacerse así en los procesos, bajar de precio, pasar á poder de otro, de un vecino, por la mitad de su precio! Y se estremecía de rabia, teniendo el corazón tan desgarrado, que sollozaba como un niño. ¡Ah! ¡aquel cochino de Jesucristo!

Y hubo escenas terribles entre el padre y el hijo. Por lo demás, este último no respondía nada y dejaba al otro deshacerse en reproches y en gemidos.

—Sí, eres un asesino; esto es como si tú cogieras un cuchillo y me cortaras un pedazo de carne. ¡Un campo tan bueno, que no hay otro mejor! ¡Un campo que lo produce todo sólo con soplar! Menester es que seas un canalla y un cobarde, para no cortarte el cuello antes de dejar que pase á poder de otro.... ¡Sí, á otro! esta idea me enciende la sangre.... Tú no tienes sangre en las venas, ¡borracho!.... Y todo porque te has bebido la tierra; ¡cochino!

Luego, cuando la fatiga le ahogaba y caía rendido, el otro respondía tranquilamente:

—¡Vaya una tontería, atormentarse de ese modo! Pegad contra mí, si eso os consuela; pero tened más filosofía. Y bien, ¿qué? ¡La tierra no es cosa que se pueda comer! Si se os sirviera en un plato, ¡buen gesto hariais! Si he tomado dinero sobre ella, es porque esta es mi manera de hacer dinero, y lo que queda se venderá, y bien vendido, por mi patrón Jesucristo; y lo que nos den nos lo comeremos y beberemos; ésta es la verdadera sabiduría. ¡Dios mío! tiempo hay de poseer la tierra cuando uno se muera.

En lo que el padre y el hijo estaban de acuerdo

era en odiar al alguacil, al señor Vimeux, que se encargaba de las comisiones que no quería su compañero de Cloyes, y que se atrevió una tarde á traer al castillo una citación á juicio. Vimeux era un hombrecillo sucio y de barba roja. Vestido siempre de caballero, con sombrero y levita y unos pantalones negros llenos de manchas, era célebre en el país por las palizas que le daban los campesinos siempre que se presentaba á ellos de oficio y lejos de todo socorro.

Precisamente volvía Jesucristo con su fusil; y el tío Fouan, que fumaba su pipa sentado en un tronco de árbol, le dijo lleno de cólera:

—¡He aquí le deshonra que nos traes, perdido!

—Ahora veréis—murmuró el cazador apretando los dientes.

Pero al verle con su fusil, Vimeux se había detenido á unos treinta pasos, temblando de miedo.

—Señor Jesucristo—dijo con voz temblorosa—vengo á aquel asunto..... Y aquí dejo esto..... ¡Buenas tardes!

Había dejado la citación sobre una piedra y retrocedía vivamente, cuando el otro le gritó:

—Oye tú, cagatintas, será menester que yo te enseñe educación..... ¿Quieres darme ese papel?

Y como el miserable, paralizado por el miedo, no se atreviese ni á avanzar ni á retroceder, se echó el fusil á la cara.

—Te pego un tiro si no te marchas en seguida..... Vamos, coge ese papel, y largo de aquí..... ¡Pero á escape, ó disparo!

Sobrecogido y pálido, el alguacil se tambaleaba, implorando con una mirada al tío Fouan.

Este seguía fumando tranquilamente su pipa, en su feroz odio contra la curia y aquel hombre que la representaba á los ojos de los campesinos.

—¡Avanza, ó disparo! Para como estamos..... Dame ese papel..... No, con la punta de los dedos no; cortésmente y de buena gana..... Así está bien.

Vimeux, paralizado por aquella amenaza, no se atrevía á moverse.

—Ahora, vuélvete.

Pero como no se moviese:

—¡Vuélvete, ó te vuelvo!

Vimeux comprendió que había que resignarse, y volvió su espalda. El otro, entonces, le dió un puntapié con tal fuerza, que le tiró de boca.

El alguacil se levantó con trabajo y echó á correr, oyendo este grito:

—¡Atención! ¡que tiro!

Jesucristo levantó la pierua, y, ¡pan! soltó uno tan sonoro, que Vimeux, aterrado por la detonación, cayó de nuevo. Levantóse y siguió corriendo; y detrás de él continuaban las detonaciones, ¡pan! ¡pan! ¡pan! como un fuego graneado, en medio de grandes risas. Corriendo por la pendiente como un insecto saltador, estaba ya á cien pasos y todavía los ecos repetían el cañoneo de Jesucristo. Todavía sonó uno formidable cuando Vimeux ganaba las primeras casas de Rognes. La Trouille, que había acudido al ruido, se apretaba los ijares tendida en el suelo, cacareando como una gallina. El tío Fouan se había quitado la pipa de la boca para reír mejor. ¡Ah! ¡qué Jesucristo más gracioso!

A la semana siguiente tuvo, sin embargo, el

viejo necesidad de dar su firma para la venta de la tierra. El señor Baillehache tenía un comprador, y lo más prudente era seguir su consejo. Se decidió que el padre y el hijo irían á Cloyes el tercer sábado de Septiembre, víspera de San Lubin, una de las fiestas del pueblo. Precisamente el padre, que desde Julio tenía que cobrar la renta de los títulos que ocultaba, aprovecharía el viaje dejando á su hijo en medio de la fiesta. Irían y volverían á pie.

Como Fouan y Jesucristo, á las puertas de Cloyes, esperaban que pasara un tren delante de la valla del paso á nivel, se les reunieron Buteau y Elisa que llegaban en su carro. En seguida comenzó una disputa entre los dos hermanos y se llenaron de injurias hasta que fué abierta la valla; y todavía, del otro lado, aun se volvía Buteau para gritar cosas que no son para dichas.

—¡Anda, canalla, yo alimento á tu padre!—gritó Jesucristo con todas sus fuerzas, haciendo un portavoz con sus dos manos.

En la calle Gronaise, en casa del señor Baillehache, Fouan pasó un mal rato: el estudio estaba lleno, pues todo el mundo utilizaba el día de mercado, y tuvo que esperar cerca de dos horas. Recordó el sábado en que había venido á decidir la participación: más valía que se hubiera ahorcado aquel día. Cuando al fin los recibió el notario y llegó el momento de firmar, el viejo buscó sus gafas y las limpió; pero sus ojos llenos de lágrimas las empañaban, y su mano temblaba hasta el punto de que hubo necesidad de sujetarle la mano sobre el papel para que pudiera garabatear su nombre. Y esto le costó tan gran esfuerzo, que sudaba y

miraba alrededor suyo, como después de una operación quirúrgica, como si la hubieran cortado la pierna y la buscara. El señor Baillehache sermoneaba severamente á Jesucristo, y los despidió con una disertación sobre la ley: la cesión de bienes era inmoral, y se llegaría seguramente á elevar los derechos para impedir que sustituyese á la herencia.

Fuera, en la calle Mayor, á la puerta del Buen Labrador, Fouan dejó á Jesucristo en medio del tumulto del mercado; y por otra parte, éste, que ya andaba de broma, no puso inconveniente, sospechando de qué se trataba. En seguida, en efecto, el viejo se encaminó á la calle Beaudonniere, donde el señor Hardy, el recaudador, habitaba una linda casita con jardín. Era un hombre grueso, colorado y jovial, de barba negra bien peinada, y muy temido de los campesinos. Recibía en un pequeño despacho dividido por una balaustrada. Con frecuencia había allí bastante gente, pero en aquel momento no había nadie más que Buteau que llegaba en aquel momento.

Jamás se decidía Buteau á pagar sus contribuciones de una vez. Cuando recibía la papeleta en Marzo, se ponía de mal humor para ocho días. Iba pagando impuesto por impuesto, y esperaba todo lo que podía ganando tiempo. Hacía los pagos todos los meses cuando venía al mercado, y cada mes comenzaba para él la misma tortura: caía enfermo la víspera, y llevaba su dinero como hubiera llevado su cuello á la guillotina. ¡Ah, maldito Gobierno, que robaba á todo el mundo!

—¡Calla! ¡sois vos!—dijo alegremente el señor

Hardy. Habéis hecho bien en venir, porque os iba á poner costas.

—¿Es lo único que hubiera faltado!—gruñó Buteau. Y ya sabéis que no pago los seis francos que me habéis aumentado..... No, no, eso no es justo.

El recaudador se echó á reír.

—¿Vamos á comenzar ya? Todos los meses venís con la misma canción. Ya os he explicado que vuestra renta ha aumentado. Todavía no pagáis lo que debierais.

Pero Buteau se defendió violentamente. Sí, sí, ¡perecer su renta! Lo mismo que su prado, que se lo iba comiendo el río. Y sin embargo, seguía pagando como si no. ¿Era esto justo? El señor Hardy contestó tranquilamente que el catastro no era cosa suya y que había que esperar una rectificación. Y con pretexto de explicarle esto, le mareó con cifras, con palabras técnicas, de las cuales el otro no comprendía nada. Y acabó por decir:

—Después de todo, no paguéis si no queréis. Os enviaré el alguacil.

Buteau, asustado, ocultó su rabia. Cuando no se es el más fuerte, no hay más remedio que ceder; y su odio secular acababa de agrandarse con el miedo contra ese poder obscuro y complicado que sentía encima de sí: la administración, los tribunales, esos canallas burgneses, como él decía. Lentamente sacó la bolsa. Sus gruesos dedos temblaban; había recibido muchos cuartos en el mercado, y sentaba las monedas una á una antes de soltarlas. Tres veces hizo la cuenta, lo reunió todo en cobre, lo que le desgarraba todavía más el corazón, porque ábultaba más lo que entregaba. Al fin, con la

vista turbada, veía al recaudador embolsarse la suma, cuando apareció el tío Fouan.

El viejo no había conocido á su hijo por detrás, y se quedó sorprendido cuando éste se volvió.

—¿Qué tal, señor Hardy? ¿Va bien?..... Pasaba por ahí, y me dije: voy á entrar á saludarle..... Ya casi no nos vemos.....

Buteau no se dejó engañar. Saludó y fuése apresuradamente; cinco minutos después entraba de nuevo como si se le hubiera olvidado preguntar algo, en el momento mismo en que el recaudador de contribuciones, al pagar los cupones, ponía delante del viejo el importe de un trimestre, setenta y cinco francos en monedas de cien sueldos. Sus ojos parecieron ir á salirse de sus órbitas; pero fingió no enterarse, evitando hasta mirar á su padre, fingiendo que no le había visto poner el pañuelo encima de la mesa para tapar las monedas para luego ir las metiendo poco á poco en sus bolsillos. Esta vez salieron juntos, Fouan muy perplejo, mirando de reojo á su hijo; Buteau de muy buen humor y excesivamente cariñoso. Ya no quiso separarse de él, y se empeñaba en llevarlo en su propio carro; y le acompañó hasta el Buen Labrador, donde encontraron á Jesucristo con el pequeño Sabot, un viñador de Brinqueville, otro bromista famoso que también ventoseaba que era un portento. Al encontrarse los dos habían apostado dos litros de vino á ver quién apagaba más velas. Excitados por las risas de todos sus amigos, habían entrado en el cuarto de detrás del mostrador. Todos formaron círculo; uno funcionaba á la derecha, el otro á la izquierda, con los pantalones desabrochados y caídos, el trasero sacado y cada cual apa-

gando las velas que les ponían al alcance. Sabot ya había apagado diez, y Jesucristo solamente nueve, porque una vez le faltó la respiración. Se mostraba muy enfadado, porque se trataba de su reputación. ¡Valiente, ahí! ¿Cómo había de dejar Rognes que lo derrotase Brinqueville? Y sopló como jamás fuelle de fragua había soplado: ¡nueve! ¡diez! ¡once! ¡doce! Uno de Cloyes que estaba encendiendo la vela estuvo á punto de ser arrastrado también. Sabot difícilmente llegaba á diez, abatido ya, derrotado por completo, cuando Jesucristo, vencedor, soltó dos más por extraordinario.

—¡Ah qué Jesucristo éste! ¡Es lo que se llama un fenómeno! ¡Debian darle una medalla!

Todos chicheaban y reían á carcajadas. Había en el fondo envidia y admiración, porque la verdad es que se necesitaba para aquello una constitución especial para ventosear de aquel modo y soltar las ventosidades á voluntad.

Entre todos se bebieron los dos litros de vino apostados, y la fiesta duró dos horas sin que se hablara de otra cosa.

Buteau, mientras su hermano se volvía á poner los calzones, le había dado una palmada en el muslo, y la paz parecía hacerse entre los dos al cabo de aquella victoria, cuya gloria reflejábase en toda la familia.

El tío Fouan, rejuvenecido, relataba un cuento de su infancia, del tiempo en que los cosacos entraron en la Beauce; sí, un cosaco que se había dormido con la boca abierta á la orilla del Aigre, y al cual le había ventoseado con tal acierto, que de seguro hizo que se lo tragase.

Cuando el mercado terminó, todos se fueron borrachos como cubas.

Entonces sucedió que Buteau se llevó en su carro á Fouan y á Jesucristo. También Elisa, á la cual había hablado su marido al oído, se mostró muy complaciente y cariñosa. Ella y Buteau rivalizaban en darle pruebas de afecto aquella tarde. Pero el mayor, que iba reponiéndose de la borrachera y serenándose, empezó á hacer reflexiones. Para que su hermano fuese tan amable, era preciso que hubiese descubierto algo bueno en casa del recaudador de contribuciones. Y era necesario estar en guardia y prevenido. ¡Ah, no! Si hasta entonces él, Jesucristo, tan borrachón y descuidado, había tenido la delicadeza de respetar los ahorros de su padre, lo que es en lo sucesivo procuraría que no se le escapasen y que volvieran á casa de otro cualquiera. Él pondría la cosa en orden, dulcemente y á buenas, sin incomodarse, puesto que la familia estaba reconciliada.

Cuando llegaron á Rognes, y el viejo quiso bajar del carro, los dos mozos se precipitaron, rivalizando en deferencia y cariño.

—Padre, apoyaos en mí.

—Padre, dadme la mano.

Le recibieron en sus brazos y le dejaron suavemente en el suelo. Y él, entre los dos, permanecía inmóvil, sorprendido, y al fin, sin dudar y con la certidumbre de una cosa.

—¿Qué demonios os pasa para quererme hoy tanto?

Sus cuidados le asustaban. Hubiese preferido verlos como de ordinario, brutales é irrespetuosos. ¡Ah! ¡maldita suerte! ¡Ahora que sabían que tenía

cuartos en el bolsillo, iban á comenzar los disgustos por otro lado. Volvió al castillo desesperado.

Precisamente Cañón, que no había parecido desde hacía dos meses, estaba allí, sentado en una piedra, esperando á Jesucristo. Cuando le vió á lo lejos le gritó:

—¡Eh! ¡tú! tu hija está en el bosque con un hombre encima.

El padre estuvo á punto de morir de indignación; la sangre se le subió al rostro y gritó furioso:

—¡Cómo me deshonra esa cochina!

Y descolgando el látigo que tenía detrás de la puerta, bajó rápidamente la empinada cuesta y llegó al bosquecillo. Pero los gansos le servían de fieles centinelas cuando la Trouille estaba con algún hombre. En seguida el guía, al ver al padre, alargó el pescuezo y á la cabeza de la bandada se acercó hacia donde estaba su ama. Con las alas en movimiento y el cuello estirado, silbaba, produciendo una amenaza continua y estridente, en tanto que los otros, desplegados en orden de batalla, alargaban también los cuellos, abrían desmesuradamente sus enormes picos amarillentos y se disponían á morder. El látigo chasqueaba, y por entre las hojas oyóse el huir precipitado de los animales. La Trouille, advertida á tiempo, escapaba también.

Cuando Jesucristo descolgó el látigo, sintióse acometido de una gran tristeza filosófica. Acaso la desvergonzada terquedad de su hija le hacía compadecer las pasiones humanas. Acaso también sentía la reacción de la gloria ocasionada por su triunfo de Cloyes. Sacudió sus descuidadas mele-

nas de Cristo viejo y de borracho sempiterno, y dijo á Cañón:

—¿Quieres que te diga una cosa? pues todo esto no vale un pedo.

Y levantando la pierna, en medio de la semi-obscuridad, soltó uno desdeñoso y potente como para hundir con él la tierra.

IV.

Eran los primeros días de Octubre; iba á comenzar la vendimia; hermosa semana de alegría y de paz, durante la cual las familias desunidas se reconciliaban de ordinario alrededor de los barriles de vino nuevo.

Rognes estaba comiendo uvas desde hacía ocho días; tanto se comían, que las mujeres se remangaban las faldas y los hombres se bajaban los calzones al pie de todos los árboles; y los enamorados, llenas sus caras de mosto, se besaban y achuchaban en las viñas. Todo aquello concluía en que muchos hombres se emborrachaban y muchas mujeres se quedaban embarazadas.

Al otro día de su excursión á Cloyes, Jesucristo se puso á buscar los ahorros de su padre. Puesto que probablemente el viejo no llevaba siempre consigo su dinero y sus títulos, claro está que los tendría escondidos en algún agujero. Pero por más que la Trouille ayudó á su padre, revolvieron al principio la casa sin haber podido encontrar nada, á pesar de su buena nariz de merodeadores, y hasta la semana siguiente no fué cuando el cazador furtivo, por casualidad, al bajar de una tabla una

cuartos en el bolsillo, iban á comenzar los disgustos por otro lado. Volvió al castillo desesperado.

Precisamente Cañón, que no había parecido desde hacía dos meses, estaba allí, sentado en una piedra, esperando á Jesucristo. Cuando le vió á lo lejos le gritó:

—¡Eh! ¡tú! tu hija está en el bosque con un hombre encima.

El padre estuvo á punto de morir de indignación; la sangre se le subió al rostro y gritó furioso:

—¡Cómo me deshonra esa cochina!

Y descolgando el látigo que tenía detrás de la puerta, bajó rápidamente la empinada cuesta y llegó al bosquecillo. Pero los gansos le servían de fieles centinelas cuando la Trouille estaba con algún hombre. En seguida el guía, al ver al padre, alargó el pescuezo y á la cabeza de la bandada se acercó hacia donde estaba su ama. Con las alas en movimiento y el cuello estirado, silbaba, produciendo una amenaza continua y estridente, en tanto que los otros, desplegados en orden de batalla, alargaban también los cuellos, abrían desmesuradamente sus enormes picos amarillentos y se disponían á morder. El látigo chasqueaba, y por entre las hojas oyóse el huir precipitado de los animales. La Trouille, advertida á tiempo, escapaba también.

Cuando Jesucristo descolgó el látigo, sintióse acometido de una gran tristeza filosófica. Acaso la desvergonzada terquedad de su hija le hacía compadecer las pasiones humanas. Acaso también sentía la reacción de la gloria ocasionada por su triunfo de Cloyes. Sacudió sus descuidadas mele-

nas de Cristo viejo y de borracho sempiterno, y dijo á Cañón:

—¿Quieres que te diga una cosa? pues todo esto no vale un pedo.

Y levantando la pierna, en medio de la semi-obscuridad, soltó uno desdeñoso y potente como para hundir con él la tierra.

IV.

Eran los primeros días de Octubre; iba á comenzar la vendimia; hermosa semana de alegría y de paz, durante la cual las familias desunidas se reconciliaban de ordinario alrededor de los barriles de vino nuevo.

Rognes estaba comiendo uvas desde hacía ocho días; tanto se comían, que las mujeres se remangaban las faldas y los hombres se bajaban los calzones al pie de todos los árboles; y los enamorados, llenas sus caras de mosto, se besaban y achuchaban en las viñas. Todo aquello concluía en que muchos hombres se emborrachaban y muchas mujeres se quedaban embarazadas.

Al otro día de su excursión á Cloyes, Jesucristo se puso á buscar los ahorros de su padre. Puesto que probablemente el viejo no llevaba siempre consigo su dinero y sus títulos, claro está que los tendría escondidos en algún agujero. Pero por más que la Trouille ayudó á su padre, revolvieron al principio la casa sin haber podido encontrar nada, á pesar de su buena nariz de merodeadores, y hasta la semana siguiente no fué cuando el cazador furtivo, por casualidad, al bajar de una tabla una

manita vieja que ya no usaban, descubrió dentro un legajito de papeles envuelto cuidadosamente en la engomada tela del forro de un sombrero; pero no había ni una sola moneda. Sin duda el dinero estaría en otra parte; debía haber un magnífico montón, porque desde hacía cinco años el viejo no gastaba nada. Aquellos eran títulos y representaban trescientos francos de renta al cinco por ciento.

Jesucristo, al contarlos y volverlos á contar entre sus trémulas manos, dejó caer otra hoja; pero ésta era de papel sellado, lleno de renglones muy claros y de letra muy grande, la lectura de la cual lo dejó estupefacto. ¡Ah, diablo! Ya estaba el pastel descubierto; ya se sabía dónde iba á parar el dinero.

¡Una historia de los demonios! Un mes después de haber repartido su hacienda entre sus hijos, el viejo había caído enfermo á consecuencia sin duda de la desesperación y tristeza que le causaba el pensar que ya no tenía ni un cuarto ni nada que le perteneciese. Entonces fué cuando deseoso de poseer algo otra vez, cometió una estupidez, la estupidez de firmar una escritura en virtud de la cual el tío Salchicha le dejaba una tahulla de tierra cuando se muriese, á cambio de que mientras viviera le entregara él al tío Salchicha quince sueldos diarios. ¡Firmar semejante cosa á los setenta y seis años, y con un hombre que tenía diez menos que él!

Es verdad que el tío Salchicha había tenido buen cuidado de meterse por aquellos días en la cama y de toser mucho, si bien tan pronto como la escritura estuvo hecha se encontró muy aliviada.

do, y desde entonces á la fecha, en los cinco años transcurridos no había vuelto á tener un dolor de cabeza.

Por un momento Jesucristo tuvo tentaciones de quitárselo todo, los títulos y la escritura; pero le faltó valor, porque después de semejante golpe, era necesario escapar del pueblo. Y furioso volvió á dejarlo todo en su sitio, pero su exasperación era tan grande que no pudo contener la lengua, y al día siguiente todo Rognes conocía lo de los quince sueldos diarios al bribón del tío Salchicha. La cosa ascendía durante los cinco años á mil cuatrocientos francos. Se burlaban de Fouan, pero así y todo, cuando lo supieron rentista, él, á quien nadie hacía caso cuando creían que no le quedaba más que el pellejo, fué de nuevo saludado con respeto y considerado.

La familia sobre todo varió mucho. Fanny, cuyas relaciones con su padre eran muy frías, se apresuró á visitarle y á llevarle camisas viejas de Delhomme, aunque sin conseguir que su padre, ofendido todavía por el recuerdo de lo que le había ocurrido con ella, la recibiese bien.

Cuanto á Buteau, dejó á todos asombrados cuando vieron que se presentaba un día en el castillo con el único propósito, según dijo, de hacer una visita á su padre. Jesucristo, con mucha sorna, sacó la botella del aguardiente y brindaron. Pero su buen humor se convirtió en estupefacción cuando le vió colocar encima de la mesa dos monedas de cien sueldos y oyó decir á su hermano:

— Padre, hay que arreglar nuestras cuentas....; Aquí está el último trimestre de la renta.

Pero en seguida, apartando el dinero de la ma-

no del viejo que se acercaba por cogerlo, añadió:
—¡No! ¡os las enseño para que veáis que las tengo..... Pero os las guardo yo; ya sabéis dónde os esperan.

Jesucristo comenzó á abrir ojo y á enfadarse.

—Oye tú, ¿á qué vienes á fastidiar á papá?

Pero Buteau en seguida tomó la cosa á broma.

—¡Cómo! ¿estás celoso? ¿Pues qué, no podía padre vivir una semana contigo y otra conmigo y sería lo más natural? ¡Eh! ¿por qué no os cortáis en dos pedazos, padre?..... ¡Entretanto, á vuestra salud!

Al marcharse les invitó á ir al día siguiente á la vendimia de sus viñas, prometiéndoles que se comerían todas las uvas que les cupiesen en la barriga. Ellos le acompañaron hasta el recodo de la carretera por dar un paseo al mismo tiempo.

En el camino encontraron al señor y á la señora de Charles, que entraban acompañados de Elodia en su propiedad de Rosa Blanca, después de un paseo por la orilla del Aigre. Los tres iban de luto por la muerte de Estrella, que llamaban á la madre de la muchacha, fallecida en Julio y muerta de pena, pues según decía la señora de Charles, á su vuelta de todos sus viajes á Chartres la pobreilla se quitaba la vida trabajando por mantener la reputación del establecimiento de la calle de los Judíos, en la cual casi no pensaba el bribón de su marido.

En seguida Buteau los convidó á la vendimia, pero ellos se negaron á causa del luto. Tenían caras tristes y gestos lentos, y meneos de cabeza verdaderamente desesperados. Todo lo que aceptaron fué la invitación para probar el vino nuevo.

—Y eso por distraer á esta pobre niña— declaró la señora de Charles. —¡Tiene aquí tan pocas diversiones desde que la hemos sacado del convento! ¿Qué queréis? ¡Tiene diez y siete años y no puede estar toda la vida yendo á clase!

Elodia escuchaba con los ojos bajos y las mejillas invadidas por el rubor sin razón para ello. Estaba muy alta, muy delgada y con la palidez de un lirio que vegeta á la sombra.

—¿Y qué vais á hacer con esta muchacha que está hecha toda una mujer ya?— preguntó Buteau.

Ella se puso más colorada todavía, mientras su abuela contestaba:

—¡Caramba! todavía no lo sabemos. Que ella consulte consigo misma y la dejaremos en libertad de hacer lo que quiera.

Pero Fouan, que había cogido aparte á Charles, le preguntaba con interés:

—¿Cómo va el negocio?

Él se encogió de hombros con ademán desesperado.

—¡Ah diablo! precisamente esta mañana he estado hablando con uno de Chartres, y por eso estamos tan aburridos.... ¡Aquella es una casa muerta! La gente se pega por los corredores, y algunos ni siquiera pagan; de tal suerte está abandonada la vigilancia. ¿Y creeréis que ahora el muy miserable de mi yerno va al café? ¡Al café, cuando tiene uno en su casa!

—Entonces se acabó todo— dijo Jesucristo, que escuchaba la conversación.

Callaron, porque se aproximaba la señora de Charles con Elodia y Buteau. Los tres hablaban

de la difunta, y la joven decía que estaba muy triste por no haber podido abrazar á su pobre mamá. Luego añadió con candidez:

— Pero parece que la desgracia ha sido tan repentina á causa de lo mucho que había que trabajar en la confitería....

— Sí, para los bautizos — se apresuró á decir la señora de Charles guiñando los ojos á los otros.

Nadie se había sonreído porque todos compadecían á la huérfana; y ésta, cuya mirada se había fijado en una sortija que llevaba puesta, la besó respetuosamente y en silencio.

— ¡Esto es todo lo que me han dado de ella!.... La abuela se la quitó del dedo para ponerla en el mío.... Ella la llevó veinte años, y yo la guardaré toda mi vida....

— Cuando la hayas usado tanto como tu madre, podrás descansar tranquila — dijo el señor Charles acometido de un repentino acceso de emoción.... Si pudiese hablar, te diría cómo se gana dinero con orden y trabajo.

Elodia, llorando, había puesto otra vez sus labios en la sortija.

— Mira — le dijo la señora de Charles — quiero que te sirva de anillo de las arras cuando te cases.

Pero al oír esta frase, á la idea del matrimonio, la joven, en su enternecimiento, experimentó una sacudida tan fuerte, tal exceso de confusión, que se arrojó á los brazos de su abuela para esconder la cara. Esta la calmó sonriendo.

— Vamos, tontuela, no te avergüences.... Es menester que te acostumbres á pensarlo, porque

casarse no es ninguna cosa fea. Está segura de que en presencia tuya no diría yo nada que lo fuese.... Tu primo Buteau preguntaba ahora poco qué íbamos á hacer contigo. Pues empezaremos por casarte.... Vamos, vamos, mírame, no te frotes la cara contra mi vestido.

Y luego, con cara satisfecha, y dirigiéndose á los otros, añadió:

— ¿Eh? ¿qué tal? ¡Esto se llama educar muchachas! ¡No sabe nada de nada!

— ¡Ah! si nouviésemos este ángel, sufriríamos mucho á causa de lo que estaba diciéndoos.... Con el recuerdo de lo que allí pasa, mis rosales y mis claveles se han echado á perder este año, y mi pajarera está tan desentendida, que todos los pájaros están enfermos. Solamente la pesca me consuela un poco.... Ayer cogí una trucha que pesaba tres libras, ¿no es verdad? Cuando uno vive en el campo es para vivir tranquilo y feliz.

Se separaron después de despedirse. Los Charles repitieron su promesa de ir á probar el vino. Fouan, Buteau y Jesucristo dieron algunos pasos en silencio, y luego el viejo resumió la opinión de los tres en estas palabras:

— ¡Buena ganga será para el bribón que la pesque, con aquella casa puesta y aquel negocio montado ya!

Beccú, que á las funciones de guarda de campo unía la de pregonero, había tocado el tambor por el pueblo anunciando el comienzo de la vendimia, y el lunes por la mañana todo el pueblo tenía que estar en las viñas, porque no había nadie que no tuviese algunas cepas, ni familia que no tuviese que trabajar aquel día á orillas del Aigre. Pero lo

que acababa de emocionar al pueblo es que el cura nuevo, un cura que Rognes se permitía el lujo de tener, se había apeado de un carro á la puerta de la iglesia. Era el anochecer, y estaba ya tan oscuro, que no habían podido verlo bien, y por lo mismo las lenguas no se dieron punto de reposo, por lo mismo que la cosa daba poco de sí para hablar.

Después de su pelea con los de Rognes, el padre Godard, durante muchos meses, se negó á poner de nuevo los pies en el pueblo. Bautizaba, confesaba y casaba á los que iban á buscarlo á Bezoches-le-Doyen; sabe Dios lo que hubiera sucedido con los muertos, porque durante ese tiempo parece que los habitantes del pueblo se habían dado de ojo para no morir ninguno. Había declarado á monseñor el Obispo que prefería que lo matasen á llevar otra vez su persona de ministro de Dios á un pueblo de abominación, donde era tan mal recibido, donde había tanto borracho y tanto ladrón y donde todos estaban condenados desde que no creían en el diablo; y monseñor lo sostenía evidentemente y dejaba tan las cosas con la esperanza de que al fin hubiese contrición entre aquellas ovejas descarriadas. Así es que Rognes estaba sin cura, sin misa y sin nada: en estado salvaje. Al principio la gente se preocupaba, pero luego ¡qué demonio! se convencieron de que todo iba lo mismo y que hasta era una economía para el Ayuntamiento. Y de deducción en deducción, muchos llegaron á la consecuencia de que mejor era pasarse sin cura. Muchos eran de esta opinión, no sólo las malas cabezas como Lengaigne, sino también los hombres de buen sentido y que sabían calcular.

Naturalmente, el Consejo municipal se ocupó en el asunto. El alcalde Hourdequin, que, sin practicar, era religioso por amor al principio de autoridad, cometió la falta de no adoptar un partido resueltamente, y sucedió que Macqueron el teniente, antiguo enemigo de la sotana, se puso á la cabeza de los descontentos porque el pueblo se veía sin cura. El tal Macqueron debió concebir la idea de derrocar al alcalde para ocupar su puesto; y se decía también que era agente del señor Rochefontaine, el fabricante de Chateaudun, que iba á presentarse nuevamente enfrente del señor de Chedeville en las próximas elecciones. Precisamente por entonces Hourdequin, cansado, lleno de preocupaciones en la granja, se ocupaba poco de las cosas del Ayuntamiento y dejaba que el secretario hiciese lo que quisiera; de tal suerte, que pronto todo el Municipio se halló al lado de éste para votar los fondos necesarios para la creación de una parroquia en el pueblo. Solamente Lengaigne protestó contra la votación que entregaba el país á los jesuitas; pero nada, los albañiles fueron al presbiterio, y en pocos días dejaron habitable la medio derruido casa del cura.

Al amanecer, todos los carros salieron para las viñas, cargados cada cual con cuatro ó cinco toneles vacíos y con mujeres, jóvenes y viejas, que llevaban sus correspondientes cestas, en tanto que los hombres iban á pie, y de carro á carro hablaban y bromeaban entre gritos y carcajadas.

El carro de Lengaigne iba precisamente detrás del de Macqueron, y Flora y Celina, que no se hablaban desde hacía seis meses lo menos, se diri-

gieron la palabra para festejar el acontecimiento del día.

La primera llevaba en su compañía á la de Becú, la otra á su hija Berta. Bien pronto la conversación recayó sobre el cura nuevo. Las frases, sacudidas por los tumbos de los carros, salían como disparadas y cruzaban el aire frío de la mañana.

—Yo lo he visto cuando estaba ayudando á que descargaran la maleta.

—¡Ah!.... ¿y cómo es?

—¡Caramba! ¡estaba tan obscuro!.... Me ha parecido muy alto, muy flaco, con una cara de cuaresma que se puede medir por varas.... Tendrá unos treinta años. El aspecto es dulce....

—Y según dicen, viene de vivir con los auverñeses, en las montañas donde siempre durante nueve meses del año hay nieve.

—¡Demonio! ¡qué bien se encontrará entre nosotros!

—Ya lo creo.... ¿Sabes que se llama Magdalena?

—No; Madeline.

—Bueno; aunque así sea, eso no resulta nombre de hombre.

—Tal vez vaya á vernos á las viñas. Macqueron prometió que le llevaría.

—¡Ah, diablos! pues hay que estar con cuidado para verle.

Los carros se iban deteniendo al pie de la colina en el camino que bordeaba la orilla del Aigre. Y en todas las viñas las mujeres estaban trabajando afanosas y los hombres vaciando las cestas que ellas llevaban á los toneles que iban en los ca-

rros. Cuando todos los toneles de un carro estaban llenos, se iban á descargar á los lagares y volvían á la viña para emprender de nuevo la misma tarea.

Pero el rocío era tan fuerte aquella mañana, que las faldas pronto se vieron mojadas. Felizmente hizo muy buen tiempo, y el sol las secó á la vez que alegraba á los hombres que reían y bromaban, y se desafiaban á quien dijera más desvergüenzas y porquerías de esas que desternillaban de risa á las muchachas.

—¡Caramba con Celina!—dijo Flora á la mujer de Becú, poniéndose de pie y mirando á la de Macqueron, que se hallaba en el plantío contiguo y que se mostraba tan orgullosa con su hija Berta, á causa de su cutis de señorita.—¡Ahí la tienes, que se va secando y poniéndose amarilla que es un portento!

—¡Caramba!—declaró la de Becú;—cuando no casa una á las hijas.... Hacen mal en no dársela al hijo del albéitar que la ha pedido.... Sobre todo tratándose de una que como ésta se destroza la salud y se mata entregándose á malas costumbres.

—Lo cual no impide que el maestro de escuela ande siempre detrás de ella.

—¡Caramba!—exclamó Flora;—ese Lequen es capaz de todo.... ¡Y ahí lo tenéis, ya llega para ayudarlas! ¡Buen pájaro está!

Callaron. Víctor, que había vuelto del servicio hacía escasamente quince días, cogía sus cestas y las iba vaciando en la carromata de Delfin, alquilada para la vendimia por Languigne, con el pretexto de que él no podía abandonar la tienda. Y Delfin, que no había salido nunca de Rognes,

abría la boca sorprendido delante de Víctor, más bromista y animado, y el cual estaba además desconocido por el bigote y la perilla que llevaba y la gorra de cuartel que tampoco había abandonado todavía. Pero no le tenía envidia, porque para él no había en el mundo nada tan hermoso como trabajar en el campo. Buena prueba de ello que por dos veces se había negado á ir á Chartres á probar fortuna como Ernesto.

—Pero, animal, ¿y cuando caigas soldado?

—¡Soldado!.... ¿Pues qué, no puedo sacar buen número?

Víctor varió de conversación, y guiñando el ojo y mirando á Berta, añadió con tono picaresco:

—Oye, ¿le ha salido pelo desde que yo me marché?

Delfin soltó una carcajada, porque el fenómeno de la hija de Macqueron seguía siendo la diversión de todos los muchachos del pueblo.

—¡Ah! no se lo he visto.... Tal vez le haya crecido por primavera.

—Pues yo no sería quien lo regara—dijo Víctor con una mueca de repugnancia.

Berta seguía en el plantío haciéndose la señorita. De pronto se interrumpió exclamando:

—¡Dios mío, qué vestido tiene!.... Bien me habían dicho que había venido anoche al mismo tiempo que el cura.

Era Susana, la hija de los Langaigue, que se arriesgaba á una aparición en su pueblo después de tres años de vida desenfundada en París. La sensación fué extraordinaria, porque se había puesto, para presentarse de improviso, un vestido azul magnífico. La admiración fué general por su ele-

gancia y por su belleza; las mujeres la miraban con envidia.

—Ahí la tenéis—decía Celina....—Flora cuenta á cuantos quieren oirla que su hija ha tenido criados y carruajes cuantos ha querido. Y será verdad, porque hay que ganar mucho dinero para ponerse esos corsés y esos vestidos tan ricos.

—¡Oh! esas tunantas ganan el dinero con facilidad—dijo Lequeu, que quería ser amable.

—¿Qué importa que así sea?—replicó Celina con amargura;—el caso es que lo tienen.

Pero en aquel momento, Susana, que había visto á Berta y que la reconoció como una de sus antiguas compañeras de las Hijas de María, se acercó á ella con amabilidad:

—Buenos días; ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias—respondió Berta, dominada por la influencia de la otra.

Aquel día los Langaigue vencían: era el saludo de las muchachas un verdadero bofetón para los Macqueron. Celina, fuera de sí, comparaba la delgadez y el mal color de su hija ya ajada con el buen aspecto de la hija de los otros, que estaba gruesa y guapa. ¿Era esto justo? Una puta que no hacía más que echarse encima hombres y más hombres y que no se fatigaba, y una joven virtuosa, tan estropeada de dormir sola como una mujer envejecida por tres ó cuatro partos. No, la honradez y buena conducta no se veía premiada, y maldito si valía la pena de ser mujer honrada en su casa.

Todas las vendimiadoras agasajaron á Susana. Ella besó á muchachos que habían crecido, y emocionó á los viejos recordándoles incidentes de la

vida pasada. Y es que el éxito todo lo justifica.

Al dar las doce todos dejaron el trabajo y se pusieron á comer pan y queso. Y no es que tuvieran apetito, porque estaban comiendo uvas desde el amanecer, sin cesar ni un momento; ya muchas personas habían tenido necesidad de retirarse detrás de un cercado. Cuando la que se iba era una muchacha, naturalmente se reían y bromeaban con ella, sin que nadie se enfadase, porque era la costumbre.

Estaban todos acabando el pan y el queso, cuando apareció á lo lejos Macqueron acompañando al padre Madeline, el nuevo cura del pueblo. Todos olvidaron á Susana, y ya nadie se acordó más que del cura. Francamente, la impresión no fué muy buena; pero él saludaba con afecto al pasar por delante de los plantíos, y como á cada persona dirigía una palabra de afecto ó una pregunta de interés, acabaron por sentir simpatías hacia él. Era bueno y amable, y ya le harían entrar en cintura mejor que al pícaro del padre Godard. Por detrás de él se burlaban. El cura había llegado á lo alto de la colina, y allí permanecía inmóvil contemplando la inmensidad llana y gris de la Beauce.

Precisamente allí estaban las viñas de Buteau, y Elisa y Francisca trabajando y Jesucristo, que no había dejado de llevar á su padre, estaba ya borracho de mosto, y como además la presencia del cura le excitó, empezó á ventosear de un modo insufrible.

—¡Animal, mal educado!—le gritó Buteau.— Espera al menos á que se vaya el señor cura.

Pero Jesucristo no aceptó la reprimenda y contestó con el tono más natural del mundo:

—No lo hago para él, sino por darme gusto á mi mismo.

Al lado estaba la viña de la Grande donde trabajaba su nieto Hilario, el cual, aprovechando una pequeña ausencia de su tía, se estaba poniendo el cuerpo hinchado de uvas.

—¡Cuidado con la tía!—dijo Buteau, yendo á sentarse un momento al lado de su padre, á quien seguía adulando desde que ya no era pobre;— cuando revienten todos, nos alegraremos! No está bien hecho eso de abusar así de un pobre idiota porque sea fuerte como una bestia de carga.

En seguida la emprendió con los Delhomme, que también tenían las cepas por allí cerca. Tenían las mejores viñas del pueblo, y muy grandes, puesto que ocupaban una docena de personas en la vendimia. Como estaban muy bien cuidadas las cepas, daban uvas que no podían compararse á las de ningún vecino, lo cual los tenía tan orgullosos, que no había quien los aguantara mientras duraba la vendimia. ¡No se les habrían roto las piernas por subir á saludar al padre, en vez de hacer como si no supiesen que él estaba allí! ¡Aquel Delhomme, siempre con el trabajo y la justicia á vueltas! ¡y aquella Fanny, siempre incomodándose por todo, exigiendo que se la adorara como á una imagen, sin apercibirse de las porquerías que hacía á los demás!

—La verdad, padre—continuó Buteau—es que yo os quiero de veras, mientras que mi hermano y mi hermana.... Ya sabéis que yo tengo el corazón muy ancho.

Y echó todas las culpas sobre Francisca, á la que Juan había trastornado la cabeza. Pero ella

estaba tranquila ahora. Como volviera á las andadas, ya le refrescaría él la sangre.

—Vamos, padre, ¿por qué no volvéis con nosotros?

Fouan quedó silencioso prudentemente. Esperaba que su hijo acabara de explicarse; mientras, no quería responder ni sí ni no. Entonces Buteau continuó, después de asegurarse de que su hermano estaba al otro extremo de las viñas:

—¿No es verdad? Vuestro sitio no está al lado de ese perdido de Jesucristo. Acaso una mañana se os encuentre asesinado.... Y por otra parte, yo os daré casa y comida y todo lo que sea menester, con la pensión.

El padre había abierto los ojos estupefacto. Pero como seguía sin hablar, el hijo quiso acabar de convencerle.

—¡Y vuestro café, y algún trago, y cuatro sueldos de tabaco!

Era demasiado, y Fouan tuvo miedo. Sin duda que no estaba muy bien en casa de Jesucristo; pero ¿y si comenzaban otra vez los disgustos en casa de Buteau?

—Hay que pensarlo—se contentó con decir, levantándose para terminar la conversación.

Se vendimió hasta el oscurecer. Los carros no cesaban de llevar toneles llenos y de traerlos vacíos. En las viñas, doradas por el sol poniente, bajo un cielo hermoso, se activa el trabajo en medio de la borrachera de mosto.

A Berta le ocurrió un accidente: la acometió un gran cólico, tan fuerte que ni aun pudo marcharse de allí; su madre y Lequeu tuvieron que taponarla mientras ella se acurrucaba allí mismo. Pero lo

vieron desde la pieza vecina. Victor y Delfin querían llevarla papel; pero se lo impidieron Flora y la Becú, porque hay ciertos límites que sólo salvan los mal educados. Se dió al fin la vuelta. Los Delhomme iban á la cabeza, la Grande obligaba á Hilario á tirar con el caballo, los Lengaigue y los Macqueron fraternizaban en la semiembriaguez que debilitaba su rivalidad. Lo que se notó sobre todo fueron las cortesías del abate Madeline y de Susana; él la creía sin duda una dama al verla mejor vestida; la acribillaba á miradas, marchando á su lado, y ella se hacía la interesante, preguntándole la hora de la misa del domingo. Detrás de ellos iba Jesucristo, que odiando las sotonas, volvía á sus bromas con una terquedad de borracho. A cada cinco pasos alzaba la pierna y soltaba uno. La muchacha se mordía los labios para no reír, y el sacerdote hacía como que no oía; y muy serios, acompañados de aquella música, continuaban cambiando ideas piadosas detrás de los vendimiadores.

Cuando llegaron á Rognes, Buteau y Fouan, avergonzados, trataron de imponer silencio á Jesucristo. Pero él seguía diciendo que el señor cura iba muy ocupado para incomodarse.

—¡Cuando os digo que esto no es para nadie, sino para mí solo!

A la semana siguiente, pues, fueron todos invitados á probar el vino en casa de los Buteau. Los Charles, Fouan, Jesucristo, cuatro ó cinco más, debían ir á las siete con objeto de comer antes. Durante el día Buteau había metido su vino en las botas de la bodega. Pero otros vecinos no estaban tan adelantados; uno de ellos, vendimiando

aún, estaba pisando uva completamente desnudo desde por la mañana. Otro armado de un palo cuidaba de la fermentación. Y así sucesivamente en cada una de aquellas casas andaba la gente dedicada á una operación distinta; pero en todo Rognes se manejaba vino, y de todas partes salía un olor tan fuerte al mosto, que por sí solo bastaba para emborrachar á la gente.

Aquel día, al salir del castillo, Fouan tuvo un presentimiento que le aconsejó quitar sus papeles de la marmita vieja donde los tenía escondidos. Mejor era llevarlos en el bolsillo, porque había observado que Jesucristo y la Trouille no hacían más que mirar al techo. Salieron muy temprano los tres juntos, y llegaron á casa de los Buteau al mismo tiempo que Charles con su mujer y su nieta.

La luna llena alumbraba de tal modo que parecía un verdadero sol, y Fouan, al volver al corral, notó que el borrico Gedeón, bajo el cobertizo, tenía la cabeza metida en un lebrillo. No le asombraba encontrarlo en libertad, porque el muy pícaro sabía levantar muy bien los picaportes con la boca; pero intrigándole aquel lebrillo, se aproximó y vió que era de la cueva y que estaba lleno de vino. ¡Tunante Gedeón! ¡y se lo bebía!

—¡Eh! Buteau, ven!..... Buena la está haciendo tu borrico!

Buteau apareció en el dintel de la cocina.

—¿Qué pasa?

—Ahí tienes, se lo ha bebido todo.

Gedeón en medio de aquellos gritos acababa de sorberse el líquido con tranquilidad. Acaso hacía un cuarto de hora que estaba bebiendo, porque el

lebrillo contenía muy bien unos veinte litros. Se lo había bebido todo, y parecía que su barriga iba á estallar; y cuando levantó la cabeza se vió su hocico brillante, en el cual una raya roja indicaba hasta donde lo había metido.

—¡Ah! ¡el tunante!— exclamó Buteau acudiendo. No hay vicioso como él.

Cuando le reprochaba sus vicios, Gedeón tenía la costumbre de enfadarse enderezando las orejas. Aquella vez, aturdido, perdiendo todo respeto, irguió su cuello para expresar la alegría sin remordimientos de su pillada; su amo le dió un empujón y vaciló.

Fouan tuvo que sostenerlo.

—¡Pero el cochino está borracho perdido!

—Borracho como un borrico, como se dice— observó Jesucristo riendo y contemplándolo con admiración fraternal.—¡Un lebrillo de un sorbo!

Buteau no reía, ni Elisa y Francisca que habían acudido el ruido. Desde luego el vino estaba perdido; pero no les apuraba tanto aquella pérdida como lo que dirían, por aquella conducta del borrico, los Charles. Estos se mordían los labios á causa de Elodia. Para colmo de desdichas, quiso el azar que Susana y Berta, que se paseaban juntas, encontrasen al abate Madeline precisamente delante de la puerta; y los tres se detuvieron á escuchar. ¡Vaya una vergüenza, delante de toda aquella gentel!

—Padre, lleváoslo—dijo Buteau en voz baja.— Hay que entrarlo pronto á la cuadra.

Fouan lo empujó. Pero Gedeón, que se encontraba muy bien, rehusaba abandonar aquel sitio. Se hacía el pesado, afianzando sus patas, y cejaba

á cada sacudida, como si hubiera encontrado la broma graciosa. Y cuando Buteau se mezcló en ello, empujando también, aquello no fué largo: el asno se tumbó con las cuatro patas por alto, luego se echó á rodar y comenzó á rebuznar con tanta fuerza, que atardía á todo el mundo.

—¡Ah! cochino! ¡voy á enseñarte á ponerte malo!—gritó Buteau cayendo sobre él á patadas.

Lleno de indulgencia, Jesucristo se interpuso.

—Vamos, vamos.... pues que está borracho, no hay que pedirle nada razonable. Ya que no entiende, lo mejor será ayudarle á encontrar su domicilio.

Los Charles se habían apartado pasmados de las extravagancias de aquel animal sin conducta; mientras que Elodia, muy encarnada, como si presenciara un espectáculo indecente, volvía la cabeza. En la puerta, el grupo del cura, Susana y Berta, silenciosos, protestaban con su actitud. Iban llegando los vecinos y comenzaban á murmurar en voz alta. Elisa y Francisca habrían llorado de vergüenza.

Sin embargo, conteniendo su rabia, Buteau, ayudado de Fouan y de Jesucristo, trabajaba para poner en pie á Gedeón. No era aquello cosa fácil, porque el tunante pesaba mucho con aquel mar de vino que tenía dentro del cuerpo. Cuando se le había enderezado de un lado, caía del otro. Los tres agotaban sus fuerzas empujándolo con sus rodillas y sus codos. Habían conseguido al fin ponerlo sobre sus cuatro patas, y hasta le habían hecho dar algunos pasos, cuando de pronto se tumbó de nuevo. Y había que atravesar todo el corral para llegar á la cuadra. ¿Cómo hacerlo?

Los tres hombres juraban, mirándolo por todos lados sin saber por dónde cogerlo.

Jesucristo tuvo la idea de acercarlo á una de las paredes del cobertizo; de allí lo llevarían, dando la vuelta y siguiendo toda la pared de la casa, hasta la cuadra. Todo iba bien al principio, aunque el asno se resistía. Lo malo fué que aquel roce se le hizo sin duda insostenible, y de pronto, desembarazándose de las manos que lo llevaban pegado á la pared, dió un salto y echó á correr.

—¡Detenedle, detenedle!—gritaban de todos lados.

Entonces, á la claridad de la luna se vió á Gedeón corriendo por el corral en frenético zizás, con sus orejas muy derechas. Se le había removido mucho el vientre y estaba enfermo. Un primer retortijón lo detuvo. Quiso escapar otra vez, y cayó sobre sus patas. Un temblor terrible agitaba sus costados. Y con un eructo de borracho que se desahoga, echando su cabeza hácia adelante á cada esfuerzo, comenzó á vomitar como un hombre, un verdadero río rojo, con ruido de esclusa, y cuya ola corría hasta el sumidero.

Una carcajada enorme estalló á la puerta entre los campesinos que se agolpaban, mientras que el abate Madeline, débil de estómago, palidecía entre Susana y Berta, que se lo llevaron con palabras de indignación. Pero el aspecto ofendido de los Charles decía, sobre todo, cómo la exhibición del asno en aquel estado era contraria á las buenas costumbres y aun á la sencilla consideración que se debe á todo el mundo. Elodia, arrebatada, llorosa, se había echado al cuello de su abuela, preguntando si se iba á morir. Y el señor Charles

gritaba: «¡Basta, basta!» con su antigua voz imperiosa de patrón obedecido; pero el borrico continuaba y el patio estaba ya lleno. Luego se tendió con las patas tan abiertas y se vació el vientre de un modo tan poco conveniente, que jamás borracho alguno atravesado en una calle dió tanto asco á las gentes. Se hubiera dicho que el miserable lo hacía á propósito para deshorrar á sus amos. Aquello era demasiado. Elisa y Francisca, tapándose la cara, huyeron á esconderse en el fondo de la casa.

—¡Basta, lleváoslo!

En efecto, no había otro partido que tomar, porque Gedeón, trastornado por completo, se dormía. Buteau fué á buscar una cuerda, y seis hombres le ayudaron á cargar con el borrico, y se lo llevaron con los miembros colgando, la cabeza balanceándose y roncando de tal modo, que no había quien parara en la casa.

Naturalmente, aquella escena entristeció al principio la cena. Pero pronto se rehicieron y acabaron por festejar de tal modo al vino nuevo, que todos, á eso de las once, estaban ya como el borrico. A cada momento había alguno que tenía necesidad de salir al corral.

El tío Fouan estaba muy alegre. Acaso haría bien en volverse á casa de su hijo menor, porque el vino sería allí bueno este año. Tuvo que abandonar el comedor á su vez, y daba vueltas en su cabeza á aquella idea, cuando oyó á Buteau y á Elisa que habían salido detrás de él, acurrucados uno al lado del otro junto á la pared y disputando porque el marido echaba en cara á la mujer que no se mostraba muy tierna con su padre. ¡Había

que camelarlo para apoderarse de su hucha! El viejo, serenado de pronto, se quedó frío, y con un movimiento se aseguró de que no le habían quitado los papeles del bolsillo, y cuando se encontró en el castillo estaba ya resuelto á no mudarse. Pero aquella misma noche vió una cosa que le heló: á la Trouille en camisa, en la alcoba muy iluminada por la luz, registrando sus pantalones y su blusa. Evidentemente Jesucristo, no habiendo encontrado la hucha, enviaba á su hija á buscarla.

Fouan no podía dormir, atormentado por todo aquello, y levantóse y abrió la ventana. De Rognes subía olor á vino mezclado al de todas aquellas cosas que habían ido dejando á lo largo de las paredes ocho días de vendimia. ¿Qué iba á suceder? ¿A dónde ir? No abandonaría su dinero, se lo cosería sobre la piel. Luego, como el viento le trajera aquellos olores al rostro, se acordó de Gedeón: buena naturaleza la de los borricos, que gozaban diez veces lo que un hombre, sin reventar. ¡No importa! no podía elegir; lo mismo le robaría un hijo que otro. Lo mejor era seguir en el castillo y vivir muy alerta. Todo su cuerpo temblaba.

Transcurrieron los meses, y pasó el invierno y luego la primavera; continuaba la vida ordinaria en Rognes, pues habrían sido necesarios años para observar variaciones en aquella monotonía de un trabajo siempre vuelto á comenzar. En Julio, bajo aquellos grandes calores, las próximas elecciones alborotaron el pueblo. Aquella vez llevaban ocul-

gritaba: «¡Basta, basta!» con su antigua voz imperiosa de patrón obedecido; pero el borrico continuaba y el patio estaba ya lleno. Luego se tendió con las patas tan abiertas y se vació el vientre de un modo tan poco conveniente, que jamás borracho alguno atravesado en una calle dió tanto asco á las gentes. Se hubiera dicho que el miserable lo hacía á propósito para deshorrar á sus amos. Aquello era demasiado. Elisa y Francisca, tapándose la cara, huyeron á esconderse en el fondo de la casa.

—¡Basta, lleváoslo!

En efecto, no había otro partido que tomar, porque Gedeón, trastornado por completo, se dormía. Buteau fué á buscar una cuerda, y seis hombres le ayudaron á cargar con el borrico, y se lo llevaron con los miembros colgando, la cabeza balanceándose y roncando de tal modo, que no había quien parara en la casa.

Naturalmente, aquella escena entristeció al principio la cena. Pero pronto se rehicieron y acabaron por festejar de tal modo al vino nuevo, que todos, á eso de las once, estaban ya como el borrico. A cada momento había alguno que tenía necesidad de salir al corral.

El tío Fouan estaba muy alegre. Acaso haría bien en volverse á casa de su hijo menor, porque el vino sería allí bueno este año. Tuvo que abandonar el comedor á su vez, y daba vueltas en su cabeza á aquella idea, cuando oyó á Buteau y á Elisa que habían salido detrás de él, acurrucados uno al lado del otro junto á la pared y disputando porque el marido echaba en cara á la mujer que no se mostraba muy tierna con su padre. ¡Había

que camelarlo para apoderarse de su hucha! El viejo, serenado de pronto, se quedó frío, y con un movimiento se aseguró de que no le habían quitado los papeles del bolsillo, y cuando se encontró en el castillo estaba ya resuelto á no mudarse. Pero aquella misma noche vió una cosa que le heló: á la Trouille en camisa, en la alcoba muy iluminada por la luz, registrando sus pantalones y su blusa. Evidentemente Jesucristo, no habiendo encontrado la hucha, enviaba á su hija á buscarla.

Fouan no podía dormir, atormentado por todo aquello, y levantóse y abrió la ventana. De Rognes subía olor á vino mezclado al de todas aquellas cosas que habían ido dejando á lo largo de las paredes ocho días de vendimia. ¿Qué iba á suceder? ¿A dónde ir? No abandonaría su dinero, se lo cosería sobre la piel. Luego, como el viento le trajera aquellos olores al rostro, se acordó de Gedeón: buena naturaleza la de los borricos, que gozaban diez veces lo que un hombre, sin reventar. ¡No importa! no podía elegir; lo mismo le robaría un hijo que otro. Lo mejor era seguir en el castillo y vivir muy alerta. Todo su cuerpo temblaba.

Transcurrieron los meses, y pasó el invierno y luego la primavera; continuaba la vida ordinaria en Rognes, pues habrían sido necesarios años para observar variaciones en aquella monotonía de un trabajo siempre vuelto á comenzar. En Julio, bajo aquellos grandes calores, las próximas elecciones alborotaron el pueblo. Aquella vez llevaban ocul-

to en su fondo un gran negocio, y se hablaba de ellas mientras llegaban los candidatos.

Precisamente el domingo para el que se había anunciado la llegada del señor Rochefontaine, el fabricante de Chateaudun, estalló por la mañana una escena terrible en casa de Buteau entre Elisa y Francisca, probando bien que las cosas que han de suceder suceden; porque el último lazo que unía á las dos hermanas, próximo siempre á romperse y siempre vuelto á apretar, se había debilitado de tal modo por las continuas disputas, que se rompió de pronto para siempre con ocasión de una pequeñez.

Aquella mañana, Francisca, al conducir las vacas, se había detenido un momento á hablar con Juan, á quien acababa de encontrar delante de la iglesia. Hay que decir que ella trataba de provocar enfrente de la misma casa, con el único objeto de exasperar á los Buteau. Así, cuando volvió, le gritó Elisa:

—¡Mira, cuando quieras ver á tus hombres, procura que no sea al pie de la ventana!

Buteau estaba allí escuchando.

—¡Mis hombres!—repitió Francisca;—¡demasiado veo aquí á mis hombres! ¡Y hay uno que si yo hubiera querido, no debajo de la ventana, sino en tu misma cama me habría tomado!

Aquella alusión á Buteau puso á Elisa fuera de sí. Hacía mucho tiempo que no tenía más que un deseo: echar á su hermana, para quedar tranquila en su casa, aunque tuviera que perder un pleito para entregarle su parte. Por aquélla la pegaba su marido, que opinaba de distinto modo, decidido á resistir hasta el fin, no desesperando, por otra par-

te, de dormir con la pequeña mientras que ella y él tuvieran lo necesario para hacerlo. Y la mujer se irritaba de no ser la querida, atormentada por unos celos particulares, dispuesta siempre á dejar á su hombre divertirse con su hermana para acabar de una vez; furiosa de verle siempre detrás de aquella chiquilla cuya juventud aborrecía, y sus pechos pequeños y duros, y hasta la piel de sus brazos. Si, ella hubiera tenido la vela, habría querido que él la hiciese pedazos y aun habría ella ayudado á apretar, no sufriendo en todo aquello más que porque su hermana estaba más guapa que ella y debía dar más placer.

—¡Puerca!—exclamó—eres tú quien le calientas!.... Si no estuvieras siempre esperándole, no correría él detrás de ti.

Francisca palideció sublevada por aquella mentira, y contestó tranquilamente con una cólera fría:

—Esto es ya demasiado.... Espera quince días y no os estorbaré más, si esto es lo que quieres. Si, dentro de quince días tendré veintiún años y me iré.

—¡Ah! ¡quieres ser mayor! ¡Eso es lo que tú has calculado para hacernos alguna indecencia!.... Pues bien, canalla; no dentro de quince días, sino ahora mismo, te vas á marchar.... ¡Ea, largo!

—Ahora mismo.... En casa de Macqueron necesitan á alguien y me recibirán.... ¡Abur!

Y Francisca partió sin que hablasen una palabra más. Buteau, dejando lo que estaba haciendo, se había levantado para ponerlas en paz con un par de bofetadas y arreglarlas una vez más. Pero llegó tarde, y no pudo, en su exasperación, más que dar un puñetazo á su mujer, llenándola la cara

de sangre. ¡Por vida de.... con las hembras! Lo mismo que él temía, lo que iba retrasando hacía tanto tiempo. ¡Buenas cosas iban á pasar con la ida de la pequeña! Y lo veía huir todo al galope, la muchacha y la tierra.

—Voy ahora mismo á casa de Macqueron, y volverá, aunque tenga que traerla á puntapiés.

En casa de Macqueron había gran movimiento aquel domingo, pues esperaban á uno de los candidatos, al señor Rochefontaine. Durante la última legislatura, el señor Chedeville había disgustado, decían los unos que por sus amistades orleanistas, y los otros que por el escándalo producido en las Tullerías, por una aventura con la joven esposa de un ujier de la Cámara, loca por él á pesar de su edad. Sea como quiera, lo cierto es que se le había retirado la protección del prefecto, que ahora era para Rochefontaine, el antiguo candidato de la oposición, cuyos talleres acababa de visitar un ministro, y que había escrito un folleto sobre el libre cambio, que había llamado la atención del Emperador. Irritado por aquel abandono, Chedeville mantenía su candidatura, teniendo necesidad de la diputación para hacer ciertos negocios, pues no le bastaban los productos de la Charnade, hipotecada y medio destruida. De suerte que, por una aventura singular, había cambiado la situación: el gran propietario se convertía en candidato independiente, mientras que el gran fabricante se convertía en candidato oficial.

Hourdequin, aunque alcalde de Rognes, permanecía fiel á Chedeville, y había resuelto no hacer caso de las órdenes de la Administración, dispuesto hasta á trabajar abiertamente en favor de su

candidato. Juzgaba honrado no variar como una veleta al menor soplo del prefecto; y además, entre el proteccionista y el librecambista, acababa por creer que sus intereses estaban con el primero en aquella crisis agrícola. Desde hacía algún tiempo los disgustos que le producía Santiaguilla, junto con los cuidados de la granja, le impedían ocuparse de la alcaldía. Espiaba siempre en vano á aquella perdida que, con la fortuna del crimen, satisfacía impunemente sus deseos con Trou, el vaquero, y dejaba al teniente alcalde Macqueron despachar los asuntos corrientes. Así, cuando el interés personal que tenía en las elecciones le llevó á presidir el Ayuntamiento, le asombró sentirlo rebelde y hostil.

Era que el sordo trabajo de Macqueron, llevado con una astucia de salvaje, daba al fin sus resultados. En aquel campesino enriquecido y ocioso, entregándose sucio y mal vestido á ocupaciones de señor que le aburrían, había ido surgiendo poco á poco una ambición, la única diversión de su existencia en aquellos momentos. ¿Por qué no había de ser él el alcalde? Y minaba el terreno á Hourdequin, explotando el odio vivo, inconsciente, innato en el corazón de todos los habitantes de Rognes contra los señores de otros tiempos, contra el hijo del burgués que poseía hoy la tierra. ¡Bien seguro que la había adquirido por nada! ¡Un verdadero robo del tiempo de la revolución! ¡No hay peligro de que los pobres aprovechen las buenas ocasiones, porque volvía siempre á los canallas, cansados de llenarse los bolsillos! Sin contar que en la Borderie pasaban buenas cosas. ¡Era una vergüenza aquella Cognette, á la que el amo iba á co-

ger en las camas de los criados! Decíase todo esto, corriendo en frases muy crudas por todo el país e indignando aun á los mismos que habrían hecho lo mismo con su hija ó la habrían vendido si hubiera valido la pena. De modo que los concejales habían acabado por decir que un burgués debía quedarse para robar y hacer aquellas otras cosas con los burgueses; pero que para que las cosas anduviesen bien, en una municipalidad de campesinos se necesitaba un alcalde campesino.

Precisamente la primera resistencia que asombró á Hourdequin fué á propósito de las elecciones. Cuando habló del señor de Chedeville, todas las caras parecieron de madera. Macqueron, al ver que el dueño de la granja seguía fiel al candidato antiguo, comprendió que aquel era el verdadero terreno para dar la batalla, y la ocasión muy abonada para hacerle saltar. Así, lleno de celo se había puesto al lado del prefecto en favor del señor Rochefontaine. Decía que cumplía con su deber de buen teniente, que todas las gentes honradas debían apoyar al Gobierno. Y aquella profesión de fe bastaba, sin que hubiera necesidad de enseñar á los concejales, porque estaban resueltos á venderse al más fuerte, al amo, para que no hubiera cambios y para que los granos se vendiesen más caros. Delhomme, el honrado, el justo, reputado por tal, arrastraba á Clou y á los otros: había que nombrar al candidato del Emperador, porque el Emperador sabía seguramente lo que se hacía en interés del país. Y lo que acabó de comprometer á Hourdequin fué que sólo Languaigne estaba con él, exasperado por la importancia adquirida por Macqueron. La calumnia se

mezcló bien pronto en aquello, y el dueño de la granja fué acusado de haberse hecho «rojo», de pensar como los perdidos que querían la República, á fin de exterminar al campesino; hasta el punto de que el abate Madeline mismo, tímido, asustado, creyendo deber su curato al teniente, le daba oídos y trabajaba por Rochefontaine, á pesar de la sorda protección que monseñor dispensaba todavía al señor de Chedeville. Pero un último golpe quebrantó al alcalde: el rumor de que, cuando se abrió el famoso camino directo de Rognes á Chateaudun, se había metido en el bolsillo la mitad de la subvención, ¿cómo! no se sabía, y esto hacía la historia más misteriosa y más abominable. Cuando se le preguntaba sobre este punto, Macqueron tomaba el aire asustado, doloroso y discreto de un hombre al que ciertas conveniencias le cerraban la boca; y era él quien había inventado la cosa, con el objeto de hacer pasar su propio caso, sus terrenos ofrecidos de balde y vendidos luego en tres veces su valor. Por fin, toda la municipalidad estaba trastornada y el ayuntamiento dividido: de un lado el teniente y todos los concejales, salvo Languaigne; del otro el alcalde, que sólo entonces comprendió la gravedad de la situación.

Quince días antes, en un viaje á Chateaudun, hecho exprofeso, Macqueron había ido á prestar homenaje á Rochefontaine. Le había suplicado que no parase más que en su casa, si se dignaba ir á Rognes. Y por esto era por lo que el tabernero, aquel domingo, después del almuerzo, no cesaba de salir al camino, acechando la llegada de su candidato. Había prevenido á Delhomme, á

Clou y otros concejales, que vaciaban una botella para hacer tiempo. El padre Fouan y Becú estaban también allí jugando, así como Lequen, el maestro de escuela, embebido en la lectura de un periódico y haciendo alarde de que no bebía jamás. Pero dos parroquianos inquietaban al teniente, Jesucristo y su amigo Cañón, el obrero vagabundo, instalados uno frente á otro delante de una botella de aguardiente. Mirábalos de reojo, tratando en vano de echarlos, porque los malditos no gritaban, contra su costumbre: no tenían más que el aire de burlarse de todo. Dieron las tres, y el señor Rochefontaine, que había prometido estar allí á las dos, no había llegado todavía.

—¡Celina!—gritó de pronto Macqueron á su mujer—¿has subido el burdeos para ofrecer un vaso en seguida?

Celina, que estaba despachando, hizo un gesto desolado de olvido, y se precipitó él mismo hácia la cueva. En la habitación de al lado, donde estaba la mercería, y cuya puerta estaba siempre abierta, Berta enseñaba lazos de color de rosa á tres campesinas, con todo el aire elegante de una señorita de mostrador, mientras que Francisca, ya en funciones, limpiaba el polvo con un plumero, á pesar de ser domingo. El adjunto, que rebosaba deseos de ejercer autoridad, la había acogido en seguida, halagado por que se pusiera bajo su protección. Su mujer tenía precisamente necesidad de una que la ayudara; él mantendría y tendría en su casa á la pequeña mientras que no se reconciliase con los Buteau, en cuya casa juraba ella que se mataría como la llevasen á la fuerza.

Bruscamente se detuvo delante de la puerta un

landó arrastrado por dos soberbios percherones; y el señor Rochefontaine, que iba solo, asombrado y disgustado de que no hubiese nadie allí, vacilaba en entrar á la taberna, cuando Macqueron subió de la cueva con una botella en cada mano. Encontróse en gran confusión, en una desesperación verdadera, no sabiendo cómo desembarazarse de las botellas y balbuceando:

—¡Oh señor! ¡qué mala suerte!..... Estoy esperando sin moverme de aquí desde las dos, y en el mismo momento en que he bajado..... sí, precisamente pensando en vos..... ¿Queréis beber un vaso, señor diputado?

Rochefontaine, que todavía no era más que candidato, y á quien la turbación de aquel pobre hombre habría debido ablandar, pareció incomodarse más. Era un hombrón de treinta y ocho años apenas, con el cabello cortado al rape, la barba muy recortada y vestido con corrección, pero sin elegancia. Tenía una frialdad brusca, una voz breve, autoritaria, y todo denunciaba en él la costumbre del mando, la obediencia en que tenía á los mil doscientos obreros de sus talleres de construcción. Parecía dispuesto á tratar á los campesinos á latigazos.

Celina y Berta se habían adelantado, esta última con su atrevida mirada amortiguada bajo sus párpados.

—Hacednos el honor de entrar, señor.

El señor había examinado todo de una ojeada. Entró, sin embargo, y permaneció en pie, rehusando sentarse.

—He aquí nuestros amigos del Ayuntamiento, añadió Macqueron, que se serenaba. ¡Se conside-

ran muy dichosos por conoceros! ¿no es verdad, señores? ¡muy dichosos!

Delhomme, Clou y los otros se habían levantado, impresionados por la fría actitud de Rochefontaine. Su deferencia se convirtió en respeto, en aquel miedo y anonadamiento que les causaban toda voluntad y todo poder. Y escucharon en un profundo silencio lo que él había pensado decirles: sus teorías, iguales á las del Emperador, sus ideas de progreso sobre todo, á las cuales debía el reemplazar en el favor de la Administración al antiguo candidato, de opiniones condenadas; después comenzó á prometer carreteras, ferrocarriles, canales, ¡sí! un canal que atravesaría la Beauce, para apagar al fin la sed que la abrasaba hacia tantos siglos. Los campesinos escuchaban estupefactos. ¿Qué es lo que decía? ¡Agua para los campos! Él continuaba, y acabó amenazando con los rigores de las autoridades á los que votaran mal. Todos se miraron. ¡He aquí uno que los sacudía, y del cual convenía ser amigo!

—Sin duda, sin duda—repetía Macqueron á cada frase del candidato, algo inquieto sin embargo por su rudeza.

Pero Becú aprobaba con fuertes movimientos de cabeza aquella palabra militar; y el viejo Fouan, con los ojos desencajados, parecía decir que aquél era un hombre; y el mismo Lequeu, tan impasible de ordinario, se había puesto muy rojo, sin que, á la verdad, se supiera si aquello le gustaba ó le disgustaba. No había allí más que dos canallas: Jesucristo y su amigo Cañón, poseídos de un evidente desprecio, tan superiores por lo demás, que se contentaban con sonreír y encogerse de hombros.

Así que concluyó de hablar Rochefontaine, se dirigió hacia la puerta. El teniente se desesperó.

—¡Cómol señor, ¿no nos haréis el honor de tomar un vaso?

—No, gracias; tengo mucha prisa..... Me esperan en Magnolles, en Bazoches, en veinte sitios. ¡Buenas tardes!

Berta ni lo acompañó; y volviéndose á su tienda, dijo á Francisca:

—¡Es muy mal educado! Por mi parte nombraría al otro, al viejo.

Acababa de subir á su landó el señor Rochefontaine, cuando le hizo volver la cabeza el restallar de un látigo. Era Hourdequin que llegaba en su modesto cabriolet guiado por Juan. El dueño de la granja no había sabido la visita del fabricante á Rognes más que por casualidad, y acudió para hacer frente al peligro, tanto más inquieto cuanto que hacia ocho días instaba á Chedeville para que se presentara, sin poder arrancarlo de algunas faldas sin duda, acaso la famosa mujer del ujier de la Cámara.

—¡Calla! ¡sois vos!—exclamó amistosamente Rochefontaine.

Los dos carruajes se habían colocado rueda con rueda. Ni uno ni otro bajaron, y hablaron de este modo algunos minutos, sentándose de nuevo, después de haberse inclinado para estrecharse las manos. Conocíanse de haber almorzado algunas veces juntos en casa del alcalde de Chateaudun.

—¿Trabajáis contra mí?—preguntó bruscamente Rochefontaine con su rudeza.

Hourdequin, que á causa de su situación de alcalde contaba no obrar muy abiertamente, quedó

desconcertado un instante al ver que aquel diablo de hombre tenía tan buena policía. Pero no carecía de serenidad, y contestó alegremente, á fin de dejar á la explicación un tono amistoso:

—Yo no estoy contra nadie, sino en favor mío..... Mi hombre es el que me protege. ¡Cuando se piensa que el trigo ha bajado á diez y seis francos, precisamente lo que me ha costado producirlo! ¡Vale más no coger un arado y cruzarse de brazos!

El otro se apasionó en seguida.

—¡Ah! sí, la protección, ¿no es esto? El recargo, un derecho prohibitivo sobre los trigos extranjeros, para que los franceses doblen de precio! En fin, la Francia hambrienta, el pan de cuatro libras á veinte sueldos, la muerte de los pobres!..... ¿Cómo vos, un hombre de progreso, os atrevéis á pensar esas monstruosidades?

—¡Un hombre de progreso, un hombre de progreso! —repitió Hourdequin;— sin duda que lo soy; pero esto me cuesta tan caro, que bien pronto no podré pagarme ese lujo..... Las máquinas, todos los métodos nuevos, cosa muy hermosa, muy bien razonada, pero tiene un solo inconveniente: el de arruinarnos con arreglo á la más sana lógica.

—¡Porque sois un impaciente; porque exigís á la ciencia resultados inmediatos, completos; porque os desaniman los tropezones necesarios, negando hasta las verdades adquiridas y cayendo en la negación de todo!

—Acaso. No habré hecho más que experimentos. Decid que me decoren por ello y que otros continúen.

Hourdequin soltó la carcajada al decir aquella

broma que él creía concluyente. Rochefontaine replicó vivamente:

—Entonces, ¿queréis que el obrero muera de hambre?

—¡Dispensad! quiero que el campesino viva.

—Pero yo que ocupo mil doscientos obreros, no puedo subir los jornales sin quebrar..... Si el trigo estuviera á treinta francos, los vería caer como moscas.

—¡Pues qué! ¿yo no tengo criados? Cuando el trigo está á diez y seis francos, nosotros nos apretamos el vientre, y hay pobres diablos que se mueren por esos caminos.

Luego añadió riendo:

—¡Diablo! cada uno pide para su santo..... Si no os vendo el pan caro, es la tierra en Francia la que quiebra; y si os lo vendo caro, comprendo que aumenta vuestra mano de obra, que los productos fabriles encarecen..... ¡Ah! un buen lodazal donde todos caeremos.

Los dos, el labrador y el fabricante, el protectionista y el librecambista se midieron, el uno con las bromas de su ironía descreída y el otro con el atrevimiento franco de su hostilidad. Era aquello el estado de guerra moderna, toda la batalla económica actual sobre el terreno de la lucha por la vida.

—Se obligará al campesino á alimentar al obrero—dijo Rochefontaine.

—Haced—replicó Hourdequin—por que el campesino coma antes.

Y saltó de su cabriolet, y el otro daba ya la dirección al cochero, cuando Macqueron, disgustado de que sus amigos del Ayuntamiento hubieran es-

cuchado, repitió que iban á beber un vaso todos juntos; pero de nuevo el candidato rehusó, y sin estrechar á nadie la mano, se reclinó en el fondo de su landó, que partió al trote sonoro de los dos grandes percherones.

En la otra esquina de la calle, Lengaigne, de pie en su puerta, había visto toda la escena. Lanzó una carcajada insultante y dijo una broma grosera.

Hourdequin se entró y aceptó un vaso. Así que Juan ató el caballo á una reja, siguió á su amo. Francisca, que le llamaba por señas en la tienda, le contó su marcha y todo lo que había pasado; y él temió de tal modo comprometerla delante de la gente, que volvió á la taberna después de haberla dicho únicamente que se volverían á ver para ponerse de acuerdo.

—¡Ah! ¡voto á.....! ¿y seréis capaces de votar á ése?—exclamó Hourdequin dejando su vaso.

La explicación con Rochefontaine le había decidido á la lucha abierta. Le comparó con Chedeville, un hombre tan distinguido, tan llano con los labradores, siempre deseando servirles, un verdadero noble de la vieja Francia, en fin! Mientras que el otro, un millonario á la moda, miraba á las gentes desde lo alto de su grandeza, rehusando probar el vino del país por miedo de envenenarse! ¡Vamos, vamos, eso no es posible; no se cambia un buen caballo por un caballo malo!

—¿Qué tenéis que reprochar al señor de Chedeville? Hace tantos años que es vuestro diputado, y siempre pensando en vosotros..... ¡Y vosotros le dejais por uno á quien en las últimas elecciones tratasteis como á un perdido cuando

el Gobierno le combatía! Acordaos, ¡qué diablo!

Macqueron, no queriendo comprometerse directamente, afectaba ayudar á servir á su mujer. Todos los campesinos habían oído con el rostro impasible, sin que ni un pliegue indicase su pensamiento secreto. Fué Delhomme quien respondió:

—¡Cuando no se conoce á la gentel.....

—Pero ¡conocéis á ese pájaro! Ya le habéis oído decir que quiere el trigo barato, y que votará porque los trigos extranjeros vengan á hacer la competencia á los nuestros. Ya os he explicado esto, que es la verdadera ruina.... Y si sois tan tontos que creáis sus halagadoras promesas, votalde, que él se burlará de vosotros.

Una vaga sonrisa apareció en el curtido rostro de Delhomme. Toda la sutileza dormida en aquella inteligencia recta asomó en algunas frases dichas lentamente.

—Él dice lo que dice, y se cree lo que se cree.... Él ú otro, da lo mismo.... De lo único que se trata es de que el Gobierno sea sólido para hacer marchar los negocios; y para no equivocarse, lo mejor es elegir el Diputado que el Gobierno quiera.... Nos basta con que ese señor de Chateaudun sea amigo del Emperador.

Hourdequin quedó aturdido con este último golpe. ¡Pero era Chedeville quien en otros tiempos era amigo del Emperador! ¡Ah! raza de siervos, siempre del amo que la explota y la alimenta, todavía hoy en la abyección y el egoísmo hereditarios, sin ver nada, sin saber nada más allá del pan del día.

—Pues bien; yo os juro que el día en que Rochefontaine sea elegido, presento mi dimisión! ¿Es que se me toma por un polichinela, que he de decir amén á todo!.... ¡Si esos pillos de republicanos estuvieran en las Tullerías, os iríais con ellos!

Los ojos de Macqueron despidieron chispas. Al fin el alcalde acababa de firmar su caída, porque aquello habría bastado, en su impopularidad, para hacer votar al país contra Chedeville.

Pero en aquel momento, Jesucristo, olvidado en un rincón con su amigo Cañón, lanzó una carcajada tan fuerte, que todos los ojos se volvieron hácia él. Con los codos en la mesa y la barba en las manos, decía muy alto, con tono de desprecio, mirando á aquellos campesinos:

—¡Cobardes, cobardes!

En aquel momento entraba Buteau. Desde la puerta había visto á Francisca en la tienda, y reconoció en seguida á Juan, sentado contra la pared oyendo y esperando á su amo. ¡Bueno! Allí estaba la perdida y su amante.

—¡Calle! mi hermano, ¡el más cobarde de todos!—añadió Jesucristo.

Alzaronse murmullos de amenaza, y ya iban á arrojarlo fuera, cuando Leroi, llamado Cañón, se mezcló en aquello con su voz aguardentosa.

—¡Callate, querido! No son tan bestias como parecen.... Escuchad, campesinos: ¿qué diríais si se fijase en la puerta de la alcaldía un cartel que dijese en letras muy gordas: «Comunidad revolucionaria de París: primero, quedan abolidos todos los impuestos, queda abolido el servicio militar.....» ¿eh? ¿qué diríais, destripaterrones?

El efecto fué tan extraordinario que Delhomme, Fonan, Clou y el mismo Beeu se quedaron con la boca abierta y los ojos descajados. Leguen dejó su periódico; Hourdequin, que se iba, volvió; Buteau, olvidándose de Francisca, se sentó en la esquina de una mesa. Y todos miraban á aquel vagabundo, espanto de las campiñas por donde pasaba, que sólo vivía del merodeo y de limosnas forzosas. Todavía la semana última le habían echado de la Borderie, donde había aparecido como un espectro al caer de la tarde. Por eso vivía ahora con Jesucristo, mientras desaparecía otra vez.

—Ya veo que esto os gustaría....

—Claro que sí—dijo Buteau.—¡Cuando pienso que ayer todavía he llevado dinero al recaudador! ¡No acaban nunca de desollarnos!

—¡Pues y no ver partir á los hijos!—exclamó Delhomme.—Yo que pago para redimir á Ernesto, sé lo que me cuesta.

—Sin contar—añadió Fonan—que si no podéis pagar, os los quitan y os los matan.

Cañón movió la cabeza con sonrisa de triunfo.

—¡Ya ves—dijo á Jesucristo—que no son tan tontos estos destripaterrones!

Después, volviéndose á los otros;

—Se nos dice siempre que sois conservadores y que no dejaréis hacer.... Conservadores de vuestros intereses, ¿no es esto? Dejaréis hacer y ayudaréis á hacer todo lo que convenga para conservar vuestro dinero y vuestros hijos.... ¡De otro modo seríais unos imbéciles!

Nadie bebía, y en todos los rostros comenzaba á asomar cierto malestar. Cañón continuó, gozan-

do de autemano por el efecto que iba á producir.

—Estoy yo muy tranquilo porque os conozco desde que me echáis de vuestras casas á pedradas.... Como decía este señor, todos estaréis con nosotros, con los rojos, los comunistas, cuando estemos en las Tullerías.

—¡Ah! ¡eso no!—exclamaron á la vez Buteau, Delhomme y los demás.

Hourdequin, que había escuchado con atención, se encogió de hombros.

—¡Perdéis vuestra saliva, querido!

Pero Cañón sonreía siempre con la fe de un creyente. Apoyado contra la pared, se rascaba en ella un hombro después de otro. Y explicaba todo el asunto; aquella revolución, cuyo anuncio de granja en granja, misterioso, mal comprendido, espantaba á los amos y á los criados. Primero, los compañeros de París se apoderarían del poder: esto se haría acaso naturalmente, habría que fusilar menos gente de la que se pensaba, porque todo el edificio estaba tan podrido que se caería por sí solo. Luego, cuando fueran los dueños absolutos, en seguida suprimirían la renta, se apoderarían de las grandes fortunas, de modo que la totalidad del dinero, así como los instrumentos del trabajo, volverían á la nación, y se organizaría una sociedad nueva, una gran casa financiera, industrial y comercial, una repartición lógica del trabajo y del bienestar. En los campos aun sería la cosa más sencilla. Se comenzaría por expropiar á los poseedores del suelo, se tomaría la tierra....

—¡Atrevedos!—interrumpió Hourdequin.—Se os recibiría á tiros, y ni el más pequeño propietario os dejaría tomar un puñado.

—¿He dicho acaso que se vaya á atormentar á los pobres? Sería menester que fuéramos unos estúpidos, para indisponernos con los pequeños.... No, se respetará desde luego la tierra de los infelices que se matan para cultivar cuatro terrones.... Solamente se tomarán las doscientas hectáreas de los grandes propietarios de vuestra especie, que hacen sudar á los criados para que los enriquezcan.... ¡Ah! ¡voto á....! ¡No creo que vuestros vecinos acudan á defenderos. Al contrario, se alegrarían mucho!

Macqueron soltó la carcajada tomando la cosa á broma, y todos le imitaron; y Hourdequin, sintiendo los antiguos odios, palideció; aquel perdido tenía razón: ni uno solo de aquellos campesinos, ni aun el más honrado, dejaría de ayudar á despojarle de la Borderie.

—De modo—preguntó seriamente Buteau—que yo que poseo tan poca tierra, ¿la conservaré, me la dejarán?

—Seguramente, compañero.... Solamente que más tarde, cuando veáis los resultados obtenidos en las granjas nacionales, vos mismo uniréis á ellas las vuestras.... Un cultivo en grande, con mucho dinero, con máquinas, con todo lo mejor como ciencia. Yo no entiendo esto; pero hay que oír hablar de ello á las gentes que allá en París explican muy bien que el cultivo se acaba si no se le practica de este modo.... Sí, vosotros mismos daréis vuestras tierras.

Buteau hizo un gesto de profunda incredulidad, no comprendiendo aquello, tranquilo sin embargo, pues que no le pedían nada; mientras que lleno de curiosidad desde que aquel hombre se

embarullaba en aquel gran cultivo nacional, Hourdequin prestaba de nuevo atención. Los demás esperaban el fin, como si se tratara de un espectáculo. Dos veces Lequen, cuyo pálido rostro se enrojecía, había abierto la boca para tomar parte en la conversación; pero las dos veces, como hombre prudente, se había mordido la lengua.

—¡Y mi parte!—exclamó bruscamente Jesucristo. ¡Cada cual debe tener su parte! ¡Libertad, igualdad, fraternidad!

Cañón se irritó y levantó la mano como si abofeteara á su compañero.

—¡Vas á marcarme con tu libertad, tu igualdad y tu fraternidad!..... ¿Es que hay necesidad de ser libre? ¡Vaya una farsa! ¿Tú quieres que los burgueses nos dominen otra vez? ¡No, no; se obligará al pueblo á ser feliz á pesar suyo!..... ¿De modo que tú consientes en ser el igual, el hermano de un alguacil? ¡Estúpido! ¡Buena la hicieron tus republicanos del 48 con esas asnerías!

Jesucristo, turbado, declaró que él estaba por la gran revolución.

—¡Vamos, cállate..... 89, 93! ¡Música! ¡Una cantata que nos rompa los oídos! ¿Qué es todo eso al lado de lo que hay que hacer todavía? Ya verás: cuando el pueblo sea el amo y todo se derrumbe, yo te prometo que nuestro siglo ha de acabar de muy diferente manera que el otro. ¡Un diluvio como jamás se ha visto!

Todos se estremecieron, y el mismo Jesucristo retrocedió asustado desde el momento en que aquello de la fraternidad no iba á realizarse. Juan, que había escuchado con interés hasta entonces, sublevóse. Pero Cañón se había levantado con

los ojos chispeantes y el rostro inundado en un éxtasis profético.

—Eso tiene que suceder fatalmente, como forzosamente cae la piedra lanzada al aire.... ¡Basta ya de historias de curas, de cosas del otro mundo, basta ya de Dios! ¡No, no hay más que la necesidad que tenemos todos de ser dichosos!..... ¡Ha llegado la hora de que nos demos la mejor vida trabajando lo menos posible! Las máquinas trabajarán para nosotros, la jornada de simple vigilancia no será de más de cuatro horas; acaso lleguemos á cruzarnos completamente de brazos. Y por todas partes placeres y alegrías; ¡sí! carne, vino, mujeres, tres veces más de lo que podemos disfrutar hoy, porque estaremos más fuertes. ¡No más pobres ni enfermos, á causa de la mejor organización, de la vida menos dura, buenos hospitales, buenas casas de refugio! ¡Un verdadero paraíso! ¡Toda la ciencia consistirá en pasarlo bien! ¡Una verdadera alegría de vivir!

Buteau, entusiasmado, dió un puñetazo sobre una mesa, murmurando:

—¡Las contribuciones, al cuerno! ¡Las quintas, al cuerno! ¡Todas esas tonterías, al cuerno! ¡Nada más que placeres!... Yo firmo.

—Seguramente—declaró Delhomme con discreción.—Sería menester ser enemigo de su propio cuerpo para no firmar.

Fouan aprobó, así como Macqueron, Clou y los demás. Becú, estupefacto, trastornadas sus ideas autoritarias, preguntó por lo bajo á Hourdequin si no había que encerrar á aquel bandido que atacaba al Emperador. Pero el dueño de la granja lo calmó encogiendo de hombros. ¡Ah, sí, la dichal

Se soñaba con ella por la ciencia, después de haberla soñado por el derecho; esto era acaso más lógico, aunque no fuera para el día siguiente. Iba de nuevo á marcharse, y llamaba á Juan, muy embudo en la discusión, cuando Lequeu cedió bruscamente á la necesidad de mezclarse en ella, que ahogaba como una rabia contenida.

—A menos—dijo con su voz agria—que no seáis exterminados todos antes de que lleguen esas felicidades.... Exterminados por el hambre, ó á tiros por los gendarmes, si el hambre os hace peligrosos....

Le miraban sin comprender.

—Seguramente que si el trigo sigue viniendo de América, dentro de cien años no existirá un campesino en Francia.... ¿Acaso podrá luchar nuestra tierra con aquélla? Antes de que haya tiempo de ensayar el verdadero cultivo, ya estaremos inundados de esos granos. Yo he leído un libro que lo explica muy bien....

Pero en su arrebató, vió de pronto aquellos espantados rostros vueltos hacia él, y no acabó la frase sino con un furioso gesto, y afectó volver á la lectura de su periódico.

—Sí, los granos de América os fastidiarán—dijo Cañón—si el pueblo no se apodera de las grandes tierras.

—Y yo—concluyó Hourdequin—os repito que no es preciso que esos granos vengan.... Después de esto, votad á Rochefontaine, si ya estáis cansados de mí en la alcaldía y si queréis el trigo á quince francos.

Subió á su carruaje, seguido de Juan, que cambió una mirada de inteligencia con Francisca.

En la taberna Macqueron hablaba vivamente á Delhomme por lo bajo, mientras que Cañón, que había recobrado su aire de burlarse de todo, acababa el aguardiente bromeando con Jesucristo á quien llamaba «señorita noventa y tres». Pero Buteau, saliendo como de un sueño, se apercibió bruscamente de que Juan se había ido, y se quedó sorprendido al ver á Francisca á la puerta de la sala, donde se había plantado con Berta para escuchar. Le disgustó haber perdido el tiempo con la política cuando tenía asuntos muy serios. ¡Esa porquería de política se apodera de nosotros de tal modo! Tuvo una larga explicación con Celina, que acabó por impedirle dar un escándalo inmediato; valia más que Francisca volviera á su casa ella misma cuando se hubiera calmado, y se marchó á su vez, amenazándola con venir á buscarla con una cuerda y un palo si no se decidía.

El domingo siguiente, Rochefontaine fué elegido diputado, y habiendo enviado al prefecto su dimisión Hourdequin, Macqueron fué al fin alcalde; parecía que iba á reventar de gozo.

Aquella noche fué sorprendido Lengaigne, furioso, con las bragas caídas, á la puerta de su victorioso rival. Murmuraba:

—¡Lo hago donde me da gana, ahora que gobiernan los cochinos!

DE BIBLIOTECAS VI.

Pasó la semana, y empeñándose Francisca en no volver á casa de su hermana, ocurrió un espectáculo abominable en el camino: Buteau, que la

Se soñaba con ella por la ciencia, después de haberla soñado por el derecho; esto era acaso más lógico, aunque no fuera para el día siguiente. Iba de nuevo á marcharse, y llamaba á Juan, muy embudo en la discusión, cuando Lequeu cedió bruscamente á la necesidad de mezclarse en ella, que ahogaba como una rabia contenida.

—A menos—dijo con su voz agria—que no seáis exterminados todos antes de que lleguen esas felicidades.... Exterminados por el hambre, ó á tiros por los gendarmes, si el hambre os hace peligrosos....

Le miraban sin comprender.

—Seguramente que si el trigo sigue viniendo de América, dentro de cien años no existirá un campesino en Francia.... ¿Acaso podrá luchar nuestra tierra con aquélla? Antes de que haya tiempo de ensayar el verdadero cultivo, ya estaremos inundados de esos granos. Yo he leído un libro que lo explica muy bien....

Pero en su arrebató, vió de pronto aquellos espantados rostros vueltos hacia él, y no acabó la frase sino con un furioso gesto, y afectó volver á la lectura de su periódico.

—Sí, los granos de América os fastidiarán—dijo Cañón—si el pueblo no se apodera de las grandes tierras.

—Y yo—concluyó Hourdequin—os repito que no es preciso que esos granos vengan.... Después de esto, votad á Rochefontaine, si ya estáis cansados de mí en la alcaldía y si queréis el trigo á quince francos.

Subió á su carruaje, seguido de Juan, que cambió una mirada de inteligencia con Francisca.

En la taberna Macqueron hablaba vivamente á Delhomme por lo bajo, mientras que Cañón, que había recobrado su aire de burlarse de todo, acababa el aguardiente bromeando con Jesucristo á quien llamaba «señorita noventa y tres». Pero Buteau, saliendo como de un sueño, se apercibió bruscamente de que Juan se había ido, y se quedó sorprendido al ver á Francisca á la puerta de la sala, donde se había plantado con Berta para escuchar. Le disgustó haber perdido el tiempo con la política cuando tenía asuntos muy serios. ¡Esa porquería de política se apodera de nosotros de tal modo! Tuvo una larga explicación con Celina, que acabó por impedirle dar un escándalo inmediato; valía más que Francisca volviera á su casa ella misma cuando se hubiera calmado, y se marchó á su vez, amenazándola con venir á buscarla con una cuerda y un palo si no se decidía.

El domingo siguiente, Rochefontaine fué elegido diputado, y habiendo enviado al prefecto su dimisión Hourdequin, Macqueron fué al fin alcalde; parecía que iba á reventar de gozo.

Aquella noche fué sorprendido Lengaigne, furioso, con las bragas caídas, á la puerta de su victorioso rival. Murmuraba:

—¡Lo hago donde me da gana, ahora que gobiernan los cochinos!

DE BIBLIOTECAS VI.

Pasó la semana, y empeñándose Francisca en no volver á casa de su hermana, ocurrió un espectáculo abominable en el camino: Buteau, que la

arrastraba por los cabellos, tuvo que dejarla después de haber sufrido crueles mordiscos, de tal modo que Macqueron la tomó miedo y puso á la joven á la puerta, declarándole que como representante de la autoridad él no podía alentarla en su rebeldía.

Pero precisamente pasaba la Grande, y ella se llevó á Francisca. De edad de ochenta y ocho años, no se preocupaba de su muerte más que para dejar á sus herederos, con su fortuna, el enredo de un proceso interminable: una complicación de testamento extraordinaria, preparada con cuidado, por la que, bajo el pretexto de no perjudicar á nadie, los obligaba á devorarse todos: su idea era que, puesto que no podría llevarse sus bienes, debía llevarse el consuelo de dejar con ellos la ponzoña á los demás. Para ella no había placer mayor que el ver cómo la familia se destrozaba. Así, se apresuró á instalar á su sobrina en su casa, decidida, á pesar de su avaricia, por el pensamiento de sacar de ella mucho trabajo por poco pan. En efecto, desde la noche la hizo fregar toda la casa. Después, cuando se presentó Buteau, lo recibió con mala cara; y el que hablaba de echarlo todo á rodar en casa de Macqueron, tembló, paralizado por la esperanza de la herencia, no atreviéndose á entrar en lucha con la terrible Grande.

—Tengo necesidad de Francisca, y me quedo con ella, puesto que no le gusta estar con vosotros.... Por lo demás, ya es mayor y tenéis que rendirle cuentas. Hay que hablar de esto.

Buteau se marchó furioso, espantado ante lo que se le venía encima.

Ocho días después, en efecto, hacia mediados de

Agosto, Francisca cumplía veintiún años. Desde aquella hora era dueña de sí. Pero no había hecho más que cambiar de miseria, porque también temblaba delante de su tía, y se mataba á trabajar en aquella fría casa de avara, donde todo debía estar muy limpio sin gastar en jabón ni estropajos: bastaba con agua pura y brazos. Un día, por haberse olvidado de echar de comer á las gallinas, por poco le rompe la cabeza con un palo. Contaban que para evitar trabajo al caballo, la Grande enganchaba á su nieto Hilario á la carreta; y si esto era invención, la verdad era que le trataba como á una bestia, abrumándole de trabajo, abusando de su fuerza brutal y alimentándole: por otra parte, de cortezas y de sobras como al cerdo. Cuando Francisca comprendió que á ella le iba á suceder lo mismo, no tuvo más que un deseo, abandonar la casa. Y entonces fué cuando de pronto le entraron ganas de casarse.

Sencillamente deseaba acabar. Antes que volver con Elisa se dejaría matar, aferrada á una de aquellas ideas de justicia que, niña todavía, acudían á su cerebro. Su causa era la única justa, y se despreciaba por haber esperado tanto tiempo; no hablaba de su cuñado, aquel cochino de Buteau, y sólo hablaba duramente de su hermana, sin la cual habrían podido continuar viviendo juntos. Hoy no vivía más que para hacerse devolver lo suyo, su parte de herencia. Pensaba en ello á todas horas, y se irritaba á la idea de que había que llenar ciertas formalidades que no acabarían nunca. ¡Cómo! esto es mío, esto es tuyo, y se podría acabar en tres minutos. ¡Si tratarían de robarla! Sospechaba de toda la familia, y llegaba á

decirse que sólo un hombre, un marido la sacaría en bien. Sin duda que Juan no tenía nada y que la llevaba quince años. Pero ningún otro mozo la solicitaba, acaso ninguno se atrevería á ello á causa de aquellas historias de casa de Buteau, á quien nadie quería tener en contra; tanto se le temía en Rognes. Y luego ¿qué? ella se había ido una vez con Juan; sin duda que aquello no importaba, porque no había tenido consecuencias; era muy bueno, muy honrado. Tanto más desde el momento en que ella no amaba á otro y que lo tomaba sólo para que la defendiese y para que rabiasse Buteau. También ella tendría un hombre sayo.

Juan la había conservado un gran afecto. Sus deseos de poseerla se habían calmado. Pensaba en ella considerándose como su marido, pues que habían mediado promesas. Había esperado pacientemente hasta su mayor edad, sin contrariarla en su idea de esperar, impidiéndola, al contrario, que pudiese las cosas contra ella en casa de su hermana. Ahora ella podía dar más razones de las necesarias para tener á todo el mundo á su lado. Así, aun reprochándole la manera brusca de marcharse, le repetía que todo lo ganaría. En fin, cuando ella quisiera hablar de lo demás, él estaba dispuesto.

Y de este modo fué decidido el casamiento una noche que él fué á buscarla detrás del establo de la Grande. Abriase allí una vieja valla, y apoyáronse en ella, él fuera y Francisca dentro; por entre sus piernas corría un arroyo de aguas sucias.

—Ya sabes, Caporal—dijo ella la primera mirándole á los ojos—que este es el momento de hablar en serio.

Él también la miraba fijamente, y respondió: —Yo no te había vuelto á hablar, porque sólo quería tu bien..... Pero tienes razón, éste es el momento.

Hubo una pausa.

Él había puesto su mano sobre la de la joven apoyada en la barrera. Y continuó:

—Es menester que no te atormente la idea de la Cognette á causa de las historias que han corrido..... Lo menos hace tres años que no la he tocado la piel siquiera.

—Entonces, lo mismo me pasa á mí; no quiero que te preocupe la idea de Buteau..... El cochino dice por todas partes que me ha gozado. ¿Lo crees tú acaso?

—Todo el mundo lo cree en el país—murmuró Juan para eludir la contestación.

Pero como ella siguiera mirándole:

—Sí, lo he creído..... Y verdaderamente me lo explicaba, porque conozco á ese miserable, y tú no podías hacer otra cosa que pasar por ello.

—¡Oh! sí, lo ha intentado, y bastante me ha martirizado el cuerpo. Pero si te juro que jamás ha llegado hasta el fin, ¿me creerías?

—Te creo.

Para atestiguarle su complacencia, él acabó de cogerle la mano y la conservó apretándole la suya con el brazo apoyado en la barrera. Advirtiéndole que las aguas sucias le mojaban los zapatos, separó las piernas.

—Parecías estar en su casa tan á gusto, que habría podido complacerte que él te cogiese.....

Ella sintió algún malestar y bajó sus miradas tan francas.

—Tanto más cuanto que antes tú no querías nada conmigo, ¿te acuerdas? No importa, vale más que no te hiciera entonces un hijo. Esto es lo mejor.

Interrumpióse para hacerla notar que estaba en el arroyo.

—Ten cuidado, que te mojas.

Francisca separó sus pies y concluyó:

—De modo que estamos de acuerdo.

—Estamos de acuerdo; fija la fecha que quieras.

Ni siquiera se abrazaron; estrecháronse las manos como buenos amigos por encima de la valla, y cada cual se fué por su lado.

Aquella noche, cuando Francisca anunció a su tía su voluntad de casarse con Juan, explicándole que necesitaba un hombre para entrar en posesión de sus bienes, la Grande no contestó nada al pronto. Calculaba la pérdida, la ganancia, el placer que podía tener en ello; y sólo al día siguiente aprobó el matrimonio. Durante toda la noche había estado pensando en el asunto, porque casi nunca dormía, ideando siempre picardías contra la familia.

Aquel matrimonio le parecía tan fecundo en disgustos para todos, que se sentía casi enardecida por un fuego juvenil. Preveía los menores inconvenientes, y ya de antemano los complicaba. Dijo a su sobrina que por cariño á ella se encargaba de todo. Al hablar así blandía su caña; puesto que la abandonaban, ella le serviría de madre, y ya verían!

En primer lugar, la Grande llamó á su hermano Fouan para hablar de las cuentas de la tutela.

Pero el viejo no pudo dar ninguna explicación. Le habían nombrado tutor sin pretenderlo; y pues que el señor Baillehache lo había hecho todo, á él habría que dirigirse. Por lo demás, desde que advirtió que se trabajaba contra los Buteau, se mostró más ignorante todavía. La edad y la conciencia de su debilidad le acobardaban y le ponían á merced de todos. ¿Por qué se habría peleado con los Buteau? Ya dos veces había sentido descos de volverse con ellos después de noches en que había visto á Jesueristo y á la Trouille rondar por su cuarto y meter las manos hasta en los colchones para robarle sus papeles. Seguro de que acabarían por asesinarle en el castillo, no salía ninguna noche. La Grande, no pudiendo sacar nada de él, le despidió gritando que irían á los tribunales como hubieran tocado la parte de la pequeña. Del hombre, á quien asustó después, como miembro del consejo de familia, volvió á su casa tan malo, que Fanny dijo que prefería pagar de su bolsillo más bien que tener procesos. La cosa marchaba y comenzaba á ser divertida.

La cuestión era saber si había que entablar desde luego la partición ó proceder en seguida al matrimonio. La Grande pensó en ello dos noches y se decidió por el matrimonio inmediato. Francisca casada con Juan, reclamando su parte, asistida por su marido, aumentaría el disgusto de los Buteau. Entonces precipitó las cosas, encontrando su ligereza de piernas de la juventud; ocupóse en arreglar los papeles de su sobrina, pidió los de Juan, lo arregló todo en la alcaldía y en la iglesia, y llevó su pasión hasta á adelantar el dinero necesario, pero con un recibo firmado por los dos, y

cuya suma la duplicaban los intereses. Lo que la desesperaba eran los vasos de vino que tenía que ofrecer forzosamente durante aquellos preparativos; pero hacía uso de un vinillo imbebible. Decidió que no hubiera comida de boda, á causa de los disgustos de familia: la misa y un refresco para brindar por la dicha de los novios. Los Charles, invitados, se excusaron pretextando los cuidados que les inspiraba su yerno Vancogne. Fouan, inquieto, se acostó diciendo que estaba enfermo. De los parientes no hubo más que Delhomme, que quiso ser uno de los testigos de Francisca, á fin de marcar la estimación que profesaba á Juan, una buena persona. Por su parte, éste no llevó más que á sus testigos, su amo Hourdequin y uno de los criados de la granja, compañero suyo. Rognes estuvo pendiente de aquel matrimonio. En la alcaldía Macqueron exageró delante del antiguo alcalde las formalidades, reventando de importancia. En la iglesia hubo un incidente penoso: al decir la misa el abate Madeline tuvo un desmayo. Se encontraba mal, echando de menos sus montañas, en aquellas llanuras de la Beauce, disgustado por la indiferencia religiosa de sus nuevos feligreses, y mareado por los chismes y las continuas disputas de las mujeres, á las que no se atrevía ni aun á amenazar con el infierno. Habían conocido su debilidad y le tiranizaban hasta en las cosas del culto. Sin embargo, Celina, Flora, todas mostraron mucha piedad cuando le vieron caer contra el altar, y declararon que aquello era un signo de desgracia y de muerte próxima para los novios.

Se había decidido que Francisca continuaria

viviendo en casa de la Grande mientras que no se hiciera la partición, porque se había empeñado, con su terquedad, en que la casa había de ser para ella. ¿A qué alquilar otra para quince días? Juan, que seguiría en la granja entretanto, vendría por las noches. La noche de boda fué bastante triste, aunque no les disgustase verse al fin juntos. Cuando él la cogió, púsose ella á llorar de tal modo, que parecía que se ahogaba; y sin embargo, él no le había hecho daño, pues al contrario, se portó muy delicadamente. Lo peor era que en medio de sus sollozos ella le respondía que no tenía nada contra él y que lloraba sin saber por qué. Naturalmente, aquello no era á propósito para inflamar á un hombre; y aunque volvió á cogerla y la retuvo entre sus brazos, apenas experimentaron placer, menos todavía que en el pajar, la primera vez. Estas cosas, decía él, cuando no se hacen en seguida pierden todo gusto. Por lo demás, á pesar de este malestar, de esta especie de embarazo que les había sobrecogido el corazón al uno y al otro, estaban muy de acuerdo y acabaron la noche, no pudiendo dormir, en decidir qué harían cuando tuvieran la casa y la tierra.

Desde el día siguiente Francisca exigió la partición. Pero la Grande no tenía tanta prisa: quería alargar el placer sacando la sangre á la familia á alfilerazos; además quería aprovecharse de la pequeña y de su marido, que todas las noches pagaba con dos horas de trabajo el alquiler del cuarto. Sin embargo, hubo que ir á preguntar á los Buteau cómo entendían la partición. Ella misma, en nombre de Francisca, exigía la casa, la mitad de la pieza de labor, la mitad del prado, y aban-

donaba la mitad de la viña, que era en lo que estimaba la casa aproximadamente. Esto era justo y razonable en suma, porque este arreglo amigable habría evitado acudir á la justicia, que siempre se queda con la mejor parte entre manos. Buteau, que al entrar la Grande se había descompuesto, por obligado que estuviera á respetarla á causa de su dinero, no pudo oír más, y salió violentamente por temor á tener que pegarla. Y Elisa, que se había quedado sola, estaba encolerizada.

—La casa! ¡ella quiere la casa, esa descastada, esa cualquier cosa que se ha casado sin siquiera venir á verme!.... Pues bien, tía, antes me dejaré matar que entregarle la casa.

La Grande permaneció tranquila.

—Bueno, bueno, hija mía, no hay que irritarse.... Tú también quieres la casa y estás en tu derecho. Eso es lo que se va á ver.

Y durante tres días anduvo así, de una hermana á otra, llevándolas las tonterías que se dirigían y exasperándolas hasta el punto de que las dos enfermaran. Sin cesar en sus maniobras, les decía cuánto las amaba y cuánto reconocimiento le deberían sus sobrinas por haberse resignado á aquel oficio de perro. Convínose, en fin, en que se partiría la tierra, pero que la casa y el mobiliario, lo mismo que los animales, se venderían judicialmente, pues no podían entenderse. Cada cual de las dos hermanas juraba que ella compraría la casa á cualquier precio, aunque se quedara sin camisa.

Grosbois vino á medir la tierra y á dividirla en dos lotes. Había una hectárea de prados, otra de viña, dos de labor; éstas eran, sobre todas, las

que Buteau, después de su matrimonio, se obstinaba más en no soltar, porque lindaban con las que el mismo llevaba de las de su padre, lo que constituía una pieza de cerca de tres hectáreas, tal como no la poseía ningún otro vecino de Rognes. ¡Con qué rabia vió á Grosbois instalar sus instrumentos! Allí estaba la Grande para vigilar, pues Juan había preferido no acudir por temor á una batalla. Enredóse una discusión porque Buteau quería que la línea fuese tirada paralelamente al valle del Aigre, de modo que su campo quedase unido á su lote; mientras que la tía exigía que la división se hiciera perpendicularmente, en la forma en que se partían los bienes de la familia desde muy antiguo. Buteau, enfurecido, decía:

—¿De modo que si me toca el primer lote, quedaré en dos pedazos, porque tendré esto de un lado y mi campo de otro?

—¡Caramba! muchacho, en tí consiste sacar el lote que te convenga.

Hacia un mes que Buteau se sentía mal. Desde luego se le escapaba la muchacha; el deseo contenido lo tenía enfermo desde que no podía darle pellizcos debajo de las sayas, con la esperanza obstinada de poseerla algún día; y además, aquel matrimonio, la idea de que otro la tenía en su cama gozándola á su placer, habían acabado por quemarle la sangre. Ahora el otro le quitaba además la tierra para poseerla también. Valía tanto como cortarle un miembro. La muchacha al menos podía volver á encontrarla; pero la tierra, una tierra que él miraba como suya, que había jurado no devolver jamás! Buscaba medios, soñaba confusamente violencias, asesinatos, que sólo

el miedo á los gendarmes le impedía cometer.

Reuniéronse al fin un día en casa del señor Baillehache, donde Buteau y Elisa se encontraron por primera vez á presencia de Francisca y de Juan, á quienes la Grande había acompañado por placer, con el pretexto de impedir que hubiera algún disgusto. Los cinco entraron en el despacho graves y silenciosos. Los Buteau se sentaron á la derecha. Á la izquierda, Juan se quedó en pie detrás de Francisca, como para indicar que él no estaba allí más que para autorizar á su mujer. La tía se colocó en medio, delgada y alta, mirando á unos y á otros con aire de satisfacción. Las dos hermanas ni siquiera parecían conocerse, sin una palabra, sin una mirada. Entre los hombres no medió más que una ojeada rápida, fulgurante, parecida á una puñalada.

—Amigos míos—dijo el señor Baillehache con calma—vamos á terminar ante todo la partición de las tierras, sobre la cual estáis de acuerdo.

Aquella vez pidió desde luego las firmas. La escritura estaba extendida, y sólo estaba en blanco la designación de los lotes á continuación de los nombres, y todos tuvieron que firmar antes del sorteo que se hizo en seguida para quitar estorbos.

Francisca sacó el número dos, y como el uno correspondía á Elisa, el rostro de Buteau se puso negro. ¡Nunca había de tener suerte! ¡Su parcela partida en dos! ¡Aquella chiquilla y su macho plantados allí con su parte entre sus dos trozos!

—¡Voto á....!

El notario le rogó que esperara á estar en la calle.

—Esto nos hace mal avío—dijo Elisa sin volverse hacia su hermana. Acaso se avendrían á un cambio. Esto nos convendría y no haría mal tercio á nadie.

—¡No!—dijo Francisca secamente.

La Grande aprobó con un movimiento de cabeza: bajo pena de atraer la desgracia, no convenía rechazar lo que la suerte daba. Aquel golpe del destino la alegraba; mientras que Juan no se había movido, detrás de su mujer, tan resuelto á no mezclarse en nada, que mantenía su rostro sin expresión.

—Vamos—añadió el notario—acabemos.

Las dos hermanas, de común acuerdo, lo habían escogido para proceder á la licitación de la casa, muebles y animales. La venta por anuncios se había fijado para el segundo domingo del mes: se haría en su estudio, y el pliego de condiciones indicaba que el adjudicatario tendría el derecho de entrar en posesión el mismo día de la adjudicación. Después de la venta se procedería al arreglo de cuentas entre los coherederos. Todo esto fué aceptado sin decir una palabra, con movimientos de cabeza.

Pero en aquel momento, Fouan, á quien esperaban como tutor, fué introducido por un pasante que impidió á Jesueristo entrar por encontrarse muy borracho. Aunque Francisca era mayor hacía un mes, las cuentas de la tutela no habían sido rendidas todavía, lo cual complicaba las cosas, y había que arreglar aquello para descartar la responsabilidad del viejo. Este miraba á unos y otros, temblando de miedo á verse comprometido y á tener que habérselas con la justicia.

En un minuto estuvieron hechas las cuentas, y el notario las leyó. Escuchábanle todos ansiosos, temiendo no comprender y que si dejaban pasar una palabra no estuviera en ella su desgracia.

—¿Tenéis reclamaciones que hacer?— preguntó Bailléhache cuando acabó.

Se quedaron como asustados. ¡Qué reclamaciones!

—Dispensad—dijo bruscamente la Grande—pero ésta no es la cuenta de Francisca. ¡Menester es que mi hermano cierre los ojos para no ver que la han robado!

Fouan murmuró:

—¡Cómo!..... Juro ante Dios que no la he tomado ni un sueldo.

—Yo digo que Francisca, desde que se casó su hermana, hace cinco años, ha estado en la casa como criada, y que le deben sus salarios.

Buteau, ante aquella salida inesperada, dió un salto en su silla. Elisa parecía ahogarse.

—¡Salarios!..... ¿Cómo? ¡á una hermana!..... ¡Eso sería una porquería!

Bailléhache tuvo que hacerles callar, afirmando que la menor tenía perfecto derecho á reclamar sus salarios si quería.

—Si quiero—dijo Francisca.—Quiero todo lo que es mío.

—¿Y lo que ha comido?—gritó Buteau fuera de sí.—Me parece que no llevaba consigo el pan y la carne, Pueden tocarla y verán qué carnes tiene.

—¿Y la ropa?—continuó furiosamente Elisa.—¿Y el lavado? que en dos días ensuciaba una camisa, de tal modo sudaba.

Francisca replicó:

—Si yo sudaba tanto, era á fuerza de trabajar.

—El sudor se seca y no ensucia—añadió la Grande.

Bailléhache intervino de nuevo. Les explicó que eran dos cuentas aparte, los salarios y la manutención y los gastos. Había cogido una pluma é intentó hacer esta cuenta por sus indicaciones. Pero aquello fué horrible. Francisca, apoyada por la Grande, tenía muchas exigencias, apreciaba muy caro su trabajo, enumeraba todo lo que hacía en la casa, y las vacas, y el menaje, y la vajilla, y los campos, donde su cuñado la ocupaba como un hombre. Por su parte, los Buteau, exasperados, aumentaban la nota de los gastos, contaban las comidas, mentían acerca de los vestidos, reclamaban hasta el valor de los regalos hechos en las fiestas. A pesar de todo, resultó que debían ciento ochenta y seis francos, y se quedaron con las manos temblorosas y los ojos inflamados, buscando con qué podrían compensar aquella diferencia.

Ya se iba á aceptar la cifra, cuando exclamó Buteau:

—¡Un momento! ¿Y el médico cuando estuvo opilada?..... Hizo dos visitas que costaron seis francos.

La Grande no quiso que se pusieran de acuerdo ante aquella victoria de los otros, y excitó á Fouan exigiendo que se acordase de los jornales que la muchacha había echado para la granja cuando él estaba en la casa. ¿Eran cinco ó seis jornales á treinta sueldos? Francisca decía que seis y Elisa que cinco, con tanta violencia como si se

apedrearán. Y el viejo, mareado, daba la razón á una y á otra, golpeándose la frente con los puños. Francisca lo ganó, y la cifra fué de ciento ochenta y nueve francos.

—¿De modo que ya está todo bien?—preguntó el notario.

Buteau en su silla parecía aniquilado por aquella cuenta que crecía siempre, no luchando más, creyéndose en el colmo de la desdicha. Murmuró con voz doliente:

—Si se quiere mi camisa, me la quitaré.

Pero la Grande reservaba un último golpe terrible, algo que todo el mundo olvidaba.

—Escuchad, ¿y los quinientos francos de la indemnización por el camino?

De un salto púsose en pie Buteau, con los ojos desencajados y la boca abierta. No había nada que objetar, no había discusión posible: había tomado el dinero y tenía que devolver la mitad. Meditó un momento, pero no encontrando salvación, enloquecido por completo, se lanzó brusca-mente sobre Juan.

—¡Indecente, que has matado nuestra buena amistad! Sin ti, viviríamos todos juntos en paz.

Juan, muy razonable en su silencio, tuvo que ponerse á la defensiva.

—¡Como me toques, te mato!

Vivamente Francisca y Elisa se levantaron, plantándose delante de sus maridos, con el rostro inflamado por el odio creciente y las uñas dispuestas á arrancarse la piel. Se habría empeñado una lucha general que ni la Grande ni Fouan parecían dispuestos á impedir, si el notario no hubiera salido de su flema profesional.

—¡Ea, basta ya! ¡esperad á estar en la calle! ¡Pues no faltaba más sino que no pudiera haber acuerdo sin pegarse antes!

Cuando todos, temblorosos, estuvieron algo tranquilos, añadió:

—¿Estáis de acuerdo, no es esto?.... Pues bien, voy á extender las cuentas de tutela, se las firmará, y en seguida procederemos á la venta de la casa para concluir.... ¡Ea, sed prudentes, que algunas veces las tonterías cuestan caras!

Esto acabó de calmarlos. Pero cuando salían, Jesucristo, que había esperado á su padre, insultó á toda la familia, murmurando que era una verdadera vergüenza mezclar á un pobre viejo en todas aquellas historias para robarlo con seguridad; y enternecido por la borrachera, se lo llevó como lo había traído, en una carreta que le había prestado un vecino. Los Buteau desfilaron por un lado, y la Grande llevó á Juan y á Francisca hacia el Buen Labrador, donde se hizo pagar una taza de café. Estaba radiante.

—¡Cuánto he gozado!—concluyó, metiéndose en el bolsillo el azúcar que le había sobrado.

Todavía tuvo una idea la Grande aquel día. Al volver á Rognes corrió á hablar con el tío Saucisse, uno de sus antiguos amantes, según se decía. Como los Buteau habían anunciado que ellos pujarían la casa contra Francisca hasta dejar la piel, se dijo que si el viejo la pujaba por su parte, los otros acaso abandonarían la partida. Saucisse aceptó mediante un regalo. El segundo domingo del mes pasaron las cosas como ella había prescrito. De nuevo, en el estudio del notario, los Buteau estaban á un lado, Francisca y Juan al otro

con la Grande; había allí muchos campesinos que habían ido con la vaga idea de comprar, si daban la casa por nada. Pero en cuatro ó cinco pujas lanzadas con tono seco por Elisa y Francisca, la casa subió á tres mil quinientos francos, que era lo que valía. Francisca se detuvo en tres mil ochocientos francos. Entonces entró en escena el tío Saucisse; llegó á los cuatro mil y aun pujó quinientos francos más. Los Buteau se miraron asustados; aquello no era posible, les helaba la idea de todo aquel dinero. Elisa, sin embargo, se dejó arrastrar hasta cinco mil, pero se quedó aterrada cuando el viejo, de un solo golpe, saltó á cinco mil doscientos. Aquello había concluído; la casa le fué adjudicada en cinco mil doscientos francos. Los Buteau se alegraron: aquella gran suma sería buena de tomar, desde el momento en que Francisca y su cochino de marido se quedaban sin la casa.

Sin embargo, cuando Elisa, de vuelta en Rognes, entró en aquella antigua morada donde había nacido y donde había vivido, se puso á sollozar. El mismo Buteau parecía también conmovido y decía que habría dejado hasta el último pelo de su cuerpo. ¡Ah! la pobre vieja casa patrimonial de los Fonan, construída hacia tres siglos por un antepasado, ahora medio arruinada! Decir que la familia la habitaba hacia trescientos años y que se había acabado por amarla y honrarla como una verdadera reliquia!

Al día siguiente estalló la tormenta. El tío Saucisse fué por la mañana á hacer su declaración al registro, y Rognes supo que había comprado la casa por cuenta de Francisca, autorizada por su

marido; y no sólo la casa, sino también los muebles, Gedeón y la Coliche. En casa de Buteau parecía que había caído un rayo. El marido y la mujer, tirados por tierra, lloraban con la desesperación de haber sido vencidos por aquella chiquilla. ¿Iban á consentir aquello? ¡No, no, ya verían!

Cuando se presentó la Grande en nombre de Francisca, para hacer entender cortésmente á Buteau qué día debían desocupar la casa, ésta la arrojó fuera, respondiéndole con una sola palabra:

—¡Mierda!

Ella se fué muy contenta, diciendo que le enviaría el alguacil. A la mañana siguiente, Vimeux, pálido é inquieto, llamó con prudencia á la puerta, espiado por las comadres de la vecindad. Como no le respondieran, llamó más fuerte y dijo á voces á qué iba. Abrióse entonces la ventana del granero y una voz gritó la misma palabra:

—¡Mierda!

Y un cubo de agua cayó sobre Vimeux, calándole de pies á cabeza.

La Grande llevó á Juan á Chateaudun á casa del abogado, y éste les explicó que habían de pasar lo menos quince días para la expulsión. La Grande discutió para ganar un día, y cuando regresó á Rognes anunció á todo el mundo que el sábado—era martes—los Buteau serían puestos en la calle á sablazos, si no se iban á buenas.

Cuando Buteau supo la noticia, hizo un gesto de terrible amenaza y dijo que no saldría vivo y que los soldados tendrían que derribar la casa. Aquellos días andaba por todas partes hecho un loco, aterrando á todo el mundo. Una mañana se apercibieron de que se había fortificado en su casa;

dentro se oían llantos y las voces de Elisa y sus dos hijos. La vecindad se puso en conmoción, y un viejo acercó una escalera para mirar por la ventana; pero la ventana se abrió, y Buteau empujó la escalera y el viejo cayó, rompiéndose las piernas. ¡Es que no era dueño de hacer en su casa lo que quisiera! Y enseñaba los puños. También Elisa se asomó, vomitando injurias contra los curiosos.

El viernes, Buteau encontró á su padre cerca de la iglesia y se puso á llorar y se arrodilló ante él pidiéndole perdón por los disgustos que le había dado. Acaso por esto le sucedían tantas desdichas. Le suplicaba que volviera á vivir con él, porque creía que sólo su vuelta le traería la suerte. Fouan, asombrado, le prometió aceptar un día, cuando estuvieran arreglados todos los asuntos de familia.

Llegó el sábado. La agitación de Buteau había ido creciendo, y desde la mañana á la noche no hacía más que enganchar y desenganchar sin motivo; las gentes huían ante él. El sábado á las ocho volvió á enganchar, pero no salió, y se plantó en la puerta, llamando á los vecinos que pasaban, riendo, sollozando, hablando de su asunto en términos muy erudos. Porque Elisa había salido, arrojó una cuestión y la pegó delante de todo el mundo. Seguía en la puerta esperando á la justicia é insultándola por adelantado.

A las cuatro apareció Vimeux con dos gendarmes. Buteau, muy pálido, cerró precipitadamente la puerta. Acaso no había creído nunca que las cosas llegasen hasta el fin. En la casa reinó un silencio de muerte. Insolente aquella vez, bajo la protección de la fuerza armada, Vimeux llamó con los dos puños. Nadie le contestaba. Los gen-

darmes hicieron retemblar la puerta á culatazos. Todo Rognes estaba allí presenciando aquel sitio. De pronto se abrió la puerta, y vieron á Buteau de pie en la delantera de su carro, fustigando al caballo, saliendo al galope por entre la multitud y gritando:

—¡Voy á ahogarme! ¡voy á ahogarme!

Hablaba de acabar, de arrojarse al Aigre, con su carro y su caballo.

—¡Apartaos! ¡voy á ahogarme!

El espanto había dispersado á los curiosos. Pero cuando lanzaba el carruaje por la cuesta, corrieron algunos hombres á detenerlo. Aquel animal era capaz de hacer lo que decía. Le alcanzaron y saltaron á la cabeza del caballo. Cuando le trajeron, no hablaba una palabra y apretaba los dientes: dejaba que se cumpliera el destino con la muda protesta de su rabia impotente.

En aquel momento la Grande traía á Francisca y á Juan para que tomasen posesión de la casa. Buteau se contentó con mirarlos sombríamente. Elisa comenzó á gritar hecha una furia. Los gendarmes les decían que hicieran sus paquetas y se marcharan; Elisa llamaba cobarde á su marido que consentía todo aquello.

—Vamos, despachemos, decía Vimeux triunfante. No nos marcharemos hasta que hayáis entregado las llaves á los nuevos propietarios.

Hacia tres días que los Buteau habían llevado muchas cosas, herramientas y utensilios grandes á casa de su vecina la Frimat, que les había alquilado su casa, reservándose sólo la alcoba de su esposo paralítico.

Cuando Elisa apercibió á Francisca y á Juan,

aumentó su furor; entonces estalló todo su rencor.

—¡Ah, perdida, has venido con tu canalla!... Ya ves lo que nos pasa; lo mismo que si te bebieras nuestra sangre.... ¡Ladrona, ladrona, ladrona!

Francisca, muy pálida y con los labios apretados, no respondía y espiaba los movimientos de su hermana, afectando una vigilancia mortificante. Precisamente vió que cogía un escabel de la cocina que había entrado en la venta.

—Eso es mío—dijo con sequedad.

—¿Tuyo? pues vé á buscarlo—contestó la otra tirando el escabel al depósito de las aguas sucias.

La casa estaba desocupada. Buteau cogió el caballo por la brida y Elisa á sus hijos, y al salir de su antigua morada, se aproximó á Francisca y la escupió al rostro.

—¡Toma! para tí.

Su hermana escupióla también.

—¡Pues toma! para tí.

Al salir Buteau exclamó:

—Hasta bien pronto; ¡volveremos!

Cuando los Buteau entraban en casa de la Fremat, se asombraron al ver entrar á Fonan que llegaba lleno de espanto diciéndoles:

—¿Hay aquí un rincón para mí?

Hacía mucho tiempo que Jesucristo y su hijo andaban siempre, durante su sueño, registrándole sus ropas en busca de sus papeles. Pero aquel día, después de almorzar tuvo un vahído y cayó aturdido sobre la mesa. Al volver en sí, se encontró tendido en tierra y sintió que Jesucristo y la

Trouille le desnudaban. En vez de socorrerle, aprovecharon la ocasión para registrarle. Ella, sobre todo, lo hacía brutalmente, registrándole hasta por dentro de los calzoncillos, examinándole la piel por todas partes y separándole brutalmente las piernas. ¡Pero nada! ¿dónde tendría el escondite? Era cosa de abrirle para verle por dentro. Tal miedo le entró al viejo de ser asesinado que no se movió y siguió fingiendo el desvanecimiento; y cuando se vió libre, escapóse, resuelto á no dormir en el castillo.

—¿Qué? ¿hay un rincón para mí?

Buteau se alegró de aquella vuelta imprevista de su padre. Era la vuelta del dinero.

—Seguramente, viejo. Nos estrecharemos....

¡Ah! ¡qué rico sería yo, si para ello sólo se necesitara tener buen corazón!

Francisca y Juan habían entrado lentamente en la casa. Obscurecía, y un pálido fulgor apenas iluminaba las habitaciones silenciosas. Parecía una casa muerta.

Francisca iba recorriéndola toda muy despacio. Confusas sensaciones y vagos recuerdos despertábanse en ella. En este sitio había jugado cuando niña. Allí estaba la cocina donde su padre había muerto junto á la mesa. Más allá, en la alcoba, recordó aquellos suspiros ahogados de placer de Buteau y de Elisa, que por las noches oía á través del techo. Parecíale que Buteau estaba siempre allí. Aquí la había él cogido una noche, y ella le había mordido; y allí también, y también allá.

De pronto, al volverse, quedó sorprendida al ver á Juan. ¿Qué hacía allí aquel extraño, que parecía estar en visita, no atreviéndose á tocar nada?

Invadía una sensación de soledad. Creía que iba á entrar dando gritos de triunfo al salir su hermana; y la casa no la alegraba, sentía cierto mal-estar.... Acaso aquello era efecto de la luz tan melancólica. Francisca y su marido acabaron por encontrarse en plena obscuridad, sin haber tenido siquiera ánimos para encender una luz.

Un ruido los atrajo á la cocina, y reconocieron á Gedeón que había entrado como de costumbre. En el establo mugía la vieja Coliche.

Entonces Juan abrazó á Francisca y la besó dulcemente, como para decirle que iban á ser muy felices.

PARTE QUINTA.

I.

Antes de las labores cubríase la Beauce, hasta donde alcanzaba la vista, de una capa de estiércol. Veíanse por todos los caminos carretas llenas de vieja paja podrida, que despedían un espeso vapor como si arrebatasen su calor á la tierra; y de un extremo á otro de la inmensa llanura esparcíanse y llenaban los aires las acres emanaciones de aquella podredumbre.

Una tarde Juan conducía á su tierra un gran carro de estiércol. Hacía un mes que él y Francisca se habían instalado en la casa, y su existencia había tomado la marcha activa y monótona de los campos. Cuando llegaba, vió á Buteau en la parcela de al lado extendiendo los montones de abonos depositados la semana anterior. Como eran vecinos, se veían forzados á trabajar uno al lado del otro. Acaso el mejor día estallarí una disputa cualquiera y se matarían á golpes de azadón.

Invadía una sensación de soledad. Creía que iba á entrar dando gritos de triunfo al salir su hermana; y la casa no la alegraba, sentía cierto mal-estar.... Acaso aquello era efecto de la luz tan melancólica. Francisca y su marido acabaron por encontrarse en plena obscuridad, sin haber tenido siquiera ánimos para encender una luz.

Un ruido los atrajo á la cocina, y reconocieron á Gedeón que había entrado como de costumbre. En el establo mugía la vieja Coliche.

Entonces Juan abrazó á Francisca y la besó dulcemente, como para decirle que iban á ser muy felices.

PARTE QUINTA.

I.

Antes de las labores cubríase la Beauce, hasta donde alcanzaba la vista, de una capa de estiércol. Veíanse por todos los caminos carretas llenas de vieja paja podrida, que despedían un espeso vapor como si arrebatasen su calor á la tierra; y de un extremo á otro de la inmensa llanura esparcíanse y llenaban los aires las acres emanaciones de aquella podredumbre.

Una tarde Juan conducía á su tierra un gran carro de estiércol. Hacía un mes que él y Francisca se habían instalado en la casa, y su existencia había tomado la marcha activa y monótona de los campos. Cuando llegaba, vió á Buteau en la parcela de al lado extendiendo los montones de abonos depositados la semana anterior. Como eran vecinos, se veían forzados á trabajar uno al lado del otro. Acaso el mejor día estallarían una disputa cualquiera y se matarían á golpes de azadón.

Juan se había puesto á descargar el estiércol de su carro, cuando pasó por allí Hourdequin. El dueño de la granja había conservado un buen recuerdo de su servidor. Detúvose á hablar con él.

—Juan, ¿por qué no has ensayado los fosfatos?

Y sin esperar respuesta, continuó hablando mucho tiempo. Los estiércoles, los abonos, he aquí el punto capital para el cultivo. Él lo había ensayado todo. Su principio era que todo lo que procede de la tierra era bueno para devolverlo á la tierra.

—Con los fosfatos—añadió—he obtenido muy buenos resultados algunas veces..... El porvenir está en ellos, pero antes de que llegue ese porvenir nos habremos muerto.

Las emanaciones del estiércol que Juan removía parecían haber reanimado su rostro, donde se dibujaban hondos pesares; y las aspiraba con un placer de buen macho, como el olor mismo de la fecundación de la tierra.

—Sin duda—continuó después de una pausa—que no hay nada que valga lo que el estiércol de las granjas; pero nunca hay bastante..... Y luego, no se sabe ni prepararlo ni emplearlo.

Y la emprendió contra la rutina, y comenzó á decir de qué modo recogía y utilizaba todos los residuos y suciedades de la granja.

—Sí, es una necedad perder lo que Dios nos da. Mucho tiempo he tenido ideas de delicadeza..... Pero la tía Caca me ha convertido..... Ella estaba en lo cierto; y el manzano á cuyo pie vierte su orinal es el rey de los manzanos, como tamaño y como sabor de sus frutos.

Juan se echó á reír, y saltando del carro, comenzó á dividir su estiércol en montones pequeños, y Hourdequin lo seguía en medio del vaho que los envolvía á los dos.

—¡Cuando se piensa que sólo los excrementos de París podrían fertilizar treinta mil hectáreas!..... Y con todo, se pierde..... ¡Treinta mil hectáreas! ¡Con ello se podría anegar la Beauce y saldrían muy hermosos trigos!

En aquel momento les hizo volver la cabeza una voz. Elisa, de pie en su carro, se había parado á orillas del camino y gritaba á Buteau:

—Oye, voy á Cloyes á buscar al señor Finet..... El padre se ha puesto malo..... Me parece que se muere..... Vé tú por allí á ver.

Y sin esperar respuesta, continuó su camino.

Buteau, sin apresurarse, se puso á extender los últimos montones de estiércol. Aquella enfermedad de su padre era un verdadero fastidio, si no es que se trataba de hacer que lo mimaran. Pero luego pensó que la cosa debía ser seria cuando su mujer se arriesgaba á hacer el gasto del médico y se puso su chaqueta.

Hourdequin se encaminó á la granja al mismo tiempo que Buteau entraba en Rognes, y Juan se quedó solo acabando su tarea.

Los Buteau vivían en casa de la Frimat, donde ocupaban toda la casa, salvo la pieza que ella se había reservado en el piso bajo para sí y su marido paralítico. Acaso se habrían mudado si no se hubieran apercibido de que su vecindad exasperaba á Francisco. Y decían muy alto, para ser oídos, que seguían allí esperando volver cualquier día á su antigua morada. ¿Cuándo, de qué ma-

nera volverían? No lo decían, pero su aplomo sacaba de quicio á Francisca; amargándola la alegría de haberse quedado ama de la casa; sin contar que Elisa colocaba algunas veces una escalera contra la tapia del pajar, y se subía á ella para insultarla á gritos. Decía que la habían robado, y andaba siempre lanzando atroces acusaciones de un corral á otro.

Cuando Buteau llegó, encontró á su padre tendido en su cama, debajo de la escalera del granero. Cuidábanle los dos niños, Julio, que ya tenía ocho años, y Laura tres.

—¿Qué es eso?—preguntó Buteau, de pie delante de la cama.

Fouan había recobrado el conocimiento y abrió sus ojos, pero no movió la cabeza.

—¡Vaya, padre, basta de tonterías!.....

Pero el viejo seguía con los ojos abiertos, pero no hablaba. Ya se veía lo que decía el médico. Buteau sintió haber abandonado su campo, y se puso á partir leña en la cocina, para ocuparse en algo.

Elisa llegó en seguida con el señor Finet, que examinó lentamente al anciano, mientras que ella y su marido esperaban con inquietud. La muerte del viejo los habría desembarazado, siendo repentina, porque si duraba la enfermedad costaría mucho; y si se moría antes de que encontrasen su lucha, Fanny y Jesucristo vendrían con seguridad á darles disgustos. El silencio del médico acabó de turbarlos. Cuando al fin se sentó para redactar una receta, se decidieron á preguntarle:

—¿Es cosa grave?..... ¿Acaso durará ocho días?..... ¡Diablo! ¡qué largo es eso que escribis!

El señor Finet no contestaba, acostumbrado á aquellas preguntas de los campesinos.

—¿De modo —añadió Buteau asustado ante la receta— que creéis que con esto se mejorará?

El médico se encogió de hombros. Con la vista puesta en su reloj, volvió á pulsar al viejo, y al irse dijo sencillamente:

—Es cosa de tres semanas..... Volveré mañana. No os asustéis si delira esta noche.

¡Tres semanas! ¡cuánto dinero iba á costar, si todas las tardes hacía una receta como aquélla! Lo peor era que Buteau tuvo á su vez que subir al carro para ir á la botica de Cloyes. La noticia se esparció por Rognes, y apareció la Trouille, que no se fué antes de haber tocado á su abuelo, para ir á decir á su padre que no se había muerto. Después entró la Grande, enviada evidentemente por Fanny.

Hasta media noche la casa estuvo en movimiento. Buteau había vuelto de un humor endiablado. Traía sinapismos para las piernas, una bebida para tomar de hora en hora, y una purga, en caso de necesidad, para el día siguiente. La Frimat les ayudó voluntariamente; pero á las diez, cayéndose de sueño, se acostó. Buteau, que deseaba hacer otro tanto, empujaba á Elisa. ¿Qué iban á hacer allí? Seguramente que con mirar al viejo no le aliviarían. Este entretanto deliraba, diciendo cosas sin sentido, como si estuviere trabajando en el campo como en los lejanos días de su juventud. Elisa iba también á seguir á su marido, que ya se estaba desnudando; pero antes quiso registrar los vestidos del enfermo, que estaban sobre una silla. Sacudiólos con cuidado, después de haber exami-

nado los bolsillos, en los cuales no encontró más que un mal cuchillo y yesca. Cuando los colgaba, vió sobre una tabla un paquetito de papeles. Le dió un vuelco el corazón: ¡el dinero! Allí estaba el dinero tan inútilmente buscado. Acaso el viejo iba á cambiarlo de escondite cuando cayó al suelo con el primer ataque de la enfermedad.

—¡Buteau! ¡Buteau!— llamó con la garganta oprimida.

Buteau acudió en camisa, creyendo que su padre espiraba.

El también se quedó sin alientos. Después una alegría loca acometió á los dos, y se pusieron á saltar, olvidándose del enfermo, que volvía á delirar.

—¡Chist!— murmuró Elisa, volviéndose sobresaltada.

—¿Y él qué sabe?— respondió Buteau. — ¡Ya oyes que no dice más que tonterías!

Sentáronse cerca de la cama. Buteau fué desdoblando los papeles, al mismo tiempo que decía:

—Doscientos treinta y setenta, trescientos justos. Yo había calculado bien..... Esto es tres por ciento. ¡Parece mentira que estos pedacillos de papel sean dinero de veras!

Pero Elisa le hizo callar de nuevo ante un murmullo del viejo, que volvía á su delirio.

Buteau se encogió de hombros.

Reinó el silencio. Los dos miraban los papeles reflexionando.

—¿Y qué?— acabó por murmurar Elisa;— hay que volver á ponerlos donde estaban.

Con un gesto enérgico rechazó Buteau la idea.

—Sí, sí; hay que dejarlos. Los buscará y nos armará un escándalo.....

Interrumpióse al oír al viejo llorar.

—¿Y tú crees— dijo violentamente Buteau— que voy á dejar los papeles á ese viejo loco? ¡Para que los rompa ó los quemé! ¡No, no!

—Es verdad.....

—Entonces, vamos á acostarnos..... Si él los pide, ya le contestaré.

Y se acostaron, después de haber escondido los papeles, dejando al viejo solo y á oscuras, que continuó sollozando en medio de su delirio.

Al día siguiente, el señor Finet le encontró más tranquilo y mejor de lo que esperaba. La fiebre que él temía parecía conjurada. ¡ecetó hierro, quinina, drogas de rico que consternaron de nuevo al matrimonio.

Al cabo de ocho días el señor Finet se asombró al ver á Fouan de pie, débil todavía, pero empeñado en andar. Y Buteau, detrás del médico, se reía con sorna y desprecio, porque había suprimido las recetas desde la segunda, diciendo que lo mejor era dejar á la enfermedad marchar sola.

Aquella noche Fouan se decidió á hablar. Desde que se había levantado andaba por toda la casa con aire ansioso, no recordando en dónde habría podido dejar sus papeles. Buscaba por todas partes y hacía desesperados esfuerzos de memoria. De pronto tuvo un vago recuerdo: acaso no los habria ocultado y se habrían quedado encima de la tabla. Durante dos días todavía luchó entre la rabia por aquella brusca desaparición y la necesidad en que estaba de no hablar. Los hechos, sin embargo, se precisaban, y recordaba que la mañana que le dió el ataque había puesto el paquete en una tabla que

había descubierto cerca del techo, mientras podía ocultarlo en otra parte.

Acababan de cenar, y Buteau, que esperaba la interpelación de su padre desde el día que éste se levantó, se decía que de ahora no pasaba: tan excitado le veía. En efecto, el viejo se plantó de pronto ante él.

—¿Dónde están los papeles?—preguntó con voz ronca.

Buteau entornó los párpados con aire de sorpresa como si no comprendiera.

—¿Qué decís?.... ¿de qué papeles habláis?

—¡Mi dinero!—gruñó el viejo.

—¡Vuestro dinero! ¿conque tenéis dinero?....

¡Pues no jurabais que no teníais ni un sueldo!

Fouan temblaba.

—¡Devuélvemelo!

—¿Que os lo devuelva? ¡qué sé yo de vuestro dinero!

—Tú me lo has robado; devuélvemelo, ó te lo hago soltar á la fuerza.

Y á pesar de su edad, le cogió por los hombros y le sacudió. Pero entonces el hijo se levantó y le cogió á su vez.

—Sí, yo los tengo, y los guardo.... Ya era tiempo de quitároslos, porque los ibais á romper.... ¿Verdad, Elisa?

—¡Oh, sí! cuando no se sabe lo que se hace....

Fouan quedó asustado. ¡Conque había verido romperlos como un chico que juega con estampas! Llorando murmuró:

—¡Devuélvemelos!

—¡No!

—¡Devuélvemelos, pues que estoy mejor!

—¡No, no; para que cualquier día encendáis con ellos vuestra pipa!

Y desde entonces los Buteau rehusaron obstinadamente desprenderse de los títulos. Inventaron una historia, y hasta enseñaron á la Frimat una punta á medio romper. Todo el mundo aprobaba su precaución, aunque sospechaban que mentaban. Jesucristo se desesperaba: ¡decir que aquel dinero que él no había podido encontrar en su casa lo habían descubierto los otros en seguida! Pero él juraba que exigiría cuentas á su hermano así que muriera su padre. Fanny también decía que habría que hacer cuentas.

Fouan iba por todas partes contando el asunto y lamentándose de su suerte.

Un día entró con su tema en casa de su sobrina. Francisca ayndaba á Juan á cargar un carro de estiércol. Mientras que él abajo las llenaba, ella en lo alto recibía las espertas y lo aplastaba con los pies para que cupiese más.

El viejo comenzó sus lamentos y añadió:

—¿Qué haríais vosotros?

Francisca le dejó repetir la pregunta tres veces.

Al fin, muy disgustada y temiendo siempre cheques con los Buteau, contestó:

—Ya sabéis, tío, que eso no nos importa y que estamos muy á gusto por haber salido de aquel infierno.

Y volviéndole la espalda, continuó su tarea, metiéndose en el estiércol hasta los muslos y desapareciendo entre aquellos cálidos vapores asfixiantes.

—¿Verdad que no estoy loco?—continuaba Fouan, sin parecer haber entendido.—Debían

devolverme mi dinero..... ¿Me creéis vosotros capaz de destruirlo?

Ni Francisca ni Juan contestaron.

—Porque habría que estar loco, y yo no lo estoy..... ¿verdad?

Bruscamente Francisca irguióse, sana y fuerte, como si aquel olor de fecundidad hubiese salido de ella. Con las manos en las caderas y el pecho robusto, era ahora una verdadera mujer.

—¡Basta, tío, basta! Ya os he dicho que no nos mezcléis en esos asuntos..... Y lo mejor sería que no viniérais por aquí.

—¿De modo que me echas?—preguntó el viejo temblando.

Juan intervino.

—No, es que no queremos cuestiones..... y las tendríamos si os vieran por aquí..... Queremos vivir tranquilos.

Fouan seguía inmóvil mirándolos. Al fin fué murmurando:

—Bueno; cuando tenga necesidad de un socorro, será menester que vaya á otra parte que á vuestra casa.

Y le dejaron ir, con el corazón oprimido, porque aun no eran malos; ¿pero qué hacer? No podían ayudarle.

Mientras que su marido iba á buscar su látigo, Francisca barría el estiércol caído y lo echaba en el carro.

Al día siguiente hubo una escena violenta entre Fouan y Buteau. El viejo andaba siempre buscando dónde podrían haber ocultado sus papeles. Continuamente sus miradas iban de un rincón á otro en su única preocupación; y así que se encon-

traba solo, separaba á los niños y se lanzaba á sus pesquisas con la misma pasión del mozueto que se lanza sobre la criada así que desaparecen sus padres. Aquel día, entrando Buteau de improviso, vió á Fouan tendido en tierra y olfateando por debajo de la cómoda. Esto le puso fuera de sí, porque su padre se quemaba: lo que buscaba abajo estaba arriba oculto por el mármol.

—¿Qué hacéis ahí, viejo loco?

Y tirándole de las piernas, lo puso en pie.

Fouan, irritado por haber sido sorprendido, exclamó en un arrebatado de cólera:

—¡Devuélvemelos!

—¡Dejadme en paz!

—Yo sufro aquí mucho, y me voy.

—Buen viaje.

Y cogiéndole por los brazos, le empujó hacia fuera.

II.

Fouan bajó la pendiente. Calmada bruscamente su cólera, se detuvo abajo indeciso, sin saber á dónde ir. Daban las tres en la iglesia. Soplaban un viento frío que le hacía tiritar, porque ni aun había tenido tiempo de coger su sombrero. Al principio subió hacia Cloyes, y luego volvió hacia Rognes. Ante la casa de Macqueron tuvo idea de beber un vaso, pero no tenía ni un sueldo.

Cuando llegó al Aigre, se apoyó un momento contra el parapeto del puente. La idea de que se acercaba la noche le hizo estremecer. ¿Dónde dor-

mir? Buscaba confusamente. Cerrados sus párpados, pensaba en los sitios abrigados.

Maquinalmente atravesó el puente y se encontró delante de la pequeña granja de los Delhomme, y al apercibirse de ello dió vuelta á la casa para que no le viesen. Al pasar junto á la pared del establo oyó la voz de Fanny, sin que pudiera percibir lo que decía. Debía estar riñendo á alguna criada, porque su voz se alzó seca y dura, y la oyó, sin palabras groseras, decir cosas tan mortificantes, que la desgraciada se echó á llorar. Y sufría también, seguro de que si hubiera empujado la puerta, su hija le habría acogido con aquella áspera voz. Imaginóse que repetía: «Papá ha de venir á suplicarnos de rodillas que le volvamos á admitir.» No, no, antes se moriría de hambre y dormiría en un foso. Alejóse penosamente.

Bien pronto se encontró en medio de las viñas, tratando de evitar el pueblo; pero sin saber cómo, pasó por al lado del castillo. La carrera le había sofocado, y se sentó reflexionando. Seguramente que si hubiera entrado á decir á Jesucristo: «Voy á demandar á Buteau; ayúdame», el vagabundo le habría recibido y habría habido una gran cena aquella noche. Llególe al corazón una brusca detonación de Jesucristo, y ya iba á empujar la puerta cuando le paralizó la aguda risa de la Trouille, que todavía le espantaba recordándola en camisa y registrándole las ropas. Huyó de allí.

Durante mucho tiempo anduvo á la casualidad, de acá para allá. Había oscurecido, y el viento helado le azotaba. Dieron las seis: todo el mundo debía estar comiendo en Rognes, y él sentía una debilidad en el estómago y en las piernas, que ha-

cía más lenta su marcha. Entre dos borrascas cayó un chaparrón tremendo que le puso hecho una sopa. Temblando de frío y de cansancio encontróse sin saber cómo en la plaza de la iglesia, delante de la antigua casa patrimonial de los Fouan, que ahora ocupaban Francisca y Juan. ¡Pero le habían echado de allí! La lluvia seguía cayendo. Habíase aproximado á la puerta de los Buteau, atraído por la necesidad física de comer y de encontrar calor; pero se detuvo al oír que hablaban.

—¿Y si no volviera el padre?—decía Elisa.

—Déjale; ya volverá cuando tenga hambre—respondió Buteau.

Acallando sus pasos apartóse de allí Fouan, sofocado por la vergüenza y resuelto á dejarse morir de hambre en un rincón. Volvió á bajar la pendiente, y se dejó caer sobre un tronco de olmo que había tendido delante del taller de Clou. Con su bastón entre las rodillas y su cráneo lavado por la lluvia, permanecía allí inmóvil, estúpido de tanta miseria. Dieron las nueve, y después las diez. La lluvia seguía cayendo y calándolo hasta los huesos. Vió aparecer y desfilar alguna linterna: era que salían de las veladas, y tuvo todavía una esperanza al reconocer á la Grande, que volvía sin duda de casa de los Delhomme. Levantóse con un esfuerzo que hizo crujir sus huesos, y la siguió, pero no llegó á tiempo de entrar al mismo tiempo que ella. Ante la puerta cerrada vaciló con el corazón desfallecido. Al fin llamó.

Hay que decir que llegaba en mala ocasión, porque la Grande estaba de un humor feroz desde que en la semana anterior le había ocurrido un desdichado accidente. Una noche que se encontra-

ba sola con su nieto Hilario, le mandó que partiera leña, y como él no lo hiciese de muy buena gana, comenzó á llenarle de injurias. Hasta entonces aquel bruto estúpido y contrahecho, de músculos de toro, había dejado á su abuela abusar de sus fuerzas sin atreverse siquiera á alzar los ojos sobre ella. Sin embargo, desde hacia algunos días ella habría debido desconfiar ante ciertos estremecimientos que él experimentaba. Para excitarle le pegó en la nuca con su caña. El dejó el hacha y la miró; pero ella fuera de sí le golpeó furiosamente. Entonces, bruscamente lanzóse sobre la vieja, que creyó que iba á ser pateada y estrangulada; pero no se trataba de esto: él tenía muchos apetitos desde la muerte de su hermana Palmira, y su cólera se tornó en una rabia de macho, no teniendo conciencia ni del parentesco, ni de la edad y apenas del sexo. El bruto violaba á aquella abuela de ochenta y nueve años. Pero sólida todavía é inexpugnable, la vieja no le dejó hacer, y cogiendo el hacha de un golpe le partió el cráneo. A sus gritos acudieron los vecinos y contó la historia con detalles: un momento más, y el bruto consuma sus deseos. Hilario no murió hasta el día siguiente. Vino el juez, verificóse el entierro, y á la sazón ya estaba más tranquila, pero lastimada por la ingratitude del mundo y resuelta á no hacer jamás ningún favor á su familia.

Fouan llamó tres veces. Al fin acudió la Grande preguntando:

—¿Quién va?

—Soy yo.

—¿Quién eres tú?

—Tu hermano.

—¿Y qué es lo que quieres?

Pero él temblaba y no contestó. Ella entonces abrió bruscamente; pero como él fuese á entrar, ella se lo impidió y le dejó en medio de la calle, bajo la lluvia que no había cesado.

—Ya sé lo que quieres..... Sé lo que sucede..... Has hecho la tontería de dejarte comer tus ahorros, y quieres que yo te recoja.

Y como viese que él trataba de excusarse, de dar explicaciones, se irritó.

—¡Sí no lo hubiera advertido!..... Ya ves como te sucede lo que te predije: ¡te encuentras sin tener siquiera donde dormir!

Y como él, llorando, intentase entrar á pesar de ella, la Grande se mantuvo inflexible.

—¡No, no! vé á pedir una cama á aquellos por quienes te has despojado..... No quiero que me acuse la familia de mezclarme en sus asuntos.

Y cerrando violentamente la puerta, exclamó:

—Muérete ahí fuera.

Fouan quedó aturdido un momento.

¿A dónde fué luego! Jamás lo recordó después.

Al amanecer, Fouan salió de la somnolencia dolorosa que le había invadido. Pensó con vergüenza que su historia corría ya por el país y que todos le miraban como un pobre que anda mendigando por los caminos. Y se deslizó hacia la llanura, bajo la lluvia que seguía cayendo, temiendo que se abriese una ventana y le reconociesen en su miseria. Pasó todo el día huyendo de acá para allá, creyéndose á cada momento descubierta y cambiando de agujero. La única idea que le atormentaba era saber si sería muy largo morir de aquel modo. Más

que el frío le torturaba el hambre, y de esto moriría seguramente. ¡Mientras fué de día no se acordó! todo lo prefería á volver á casa de los Buteau. Pero así que llegó la noche, invadióle una gran angustia al pensar en otra noche bajo aquella lluvia pertinaz. Sentíase como anegado en aquellas tinieblas y dominado por el hambre; insensiblemente encontróse en la cocina de los Buteau, cuya puerta acababa de abrir.

Precisamente en aquel momento Buteau y Elisa acababan de cenar. Al ruido volvió aquél la cabeza y miró á Fouan silencioso. Al cabo de algún tiempo le dijo:

— Ya sabíais yo que volveríais.

El viejo no contestó una palabra.

— Vamos, mujer, dale algo de comer, pues que le trae el hambre.

Ya Elisa se había levantado y le traía una escudilla de sopa. Fouan cogió la escudilla y fué á sentarse aparte en un taburete, como si no quisiera ponerse á la mesa con sus hijos, y ansiosamente devoraba á grandes cucharadas.

— Vamos, parece que el paseo al fresco os ha abierto el apetito. Pero no hay que repetir esto muy á menudo, porque costaría muy caro manteneros.

El viejo devoraba, devoraba sin hablar. El hijo continuó:

— ¡Qué modo de comer! ¿dónde habéis estado?

El mismo silencio.

— ¡Que os hablo yo! — acabó por gritar Buteau irritado. — ¡Bien podríais hacerme la cortesía de contestarme!

Fouan ni siquiera alzó de la sopa sus miradas sin expresión. Parecía ni oír ni ver, como si hu-

biera querido indicar que su vientre estaba allí, pero su corazón muy lejos.

Elisa, conmovida por aquella hambre, intervino:

— Déjale.

— ¡Es que no va á comenzar otra vez á reírse de mí! Por una vez, pase. Pero que os sirva de lección lo sucedido, porque á otra vez os dejo morir de hambre en el camino.

Fouan, habiendo terminado, dejó penosamente su asiento, y siempre mudo, volvió la espalda, dirigióse hacia su cama y se echó en ella vestido. Durmióse en seguida, y Elisa, que fué á verlo, volvió á decir á su marido que acaso estaba muerto. Buteau se encogió de hombros. Al día siguiente no se había movido, y por la noche dormía aún, y no se levantó sino después de treinta y seis horas de aniquilamiento.

— ¡Calla! — dijo Buteau; — ¿ya habéis despertado? ¡Y yo que creí que esto seguiría y que ya no comeríais más!

El viejo no le miró ni contestó, y salió al camino á tomar el aire.

Desde entonces Fouan pareció haberse olvidado de sus títulos; al menos no hablaba de ellos ni los buscaba, indiferente ó resignado. Jamás les dirigía la palabra. La vida era común, comía allí, dormía allí, con ellos estaba todo el día, y no les dirigía ni una palabra, ni una mirada, como si fuera una sombra deslizándose entre vivos. Elisa y Buteau dejaron también de mirarle y de hablarle, considerándole como un mueble y acabando por no notar siquiera su presencia.

En toda la casa Fouan no tuvo más que un

amigo, su nieto Julio, que acababa de cumplir nueve años, mientras que Laura, que tenía cuatro, le miraba con las miradas duras de la familia, y se desprendía de sus brazos burlona y rencorosa; Julio se sentaba en las rodillas del viejo y se llevaba muy bien con él, ayudándole en todo y acompañándose de él por todas partes, en sus juegos y en sus excursiones en busca de nidos. Aquella mano débil de niño entre las suyas, por los caminos de aquel país, donde ya no tenía tierra ni familia, era lo único que sostenía al viejo, lo que le hacía complacerse todavía algo en vivir.

Por lo demás, Fouan estaba como eliminado del número de los vivos. Buteau obraba por él, cobraba y firmaba, con el pretexto de que el viejo no estaba bien de la cabeza. Al cabo de un año, aunque declinando siempre, Fouan vivía á pesar de todo. Ya no era el viejo campesino, limpio, bien afeitado, llevando blusas nuevas y pantalones negros. En su faz descarnada no quedaba más que su gran nariz. Arrastrábase apoyándose en su bastón, con la cara cubierta por una barba blanca, larga y sucia, usando los vestidos viejos de su hijo; y tenía tan mal aspecto, que parecía uno de esos viejos mendigos que viven rodando por los caminos. En el fondo de aquella decadencia sólo quedaba la bestia, entregada por completo al instinto de vivir. Lanzábase con voracidad sobre la comida, y hasta le arrebatava al pequeño Julio sus golosinas como éste no las defendiera. Buteau le acusaba de haberse pervertido en el castillo, y era verdad, porque la compañía de Jesucristo había hecho nacer en aquel anciano campesino sobrio el ansia de las bebidas y la glotonería. Guar-

daba siempre un silencio trágico; pero cuando su escudilla no estaba muy llena, cuando se llevaban el vino sin darle, fijaba sus miradas en Buteau con la rabia impotente de su apetito. ¿Querían hacerle morir de hambre?

No había vuelto á casa de los Delhomme por una obstinación de su orgullo, y sin embargo no le impresionaban los malos tratamientos de Buteau, y no pensaba siquiera en sus otros hijos: ¿para qué? Fanny, cuando le encontraba, pasaba sin mirarle, habiendo jurado que no le hablaría la primera. Jesucristo, mejor hijo, después que se le pasó el rencor por haberle abandonado, hasta llegó á emborracharle una tarde en casa de Macqueron. Con frecuencia veía también á la Trouille con sus gansos: ella se detenía y hablaba con él un momento; pero una mañana notó Fouan que le había robado su pañuelo, y desde entonces, así que la veía comenzaba á blandir su garrote. Ella se reía y lanzaba sus gansos sobre el anciano, y no le dejaba hasta que cualquier transeunte le daba un pescozón afeándole lo que hacía con su abuelo.

Hasta entonces, sin embargo, Fouan había podido andar, y esto era un consuelo, porque todavía le inspiraba interés la tierra y podía ir á ver sus antiguos terrones, pasándose horas enteras apoyado en su bastón, abstraído en la muda y confusa contemplación de lo que había sido suyo. Invadíale una gran tristeza á la idea de que ya no lo era y de que de ella no había guardado ni un sueldo ni un bocado de pan.

Pero hasta ese último interés que tomaba en vivir se iba con la fuerza de sus piernas. Bien pronto le costó trabajo andar, y apenas si se apar-

taba del pueblo. Con frecuencia pasábase una tarde entera sentado en una piedra, tomando el sol, inmóvil y con los ojos muy abiertos. Las gentes que pasaban no le hacían caso, pues ya le consideraban como una cosa. Hasta la pipa le fatigaba. No sentía más deseo que el de no cambiar de sitio. Aquello era, después de la muerte de la voluntad y de la autoridad, la última decadencia, la vida animal en la agonía de su abandono. Por lo demás, ni siquiera se quejaba por ese abandono: los viejos no sirven para nada. Él mismo había deseado la muerte de su padre.

Todavía le faltaba un sufrimiento. Julio se disgustó de él, conquistado por la pequeña Laura. Esta, cuando le veía con el abuelo, parecía celosa y le llamaba. Aquel viejo les fastidiaba: más divertido era jugar juntos. Y si su hermano no la seguía, le cogía por un brazo y tiraba de él.

Una tarde Fouan había ido á esperar á Julio á la puerta de la escuela, tan cansado, que había pensado en él para que le ayudara á subir la cuesta; pero Laura salió con su hermano, y cuando el viejo buscaba la mano del niño, se echó á reír diciendo á éste:

—¡Déjale!

Iniego, volviéndose á los otros pilluelos:

—¿Verdad que es una tontería irse con el viejo?

Entonces Julio se puso colorado y queriendo echarla de hombre se escapó de un salto, diciendo á su abuelo:

—¡Me fastidias!

Asombrado y con los ojos llenos de lágrimas, Fouan vaciló como si la tierra le faltara al faltarle aquella mano que le negaba. Aumentaron

las risas, y Laura obligó á Julio á bailar alrededor del viejo cantando una canción infantil.

Fouan, desfallecido, tardó cerca de dos horas en volver á su casa. Aquello fué el fin: el niño dejó de llevarle su sopa y de hacerle la cama, cuyas pajas no eran movidas más que una vez al mes. No teniendo ya ni siquiera aquel pequeño con quien hablar, sumióse en el silencio absoluto, y su soledad fué completa. Jamás una palabra sobre nada, á nadie.

III.

Habían comenzado las labores de primavera, y Juan, una fría tarde de Febrero, acababa de llegar con su arado á su gran pieza de la llanura, donde aun tenía que echar dos buenas horas de trabajo. Era un trozo que quería sembrar de trigo, una variedad escocesa, un ensayo que le había aconsejado su antiguo amo Hourdequin, poniendo á su disposición algunos hectolitros de semilla.

Juan comenzó su tarea lanzando á su caballo el grito ronco con que lo excitaba:

—¡Hep!

Las lluvias y el sol habían endurecido la tierra, que crujía al penetrar en ella la reja. Algunas veces un obstáculo, una piedra producía una brusca sacudida.

—¡Hep!

Y Juan, con sus brazos extendidos, cuidaba de la perfecta rectitud del surco, que parecía trazado á cordel; mientras que su caballo, con la cabeza

taba del pueblo. Con frecuencia pasábase una tarde entera sentado en una piedra, tomando el sol, inmóvil y con los ojos muy abiertos. Las gentes que pasaban no le hacían caso, pues ya le consideraban como una cosa. Hasta la pipa le fatigaba. No sentía más deseo que el de no cambiar de sitio. Aquello era, después de la muerte de la voluntad y de la autoridad, la última decadencia, la vida animal en la agonía de su abandono. Por lo demás, ni siquiera se quejaba por ese abandono: los viejos no sirven para nada. Él mismo había deseado la muerte de su padre.

Todavía le faltaba un sufrimiento. Julio se disgustó de él, conquistado por la pequeña Laura. Esta, cuando le veía con el abuelo, parecía celosa y le llamaba. Aquel viejo les fastidiaba: más divertido era jugar juntos. Y si su hermano no la seguía, le cogía por un brazo y tiraba de él.

Una tarde Fouan había ido á esperar á Julio á la puerta de la escuela, tan cansado, que había pensado en él para que le ayudara á subir la cuesta; pero Laura salió con su hermano, y cuando el viejo buscaba la mano del niño, se echó á reír diciendo á éste:

—¡Déjale!

Iniego, volviéndose á los otros pilluelos:

—¿Verdad que es una tontería irse con el viejo?

Entonces Julio se puso colorado y queriendo echarla de hombre se escapó de un salto, diciendo á su abuelo:

—¡Me fastidias!

Asombrado y con los ojos llenos de lágrimas, Fouan vaciló como si la tierra le faltara al faltarle aquella mano que le negaba. Aumentaron

las risas, y Laura obligó á Julio á bailar alrededor del viejo cantando una canción infantil.

Fouan, desfallecido, tardó cerca de dos horas en volver á su casa. Aquello fué el fin: el niño dejó de llevarle su sopa y de hacerle la cama, cuyas pajas no eran movidas más que una vez al mes. No teniendo ya ni siquiera aquel pequeño con quien hablar, sumióse en el silencio absoluto, y su soledad fué completa. Jamás una palabra sobre nada, á nadie.

III.

Habían comenzado las labores de primavera, y Juan, una fría tarde de Febrero, acababa de llegar con su arado á su gran pieza de la llanura, donde aun tenía que echar dos buenas horas de trabajo. Era un trozo que quería sembrar de trigo, una variedad escocesa, un ensayo que le había aconsejado su antiguo amo Hourdequin, poniendo á su disposición algunos hectolitros de semilla.

Juan comenzó su tarea lanzando á su caballo el grito ronco con que lo excitaba:

—¡Hep!

Las lluvias y el sol habían endurecido la tierra, que crujía al penetrar en ella la reja. Algunas veces un obstáculo, una piedra producía una brusca sacudida.

—¡Hep!

Y Juan, con sus brazos extendidos, cuidaba de la perfecta rectitud del surco, que parecía trazado á cordel; mientras que su caballo, con la cabeza

baja y las patas hundidas en la tierra, tiraba de un modo uniforme y continuo.

Abierto un surco, Juan volvió y comenzó otro. Bien pronto, como le sucedía otras veces, entróle una especie de embriaguez al olor que exhalaba aquella tierra removida: el olor á los senos húmedos donde fermentan los gérmenes. Jamás sería un verdadero campesino. Seguía siendo el antiguo obrero de las ciudades, el soldado que había hecho la campaña de Italia. Siempre había tenido ideas de retirarse al campo; pero ¡qué tontería, haberse imaginado que el arado satisfaría sus deseos de tranquilidad!

¡Cuántas miserias en aquellos últimos diez años! Primero el largo tiempo esperando á Francisca; luego la guerra con los Buteau. Y ahora que poseía á Francisca, ¿podía considerarse dichoso? Si él la amaba siempre, sentía que ella no le amaba como él habría deseado. Vivían en paz y prosperando, pero él la sentía fría, ocupada en otros pensamientos, hasta en el lecho cuando él la gozaba. Ahora ella estaba embarazada de cinco meses; pero esto no los había aproximado, y él notaba que seguía siendo un extraño para su mujer. Después del matrimonio, exasperada contra los Buteau, ella había traído de Rognes, un sábado, un pliego de papel sellado, para hacer testamento dejándolo todo á su marido; luego había cambiado de opinión y el papel seguía en blanco en la cómoda; y esto produjo á Juan un secreto pesar, no porque fuera interesado, sino porque en ello veía una falta de cariño. Por lo demás, ¿á qué el testamento, ahora que el pequeño iba á nacer?

Juan se detuvo para que descansase el caballo.

Con una mirada examinó el horizonte, la llanura inmensa donde otros labradores se destacaban sobre el gris del cielo. Sorprendióse al reconocer al tío Fouan que venía de Rognes por el camino nuevo. Luego bajó la cabeza y quedó por un momento absorto en la contemplación del surco abierto, y sus reflexiones se hicieron confusas sobre aquella idea que le había dado de remover la tierra para ganarse el pan, sobre el disgusto de no ser amado por Francisca, sobre el hijo que le iba á nacer, sobre todo lo que trabajaba, para al fin no ser dichoso. Cogió otra vez el mango del arado.

— ¡Hep!

Acababa Juan su faena cuando Delhomme, que volvía á pié de una granja vecina, se detuvo en la margen del campo.

— ¿No sabéis la noticia, Caporal?... Parece que va á haber guerra.

Juan dejó el arado, sobrecogido, asombrado por el golpe que acababa de recibir en el corazón.

— ¿Cómo, guerra?

— Con los prusianos, según dicen los periódicos.

Con los ojos fijos, Juan volvía á ver la Italia y aquellas batallas de las cuales salió sin una herida. En aquella época sólo deseaba vivir tranquilo, y ahora aquella idea de la guerra le encendía la sangre.

— ¡Diablo! ¡si los prusianos nos han faltado!... No hemos de dejar que se rían de nosotros.

Delhomme no era de esta opinión. ¿Qué se ganaba con ello? Lo mejor era entenderse.

Delhomme se marchó, esparciendo por todas partes la noticia.

Juan, habiendo terminado, tuvo la idea de ir á la Borderie á recoger la semilla prometida. Dejó el arado y montó en el caballo.

En la Borderie, después de haber atado su bestia, llamó inútilmente. Todo el mundo debía estar en el trabajo. Entró en la cocina desierta y siguió llamando. Al fin oyó la voz de Santiaguilla salir de la cueva. Asomóse á la trampa y ella le reconoció desde abajo.

—¡Calle, Caporal!

El también la veía en la vaga claridad de la lechería, iluminada por una tronera. Allí trabajaba con las mangas recogidas hasta los codos y los desnudos brazos llenos de crema.

—¿Qué, no bajas? ¿te doy miedo?

—Pero él no se movió.

—Vengo por la semilla que me prometió el amo.

—¡Ah! ¡sí, ya sé!... Espera, ya subo.

Cuando subió y le dió la luz de lleno, encontróla fresca. Ella le miró con sus lindos ojos perversos, y le preguntó con acento de broma.

—¿Qué, no me abrazas?.... El estar casado no autoriza á ser mal educado.

Juan la abrazó y le dió dos besos muy sonoros en las mejillas, como para decir que eran sólo de amistad. Pero Santiaguilla le turbaba y sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento que jamás había experimentado con su mujer, á la que amaba tanto.

—Vamos, ven—añadió Santiaguilla.—Voy á enseñarte la semilla.... Imagínate que hasta la criada se ha ido....

Entraron en el granero, y allí estaba el trigo en montones que contenían unas tablas. Habíala seguido, y se turbó un poco al encontrarse solo con ella en aquel rincón oculto; pero afectando interesarse en el asunto que le había llevado, dijo:

—¡Oh, qué hermoso es!

Pero ella lo atrajo á lo que la interesaba.

—Tú mujer está embarazada; no os desengañéis! ¿Te portas con ella tan bien como conmigo?

El se puso colorado, y á ella le divirtió el trastornarlo de aquel modo. Después pareció entristecerse y dijo:

—¡No puedes imaginarte cuántos disgustos he tenido; pero todo ha pasado!

En efecto, un día vino á la Borderie el capitán, el hijo de Hourdequin, y en seguida supo todo lo que ocurría. Por un momento tembló Santiaguilla, porque había pensado en casarse con Hourdequin y heredar la granja. Pero el capitán cometió la falta de intentar un juego conocido, de querer desembarazar á su padre, haciéndose sorprender por él acostado con Santiaguilla. Mas ella mostróse de una virtud feroz, dió gritos, lloró y declaró á Hourdequin que se iba, pues que no la respetaban. El resultado fué que el hijo se marchó.

Hourdequin, en un arrebato de cólera, había jurado desheredar á su hijo, y ella trabajaba por atraerle á hacer un testamento en su favor, y ya se creía la propietaria de la granja, porque le había arrancado la promesa una noche en la cama.

—Tantos años sacrificados en divertirle, ya comprenderás que no lo hago por sus lindos ojos.

Juan no pudo menos de reírse. Hablando, hablando, ella había metido sus desnudos brazos en el trigo, y los retiraba y los volvía á meter, cubriendo su piel de un polvillo fino y suave. Miraba Juan aquel juego y se le escapó en voz alta una reflexión, sintiéndolo en seguida:

—Y con Trou, ¿cómo va?

Ella no pareció molestada.

—¡Ah! quiero mucho á ese animal, pero él no es razonable.... ¿Pues no le ha dado por estar celoso?.... No me consiente más que al amo, y aún creo que por la noche va á escuchar si dormimos.

Juan se echó otra vez á reír. Pero ella no se reía, porque tenía miedo á aquel coloso.

Luego, encogiéndose de hombros, añadió sonriente:

—Mejor iban las cosas contigo, Caporal, porque estábamos de acuerdo.

Sin dejar de mirarle, volvió á remover el trigo; y él olvidaba su partida de la Borderie, su matrimonio y hasta el hijo que iba á nacer. Cogióla las muñecas en el fondo de las semillas, y subió las manos, á lo largo de los brazos empolvados de harina, hasta el pecho de niña que el abuso de los hombres parecía endurecer. Aquello es lo que ella quería desde que lo había visto. Ya la echaba sobre el montón de trigo, cuando detrás de los sacos apareció el viejo pastor Soulas tosiendo con fuerza.

De un salto levantóse Santiaguilla, mientras que Juan balbuceaba:

—Está bien, volveré por los cinco hectolitros....

Apresuróse á salir de la granja, y cuando cogía las bridas del caballo, Soulas le dijo á la puerta:

—¿Volvemos á las andadas?.... Pues haz el favor de decirle que se calle si quiere que yo no hable.

Juan rehusó mezclarse en nada con un gesto. Estaba avergonzado, irritado por lo que había dejado de hacer. Todo el pasado se despertaba en él, y sintió que á pesar suyo volvería. Y tembloroso saltó sobre su caballo y emprendió el galope para llegar más pronto á Rognes.

Cuando Francisca se encontraba con Buteau, sobre todo á solas, se turbaba. Hacía dos años que no le dirigía la palabra; pero no podía verle sin experimentar un estremecimiento en todo su cuerpo. Acaso cólera, acaso otra cosa. Cuando le encontró la última vez, se había trastornado hasta el punto de dar un mal paso y caer, embarazada por su tripa, queriendo dar un salto.

Aquella noche, cuando Buteau contó á Elisa la caída de su hermana, los dos se miraron con un mismo pensamiento: si se hubiera matado con su hijo, el marido no tendría derecho á nada y la casa y la tierra volverían á ellos. Sabían por la Grande lo del testamento diferido, inútil después del embarazo. Cuando se acostaron volvieron á hablar del asunto. Aquel embarazo, sobre todo, les había irritado, porque un hijo era la pérdida de toda esperanza. Cuando Elisa apagó la luz, le produjo una risa singular la idea de que los niños que no han nacido pueden no nacer. Buteau le preguntó que por qué decía aquello. Pegada á él, con la boca en su oreja, ella le hizo esta confesión: el mes último se apercibió de que estaba *cogida* otra vez, y

sin decirle nada había ido á casa de la Lapin, una vieja de Magnolles que era hechicera. ¡Otra vez embarazada! ¡Muchas gracias! La Lapin con una aguja la había desembarazado de aquello. Buteau escuchaba sin aprobar ni desaprobár, y se preguntaba cómo su mujer se procuraría la aguja para Francisca. Ella se echó á reír, y abrazándose á él más estrechamente, le dijo al oído que la Lapin enseñaba otra manera, una manera muy graciosa. ¿Cuál? Pues bien: un hombre podía deshacer lo que otro hombre había hecho: no había más que coger á la mujer, y hacerla tres cruces en el vientre, rezando un *Ave María* al revés. El niño se deshacía como el viento.... En fin, Elisa deseaba que él ensayase sobre ella el *Ave María* al revés y las tres cruces para darse cuenta de si sentía algo. ¡No, nada! Era que la aguja había bastado. En Francisca aquello haría estragos. Pero él decía que cómo podría hacer aquello. — ¡Cómo! ¿pues no la había poseído ya? — ¡Jamás! — Y Buteau negaba mientras que su mujer le clavaba las uñas, celosa ahora. Y se durmieron uno en brazos del otro.

Aquella tarde Francisca fué á buscar á Juan y se quedó sorprendida al no encontrarle labrando. En cambio aperebió en la margen de su tierra á Buteau y á Elisa haciendo gestos de furor. Acaso el arado de Juan había entrado en su pieza. Siempre había motivos de disgusto; aquello no podía acabar más que á golpes y con procesos.

— ¿Oyes? — continuó Buteau alzando la voz — os voy á llevar á los tribunales.

La joven ni siquiera volvió la cabeza.

— ¿Qué se te está hablando? — exclamó Elisa fuera de sí. — Ven á ver el lindero, si crees que mentimos.

Y ante el silencio y el afectado desdén de su hermana, se adelantó hacia ella con los puños cerrados.

— ¿Te estás burlando de nosotros? Soy tu hermana mayor y me debes respeto. ¡De rodillas, de rodillas, canalla!

Francisca sin hablar le escupió á la cara. Y Elisa se precipitaba sobre ella, cuando Buteau intervino apartándola violentamente.

— Déjame, eso es cuenta mía.

¡Sí, ella lo dejaría, y podía matarla si quería, que no sería ella quien lo impediría! Alrededor de ellos, bajo el plomizo cielo, la inmensa llanura extendíase desierta.

Buteau avanzaba hacia Francisca, y ésta, al verle con el rostro duro y los brazos tendidos, creyó que iba á pegarla. No había abandonado la hoz que llevaba, y con ella quiso amenazarle, pero temblaba: por lo demás, él se la había cogido ya por el mango y la tiró al suelo. Para escapar fué retrocediendo hasta el campo vecino, dirigiéndose á un pajar que allí había, como para parapetarse tras él. Él, sin apresurarse, avanzaba abriendo poco á poco los brazos y con una risa silenciosa. Francisca comprendió de pronto que no quería pegarla, que quería otra cosa, lo que ella le había rehusado tanto tiempo. Tembló más entonces y sintió que toda su fuerza la abandonaba....

Buteau, obligándola siempre á retroceder, habló en fin en voz baja y ardiente:

— Tú sabes que no ha concluido todo entre nosotros, que te quiero y que te poseeré.

Cuando la tuvo contra el pajar, la cogió por los hombros y la echó á tierra. Pero en aquel momento

ella se defendió con la costumbre de su larga resistencia. Él la sujetaba evitando las patadas.

—Puesto que estás embarazada, tonta, ¿qué arriesgas?.... ¡No te añadiré otro seguramente!

Francisca rompió á llorar y tuvo como una crisis, no defendiéndose más, pero agitando las piernas con sacudidas nerviosas. Buteau se volvió á su mujer:

—¡Sujétamela si quieres que se haga aquélla!

Elisa, que estaba inmóvil á diez pasos, llevando sus miradas de ellos al horizonte, sin que su rostro se contrajera, acudió sin vacilar al llamamiento de su marido, y cogiendo la pierna izquierda de su hermana, la apartó y se sentó encima. El dolor debió ser tan vivo, que Francisca, clavada en el suelo, se abandonó cerrando los ojos. Sin embargo, conservaba todo su conocimiento, y cuando Buteau la hubo poseído, experimentó á su vez un espasmo de dicha tan agudo, que lo estrechó fuertemente entre sus brazos, lanzando un prolongado grito. Unos cuervos que pasaban se asustaron. De detrás del pajar apareció la cabeza del tío Fouan, que se había refugiado allí contra el frío. Lo había visto todo, y tuvo miedo sin duda, porque se ocultó entre la paja.

Buteau se había levantado y Elisa lo miraba fijamente. Ella no había tenido más que una preocupación: asegurarse que él hacía bien las cosas; y en la pasión que había puesto en ello había olvidado las cruces y el *Ave María* al revés. ¿Qué? ¿sólo lo había hecho por placer?

Pero Francisca no le dió tiempo á explicarse. Por un momento había permanecido en tierra, como sneumbiendo á la violencia de aquella dicha

de amor que todavía no conocía. Bruscamente comprendió la verdad: amaba á Buteau como no amaba ni amaría á nadie; el único hombre á quien no podía poseer sin ser una infame!

Levantóse de pronto, mostrando toda su angustia con palabras entrecortadas:

—¡Cochinos!.... ¡Me habéis perdido!.... Por menos van otros á la guillotina.... ¡Yo se lo diré todo á Juan, y él os arreglará!....

Buteau se encogió de hombros, satisfecho por haber conseguido su deseo.

—¡Déjalo!.... Si te morías de ganas; bien lo he notado.... Otra vez continuaremos.

Aquella chanza acabó de exasperar á Elisa, y toda la cólera que sintió contra su marido se volvió contra su hermana.

—¡Es verdad, puta! Yo lo he visto.... tú le has seguido, le has obligado.... ¡Atrévete ahora á repetir que no has dormido con mi marido!....

—¡Mientes! —exclamó Francisca fuera de sí. — ¡Tú sabes que mientes!

Elisa la contestó con una bofetada. Aquella brutalidad enloqueció á Francisca, que se lanzó á ella. Buteau, con las manos en los bolsillos, sonreía, sin intervenir, como gallo vanidoso por el que se pelean dos gallinas. Y comenzó una lucha horrible y ambas rodaron por el suelo. Elisa lanzó un gemido, Francisca la clavaba las uñas en el cuello, y entonces, como un relámpago, tuvo el pensamiento de matar á su hermana. A su izquierda había visto la hoz, que, caída entre unos cardos, tenía la punta hacia arriba. Rápidamente rodó á Francisca sobre aquella hoja brillante con todas sus fuerzas. La desgraciada cayó á la izquierda

lanzando un grito terrible. La hoz le había entrado por el costado.

— ¡Dios mío! — balbuceó Buteau.

Y aquello fué todo. Había bastado un segundo. Elisa, asombrada al ver realizarse tan pronto lo que deseaba, miraba cómo las ropas, cortadas, se manchaban de sangre. ¿Había penetrado el hierro hasta el pequeño? Detrás del pajar asomaba de nuevo el pálido rostro del viejo Fouan. Todo lo había visto.

Francisca no se movía, y Buteau, que se acercaba, no se atrevió á tocarla. Invadióle un loco terror.

— ¡Está muerta, huyamos!..... ¡Dios mío!

Cogió la mano de Elisa, echaron á correr á lo largo del camino desierto, y desaparecieron.

Algunos minutos más tarde, cuando Juan volvió, aquello fué un gran dolor.

¿Qué había pasado?

Francisca, que había abierto los ojos, seguía sin moverse, y miraba á su marido sin contestar á sus preguntas.

Volvióse éste hacia el tío Fouan, que se había decidido á acercarse.

— ¿Estabais aquí? ¿qué ha pasado?

Entonces Francisca habló con trabajo.

— Había venido á segar hierba..... he caído sobre mi hoz..... que me ha entrado aquí..... ¡Ah, esto se ha acabado!

Su mirada había buseado la de Fouan. El viejo pareció comprender, y repitió:

— Es verdad; se ha caído y se ha herido..... Yo estaba aquí y lo he visto.

Hubo que ir á Rognes por una camilla. En el

camino Francisca se desvaneció de nuevo y creyeron que no llegaría viva.

IV.

Justamente el día siguiente era el domingo en que los mozos de Rognes debían ir á Cloyes á ser sorteados; y mientras al oscurecer la Grande y la Frimat, que habían acudido, desnudaban y acostaban á Francisca con grandes precauciones, allá abajo, en el camino, sonaba el tambor.

Juan, que había perdido la cabeza, partía á buscar al doctor Finet, cuando encontró cerca de la iglesia á Patoir, el veterinario, y le obligó á entrar á ver á la herida, aunque el otro se negaba. Cuando dos horas después Juan trajo al doctor Finet, éste hizo un gesto desesperado. No se podía hacer nada. El embarazo de cinco meses era una complicación. Antes de marcharse el médico advirtió al marido que su mujer no saldría de aquella noche. Salió, sin embargo, y todavía vivía cuando de nuevo, á cosa de las nueve, sonaba el tambor para reunir á los mozos de la quinta delante del Ayuntamiento.

Toda la noche había estado diluviando, y Juan había estado oyendo cómo caía la lluvia, sentado en el fondo de la alcoba con los ojos inundados de lágrimas. Ahora oía el tambor como ensordecido por la humedad de la mañana.

Todo Rognes estaba revuelto, porque las noticias que circulaban de una guerra próxima agravaban aquel año la emoción siempre viva del sorteo. Entre los mozos que entraban en suerte se

lanzando un grito terrible. La hoz le había entrado por el costado.

— ¡Dios mío! — balbuceó Buteau.

Y aquello fué todo. Había bastado un segundo. Elisa, asombrada al ver realizarse tan pronto lo que deseaba, miraba cómo las ropas, cortadas, se manchaban de sangre. ¿Había penetrado el hierro hasta el pequeño? Detrás del pajar asomaba de nuevo el pálido rostro del viejo Fouan. Todo lo había visto.

Francisca no se movía, y Buteau, que se acercaba, no se atrevió á tocarla. Invadióle un loco terror.

— ¡Está muerta, huyamos!..... ¡Dios mío!

Cogió la mano de Elisa, echaron á correr á lo largo del camino desierto, y desaparecieron.

Algunos minutos más tarde, cuando Juan volvió, aquello fué un gran dolor.

¿Qué había pasado?

Francisca, que había abierto los ojos, seguía sin moverse, y miraba á su marido sin contestar á sus preguntas.

Volvióse éste hacia el tío Fouan, que se había decidido á acercarse.

— ¿Estabais aquí? ¿qué ha pasado?

Entonces Francisca habló con trabajo.

— Había venido á segar hierba..... he caído sobre mi hoz..... que me ha entrado aquí..... ¡Ah, esto se ha acabado!

Su mirada había buseado la de Fouan. El viejo pareció comprender, y repitió:

— Es verdad; se ha caído y se ha herido..... Yo estaba aquí y lo he visto.

Hubo que ir á Rognes por una camilla. En el

camino Francisca se desvaneció de nuevo y creyeron que no llegaría viva.

IV.

Justamente el día siguiente era el domingo en que los mozos de Rognes debían ir á Cloyes á ser sorteados; y mientras al oscurecer la Grande y la Frimat, que habían acudido, desnudaban y acostaban á Francisca con grandes precauciones, allá abajo, en el camino, sonaba el tambor.

Juan, que había perdido la cabeza, partía á buscar al doctor Finet, cuando encontró cerca de la iglesia á Patoir, el veterinario, y le obligó á entrar á ver á la herida, aunque el otro se negaba. Cuando dos horas después Juan trajo al doctor Finet, éste hizo un gesto desesperado. No se podía hacer nada. El embarazo de cinco meses era una complicación. Antes de marcharse el médico advirtió al marido que su mujer no saldría de aquella noche. Salió, sin embargo, y todavía vivía cuando de nuevo, á cosa de las nueve, sonaba el tambor para reunir á los mozos de la quinta delante del Ayuntamiento.

Toda la noche había estado diluviando, y Juan había estado oyendo cómo caía la lluvia, sentado en el fondo de la alcoba con los ojos inundados de lágrimas. Ahora oía el tambor como ensordecido por la humedad de la mañana.

Todo Rognes estaba revuelto, porque las noticias que circulaban de una guerra próxima agravaban aquel año la emoción siempre viva del sorteo. Entre los mozos que entraban en suerte se

encontraban Ernesto y Delfin, en otro tiempo inseparables y hoy separados porque el primero servía en Chartres en una pastelería. El día antes había venido Ernesto, y Delfin apenas pudo reconocerle; tan cambiado estaba, hecho todo un caballero, con bastón, sombrero de seda y corbata azul con sortija. El otro, por el contrario, cada día estaba más basto. Por lo demás, en seguida reanudaron la gran amistad de otro tiempo.

Así que se reunieron los nueve mozos sorteables, Delfin cogió la bandera, Ernesto marcó el paso y los otros siete les siguieron, desfilando por la carretera, seguidos de algunos chiquillos y de sus padres hasta la salida del pueblo. Después desvaneciéndose poco á poco del lado de Cloyes la silueta de la bandera, y el sonido del tambor acabó por perderse en los aires.

Hacia las diez volvió el doctor Finet y pareció sorprendido de ver á Francisca viva todavía, cuando él creía que tendría que extender el certificado de defunción. Examinó la herida y movió la cabeza. Desde la noche antes estaba preocupado, aunque no tenía ninguna sospecha. ¿Cómo había podido caer la desgraciada de aquel modo sobre la punta de una hoz? Marchóse contrariado por tener que volver para hacer la certificación. Juan seguía sombrío, con sus miradas fijas en Francisca, que cerraba los ojos, muda, desde que advertía que los de su marido la interrogaban. El adivinaba que se le ocultaba algo. Después que se marchó el médico, sentóse á la cabecera de la moribunda, aprovechando un momento en que se encontró solo con ella.

—¿Sufres?

Francisca apretó los párpados y no contestó.

—Di, ¿no me ocultas nada?

Se la hubiera creído muerta, sin el penoso aliento que salía de su garganta. En la ardiente fiebre que la abrasaba, toda su voluntad parecía resistir al delirio por temor de hablar. Acaso obedecía á un profundo sentimiento de familia, más poderoso que el odio y el deseo de venganza. ¿Para qué, si iba á morir? Aquellas eran cosas que debían quedar entre la familia, sin que las supiera ningún extraño, y Juan era el extraño, el hombre á quien no podía amar aunque llevara en el vientre un hijo suyo.

El, sin embargo, desde que la veía agonizante, había vuelto á pensar en el testamento. Toda la noche había estado dando vueltas á la idea de que si ella moría de aquel modo, sólo tomaría la mitad de los muebles y del dinero, ciento veintisiete francos que había en la cómoda. El la amaba, y habría dado parte de su sangre por que viviera; pero esto mismo aumentaba su pena, porque al perderla perdía también la tierra y la casa. Hasta entonces no había querido hablar de ello, pero al fin se decidió.

—Acaso tienes asuntos que arreglar.

Francisca pareció no oír.

—Ya sabes..... si te sucediera una desgracia..... tu hermana..... El papel está en la cómoda.

Trajo el papel sellado..... y continuó con voz cada vez más embarazada:

—¿Descas que yo te ayude?.... ¿Puedes escribir todavía?.... No es por interés, sino con la idea de que no puedas dejar nada á gentes que te han hecho tanto mal.

Francisca movió ligeramente los párpados, lo que probaba que oía. ¿Rehusaba, pues?.... Ella misma acaso no habría podido decir por qué se hacía de aquel modo la muerta antes de ser metida en el ataúd. La casa, la tierra, no podían pertenecer á aquel hombre que había atravesado por su existencia como por casualidad. ¿Para qué habían de salir los bienes de la familia?.... Pensaba en estas cosas y otras más vagas; su hermana Elisa perdida allá á lo lejos y casi olvidada, y sólo Buteau presente, amado á pesar de los golpes, deseado, perdonado.

Pero Juan se irritó, emponzoñado también por la pasión de la tierra, y la levantó y trató de ponerla una pluma entre los dedos.

—¡Vamos! ¿es posible?.... ¿Los querías más que á mí á esos canallas?

Entonces Francisca abrió los ojos, y la mirada que le echó le trastornó. ¿Por qué la atormentaba? Ella no podía ni quería; era cuenta suya. Escapósele un sordo grito de dolor, y cayó otra vez sobre la almohada, cerrando los ojos y quedando inmóvil.

Juan, avergonzado de su brutalidad, seguía con el papel en la mano, cuando entró la Grande. Ésta comprendió, y le llevó aparte para saber si había un testamento. Balbuceando por su mentira, Juan declaró que precisamente ocultaba el papel por miedo de que atormentasen á Francisca. La vieja se sentó junto á la mesa y se puso á hacer media mientras decía:

—Yo no perjudicaré á nadie.... Hace mucho tiempo que tengo los papeles en regla.... ¡Oh! para cada uno lo suyo....

Diariamente decía esto á los individuos de su familia, sonriéndose interiormente ante la idea de que su testamento los haría devorarse. No había puesto una cláusula que no pudiera originar un proceso.

La Frimat vino también á sentarse al otro lado de la mesa, enfrente de la Grande; también hacía media.

La tarde iba transcurriendo de este modo: las mujeres hablaban tranquilamente, mientras que Juan, nervioso, iba, venía, salía y entraba, consumido por la impaciencia. El médico había dicho que no había nada que hacer, y no se hacía nada.

—¿Por qué no se envía á buscar al señor cura?

—dijo de pronto la Frimat.

Juan hizo un gesto de cólera, y la Grande se mordió los labios.

—¿Y qué va á hacer aquí el señor cura?

—¿Que qué va á hacer! Pues traería al buen Dios, y esto algunas veces no es malo.

La Grande se encogió de hombros como para decir que no pensaba lo mismo. Cada cual en su casa y el buen Dios en la suya.

—Por otra parte—hizo notar después de una pausa—el cura no vendría porque está enfermo.... La Becú me ha dicho hace poco que él se iba el miércoles, porque el médico ha declarado que seguramente se muere en Rognes si no muda de aires.

—¿De modo que nos quedamos sin cura! ¿Quién sabe si querrá volver el abate Godard!

La entrada de Fanny las hizo callar. De toda la familia ella era la única que había venido la víspera, y volvía para tener noticias. Juan la mostró

á Francisca con su mano temblorosa. Fanny preguntó en voz baja si la moribunda había hecho llamar á su hermana. No, ella no abría la boca, como si no hubiera existido tal hermana. Aquello era extraño, porque ante la muerte cesan todas las cuestiones.

La Grande fué de opinión que se le debía preguntar; y levantándose, se acercó á la cama.

—Di, hija mía, ¿no quieres ver á Elisa?

La moribunda no se movió. En sus párpados hubo un ligero estremecimiento, apenas visible.

—Acaso espera que se la vaya á buscar. Voy ahora mismo.

Entonces, sin abrir los ojos, Francisca dijo que no, moviendo dulcemente la cabeza en la almohada. Y Juan quiso que se respetase su voluntad. Las tres mujeres se volvieron á sentar, muy asombradas de que Elisa no viniese.

—¡Oh! ¿se tienen tantas contrariedades! Desde esta mañana estoy sin vida á causa del dichoso sorteo, y eso que sé que Ernesto no irá al servicio.

—Sí, sí—murmuró la Primat;—de todos modos es un disgusto.

De nuevo fué olvidada la moribunda. Híblóse de la suerte, de los mozos que partirían y de los que no partirían. Eran ya las tres y todavía no habían venido de Oloyes más que noticias incompletas. El hijo de los Briquet tenía el número 13: ¡mala suerte! El de los Conillat había sacado el 106; ¡buen número! Acerca de los demás las afirmaciones eran contradictorias: de Delfin y de Ernesto no se sabía nada.

Juan, delante de la ventana, no escuchaba, mirando vagamente hacia afuera. Desde la mañana

había visto al tío Fouan rondar la casa. De pronto le volvió á ver, con la cara pegada á un cristal, tratando de distinguir el interior de la habitación; abrió la ventana, pero el viejo sobreco-gido balbuceó para preguntar cómo seguía la enferma. Al verle, Fanny y la Grande volvieron á su idea de enviar á buscar á Elisa: aquello no podía terminar así. Pero cuando le hicieron el encargo, el viejo, temblando, escapó murmurando:

—¡No, no; no es posible, no es posible!

Juan pareció asombrarse. En aquel momento oyóse un ruido que se iba acercando.

Fanny dió un salto.

—¡El tambor!.... ¡Ya están aquí! me voy.

Y desapareció, sin dar siquiera el último beso á su prima.

La Grande y Primat salieron á la puerta á enterarse. Quedaron solos Francisca y Juan: ella inmóvil y silenciosa; él en pie delante de la ventana, sumido en una angustia que le parecía venir de las gentes y de las cosas, de toda la inmensa llanura. ¡Ah! ¡cómo aquel tambor resonaba en su alma, trayéndole recuerdos de otros tiempos: los cuarteles, las batallas, la vida de perro de los infelices que no tienen ni mujer ni hijos á quienes amar!

Desde que la bandera apareció en la llanura, todo el pueblo corrió á su encuentro. Los quintos venían ya muy borrachos, cantando, y entraron en la aldea como en son de conquista.

Delfin seguía con la bandera, pero ahora la llevaba caída sobre el hombro como un andrajo, y su rostro estaba contraído. Desde que le vió la Becú se lanzó hacia él preguntándole:

—¿Y bien?

Delfín la apartó furiosamente á un lado sin acortar el paso.

Becú, que también se había acercado, lo comprendió todo; y como su mujer lloraba, él hizo por contener á duras penas sus propias lágrimas, á pesar de sus alardes patrióticos.

Y se quedaron en la calle desierta, el hombre recordando su dura vida de soldado, y la mujer volviendo su cólera contra el buen Dios, al que había rezado dos veces y no la había escuchado.

Ernesto traía pintado en su sombrero un soberbio 214. Cuando vió este número, Fanny, en vez de alegrarse, lanzó un grito de pena. ¡Ah! Si lo hubieran sabido, no habrían llevado mil francos á la lotería del señor Baillehache. De todos modos, ella y Delhomme abrazaron á su hijo como si acabara de escapar de un gran peligro.

La banda continuaba su marcha brutal á través del pueblo en revolución, y ni aun los padres se atrevían á ponérseles delante. Todos venían borrachos, los que se iban y los que se quedaban.

Detuviéronse al fin delante del Ayuntamiento, y Delfín entregó la bandera.

Después cogió por el brazo á Ernesto y se lo llevó, mientras que los otros invadían la taberna de Languigne con sus padres y sus amigos.

—Ven—repetía Delfín con voz seca, como si tomase una resolución.—Voy á mostrarte una cosa graciosa.

Ernesto se dejó llevar; había tiempo de volver á beber. Como su compañero se callase, sumido en reflexiones que no debían ser muy alegres, Ernesto comenzó á hablarle de un gran asunto. Dos días

antes, habiendo ido á divertirse á la calle de los Judíos, en Chartres, había sabido que Vancogne, el yerno de los Charles, quería vender la casa. ¡Qué negocio para un muchacho emprendedor! La cosa era asustar á los Charles, mostrándoles el 19 como á punto de ser cerrado por la policía por los escándalos que allí ocurrían, y conseguir así el tras-paso por un pedazo de pan. Aquello valía más que cultivar la tierra.

Delfín apenas lo oía, absorto en sus reflexiones, mientras Ernesto le explicaba las mejoras que introduciría en el 19 si sus padres le anticiparan el dinero necesario. En aquel momento acababa de apereibir á la Trouille deslizándose cerca de ellos en las sombras del camino, acudiendo acaso á la cita de algún amante, y la dió un pellizco al paso. La Trouille le devolvió el pellizco, y al reconocerlos exclamó:

—¡Calle! ¿sois vosotros?..... ¡Cómo has crecido!

Y reía, sin duda al recuerdo de sus juegos de otros tiempos. El encuentro la complacía, y los abrazó al uno después del otro.

—¿Siempre amigos, verdad?

Y como ellos hubieran querido, ella no se habría hecho de rogar, como para celebrar el volverse á ver.

—Escucha—dijo Ernesto en tono de broma—voy á tomar probablemente la tienda de los Charles. ¿Quieres venir á trabajar en ella?

De pronto la Trouille cesó de reír, echó á llorar y desapareció entre la obscuridad balbuceando:

—¡Indecente! ¡ya no te quiero!

Delfín, que no había hablado una palabra, volvió á emprender la marcha con aire pensativo.

—¿A dónde me llevas?—le preguntó Ernesto.

—¿Qué es lo que me vas á enseñar?

—Ahora lo verás.

Llegaron á su casa, hizo entrar á su compañero en la cocina y encendió una luz, mostrándose satisfecho de no encontrar allí á sus padres.

—Vamos á beber un trago—dijo poniendo sobre la mesa dos vasos y una botella.

Así que bebieron, añadió:

—Es para decirte que se engañan si creen llevarme con el número que he sacado.... Yo no puedo vivir fuera de aquí; soy como un árbol que muere cuando se le arranca.... ¡Ah! no, no!

Ernesto, que le había oído hablar así muchas veces, se encogió de hombros.

—Es muy fácil decir eso; pero ¿y los gendarmes?

Sin contestar, volvióse Delfín y cogió una pequeña hacha; y poniendo tranquilamente el índice de su mano derecha en el borde de la mesa, dió un golpe seco y el dedo saltó.

—He aquí lo que te quería hacer ver.... Quiero que puedas decir á todo el mundo que un cobarde no podría hacer otro tanto.

—¡Desgraciado!—exclamó Ernesto.—Eres un hombre.

—¡Y ahora que vengan los gendarmes! Ya estoy seguro de no partir.

Y cogiendo el dedo cortado, lo echó al fuego. Después de sacudir su mano ensangrentada, la envolvió en un pañuelo que ató con una cuerda para contener la sangre.

—Que no nos impida esto acabar de beber la botella antes de volver con los otros.... ¡A tu salud!

—¡A tu salud!

En la taberna de Languigne ni se veía ni se oía á causa del humo y del ruido. Además de los mozos que acababan de ser sorteados, había mucha gente y los habituales parroquianos. Una disputa de mujeres había acabado de calentar las cabezas. Flora había ido por agua á la fuente, y como se encontrase con Celina, se enredó con ella á golpes y arañazos. Macqueron y Languigne, que habían acudido, se enredaron también. Aquello había concluido, pero restaba una cólera mal satisfecha, una necesidad de pelear.

Después hubo un choque entre Víctor, el hijo del amo de la casa, y los quintos. Como él acababa de venir del servicio, braveaba delante de aquellos muchachos, apostándoles á que no se bebían de un trago una botella.

De pronto, á propósito de Macqueron y del próximo matrimonio de su hija Berta, el pequeño de los Couillot volvió á las antiguas bromas. Había que preguntar al marido al día siguiente si ella tenía ó no....

Pero se quedaron sorprendidos ante la brusca cólera de Víctor, que en otro tiempo había sido el más encarnizado en decir que ella no tenía.

—¡Basta ya! ¡Sí tiene!

Un clamor acogió aquella afirmación. ¿Acaso había él dormido con ella? Pero Víctor negó formalmente. Se puede ver sin tocar. Un día había buscado el modo de aclarar la duda que le atormentaba. ¿Cómo? esto no importaba á nadie.

—¡Digo que tiene, palabra de honor!

Pero el pequeño Couillot, que estaba muy bochacho, se empeñó en gritar que ella no tenía.

Víctor insistía en lo que había dicho, no seguramente por amistad á aquellos canallas de los Macqueron, sino porque la verdad es la verdad. Y cayó sobre el quinto, que tuvieron que quitarle de entre las manos.

—¡Dí que ella tiene, ó te mato!

Nadie se explicaba la irritación del hijo de Langaine, porque de ordinario era duro para las mujeres y renegaba públicamente de su hermana, á la cual, según se decía, había llevado al hospital su mala vida. ¡Aquella podrida de Susana! ¡Hacía bien en no venir á emponzoñarlos con su lepra!

Nadie se iba á comer. Cuando se bebe no se tiene hambre. Los quintos entonaron una canción patriótica, acompañada de tales golpes sobre las mesas, que las tres lámparas de petróleo temblaban despidiendo su apestoso humo. La atmósfera era asfixiante. Delhomme y Clou se decidieron á abrir la ventana que había detrás de ellos. En aquel momento entró Buteau y se deslizó en un rincón. No tenía su aire provocativo de ordinario, y miraba á unos y á otros como para adivinar lo que pensaban. Sin duda venía á ver si se sospechaba algo. La presencia de Jesucristo y de Cañón pareció impresionarle. Durante mucho tiempo sondeó también con la vista á Delhomme. Pero Becú, que estaba dormido, era el que más le preocupaba. ¿Dormiría, ó fingiría dormir? Tocóle con el codo, y se tranquilizó un poco al notar que babeaba en su manga. Entonces puso toda su atención en el maestro de escuela, cuyo rostro, de otra expresión que de ordinario, le chocaba.

En efecto, Lequeu aunque afectase estar absorto en su lectura, experimentaba frecuentes sa-

curadas, con la faz contraída por una cólera creciente. Los quintos con sus gritos parecían ponerle fuera de sí.

De pronto, como si estuviera en medio de su clase, dió un golpe con el libro y gritó:

—¡Un poco de silencio!... ¡Tanta alegría os produce el ir á que os degüellen los prusianos?

Todos, llenos de asombro, volvieron hacia él los ojos. Ciertamente que la cosa no era para alegrarse, y todos convinieron en ello. Delhomme repitió su idea de que cada cual debía defender su campo. Si los prusianos venían á la Beauce, ya verían que las gentes de este país no eran cobardes. ¡Pero ir á batirse por los campos de los demás..... no, no, no tenía gracia!

En aquel momento, Delfin, seguido de Ernesto, llegaba con los ojos encendidos por la fiebre.

Se había notado el pañuelo atado á su mano, y le preguntaron.—Nada, una cortadura que se había hecho. Con la otra mano golpeó violentamente la mesa y pidió una botella.

Cañón y Jesucristo miraban á aquellos muchachos con aire de compasión; y aquél, completamente borracho, acabó por enternecerse en su idea de organizar la dicha futura.

—La guerra ¡ah! ya es tiempo de que seamos los amos para impedirlo.... Ya sabéis mi plan: nada de servicio militar, nada de impuestos; que cada cual satisfaga sus apetitos con el menor trabajo posible.... Y esto va á venir; se aproxima el día en que conservaréis vuestro dinero y vuestros hijos, si nos ayudáis.

Jesucristo aprobaba, cuando Lequeu estalló.

—¡Ah! sí, ¡maldito charlatán: vuestro paraíso

terrestre, vuestro modo de hacer feliz al mundo á pesar suyo! ¿Es posible eso? ¿No estamos ya demasiado podridos para ello? ¿Sería menester que vinieran á hacernos de nuevo los salvajes, los cosacos ó los chinos!

Aquella vez fué tan viva la sorpresa, que reinó un profundo silencio. Todos escuchaban, sobre todo Buteau, ansioso, esperando qué iba á decir, como si aquellas cosas tuvieran alguna relación con su asunto. Abierta la ventana, se había disipado el humo, entrando la suave humedad de la noche y sintiéndose la paz profunda del campo dormido. Y el maestro de escuela, rompiendo su medrosa reserva de diez años, burlándose ahora de todo, descansaba al fin de la rabia que le ahogaba.

—¡Es que creéis á estas gentes tan bestias, para venir á contarles que las alondras les caerán asadas en la bocal!.... Pero antes de que hayáis organizado vuestra máquina, la tierra se habrá desquiciado y todo se irá al diablo.

Bajo la rudeza de aquel ataque, Cañón, que todavía no había encontrado la horma de su zapato, vaciló visiblemente. Quiso volver á sus historias de toda la tierra del Estado, el gran cultivo científico. El otro le cortó la palabra.

—¡Ya sé esas tonterias!.... Cuando ensayéis vuestro cultivo, hará ya mucho tiempo que las llanuras de Francia habrán desaparecido, inundadas por los granos de América!.... Mirad: precisamente este libro en que estaba leyendo detalles sobre ello.

Y con la voz con que hubiera dado una lección á sus alumnos, habló de los cereales de allá abajo, de aquellas llanuras inmensas, vastas como reinos,

y en las cuales habría desaparecido la Beauce como una simple mota; tierras tan fértiles, que en vez de abonarlas había que quitarles fuerza; con labradores que son mecánicos, donde todo el trabajo se hace con poderosas máquinas!....

—¡Y vosotros esperáis luchar con vuestras herramientas de cuatro sueldos; vosotros que no sabéis nada, que no queréis nada, que no salís de vuestra rutina!....! esperad, esperad un poco, y un río, un torrente de cereales se desbordará sobre vosotros y pereceréis en él!

Los campesinos abrían desmesuradamente los ojos, llenos de pánico ante la idea de aquella inundación. Rognes, sus campos, la Beauce entera serían anegados.

—¡No, no, jamás!—gritó Delhomme sofocado. —El Gobierno nos protegerá.

—¡Bueno está el Gobierno!—replicó Lequen con desprecio.—¡Bastante tiene que hacer con protegerse á sí mismo!.... Lo que está bueno es que hayáis elegido á Rochefontaine. El amo de la Borderie, al menos era consecuente con sus ideas!.... Pero ni con Rochefontaine ni con Chedeville haréis nada. ¡Ninguna Cámara votará unos derechos bastante crecidos, y no hay protección que pueda salvaros!

Se armó un espantoso tumulto; todos los campesinos querían hablar á la vez. Qué, ¿no podrían impedir la entrada de aquellos cereales? El maestro de escuela se reía de un modo cruel. En otros tiempos el único temor era el hambre; siempre se temía que no hubiera bastante trigo, y era chocante que se temiera que hubiera demasiado. Ahogaban sus palabras con furiosas protestas.

—Sois una raza agotada; el amor imbécil de la tierra os ha corroído, esa tierra de la cual sois esclavos, y por la cual seríais capaces de asesinar..... En América el labrador es el amo de la tierra, es libre y se enriquece, mientras que vosotros sois sus prisioneros y morís de miseria.

Buteau había palidecido. Lequen le había mirado al hablar de asesinato. Trató de mostrar serenidad, diciendo:

—Cada cual es como es. ¿A qué, pues, incomodarse si, como decís, nada se adelanta con ello?

Delhomme aprobó, y todos se echaron a reír. Cañón y Jesucristo, disgustados de ver á aquel cagatintas, como ellos le llamaban, gritar tan alto, afectaron bromear también.

—Es una tontería incomodarse—dijo Cañón encogiéndose de hombros.—Lo que hay que hacer es organizar.

Lequen hizo un gesto terrible. Tenía la faz lívida y los miraba como si quisiera confundirlos.

—¡Cobardes, sí, los campesinos, todos los campesinos! Cuando se piensa que sois los más numerosos y que os dejáis devorar por los burgueses y por los obreros de las ciudades..... No siento más que haber nacido de padre y madre campesinos. Acaso por esto me repugnáis más..... ¡Ser la fuerza sorda, la fuerza de la cual se espera el porvenir, y no moverse!..... Y lo que desespera es que habéis dejado de creer en los curas..... Entonces, ¿qué temor os retiene? Mientras temíais al infierno, se comprende que estuvierais sumisos; pero ahora, ¡audacia, pues! ¡probad, quemadlo todo! Y, lo que sería más fácil, declaraos en huelga, cultivad sólo

para vosotros y no llevéis nada al mercado..... Así domaríaís á París.

Se habría dicho que por la abierta ventana un golpe de frío entraba, viniendo de lejos, de tenebrosas profundidades. Nadie interrumpía, á pesar de las cosas duras que oían.

Lequen acabó dando fuertes golpes con el libro contra la mesa:

—Os digo esto, pero estoy tranquilo..... Ya que sois cobardes, vosotros pagaréis vuestra cobardía cuando llegue la hora. Esperad á que la miseria y el hambre os arrojen contra las ciudades como lobos..... ¡Sí, sí, las ciudades incendiadas y arrasadas, las ciudades desiertas, los campos incultos, y arroyos de sangre para que los campos puedan volver á dar pan para los hombres que nacerán después de nosotros!

Lequen abrió violentamente la puerta y desapareció. Detrás de él se alzó un clamor. ¡Ah, el brigante! Debían haberle dado una sangría. ¡Un hombre tan tranquilo hasta entonces! ¡Se habría vuelto loco! Saliendo de su calma habitual, Delhomme declaró que iba á escribir al prefecto. Sobre todo Jesucristo y Cañón estaban fuera de sí; el primero con su 89 y su bandera humanitaria de libertad, igualdad y fraternidad, y el segundo con su organización social autoritaria y científica. Estaban pálidos y exasperados por no haber encontrado una palabra para contestar. Buteau, al oír pedir á aquel furioso arroyos de sangre, se había levantado con un estremecimiento, agitado por sacudidas nerviosas. Deslizóse á lo largo de las paredes, mirando de reojo á ver si le seguían, y desapareció también.

Los quintos volvieron á sus bromas y comenzaba de nuevo el escándalo, cuando Ernesto, saltando por encima de los bancos, mostró á Delfin que acababa de caer desvanecido, con la cabeza sobre una mesa. El desdichado estaba más pálido que la cera. Su pañuelo, desprendido de su mano, estaba manchado de sangre. Despertaron á Becú que miró la mano mutilada de su hijo. Después de un gesto de desesperación, cogió á Delfin y le oyeron sollozar, ya en la calle, al mismo tiempo que iba lanzando juramentos.

Aquella noche Hourdequin, habiendo sabido el accidente ocurrido á Francisca, fué á Rognes á saber noticias, por amistad á Juan. Salió á pie, fumando su pipa, y bajó la pendiente, deseando, antes de entrar en casa de su antiguo criado, calmar un poco sus pesares en el silencio de la noche. Pero desde abajo oyó la voz de Lequeu y se detuvo. Luego, cuando se decidió á subir, siguió oyéndolo, y todavía cuando llegaba á la casa de Juan oía aquella voz, debilitada por la distancia, pero siempre clara y aguda como la hoja de un puñal.

Juan estaba á la puerta. No podía estar cerca del lecho de Francisca porque le ahogaba la pena.

—¿Y bien?—preguntó Hourdequin—¿cómo va?

—¡Ah, señor, se muere!

Y ni el uno ni el otro hablaron más. En el profundo silencio, la voz de Lequeu dominaba siempre vibrante, obstinada.

Al cabo de algunos minutos el dueño de la granja dejó escapar estas palabras de cólera:

—¿Lo oís? ¡Y qué gracioso es todo lo que ese dice cuando se está triste!

Todas sus penas surgían al sonido de aquella voz y cerca de aquella mujer que agonizaba. La tierra que amaba tanto, con una pasión sentimental, casi intelectual, lo acababa desde las últimas cosechas. Bien pronto la Borderie no le daría ni aun para comer. Nada habían hecho ni su energía, ni los cultivos nuevos, ni las máquinas; y explicaba su desastre por la falta de capital. Aproximábase la catástrofe que terminaría el antagonismo secular entre la grande y la pequeña propiedad, matándolas á las dos.

Bruscamente Hourdequin aprobó lo que decía Lequeu.

—¡Voto á tal! ¡tiene razón! ¡Que todo se derrumbe, pues que la raza ha concluido y la tierra está agotada!

Y añadió, aludiendo á Santiagnilla:

—Yo, gracias á Dios, siento otro mal que me matará antes que suceda eso.

Oíase que en la casa la Grande y la Frimat andaban y cuchicheaban. Juan estremeciése al oír aquel ruido y entró; pero ya era tarde. Francisca estaba muerta, acaso hacía mucho tiempo. No había vuelto á abrir ni los ojos ni los labios, llevándose consigo lo que quería ocultar. Parecía dormir. De pie junto á la cama, mirábala Juan, atontado por confusas ideas: la pena que sentía, la sorpresa de que no hubiera querido hacer testamento, la sensación de algo que se rompía y acababa en su existencia.

En aquel momento, cuando Hourdequin, después de haber saludado en silencio se marchaba, vió en el camino destacarse de la ventana una sombra que echó á correr, perdiéndose en la obs-

curidad. Pensó si sería algún ladrón. Era Buteau que había subido para acechar la muerte y que corría á anunciarla á Elisa.

V.

Al día siguiente por la mañana, acababan de colocar en su ataud el cadáver de Francisca, el cual se hallaba en medio de la habitación encima de dos sillas, cuando Juan se estremeció de indignación y de sorpresa viendo entrar juntos uno detrás de otro á Elisa y Buteau.

Su primer impulso fué echarlos de allí, echar á la calle á aquellos parientes despiadados que no habían ido á besar á la moribunda y que llegaban al fin cuando ya estaba cerrado su ataud como si temiesen verse de nuevo en su presencia. Pero los otros individuos de la familia que había allí, Fanny, la Grande, lo detuvieron: aquello de armar disputas junto á un ataud no traía buenas consecuencias; y luego ¿por qué? No se podía ni se debía evitar que Elisa se arrepintiese de sus rencores velando el cadáver de su hermana.

Y los Buteau, que ya habían contado con el respeto que se debía al cadáver, se instalaron tranquilamente. No dijeron que volvían á tomar posesión de la casa; pero lo hacían con la mayor naturalidad, como si la cosa se cayera de su propio peso, ahora que ya Francisca no estaba allí. Es decir, allí sí estaba, pero empaquetada para hacer el gran viaje, y sin estorbar más de lo que lo hacía cualquiera de aquellos muebles. Elisa, después

de permanecer un rato sentada como los otros, se olvidó de sí misma hasta el punto de ir abriendo los armarios y asegurándose de que las cosas no habían variado de sitio durante su ausencia. Buteau entretanto daba una vuelta por el establo y por el corral como hombre entendido que echa una ojeada de amo. Por la noche ya los dos parecían hallarse por completo en su casa, y no encontraban más obstáculo á sus planes que el ataud donde se hallaba el cadáver de Francisca, porque colocado en medio de la habitación interceptaba el paso y les quitaba libertad. En fin, después de todo, una noche se pasa de cualquier manera y por la mañana temprano la casa quedaría libre de aquel estorbo.

Juan estaba abatido y sin saber qué hacer. Al principio la casa, los muebles, el cadáver de Francisca parecían ser suyos. Pero á medida que pasaban las horas, todo eso se destacaba de su persona, por decirlo así, y parecía ir siendo poco á poco de los otros. Hasta se empeñaron en que no velase el cadáver de su mujer, porque ya había demasiada gente. Él al principio se negaba á obedecer; después, irritado, había tenido la idea de coger el dinero que estaba en la cómoda, los ciento veintisiete francos, para estar seguro de que no desaparecerían. Elisa al abrir los cajones debía haberlos visto, así como el pliego de papel sellado que había sido inútil, lo cual la había hecho hablar en voz muy baja con la Grande, y desde entonces era desde cuando se encontraba enteramente tranquila, porque sabía que no existía testamento alguno y que por lo tanto se hallaba en su casa.

curidad. Pensó si sería algún ladrón. Era Buteau que había subido para acechar la muerte y que corría á anunciarla á Elisa.

V.

Al día siguiente por la mañana, acababan de colocar en su ataud el cadáver de Francisca, el cual se hallaba en medio de la habitación encima de dos sillas, cuando Juan se estremeció de indignación y de sorpresa viendo entrar juntos uno detrás de otro á Elisa y Buteau.

Su primer impulso fué echarlos de allí, echar á la calle á aquellos parientes despiadados que no habían ido á besar á la moribunda y que llegaban al fin cuando ya estaba cerrado su ataud como si temiesen verse de nuevo en su presencia. Pero los otros individuos de la familia que había allí, Fanny, la Grande, lo detuvieron: aquello de armar disputas junto á un ataud no traía buenas consecuencias; y luego ¿por qué? No se podía ni se debía evitar que Elisa se arrepintiese de sus rencores velando el cadáver de su hermana.

Y los Buteau, que ya habían contado con el respeto que se debía al cadáver, se instalaron tranquilamente. No dijeron que volvían á tomar posesión de la casa; pero lo hacían con la mayor naturalidad, como si la cosa se cayera de su propio peso, ahora que ya Francisca no estaba allí. Es decir, allí sí estaba, pero empaquetada para hacer el gran viaje, y sin estorbar más de lo que lo hacía cualquiera de aquellos muebles. Elisa, después

de permanecer un rato sentada como los otros, se olvidó de sí misma hasta el punto de ir abriendo los armarios y asegurándose de que las cosas no habían variado de sitio durante su ausencia. Buteau entretanto daba una vuelta por el establo y por el corral como hombre entendido que echa una ojeada de amo. Por la noche ya los dos parecían hallarse por completo en su casa, y no encontraban más obstáculo á sus planes que el ataud donde se hallaba el cadáver de Francisca, porque colocado en medio de la habitación interceptaba el paso y les quitaba libertad. En fin, después de todo, una noche se pasa de cualquier manera y por la mañana temprano la casa quedaría libre de aquel estorbo.

Juan estaba abatido y sin saber qué hacer. Al principio la casa, los muebles, el cadáver de Francisca parecían ser suyos. Pero á medida que pasaban las horas, todo eso se destacaba de su persona, por decirlo así, y parecía ir siendo poco á poco de los otros. Hasta se empeñaron en que no velase el cadáver de su mujer, porque ya había demasiada gente. Él al principio se negaba á obedecer; después, irritado, había tenido la idea de coger el dinero que estaba en la cómoda, los ciento veintisiete francos, para estar seguro de que no desaparecerían. Elisa al abrir los cajones debía haberlos visto, así como el pliego de papel sellado que había sido inútil, lo cual la había hecho hablar en voz muy baja con la Grande, y desde entonces era desde cuando se encontraba enteramente tranquila, porque sabía que no existía testamento alguno y que por lo tanto se hallaba en su casa.

Pero en fin, el dinero no sería para ella; porque en medio de vagos temores que despertaba en Juan la idea del mañana, se consolaba pensando que al menos le quedaría aquella cantidad.

El viudo pasó la noche sentado en una silla.

Al día siguiente temprano, á las nueve de la mañana, se verificó el entierro que fué muy decente, y al cual asistieron el matrimonio Charles y los Delhomme con su hijo.

Juan Horaba, Buteau fingía secarse los ojos, que se hallaban perfectamente secos. Á última hora Elisa declaró que era tal su pena, que le sería imposible acompañar el cadáver hasta el cementerio. Así fué que se quedó sola en la casa, en tanto que la Grande, Fanny, la mujer de Becú y otras vecinas formaban parte del fúnebre cortejo.

Y á la vuelta del entierro, toda aquella gente en la previsión de lo que iba á pasar, hacía la entretenida en la plaza de la Iglesia para presenciar el espectáculo.

Hasta entonces Juan y Buteau habían rehuído cuidadosamente el mirarse, temiendo que se armara una batalla allí mismo, sobre el cadáver aun caliente de Francisca; pero ahora uno y otro con paso resuelto se encaminaban hácia la casa y se miraban de reojo. En seguida comprendió Juan la razón de que Elisa no hubiese ido al entierro. Había querido quedarse allí con objeto de desembarazarse de lo que le estorbaba. Una hora le bastó para tirar por encima de la tapia al corral de la mujer de Frimat una porción de lios y paquetes, y en seguida echó de la casa á Laura y á Julio, que, como de costumbre, se estaban arañando, y al tío Fouan, que se sentó en un banco

del corral. La casa había sido reconquistada.

—¿A dónde vas?— preguntó bruscamente Buteau, deteniendo á Juan á la entrada.

—A mi casa.

—¡Tu casa! ¿cuál es tu casa?... Aquí no, amigo mío: esta casa es nuestra.

Elisa había acudido, y con los brazos en jarra chillaba y gruñía, más violenta y más insultante todavía que su marido.

—¿Eh? ¿qué? ¿Qué es lo que quiere ese podrido?... Bastante tiempo ha estado envenenando la sangre á mi pobre hermana, que á no ser por eso no se hubiera muerto de la herida que se causó. Bien claro ha mostrado sus deseos no dejándole nada de sus bienes.... ¡Pégale, Buteau, pégale y que se vaya! ¡Que no entre aquí, no nos contagie su enfermedad!

Juan, indignado ante aquel ataque brusco, quiso discutir todavía.

—Ya sé que la casa y las tierras vuelven á ser vuestras. Pero á mí me corresponde la mitad de los muebles y de las bestias....

—¡La mitad! ¿Háse visto desearo semejante! —replicó Elisa interrumpiéndole.— ¡Cochino! ¡te atreverías á llevarte la mitad cuando viniste aquí poco menos que en camisa! ¡Para eso sirves tú, para que te mantengan las mujeres, y por eso te casaste con mi hermana! ¡Canalla, bonito oficio!

—Tiene razón—dijo Buteau apoyando á su mujer;—lárgate.... Venías vestido y vestido te vas; nadie te pide la ropa que tienes puesta.

La familia, las mujeres, especialmente Fanny y la Grande, retiradas un poco de la casa, parecían aprobar todo aquello con su silencio. Entonces

Juan, pálido de rabia al oír aquellos insultos, se puso furioso y gritó tanto como los otros.

— ¡Ah! de manera que queréis escándalo.... ¡Pues bien, lo habrá y ya veremos quién es más fuerte! En primer lugar voy á entrar, porque hasta que se hagan las particiones la casa es mía. Luego llamaré al señor Baillehache, que lo sellará todo y me encargará de su custodia.... Estoy en mi casa, ¡vosotros sois los que os váis ahora mismo á la calle!

Se dirigió á Elisa con ademán tan terrible, que ésta se apartó de la puerta. Pero Buteau se abalanzó á él; la lucha se entabló á brazo partido, y los dos hombres abrazados rodaron por el suelo de la cocina.

Juan se empeñaba en no marcharse, los otros dos tampoco querían salir. Buteau gritaba:

— Además de que esto es nuestro, nos das asco.

Y de nuevo fué á acometer al otro; pero su cuñado cogió una silla y se la tiró á los pies, y ya se dirigía á la habitación contigua para refugiarse allí, cuando la mujer se acordó del dinero, de los ciento veintisiete francos que había visto en un cajón de la cómoda. Creyó que iba á cogerlos, y anticipándosele, abrió el cajón y dejó escapar un grito de dolor.

— ¡El dinero! ¡este granuja ha robado el dinero esta noche!

Desde aquel momento Juan estuvo perdido porque tuvo que defender su bolsillo. Gritaba que el dinero era suyo, que no tenía inconveniente en liquidar y que estaba seguro de que aun saldrían debiéndole. Pero ni la mujer ni el marido le hacían caso; la mujer había caído sobre él y le gol-

peaba más rudamente que su marido. De un violento empujón furioso, lo echaron de la habitación y entraron de nuevo en la cocina, por donde rodaron los tres revueltos, abrazados, golpeándose contra todos los muebles en una lucha encarnizada y horrible. A puntapiés Juan se defendía de Elisa. Ella no se daba por vencida y le clavaba las uñas en el cuello, en tanto que Buteau, haciendo un esfuerzo, logró echarle á la calle.

El matrimonio se quedó allí defendiendo con sus cuerpos la entrada de la casa.

— ¡Ladrón! ¡que nos ha robado nuestro dinero!.... ¡Ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

— Bueno; iré á dar cuenta al juez de Chateaudun y me devolverá mi casa y os llevaré á los tribunales y reclamaré daños y perjuicios.... ¡Ya nos veremos!

Los otros de la familia, al ver que se venían á las manos, se atajaron prudentemente, temiendo que si había proceso les hicieran ir á declarar.

Los chicos Laura y Julio acudieron ya tan amigos y tocando el tambor en una cacerola vieja que hacia un estrépito endiablado. Solamente el viejo Fouan, que se había quedado solo en el corral, no tomaba parte en la satisfacción que el matrimonio Buteau experimentaba al verse dueños del campo.

De pronto Buteau se puso serio y exclamó:

— ¡Demonio! ¡se ha ido por allí arriba! ¡Con tal de que no se le ocurra hacer algún destrozo en las huertas!

La cosa era absurda; pero así y todo, Buteau echó á correr, porque no sabía contener la impaciencia hasta saber á qué atenerse.

Juan, en efecto, había subido hacia el llano por no pasar por el pueblo, y por costumbre había tomado instintivamente el camino de la Bordiere. Cuando Buteau le vió, pasaba precisamente por junto á la parcela de tierra de labor; pero no se detuvo, sino que se contentó con echarla una mirada de odio como acusándola de su desgracia.

Juan iba sin saber adónde. Al principio tuvo el propósito de dirigirse á Cloyes, á casa del señor Baillhache, para hacer que le hiciese entrar nuevamente en posesión de la casa. Luego su cólera desapareció. Si hoy volvía á la casa, mañana de todos modos tendría que abandonarla. ¿A qué, pues, ocuparse en semejante cosa?

De pronto, sin saber cómo, Juan levantó la vista y se encontró delante de la Bordiere. El instinto le hacía buscar la granja como quien busca un refugio, porque si no se iba del pueblo, sólo allí encontraría medio de ganarse la vida. Hourdequin le había estimado siempre mucho y no dejaría de recibirlo como estaba antes de casarse.

Pero cuando iba á entrar, quedóse sorprendido é intranquilo al ver á lo lejos á Santiaguilla que cruzaba el corral corriendo como una loca. Daban las once; llegaba en el momento de una catástrofe terrible. Aquella mañana, al bajar antes que la criada, la mujer había encontrado al pie de la escalera la trampa de la cueva abierta, aquella trampa tan peligrosamente colocada; y Hourdequin estaba en el fondo, muerto, con la cabeza destrozada contra el filo de un escalón. Había gritado, los criados habían acudido, en la granja reinó un espantable desorden, una terrible consternación. Ahora el cadáver del dueño de la gran-

ja yacía sobre un colchón, de cuerpo presente, en el comedor, en tanto que en la cocina Santiaguilla se volvía loca, con la cara descompuesta y sin derramar ni una lágrima.

Cuando Juan entró, ella habló, sintiéndose en cierto modo consolada.

— Bien lo decía yo, y por eso deseaba que cambiaran de sitio esa maldita trampa.... Pero ¿quién ha podido dejarla abierta? Estoy segura de que anoche quedó cerrada. Por más que me devano los sesos no sé poner esto en claro.

— ¿De modo que el amo bajó antes que vos?— preguntó Juan asustado.

— Sí, apenas amanecía.... Yo estaba durmiendo. Me pareció que me llamaban, pero sin duda estaba soñando.... ¿Quién ha podido dejar la trampa abierta? ¡Ah! ¡yo me voy á morir!

Juan, que acababa de concebir una sospecha, la rechazó en seguida. Santiaguilla no tenía el menor interés en aquella muerte; su dolor era sincero.

La joven, anonadada, abatida, se dejó caer en una silla; y el amo, con quien ella pensaba casarse para ser su heredera legítima; el amo, que la había prometido dejárselo todo, moría sin haber tenido tiempo de hacer testamento; y lo peor era que ni siquiera podría cobrar su salario, porque llegaría pronto el hijo de Hourdequin á echarla de allí ignominiosamente, como lo había jurado. ¡Nada! ¡unas cuantas alhajas y la ropa que tenía puesta!

En lo que no pensaba Santiaguilla era en el viejo pastor Soulas, á quien había logrado despedir el día antes, á pesar de que Hourdequin se había resistido un poco.

Soulas, despedido con buenas palabras y buenas promesas, había mirado á su amo fijamente y con expresión extraña. Y luego empezó á desahogarse echándole la culpa á las puterías de Santiaguilla, á quien acusó de entregarse á todo el mundo, como él la había visto en más de una ocasión.

En vano quiso su amo interrumpirle; el viejo lo había contado todo, todo lo que sabía y todo lo que sospechaba. Santiaguilla ignoraba esa delación, porque Hourdequin había huído como un loco por aquellos trigos de Dios, temeroso de matarla si la volvía á ver. Cuando el amo regresó, se contentó con despedir á Trou con el pretexto de que era muy sucio y no hacía nada. Entonces ella tuvo una sospecha, pero no se atrevió por lo mismo á defenderle, dejando para el día siguiente el trabajo de conseguir que lo volviesen á admitir. Y todo esto desaparecía confusamente de su ánimo en aquel momento de una catástrofe terrible que daba en tierra con la labor asidua de diez años de cálculo.

Juan estaba solo con ella en la cocina cuando se presentó Trou. Santiaguilla no le había visto desde el día antes. Al verle entrar dió un grito.

—¡Tú has sido!—exclamó—¡tú has sido quien abrió la trampa!

Bruscamente lo comprendió todo.

—¡Tú, tú abriste la trampa y le llamaste para que se cayese!

Juan, asombrado, dió un paso atrás. Ni uno ni otro parecían acordarse de que estaban allí; estaban locos.

Trou, con la cabeza baja y la voz enronquecida, confesaba su crimen.

Ella, rígida, le escuchaba. Él le explicaba que sus celos eran la causa de todo.

—Supuse que después de muerto tú te alegrarías.... Si no te dije nada, fué porque no desbarataras mis planes.... Y ahora, ahora que ya no existe, vengo por tí á que nos vayamos y nos casemos.

—¡Tú, miserable! no te quiero; no quiero nada contigo. ¡Semejante barbaridad antes de que me casase con él, antes de que fuera su heredera legítima! ¡Animal! ¡Véte de aquí, bestia! ¡Estás loco! ¡Véte!

Él se sintió acometido de un ataque furioso. ¡Cómol! ¡ahora resultaba que había matado para nada, que era asesino sin resultado!

—Vamos, vamos, bestia.... ¡Pues no te has de venir! ¡Anda, ó te hago lo que al otro!

Santiaguilla se dirigió hacia él con los puños cerrados.

—¡Inténtalo, y veremos, asesino!... Vamos, véte, no quiero verte; prefiero no volver á tener hombre en mi vida, á que me toques.

—¡Pues muerta ó viva, te tendré!—gritó saliendo de la habitación.

Ella le vió alejarse de la granja, y al volverse y ver á Juan en un rincón, tuvo un momento de terrible franqueza.

—¡Ah! ¡con qué gusto haría que lo cogiesen los gendarmes, si no temiese verme envuelta en la causal!

El espanto de lo que acababa de oír helaba la sangre de Juan, que no sabía ni qué hacer ni qué decir. La mujer empezó á llorar y se echó en sus brazos diciendo que era muy desgraciada y rogán-

dole que se la llevara con él. Juan comenzaba á sentirse verdaderamente en situación difícil, cuando el señor Baillehache, el cuñado de la víctima, se bajó de su carruaje á la puerta de la granja. Entonces Santiaguilla se dirigió al notario y dió rienda suelta á su desesperación.

Juan se escapó de la casa, y sin saber cómo se encontró en medio del campo. Pero no veía nada, espantado ante aquella terrible historia, al desenlace de la cual acababa de asistir. El egoísmo ferroz le obligaba á alejarse de allí precipitadamente, á pesar del dolor que experimentaba acordándose del señor Hourdequin, aquel amo que había sido siempre tan bueno para él. No tenía para qué delatar á Santiaguilla y á su querido, porque la justicia comprendería bien pronto que ellos eran los criminales.

Al llegar á las primeras casas de Rognes, se detuvo un momento y respiró. El recuerdo de Francisca acudía á su memoria y le emocionaba profundamente. Entonces se acordó también que había ido á la granja á pedir trabajo; entonces, pensando en su situación, sin saber á qué puerta llamar, recordó que Charles estaba buscando un jardinero hacía ocho días. ¿Por qué no había de ir á ofrecerse? Tal vez su parentesco sería una recomendación. Inmediatamente se dirigió á su casa.

Era la una; los Charles acababan de almorzar cuando la criada le hizo entrar en el comedor. Precisamente Elodia estaba sirviendo el café, y el señor Charles, después de hacer que se sentase el primo, quiso le dieran una taza también; éste aceptó; pero cuando se vió sentado á la mesa de

los burgueses, ya no se atrevió á solicitar la plaza de jardinero.

Un momento después entró la criada anunciando que los Delhomme estaban allí, y Juan quedó olvidado.

—Que entren — dijo Charles — y traed más tazas.

Para los Charles se trataba de un asunto importante desde aquella mañana. Al salir del cementerio, Ernesto los había acompañado hasta su casa, y mientras la señora de Charles entraba con Elodia, él detuvo al marido; se había presentado francamente como comprador del 19, si llegaban á un acuerdo. A oírlo, la casa, que él conocía muy bien, sería vendida en un precio ridículo. Vaucogne no encontraría quien le diese ni cinco mil francos por ella en el estado en que la había dejado; era necesario variarlo todo, desde los muebles hasta las mujeres, que no valían nada.

Durante media hora estuvo poniéndole á su tío la cabeza como un bombo á fuerza de despreciar la casa y el negocio. Al fin Ernesto dijo que después de almorzar volvería con su padre con objeto de hablar seriamente.

Cuando el señor Charles entró en su casa y habló con su mujer, ésta se admiró de las aptitudes de su sobrino. ¡Ah! si su yerno hubiese tenido la mitad siquiera, ¡cuán de otro modo hubiese ido el negocio!

Cuando estuvieron sentados á la mesa, les sirvieron café, y Ernesto empezó á dirigir galanterías á Elodia. Por la mañana el joven no había hablado más que de la mitad del negocio; pero su plan era mucho más vasto: no solamente quería

la casa número 19, sino también á su prima. Su operación y el negocio eran así muy sencillos y muy baratos, pues por de pronto no había nada que desembolsar, y después heredaría una pingüe fortuna de los Charles.

Durante un rato se habló del tiempo y de cosas indiferentes. Luego, de pronto, cuando hubieron acabado de tomar el café,

—Hijita—dijo bruscamente el señor Charles á Elodia—¿por qué no vas á dar una vuelta por el jardín?

Y es que tenía prisa por saber á qué atenerse.

—Perdonad, tío—dijo Ernesto—pero yo quisiera que Elodia no se fuese, porque tengo que hablar de una cosa que le interesa.

Y levantándose, pidió su mano como un muchacho fino y bien educado debe hacer.

La sorpresa de todos fué muy grande. Pero sobre todo Elodia pareció tan conmovida, que abandonando su asiento y echándose á llorar, se abrazó al cuello de su abuela, en tanto que ésta se esforzaba por tranquilizarla.

—¡Vamos, vamos, hija mía, sé razonable!... No te se van á comer porque pidan tu mano.... Tu primo no tiene nada de malo; vamos, no seas tonta y miralo.

—¡Caramba, hijo mío!—añadió el señor Charles—te aseguro que no esperaba esa petición. Acaso hubiera sido mejor decírmelo antes, y no que mira el mal rato que está pasando tu prima.

El señor Charles reflexionó en un momento que Ernesto no era un mal partido: joven, simpático, trabajador, activo é hijo de unos labradores ricos. Su nieta no podía pedir más. Así es que después

de cambiar una mirada de inteligencia con su esposa, continuó:

—Ya comprenderás que nosotros no podemos decir ni sí ni no. Es cosa de la niña, á quien no hemos de contrariar, porque en eso no queremos más que lo que ella quiera.

Entonces Ernesto, galante enamorado, renovó su petición.

—Prima, si quisieras hacerme el honor y el placer....

Ella seguía con la cabeza sobre el seno de su abuela, pero no le dejó concluir, sino que aceptó, haciendo tres movimientos afirmativos sin levantar la cabeza.

La señora de Charles la besó los cabellos murmurando:

—¡Pobrecita mía! ¡pobrecita mía!

—Pues entonces puesto que á ella le parece bien, á nosotros no nos parece mal; pero naturalmente, hijo mío, abandonamos el otro plan, el proyecto de que me hablabas esta mañana.

Ernesto se asombró.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?.... Porque.... ¡vamos, ya me entiendes.... Porque no la hemos tenido hasta los veinte años en un colegio de monjas para que ahora se dedique.... Vamos, ya comprendes....

—¡Ah! no, declaró Ernesto francamente. Eso ya no me conviene.... Me caso para establecerme.... Quiero á mi prima y la casa....

—¡La confitería!—exclamó la señora de Charles.

Y aceptando la palabra, siguieron discutiendo á medias palabras, declarando el joven y su padre que era una locura dejar el negocio, que aquello no

podía ser abandonado. La joven los miró y dijo de pronto:

—Mi primo tiene razón. No se debe abandonar eso.

La señora de Charles, asustada, murmuraba:

—Pero hija mía.... si tú supieses....

—Ya lo sé.... Hace mucho tiempo que Victorina me lo dijo.... Victorina, aquella criada que se fué de casa por lo que le gustaban los hombres.... Lo sé, he pensado mucho en ello, y os aseguro que ese es un negocio que no se puede, que no se debe abandonar.

Sus abuelos estaban con la boca abierta. ¡Cómo conocía el número 19, el negocio que allí se explotaba, el dinero que producía, y hablaba de todo ello con tanta serenidad? ¡Ah! ¡la inocencia! ¡Cómo habla de todo sin avergonzarse de nada!

Pero los dos abuelos creían en un sacrificio que querían ahorrar á la muchacha.

—¡Oh! hija mía, hija mía—exclamaban;— eso no puede ser, no puede ser.

Pero la joven, besando el anillo de su madre que llevaba al dedo, como si besase una reliquia.

—Sí, sí, dejadme con mi idea—decía;—quiere ser lo mismo que mamá. Lo que ella hizo bien puedo hacerlo yo; no hay en ello deshonor, porque también vosotros lo hicisteis antes.

Entonces se produjo la escena más conmovedora del mundo, de lágrimas y suspiros y abrazos.

Cuando el señor Charles, dominando un poco su emoción, pudo hablar, abrazó á su nieta otra vez, diciendo:

—Tu padre nos ha dado muchos disgustos; tú en cambio, tú, ángel mío, eres nuestro consuelo.

Su abuela la abrazó también.

—¿De modo que es negocio convenido?—preguntó Ernesto, que quería formalizar el compromiso.

—Sí, convenido.

Y desde aquel momento se empezó á hablar tranquilamente del pormenor de las condiciones.

Juan, que no se encontraba á gusto, comprendiendo que estorbaba, acabó por llamar aparte al señor Charles y le habló de la plaza de jardinero. La fisonomía del señor Charles adquirió tintes de gravedad: ¡hacer criado de su casa á un pariente suyo! Eso no podía ser. ¡Jamás! además, la plaza estaba dada desde el día antes.

Y Juan se marchó en tanto que Elodia con su voz purísima de virgen decía que si su papá seguía haciendo tonterías, ella se encargaba de hacerle entrar en razón.

Cuando Juan se encontró fuera de aquella casa, acertó el paso y empezó á pensar dónde iría á pedir trabajo. De los ciento veintisiete francos había pagado el entierro de su mujer, la cruz y el nicho en el cementerio. Apenas le quedaba la mitad del dinero; con él iría tirando algún tiempo, y luego ya vería. Lo malo era no poder marcharse de Rognes á causa del proceso que tenía. Dieron las tres, luego las cuatro, después las cinco.

No sabía dónde ir. De pronto se acordó que había dejado en la casa dos pantalones y una chaqueta, y decidió ir por ellos.

Cuando Juan entró en el corral, anocheceía y no pudo distinguir al viejo Fouan que seguía sentado en su banco. Cuando llegó á la puerta de la cocina donde había luz, Buteau le conoció y le salió al encuentro.

—¡Por vida de Dios! ¡Otra vez tú!.... ¿A qué vienes aquí, qué quieres?

—¡Mis dos pantalones y mi chaqueta!

Empezó otro disgusto. Juan se obstinaba en que le dieran su ropa, y Buteau en negársela. De pronto se oyó la voz de Elisa que gritaba desde dentro:

—Anda, dale esos trapos; ¡tú no te los has de poner, porque están podridos!

Los dos hombres callaron, y Juan aguardaba, cuando oyó su espalda la voz del abuelo que decía:

—¡Véte, véte de ahí, hombre, ó te matarán como han matado á la pobrecita!

Aquello fué un rayo de luz. Juan lo comprendió todo: la muerte de Francisca y su obstinado silencio. Había tenido alguna sospecha; ahora ya no dudaba de que la infeliz había salvado á su familia de la guillotina. Sintió un estremecimiento nervioso; la sangre se le helaba en las venas. En aquel momento Elisa le tiraba la ropa, insultándole nuevamente. El, sin decir palabra, la recogió del suelo y se alejó de allí. Cuando se vió en la carretera, volvió la cabeza y blandiendo el brazo en ademán amenazador, gritó una palabra que sonó como un trueno:

—¡Asesinos!!

Después desapareció en la obscuridad de la noche.

Buteau quedó anonadado, porque había oído la frase del abuelo Fouan y el grito de Juan le llegaba al corazón como si fuese una bala. ¡Cómo! ¡Jirían á mezclarse en el asunto los gendarmes, ahora que él lo creía todo enterrado con el cadáver de Francisca?

Buteau entró en su casa tan mal y tan conmovido, que ya no pudo acabar de comer. Elisa, al saber lo ocurrido, se echó á temblar también y dejó la comida. Había pensado el pasar una noche feliz viéndose de nuevo en posesión de su casa, y fué aquella una noche de angustia horrible y de maldiciones para su padre.

—¡Y pensar que no tenía acá más que soplarle para que muriese! Vive para nuestro daño nada más, puesto que lo sabe todo!

Uno y otro estaban locos de terror, de pensar que el viejo podía causar su pérdida, tal vez inconscientemente. ¡Ah! era preciso poner término á semejante situación.

—Voy á ver si duerme — dijo Elisa bruscamente.

Y encendió una vela, se aseguró de que dormían tranquilamente Laura y Julio, y en camisa penetró en la habitación donde descansaba su suegro. Cuando volvió tiritaba, y abrigándose con la mantita se abrazó á su marido, que la estrechó en sus brazos para hacerla entrar en calor.

—¿Qué hay?

—Hay, que duerme y que está con la boca abierta porque se ahoga, le falta aire.

Reinó el silencio; pero aunque estaban abrazándose cada vez más uno y otro, se adivinaban el pensamiento. ¡Era tan fácil acabar con aquel viejo que siempre estaba ahogándose! Nada, un pañuelo en el cuello, apretar un poco.... y se acabó.

Buteau seguía estrechando á Elisa entre sus brazos. Los dos ardían como si su mismo deseo les encendiese la sangre. De pronto él la dejó y de un salto se bajó de la cama.

—¡Voy á verlo yo también!—dijo.

Y se fué con la vela encendida, en tanto que ella, conteniendo la respiración, con los ojos muy abiertos, escuchaba atentamente. Pero transcurrían los minutos y de la habitación contigua no llegaba ruido alguno á sus oídos.

De pronto oyó los pasos de su marido, que descalzo, sin luz, se acercaba á tientas á la cama y le murmuraba al oído.

—¡Ven! yo solo no me atrevo.

Elisa se levantó y siguió á Buteau con los brazos extendidos para no tropezar. Ya no sentían frío; hasta la camisa les estorbaba. La vela estaba en el suelo en un rincón del cuarto donde dormía el viejo. Este estaba tan rígido, tan descarnado por la edad y por los males, que se le hubiera creído muerto sin la fatigosa respiración que trabajosamente se le escapaba del pecho. Los dos le miraban silenciosos, temblando, cogidos de las manos y apretándose uno contra otro. Se fueron, volvieron á entrar. ¡Era tan fácil y tan difícil, sin embargo, hacer lo que pensaban! Sus lenguas secas, pegadas al paladar, no podían decir palabra. Sólo hablaban sus ojos. Con ellos Elisa le había señalado á la almohada. Vamos, ¿qué esperaba? y él, agitando los párpados nerviosamente, no se movía. Bruscamente Elisa, exasperada, cogió la almohada y la apretó sobre la cara del anciano.

—¡Cobarde! ¡todo lo hemos de hacer las mujeres! Entonces Buteau se acercó, echó todo el peso de su cuerpo sobre su padre, en tanto que ella, subiéndose en la cama, se sentaba en la almohada apretando furiosamente su trasero desnudo de yegua hidrónica.

Aquello fué el delirio. Uno y otro apretaban con los brazos, con las piernas, con las rodillas. El viejo había dado una sacudida violenta, y sus piernas se habían estirado con ruidos parecidos á los resortes de acero que se rompen. Pero aquello duró poco. Otro estremecimiento, un apagado suspiro, y luego, nada, nada, quietud absoluta.

—Creo que ya está—dijo Buteau con voz ahogada.

Elisa continuaba sentada, pero sin moverse ya, sino observando si el viejo daba señales de vida.

—Ya está; no se mueve.

Dejóse caer al suelo sin cuidarse de que la camisa se le arrollaba á la cintura, y quitó la almohada. Pero los dos lanzaron un gemido de espanto.

—¡Ira de Dios! ¡se ha puesto negro y nos hemos amolado!

Con efecto, el cadáver se hallaba en un estado que era imposible decir que espontáneamente se había puesto de aquel modo. En su furioso encarnizamiento lo habían destrozado por completo, aplastándole la nariz y desfigurándole los ojos. Además estaba horriblemente amoratado. Ambos pasaron un momento de miedo y de angustias inexplicables. Ya creían oír el galope de los caballos de los gendarmes; ya creían ver el cortante filo de la guillotina.

De pronto Elisa tuvo una idea.

—¿Y si lo quemásemos?

Buteau, más tranquilo, respiró libremente.

—Sí, diremos que se prendió fuego él mismo. Luego, acordándose de los títulos al portador

que tenía su padre, se dió una palmada de satisfacción en la frente y su semblante se animó á impulsos de la risa.

—¡Ah! ¡demonios! ¡eso es! Les haremos creer que ha quemado los papeles también.... Así no tendremos que dar cuentas á nadie.

En seguida fué en busca de una vela. Pero ella, que tenía prender el fuego, cogió un manojo de paja, y vacilante, después de encenderlo á la llama del cabo de vela, empezó á chamusear el pelo y la barba del anciano, que estaban muy crecidos y completamente blancos.

De pronto uno y otro retrocedieron con espanto, balbucientes, con los ojos fuera de sus órbitas, como si una mano de hielo les hubiese cogido por el cuello. En el horrible sufrir de las quemaduras, el anciano, que no estaba ahogado del todo, acababa de abrir los ojos, y aquella máscara horrenda, atroz, negra, con la nariz rota y la barba ardiendo, los contempló un momento. En la fisonomía del moribundo se retrató una espantable expresión de dolor y de odio. Luego todas las facciones se descompusieron. Estaba muerto.

Buteau, loco ya, fuera de sí, daba un grito de furor cuando oyó que lloraban al otro lado de la puerta. Eran los dos chiquillos, Laura y Julio, en camisa, despiertos por el ruido, atraídos por la claridad de la llama hacia la alcoba de su abuelo que estaba abierta.

—¡Malditos chicos!—gritó Buteau precipitándose hacia ellos;—si chilláis, os ahogo.... ¡Para que os acordéis!

Y de dos tremendas bofetadas les hizo rodar por el suelo. Se levantaron, y sin decir una palabra,

sin derramar una lágrima, apretados uno contra otro, se acurrucaron en su colchón.

Buteau quiso concluir, y á pesar de su mujer, prendió fuego al jergón.

Afortunadamente la habitación era tan húmeda, que la paja ardía muy poco á poco. Salía una humareda espesa que les ahogaba y que les obligó á abrir la ventana. Las carnes del anciano chisporroteaban en la hoguera; sobre los flejes de la cama de hierro en esqueleto no quedaba más que aquel cadáver medio calcinado, desfigurado, desconocido.

—Vámonos—dijo Elisa, que á pesar del calor tiritaba de nuevo.

—Espéra—contestó Buteau;—hay que arreglar las cosas.

Puso á la cabecera de la cama una silla, y en ella la vela del viejo caída, para hacer creer que la llama habría prendido el jergón. Hasta tuvo la precaución de quemar algunos papeles en el suelo. Se encontrarían las cenizas, y él diría á todo el mundo que el día antes su padre había descubierto el escondite de los papeles y se los había llevado otra vez.

—Ya está todo; ¡ahora á la cama!

Buteau y Elisa precipitadamente, empujándose uno á otro, se metieron en su cama; pero la ropa estaba helada, y tiritando, se abrigaron fuertemente para entrar en calor. Al fin, en medio de estremecimientos de terror, se adormilaron, aunque sin dormirse.

Al día siguiente la vecindad acudía presurosa á los gritos desesperados de Buteau. La mujer de Frimat, con otras vecinas, vieron la vela caída en-

cima de la silla, la cama medio destruída, el jergón á medio arder, los papeles reducidos á cenizas. Todas decían que forzosamente había de concluir así, y que ellas lo habían predicho desde que el viejo se había vuelto otra vez á la edad de los chiquillos. ¡Y gracias, gracias á que toda la casa no había ardidó con él!

VI.

Dos días después, la mañana misma en que debía ser enterrado el tío Fouan, Juan, rendido por una noche de insomnio, se despertó muy tarde en el cuartito que ocupaba en casa de Languigne. Aun no había ido á Chateaudun al asunto de su pleito, única cosa que lo retenía en Rognes; todas las noches dejaba el negocio para el día siguiente, cada vez más vacilante á medida que su cólera se calmaba; y lo que le había tenido aquella noche inquieto, temeroso, desvelado, febril y sin saber qué decisión tomar, era el último combate que libraba.

¡Esos malditos Buteau! ¡asesinos bestiales, á los cuales todo hombre honrado debía hacer que les cortasen la cabeza! En cuanto supo la muerte del viejo, comprendió lo que había pasado. Aquellos infames acababan de asesinarlo, sin duda para que no hablase, y sospechaba que harían lo mismo con él con igual objeto. ¿Por qué no había de denunciarlos en seguida? ¿No era eso lo conveniente y además lo honrado? Sí, decididamente así lo haría; en cuanto se levantase, los gen-

darmes del pueblo tendrían noticia de lo ocurrido.

Pero cuando á eso de las nueve Juan se tiró de la cama, metió la cabeza en una palangana llena de agua fría. Bruscamente adoptó una resolución: no denunciaría á nadie, ni siquiera entablaría el pleito para que le diesen la mitad de sus bienes. Allá ellos se las compusieran como pudieran, y se devorasen unos á otros. Mejor. A él sólo le importaba marcharse, porque no le ahogase el odio y la rabia de pensar que había pasado diez años en Rognes. ¡Él que tan contento había soltado el uniforme de soldado después de la guerra de Italia, había pasado aquellos diez años entre verdaderos salvajes! ¡Gentes que robaban y asesinaban con la mayor frescura! ¡No, no, ya basta—se decía—de estar entre estos lobos!

En aquel momento fijó distraidamente la vista en un periódico que Juan había subido de la taberna la noche antes. Tomaba interés por las noticias de la guerra próxima, por aquellos rumores de una guerra inminente que traían á maltraer á todos los habitantes de la comarca hacía ya unos cuantos días. Pensó en aquellas noticias y desaparecieron sus últimos escrúpulos de marcharse, que nacían de no saber dónde irse. ¡Sí! ¡iría al ejército, á batirse de nuevo; se reengancharía!

Vistióse, tarareando los toques de corneta que recordaba de los campos de batalla en Italia. Recordábalos con placer y sentía cierto consuelo al pensar en que podría matar cuantos prusianos quisiera.

Bajó de su cuarto y se comió un par de huevos fritos y un pedazo de jamón que Flora le sirvió. En seguida llamó á Languigne, le pidió su cuenta y la pagó.

cima de la silla, la cama medio destruida, el jergón á medio arder, los papeles reducidos á cenizas. Todas decían que forzosamente había de concluir así, y que ellas lo habían predicho desde que el viejo se había vuelto otra vez á la edad de los chiquillos. ¡Y gracias, gracias á que toda la casa no había ardidó con él!

VI.

Dos días después, la mañana misma en que debía ser enterrado el tío Fouan, Juan, rendido por una noche de insomnio, se despertó muy tarde en el cuartito que ocupaba en casa de Languigne. Aun no había ido á Chateaudun al asunto de su pleito, única cosa que lo retenía en Rognes; todas las noches dejaba el negocio para el día siguiente, cada vez más vacilante á medida que su cólera se calmaba; y lo que le había tenido aquella noche inquieto, temeroso, desvelado, febril y sin saber qué decisión tomar, era el último combate que libraba.

¡Esos malditos Buteau! ¡asesinos bestiales, á los cuales todo hombre honrado debía hacer que les cortasen la cabeza! En cuanto supo la muerte del viejo, comprendió lo que había pasado. Aquellos infames acababan de asesinarlo, sin duda para que no hablase, y sospechaba que harían lo mismo con él con igual objeto. ¿Por qué no había de denunciarlos en seguida? ¿No era eso lo conveniente y además lo honrado? Sí, decididamente así lo haría; en cuanto se levantase, los gen-

darmes del pueblo tendrían noticia de lo ocurrido.

Pero cuando á eso de las nueve Juan se tiró de la cama, metió la cabeza en una palangana llena de agua fría. Bruscamente adoptó una resolución: no denunciaría á nadie, ni siquiera entablaría el pleito para que le diesen la mitad de sus bienes. Allá ellos se las compusieran como pudieran, y se devorasen unos á otros. Mejor. A él sólo le importaba marcharse, porque no le ahogase el odio y la rabia de pensar que había pasado diez años en Rognes. ¡Él que tan contento había soltado el uniforme de soldado después de la guerra de Italia, había pasado aquellos diez años entre verdaderos salvajes! ¡Gentes que robaban y asesinaban con la mayor frescura! ¡No, no, ya basta—se decía—de estar entre estos lobos!

En aquel momento fijó distraidamente la vista en un periódico que Juan había subido de la taberna la noche antes. Tomaba interés por las noticias de la guerra próxima, por aquellos rumores de una guerra inminente que traían á maltraer á todos los habitantes de la comarca hacía ya unos cuantos días. Pensó en aquellas noticias y desaparecieron sus últimos escrúpulos de marcharse, que nacían de no saber dónde irse. ¡Sí! ¡iría al ejército, á batirse de nuevo; se reengancharía!

Vistióse, tarareando los toques de corneta que recordaba de los campos de batalla en Italia. Recordábalos con placer y sentía cierto consuelo al pensar en que podría matar cuantos prusianos quisiera.

Bajó de su cuarto y se comió un par de huevos fritos y un pedazo de jamón que Flora le sirvió. En seguida llamó á Languigne, le pidió su cuenta y la pagó.

—¿Os vais, Caporal?

—Sí.

—¿Os vais! ¡será para volver!

—No.

El posadero estaba asombrado y le contemplaba sin atreverse á formular en voz alta sus reflexiones. ¿Conque es decir que aquel grandísimo tonto renunciaba á sus derechos sobre la mitad de los bienes de su mujer?

—¿Y qué vais á hacer ahora? ¿Volveréis á ser molinero?

—No, soldado.

Langaigne no pudo contener una sonrisa de desdén. ¡Aquel muchacho era un imbécil!

Juan no quiso abandonar el pueblo sin ir á visitar la tumba de Francisca.

A espaldas de la iglesia se hallaba situado el cementerio, circuido de una tapia tan baja, que desde cualquier parte se podía ver el horizonte en todas direcciones.

Ante la tumba de Francisca estaba Juan de pie. Al lado esperaba abierta la fosa del anciano Fouan, cuyo cadáver sería depositado allí de un momento á otro. Y Juan, penetrado de aquella paz de la muerte que reinaba en el cementerio, desierto y triste en aquella hora, se abstraigo durante un buen rato, hasta que lo distrajo el triste toque de la campana que anunciaba la llegada de otro cadáver. El de Fouan sin duda.

El sepulturero apareció cojeando; iba á echar una mirada á la fosa para ver si todo estaba preparado.

—Es demasiado pequeña—dijo Juan, que permanecía allí, conmovido y deseoso de ver.

—¡Ah, bah!—respondió el cojo;—demasiado grande, porque como el pobre se ha quemado, se ha embebido mucho.

El día antes los Buteau habían estado temblando hasta después de la visita del doctor Finet; pero la única preocupación del médico era firmar pronto el parte y el certificado, para acabar cuanto antes y ahorrarse viajes. Si al ver el cadáver conbrió alguna sospecha, se guardó muy bien de manifestarla; aquello era más cómodo.

Intranquilos los Buteau, no tuvieron más que prepararse para resistir el choque de la familia; pero eso estaba previsto y les encontró firmes y decididos. Cuando se presentó la Grande, ambos rompieron á llorar porque no se dijera. La vieja los miró sorprendida y les dijo que no había para qué llorar de aquel modo, añadiendo que sólo iba para distraerse, puesto que no le tocaba parte alguna de la herencia. El peligro comenzó cuando aparecieron Fanny y Delhomme. Precisamente este acababa de ser nombrado alcalde en vez de Macqueron, lo cual tenía á su mujer tan orgullosa, que casi estallaba en el pellejo. Había sido fiel á su juramento, y su padre se murió sin que hubiesen hecho las paces; y tan abierta estaba aún la herida de su susceptibilidad, que delante del cadáver de su padre sus ojos permanecieron secos sin derramar una lágrima. En cambio, Jesucristo, que llegó borracho como una cuba, se abrazó al muerto y lo humedeció con sus lágrimas, dando unos gritos que atronaban á todos.

Todos se reunieron en la cocina, donde Elisa había preparado unos vasos de vino, y allí comenzaron á charlar. Buteau contó lo sucedido, diciendo

su sorpresa y su espanto cuando se encontraron con la catástrofe, que habían presenciado con ellos en los primeros momentos la mujer de Frimat y la de Becú, las cuales podían decir cómo estaba la vela caída de la silla, junto al jergón, y los pedazos de papel hechos cenizas por el suelo. Durante este relato todos le miraban con fijeza, sin que él se turbara lo más mínimo. Evidentemente la familia sabía que él guardaba el dinero del viejo, cosa que le tenía sin cuidado, con tal de que no se lo dijeran y empezaran á fastidiarle. Fanny se desahogó con su ruda franqueza, llenándolo de insultos y de improperios, llamándole ladrones y asesinos y diciéndoles que habían quemado al viejo para robarle los cuartos. Jesucristo, cada vez más borracho, lloraba como un chiquillo. ¡Por vida de Dios! ¡habría hijos tan caribes, que fueran capaces de matar á su padre!

Entonces Delhomme se levantó y fué á cerrar las puertas y las ventanas para que no se oyese el escándalo; que por ahora tenía necesidad de defender el prestigio de su posición oficial; además, había sido siempre partidario de las soluciones pacíficas y razonables. Así es que acabó por decir que esas cosas no se decían. ¡Estaban frescos, si los vecinos se enteraban de todas aquellas lindezas! Habría que ir á los tribunales, y todos se fastidiarían, y tal vez pagasen justos por pecadores. ¡No! cuando en una familia hay gente canalla, hay que dejarlos con su canallería y desear que ésta los ahogue y nada más.

La Grande se quedó en la casa para beberse el café que les hubiese quedado del día antes. Los otros se fueron sin despedirse; pero á los Buteau

les tenía todo sin cuidado desde que vieron que se quedaban con el dinero y que por prudencia nadie les atormentaría.

En el pueblo se hallaban en un verdadero conflicto; otra vez se habían quedado sin cura, porque el Ayuntamiento no pagaba al padre Madeline, y éste, harto, como su antecesor, los había dejado plantados.

Así es que por aquel día no se pudo tocar á muerto anunciando el entierro. Al día siguiente el alcalde dió orden á Becú para que tocase. Ya se vería luego cómo se las arreglaban. En casa de los Buteau todo estaba corriente. El cuarto donde el viejo se hallaba de cuerpo presente había sido arreglado y ya no se veían huellas del incendio.

Y la campana seguía tocando, cuando la familia, reunida á la puerta de la casa para acompañar al cadáver, vió llegar al padre Godard bufando, faltar de respiración de la carrera que traía.

Era que precisamente aquel mismo día recibió orden del Obispo para cuidarse del culto de Rognes, fuera como fuera, porque la autoridad eclesiástica no podía consentir aquel abandono.

El bueno del cura no avisó ni saludó á nadie; se metió en la iglesia, volvió á salir en seguida con la sobrepelliz, seguido de dos monaguillos que llevaban el uno la cruz, el otro el hisopo del agua bendita. Al galope disparó sobre el cadáver unas oraciones, más que rezadas, murmuradas entre dientes, y sin preocuparse de si los sepultureros le seguían ó no, volvió á la iglesia y empezó á decir misa, que dijo al galope también.

La gente ni extrañaba la conducta del cura ni

se enfadaba por ella. Era natural que el pobre hombre estuviese furioso con su derrota.

Concluida la misa, se formó el cortejo y se encaminaron al cementerio.

Cuando al llegar allí los Buteau se encontraron con Juan, cambiaron rápidamente una mirada de inteligencia y de temor.

Jesucristo, que formaba un grupo con Fanny y su marido, gruñía furioso contra sí mismo porque la antevíspera estaba tan borracho que no supo qué contestar á los Buteau, quienes evidentemente los habían robado de una manera escandalosa.

—Ellos tienen el dinero—dijo.—No sé por qué no habíamos de ponerles pleito. ¡Por vida de Dios! ¿vamos á hacerlo?

Su hermana se apartó de él, negándose terminantemente á tal procedimiento.

—No, no hijo—exclamó;—yo no quiero más historias ni más gente de curia. Bastante tengo con mis asuntos. Si tú quieres entablarlo, allá tú.

Jesucristo tuvo entonces también un gesto de abandono y de temor, porque no pudiendo poner de su parte á su hermana, no tenía fe ninguna en sus relaciones personales con los tribunales de justicia.

El cura mascullaba los últimos versículos del responso, sacudía el hisopo para rociar de agua bendita el ataúd, y dió por terminada su tarea con estas palabras:

—*Requiescat in pace.*

—*Amén*—contestaron los dos monaguillos.

Y el ataúd bajó á la fosa. El sepulturero le habla atado dos cuerdas. Dos hombres bastaron para la operación; aquello no pesaba más que la

caja que encierra el cadáver de un niño. En seguida empezó el desfile, no sin que antes todos los concurrentes fueran rociando la tumba con el hisopo.

Juan, que se había acercado, lo cogió de manos del Sr. Charles, y sus ojos se fijaron en el fondo del agujero cavado en tierra.

Delhomme se retiró un momento para hablar con el cura, que se marchaba, y cuando volvió se encontró en medio de una disputa terrible. Los concurrentes se detuvieron contemplando tristemente á los sepultureros mientras echaban tierra sobre el ataúd; pero la casualidad quiso que Macqueron estuviera al lado de Languigne, y éste acababa de increpar duramente al otro á propósito de la cuestión de los terrenos.

El desprecio con que Macqueron le trataba acabó de exasperar á Languigne, el cual se dirigió á Delhomme que se acercaba al grupo.

—¡Oye, tú! ¿es que vas á consentir como alcalde que se nos insulte impunemente y que además se realice la injusticia de que éste se quede con terrenos que no son suyos?

Macqueron se encogió de hombros, y Delhomme explicó que puesto que aquél los había pagado, los terrenos le pertenecían.

Buteau, sin poderse contener, se mezcló en la cuestión, tomando partido á favor de Languigne, y desde aquel momento la escena se convirtió en un escándalo terrible, en el cual tomó parte toda la familia, olvidándose del muerto y de que lo estaban enterrando.

El odio inveterado de aquella gente estallaba con furia sin igual.

Tal vez hubiesen venido á las manos sin una exclamación de Juan, que les hizo volver á todos la cabeza.

—¡La Borderie está ardiendo!

No era posible la duda; las llamas se escapaban por el techo, vacilantes y pálidas; una nube de humo espesísimo subía lentamente hacia el cielo por la parte del Este. Entonces vieron á la Trouille que llegaba á carrera tendida desde la granja. Había sido la primera en observar el fuego, y corría presurosa para dar la noticia.

—¡Oh! ¡cómo arde!..... ¡Ese canalla de Trou, que ha vuelto, ha prendido fuego! Y en tres sitios, en la granja, en los establos y en la cocina..... Le han cogido cuando estaba encendiendo la paja, y los jayanes le han medio matado á palos..... Las vacas, los caballos, los carneros, todos se quemán. ¡Hay que oírlos! ¡Dan miedo los bramidos!

—¡Y Santiaguilla!—siguió diciendo la muchacha.—Porque hay que advertir que estaba mala desde la muerte del amo. Se han olvidado de ella y estaba sola en su cama..... Ya empezaba á tosetarse, y apenas ha tenido tiempo más que para escaparse en camisa. ¡Ah! ¡qué figura tan rara hace una corriendo por esos frigos completamente desnuda!..... Un criado viejo de la granja, al verla escapar, ha dicho: «¡Ah! la tenéis; se va lo mismo que vino, con la camisa y nada más!»..... Venid, venid á verlo; es muy divertido; yo me vuelvo allí.

Y sin despedirse tomó carrera otra vez y se encaminó á la granja.

El Sr. Charles, Delhomme, Macqueron, casi todos los campesinos la siguieron, en tanto que el

grupo de mujeres, al frente de las cuales iba la Grande, salió del cementerio á la carretera para presenciar mejor el espectáculo.

Buteau y Elisa, que se habían quedado detrás, preguntaron á Languigne lo que supiera de Juan, y cuando el tabernero les dijo que se iba del pueblo porque estaba decidido á reengancharse en un regimiento, Elisa y Buteau, libres de una carga pesada, exclamaron al mismo tiempo:

—¡Qué imbécil!

Luego se marcharon con los chicos, Julio y Laura.

En el cementerio no quedaba más que Juan y Jesucristo. Este último, indiferente ante el espectáculo, se contentaba con mirar el incendio desde lejos. De pie entre dos tumbas, estaba inmóvil, y con los ojos vidriosos fijos en el espacio como si estuviese soñando, y su fisonomía de borrachín empedernido expresaba la melancolía final de toda filosofía. Acaso estuviese pensando en que la vida se va como el humo. Y como las ideas graves le excitaban siempre, acabó por levantar la pierna. Soltó uno, soltó dos, soltó tres, largos, húmedos, calentuchos.

—¡Por vida de Dios!—dijo Becú, que muy borracho pasaba por el cementerio para dirigirse al lugar del fuego.

El cuarto le llegó tan cerca al pasar, que le pareció sentir la humedad en la mejilla. Al alejarse le gritó á su amigo:

—¡Si continúa ese viento, va á llover mierda! Jesucristo se palpó.

—¡Toma! ¡pues si es verdad..... tengo ganas de ensuciar!

Y con las piernas abiertas y desabrochándose desapareció al otro lado de la tapia.

Juan estaba solo. A lo lejos se veía el formidable incendio de la Borderie. Lentamente recogió la vista y la fijó en la tierra aun removida, bajo la cual dormían Francisca y el viejo Fouan.

Sin saber por qué, estaba conmovido y lleno de esperanza.

Esos trastornos políticos que se anunciaban eran algo parecido á lo que se cuenta de las revoluciones. El suelo, decían, pasaría á otras manos; las cosechas de los pueblos de allá abajo vendrían á aplastar las nuestras; en nuestros campos sólo habría espinas. ¿Y qué? ¿acaso se puede uno pasar sin la tierra? Siempre pertenecerá á alguien, y este alguien se verá obligado á cultivarla para no morir de hambre. Si durante algunos años creciese en ella la mala hierba, esto la descansaría, volvería á ser joven y fecunda. La tierra no entra en nuestras riñas; trabajadora, infatigable, eternamente consagrada á su trabajo, no se ocupa de nosotros más que de las hormigas.

Había también en sus pensamientos dolor, sangre, llanto, todo lo que se sufre, todo lo que rebela: Francisca muerta, Fouan muerto, los pillos triunfantes, la miseria sanguinaria y podrida de las aldeas deshonrando y royendo la tierra. Sólo que ¿quién sabe? lo mismo que la helada que quema las mieses, el granizo que las agosta, el rayo que las quema, son tal vez necesarios, es posible también que para marchar el mundo necesita sangre y lágrimas. ¿Qué pesa nuestra desgracia en la gran mecánica de las estrellas y del sol? ¡Bien se ríe de nosotros el buen Dios! Ganamos nuestro

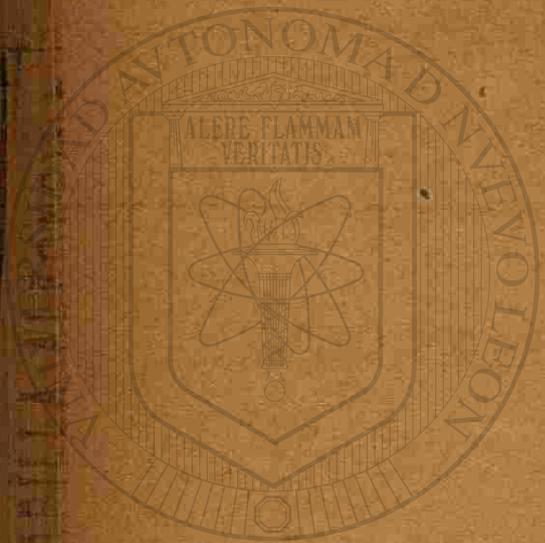
pan en una lucha terrible de todos los días. Y sólo la tierra queda y persiste, la madre de que salimos y á la cual volvemos, á quien amamos hasta el crimen, y que para su fin ignorado rehace continuamente la vida, aun con nuestras abominaciones y miserias.

Durante largo rato, todas aquellas ideas, confusas como en un sueño, mal formuladas, rodaron por el cráneo de Juan. Pero á lo lejos sonó una corneta, la corneta de los bomberos de Bazoches-le-Doyen que llegaban á la carrera, aunque muy tarde.

Al oirla se enderezó bruscamente. Era la guerra que pasaba por el humo, con sus caballos, sus cañones, su clamor de exterminio. ¡Ah! sí; decididamente, puesto que no tenía corazón para trabajar en ella, á lo menos iría á defender con su sangre esta vieja tierra de Francia.

Ya se iba, cuando por última vez paseó sus miradas por las dos fosas, y luego por los campos extensos de la Beauce, que estaban sembrando en aquel momento. Los muertos, las simientes y el pan salían de la tierra.

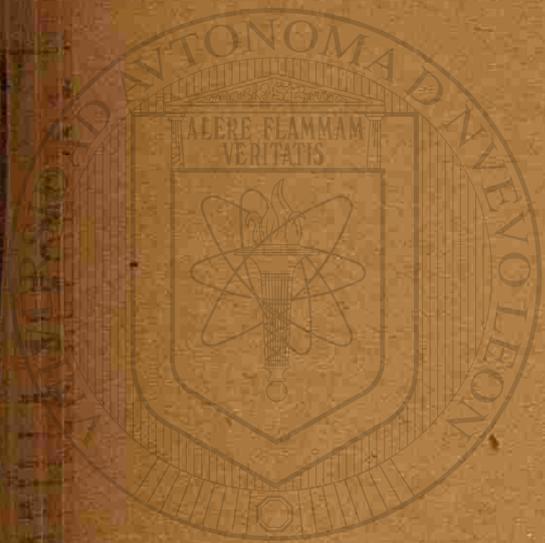
FIN.



LEONARDO EL COCHERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LEONARDO EL COCHERO.

PRIMER VIAJE.

CONVERSACIONES.—MONOGRAFÍA DEL COCHERO DE SIMÓN Y DEL DE CABRIOLÉ.—BEATRIZ LA CATALANA.

Siempre he dado la preferencia al cochero de cabriolé, porque el de simón, no teniendo relaciones directas con sus parroquianos sino para abrirles la portezuela y pedir su propina, y viviendo solo la mayor parte del día sobre su trono vacilante, sufre necesariamente las consecuencias de su posición aislada.

Poco cuidadoso de su persona, rara vez se afeita, y no hace caso de su adorno personal. ¿De qué le serviría afeitarse y adornarse, cuando tiene que volver la espalda á las personas que conduce durante todo el viaje? Sin comunicación con ellas, condenado al mutismo, ó por lo menos á hacer soliloquios, excepto cuando tiene que avisar á los paseantes, se ve obligado, para ejercitar sus órganos vocales, á tararear alguna canción, si está de

buen humor, ó á jurar, si no lo está; y generalmente jura; jura contra los carruajes que obstruyen el paso, ó contra las personas á quienes no atropella. Si le contestan en el mismo tono las palabrotas se cruzan y se alegra; ésta es su diversión y su conversación. Libre el paso al fin, da un buen latigazo á su caballo ó á su interlocutor, como último argumento, y continúa su camino.

El látigo es también un gran medio de distracción en sus manos. Si el cochéro de simón lleva á sus amos detrás, delante tiene á sus esclavos. Tiene algún momento de irritación, los azota para hacer recaer su mal humor sobre alguno. Si, al contrario, el vino de la taberna le ha puesto en voz, si tararea, los azota para medir el compás. Que lleve, que hiele, los azota para calentarse con el movimiento; que el extremado calor de la temperatura y el movimiento monótono del pescante lo adormezca, los azota para mantenerse despierto. Tomad un coche simón por un viaje sólo, los azota para ganar tiempo; tomadlo por hora; por una hábil maniobra, sujetando al caballo con las riendas, le azota para disculparse á vuestros ojos de la reconvencción de mala voluntad, y el déspota no dejará por eso de hacer sentir el peso de su cetro á sus ministros responsables.

De consiguiente, por su aislamiento, por costumbre, por una fuerza fatal, el cochéro de simón está necesariamente triste, es brutal, ineulto, salvaje.

¡Oh! ¡cuán distinto es el cochéro de cabriolé!

Rara vez emplea éste el rigor con su caballo; al contrario, lo acaricia, lo trata con dulzura, es su amigo, su compañero. Un sentimiento personal

de conservación mutua une en él, por decirlo así, al hombre con el animal.

El cochéro de cabriolé debe á su caballo no sólo cuidados afectuosos, sino un alimento abundante; porque si el segundo cae por debilidad en las piernas, su amo cae con él. Tal es la construcción de los cabriolés.

Respecto al vestido y la apariencia, nuestro preferido goza también de una superioridad incontestable. ¿Cómo se atrevería á sentarse al lado de una de esas lindas jóvenes que generalmente estreñan su carruaje por las mañanas temprano, sin afeitarse, como el autómeta del simón? Nunca. Sus relaciones directas con el sexo le imponen obligaciones de coquetería, de las que no puede, sin perjuicio conocido, librarse enteramente.

No solamente le es necesario acudir al barbero cada dos días, sino que también debe tener una camisa, si no blanca, dudosa al menos, un vestido que sin ser nuevo no sea indecente. Generalmente éste se compone de una camisa plegada prendida con un alfiler de cornalina ó un pedazo de cristal verde, que las personas indulgentes deben tomar por una esmeralda, el cual es su única joya, por haber ya dejado los aretes en las orejas. ¿No sabe acaso que las gentes de buen tono han renunciado hace tiempo al lujo de las joyas?

Un chaleco de colores, un pañuelo al cuello, de algodón, algunas veces una corbata blanca y un frae negro, quizás raído, arrugado, blanco por las costuras, pero sin rotura alguna aparente, completa su equipo. La tapa del cabriolé cubre lo demás sobre que la crítica no tiene imperio. Una mujer célebre no quería mostrar á sus lectores sino su

busto; el cochero de cabriolé hace lo mismo con el público.

¿Y quién le obliga á este traje severo? Que bajo la capucha de su carruaje, además de esa joven, estrella de la mañana, pueden tomar asiento á su lado un abogado célebre, un artista distinguido, un banquero, un poeta y hasta un Par de Francia. En los tiempos presentes, ¿no se ha visto á los Pares de Francia en faetones numerados? Yo he tenido el honor de encontrar tres á la vez en el ómnibus que va desde la *Barrière Blanche* al *Luxembourg*.

Si, de esta comunicación material resulta para el cochero de cabriolé la necesidad de mostrarse vestido con limpieza y decencia; la intelectual que es consecuencia de aquélla le proporciona otras ventajas.

Nadie es más hablador que nuestro hombre, si os sujetáis al papel de auditor: consentís en cambiar algunas frases con él, nadie es más interrogativo.

En el primer caso, si es un militar, os contará sus campañas, sus aventuras de guarnición y sus conquistas individuales, que sirven de episodio á la conquista general. Si no, os hablará de las personas notables que ha conducido, cuya historia sabe, cuyas costumbres conoce con certa diferencia, porque las calles por donde las lleva, el tiempo que pasa esperando, el aspecto exterior de la casa donde entran, el aire pensativo ó alegre de la persona al entrar ó al salir, todo le sirve para hacer conjeturas que á menudo le hacen poseedor de secretos que no le han sido confiados.

Si no quiere hablarnos de los habitantes de la ca-

pital, os entretendrá con la historia de sus establecimientos, de sus bellezas, de los caminos de hierro atmosféricos, de los vapores.

El cochero de cabriolé está á la altura del movimiento social é industrial; no se conduele de la extensión de las industrias rivales de la suya, porque es filósofo; y mientras el cochero de simón guarda aun rencor á los ómnibus, él ha comprendido que el aumento de los medios de comunicación ha centuplicado las relaciones individuales del faubourg Saint-Jacques con el faubourg Montmartre, de la *Barrière du Trone* con el *Gros-Cailion*; que la costumbre de tener carruajes por 30 céntimos ha paralizado las piernas de los antiguos andarines de París; que cada uno necesita su carruaje en esta época; en fin, que los caminos de hierro sólo amenazan á los carruajes de los caminos reales y á las casas de posta, no siendo peligrosos sino para los que viajan por ellos y los que han tomado acciones.

A estas nociones exactas de administración y de estadística, recogidas de aquí y de allá, reúne generalmente una ligera tintura de jurisprudencia, porque el abogado, sobre todo el abogado pasante, es casi tan hablador como el cochero de cabriolé.

Medianamente al corriente de las novedades dramáticas y de los actores de moda, nuestro héroe conoce, no por haberlos visto, sino de oídas, todos los crímenes que cada noche, desde las seis hasta las doce, se cometen á cencerros tapados en los boulevards; los *dilettanti* á quienes conduce á la salida de los teatros líricos, embriagados de canto, repletos de armonía, al prorumpir en soni-

dos armoniosos para aliviar su pecho oprimido, le hacen apreciar á retazos las bellezas más exquisitas de la nueva partitura.

No menos al corriente de las bellas artes que del teatro, recoge las opiniones sobre los principales cuadros de la exposición, y de estas opiniones distintas se forma una opinión libre, franca, exenta de todo espíritu de sistema ó de pandillaje, y tanto más imparcial y concienzuda, cuanto que ni conoce la obra ni el autor. Por lo demás, esta manera de juzgar no pertenece exclusivamente al cochero de cabriolé.

Por una ventaja especial de su posición, las lecciones que recibe, tanto de jurisprudencia como de teatro ó bellas artes, se las pagan, contra el uso ordinario, unas veces por viajes y otras por horas, y se las pagan bien; porque debe observarse que la propina aumenta casi siempre en proporción de las palabras que se han hablado con el cochero. ¿Quién se atrevería á ofrecer dos sueldos á un compañero de viaje, á un hombre que ha ayudado á disipar el fastidio del camino?

Como su saber y su buena manera de hablar le son provechosos, la necesidad de instruirse se ha hecho tan general entre sus cofrades, que durante el tiempo de descanso se ve á los cocheros de cabriolé esperar á sus parroquianos con un libro en la mano, mientras que los de simón duermen tendidos en los pescantes.

¿Qué leen? Algunas veces, novelas, piezas dramáticas; otras, obras más profundas. ¡Últimamente uno de ellos me habló de Puffendorf! Es verdad que á poco más me vuelca; lo que sin duda es una excepción...., relativamente á Puffendorf.

Quizás sería este el momento de hablar de una tercera especie de cochero, especie recientemente descubierta, mestiza del cochero de simón y del de cabriolé. Como el primero, tiene un lugar aislado y cuatro ruedas en su carruaje, lo que para su seguridad personal puede conducirle al egoísmo y á la dureza; pero como el segundo, sólo tiene un caballo. Además, sin estar en relaciones directas con sus parroquianos, si no puede tomar parte en su conversación, oye á menudo lo que dicen. De consiguiente, es una especie distinta, un nuevo tipo que estudiar, que habíamos ensayado ya empezando un cuadro comparativo de las tres especies; pero para mostrar sus relaciones con el Gobierno y con el estanco de tabaco, me concretaré á citar los dos hechos siguientes:

Aunque déspota por naturaleza, y quizás por esta causa, el cochero de simón es radical; la esclavitud le causa horror y sus caballos participan de su opinión; el de cabriolé, conservador; y el del carruaje de cuatro ruedas y un caballo, del justo medio.

Su posición respecto á sus parroquianos impone rigurosamente á cada uno de ellos la manera de consumir el tabaco. El cochero de simón fuma; el de cabriolé toma tabaco en polvo con toda la reserva y buen tono que le distinguen; el partidario del justo medio, sin arriesgar dejar ciegos ó apestar á sus parroquianos, colocados á la misma altura detrás de él, no puede ni fumar ni tomar tabaco; de consiguiente, lo masca.

Podría acumular comparaciones hasta lo infinito, pero mi conciencia de historiador se opone á ello. La creación, reciente aún, del carruaje de

cuatro ruedas, y la costumbre que tengo de emplear á su cofrade más antiguo, tampoco me lo permiten.

No sé si hablo con pasión; pero volviendo al cochero de cabriolé, me parece que éste está tan adelantado en civilidad como en civilización, lo que está muy lejos de ser la misma cosa. Oídele dirigiros la palabra; el hombre mejor educado no se expresaría de otra manera.—«¿Adónde es menester conducirnos, caballero?»—«Caballero, ¿tenéis la bondad de mirar el reloj?» Y otras mil locuciones semejantes. Encontradme un cochero de simón que os hable en tales términos.

Y el de cabriolé no se limita á buenas razones. Miradle abrir su santuario; ¡con qué atención, con qué cortesía os ayuda á subir el escalón, sosteniéndoos con una mano, mientras con la otra impide todo contacto entre la rueda y los faldones de vuestro frac! porque la entrada en un cabriolé no es cosa fácil, es menester confesarlo; siempre arriesga uno romperse el frac ó meterse el sombrero hasta los ojos. Pero una vez instalado, ¡con qué cortesía vuestro conductor os hace los honores! Si sois dos, mirad cómo se reduce para dejaros bastante lugar; si el tiempo se echa á perder, si llueve de repente, ¡con qué afán ofrece dividir con vos la manta de lana que tiene siempre reservada para los casos fortuitos! Cuando hiela, sería hombre capaz de abrigaros con la mitad de su capa, sin inquietarse de la apariencia grotesca de esta parodia de la escena de Pablo y Virginia.

¡Es verdad que es muy desagradable tener un cabriolé propio! ¿Cómo podría vuestro lacayo tener

con vos todas estas atenciones que se asemejan á la protección? ¿Os haría tan buena compañía? ¡No se atrevería! Cuando vuestras visitas se prolongan demasiado, ¿os esperaría con esa paciencia resignada y sublime, digna solamente de los antiguos peripatéticos?

Es cierto que mientras os espera, la aguja de su reloj describe un círculo, y marca para él las horas, no en minutos ni segundos, sino en francos y céntimos; ¡qué importa! ¡desgraciados de esos falsos moralistas que quieren ver siempre á las virtudes humanas adheridas al interés personal! Gocemos del efecto sin buscar la causa; admiremos la brillantez de las bellas flores y percibamos sus perfumes, sin menear el fango en que se ocultan sus raíces.

Acabo de poner en evidencia todas estas razones que me hacen preferir el cochero de cabriolé al de simón; muchas más podría enumerar; pero la mejor de todas, la que no os he dicho aún y que no podreis comprender hasta después, es que Leonardo, mi amigo Leonardo, Leonardo el cochero, pertenece á la primera de estas dos categorías.

Antes de empezar esta historia creo deber declarar, en descargo de mi conciencia, que es verdadera y que relato exactamente los hechos de ella como me la han contado Leonardo y su amigo Jolivet. La he oído, la he retenido en la memoria, la he arreglado; pero en cuanto á los acontecimientos, nada he añadido, nada he inventado, creyendo que esta novela no podía menos de ganar en presentarse al lector en su forma simple y sencilla.

Pronto hará quince años que conocí por primera vez á Leonardo, que era entonces, como acabo de pintaros el cochero de cabriolé, de carácter afable, interrogativo, hablador, y muy aficionado á la música y al teatro. Casi diariamente me conducía, con lo que nuestro conocimiento no tardó en efectuarse, Leonardo en aquella época era un hombre de veinticinco años, de figura muy expresiva, y que, aunque generalmente pacífico y alegre, se entristecía por momentos con una expresión de aspereza enérgica.

Antiguo militar, había asistido al desenlace de la última guerra de España, y no había dejado de contarme sus altos hechos, es decir, sus amores y sus desafíos, porque durante aquella peligrosa campaña, para encontrar ocasiones de batirse, se había visto obligado á crearse enemigos por sí mismo. En cuanto á sus amores, Leonardo sólo había tenido de esas intrigas ligeras que se anudan sin trabajo y se cortan sin violencia.

En España, como en Francia, sólo había buscado el placer en la variedad, en el cambio, sin haber jamás caído en un paraje *encolado*, como se decía entonces. Con tal de que una mujer fuese joven y estuviese bien peinada, la encontraba encantadora y le ofrecía su corazón, á condición de volverlo á tomar á favor de otra que le ofreciera las mismas ventajas. No comprendía que pudiera uno enamorarse de otra manera, y me citaba como una excepción en su vida la *gran pasión* que tuvo por una cierta Beatriz, de Barcelona.

—Aquel amor, caballero—me decía—duró ni más ni menos cuatro meses mortales, apenas interrumpidos por algunas intrigas pasajeras. ¡Este sí

que era cariño! ¡Qué queréis! nos adorábamos. A decir verdad, ya el juego empezaba á parecerme *causado*, y cuando el tambor anunció nuestra partida de Cataluña y nuestra afortunada vuelta á Francia, hubiera de mejor gana abrazado al que tocaba la caja que á mi incomparable Beatriz, á pesar de sus grandes y hermosos ojos negros y sus maneras de princesa. Estaba *causado*; soy así, y no creo que pueda volver á amar con un afán tan exagerado.

En cuanto á la pobre muchacha, cada vez estaba más enamorada, lo que no dejaba de disgustarme; pero ¿qué había de hacer? Jamás he visto una mujer tan tenazmente fiel como aquélla; era insoporrible, tanto que á pesar de mi prohibición y de las órdenes del coronel, dejó á Barcelona al mismo tiempo que nosotros y siguió al regimiento, aunque de lejos y con precaución. Yo me desesperaba, porque bien comprenderéis, que si se favorecieran las emigraciones del bello sexo llegarían á los campamentos tantas faldas como uniformes, lo que nos haría semejantes á un ejército inglés. Esto no es que yo quiera mal á los ingleses; pero son entes muy raros que se figuran que para ser buen soldado es preciso ser padre de familia y llevar chorrera. Es verdad que llevan tantas mujeres en su séquito para que les plieguen las camisas y les preparen un ejército de reserva. No hay por qué quererlos mal; este es su sistema; si fuésemos ingleses, pensaríamos del mismo modo y seríamos tan simples como ellos. Nosotros, al contrario, tomamos las mujeres en los cantones y al marchar las dejamos. ¿No es justo que los que vengan después de nosotros las encuentren?

Así hubiera yo querido hacer con Beatriz; pero era imposible; ¡me amaba tanto! En fin, atravesé con nosotros toda la Cataluña, encontrando de vez en cuando medio de verme y hablarme: yo siempre le decía caritativamente: «Beatriz, vuélvete á tu casa; lo que estás haciendo carece de sentido común. Véte á esperarme á Barcelona; yo voy á París, y cuando reciba mi licencia te escribiré.—Donde quiera que vayas, me contestaba ella, resueltamente te seguiré.» Esto me lo decía en español, y yo hacía como si no lo entendiera. Pero ¿quién puede tener idea de una constancia semejante?

Sin embargo, en el fondo me enternecía, y como no la veía todos los días, empezaba á amarla de nuevo; es verdad también que entonces no quería á ninguna otra; además, ¡era tan hermosa! No os he hablado sino de sus ojos; algo es, porque eran unos ojos que hacían volar una mina, unos ojos de general en jefe, unos ojos que hablaban en todos los idiomas.

Pero si además hubierais visto su talle esbelto, sus caderas de una redondez perfecta, aquella frente, aquellas mejillas frescas, morenas y rosadas á la vez, en verdad que os hubiera dado en qué pensar. Sin embargo, yo me decía á mí mismo: si continúo en relaciones con ella á mi entrada en Francia, ¿qué haré? Entonces no podré abandonar á esa pobre muchacha que por mí habrá dejado su país. Además, me han ofendido mi licencia y pronto espero volver al lado de mi anciana madre; la buena mujer no entiende de bromas en el asunto, y Dios sabe lo que dirá si sabe que le traigo una nueva semejante.

A fe de hombre de bien, mi amo, ya era tiempo que la idea de mi madre viviera en mi ayuda. Pero desde aquel momento tomé mi partido resueltamente. Al acercarme á la frontera di parte de todo á mi sargento mayor, que era mi compañero y mi amigo, porque yo también era sargento, y prometió servirme.

Fué á ver á Beatriz y le habló con dulzura; pero nada consiguó. Al día siguiente se presentó en nuestro último descanso llorando y dando voces; quería verme, hablarme. El sargento mayor fué de nuevo á verla, y cuando volvió:—Creo que la he hecho entender la razón y que te he desembarazado de ella—me dijo al oído; por lo que le di las gracias.

En efecto, Beatriz cesó de importunarme y no la volví á ver hasta cuatro días después en Perpignan, donde la encontré asida del brazo del sargento mayor. ¡He aquí caballero, continuó Leonardo riendo, la mujer mas fiel que he conocido!

Pareció entonces como si deseara terminar la conversacion, y después de haber animado á su caballo guardó un silencio profundo; pero como había excitado mi curiosidad, le dije:

—¿Cómo! ¿esa muchacha tan apasionada no había necesitado más que cuatro días para olvidaros?

—¿Y qué? me contestó con cierto despego que no le era habitual; ¿no lo comprendéis? El sargento mayor, al darle su licencia de mi parte, la había alistado por su cuenta. ¡Oh! no importa; prontó la obligué á buscar un nuevo jefe de fila.

—¿Qué hicisteis?

—¿Una cosa muy sencilla! En cualquiera otra ocasión no hubiera guardado rencor al sargento

por habérmela quitado. Si me hubiese dicho buenamente:—«¡Guapo mozo! (así me llamaba en el regimiento) la catalana no te conviene: ¿puedo hacer algo por mí?» yo le hubiera contestado como buen amigo: «A tu gusto, sargento, si ella no tiene inconveniente»; pero me había engañado con decirme: «te he desembarazado de ella.» Además, después supe que no la había reclutado lealmente, sino á traición, diciéndola que estaba enamorado de otra á quien la sacrificaba. La pobre muchacha le había creído, y ya sabéis que los catalanes son amigos de vengarse..... sobre todo en esta especie de negocios. Yo no podía sufrirlo en silencio. Yo también era sargento, y al anoecer ambos nos dirigimos con nuestros testigos detrás de los fosos de la ciudadela.

—¡Qué! Leonardo, le dije, ¿un desafío por una mujer á quien no amabais ya?

—No se trataba de la mujer, sino de la mala pasada que me había jugado.

—¿Y lo heristeis?

—Hice más.

—¿Lo matasteis?

—Enteramente.

Miré á Leonardo. Sus facciones, poco antes alegres, se habían contraído súbitamente; tenía una mirada de tigre y un aspecto duro y feroz que jamás había notado en él.

SEGUNDO VIAJE.

GARTERA ENCONTRADA.—CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE BEATRIZ LA CATALANA.

Oriundo del Mediodía, descendiente de una de esas familias de Provenza á quienes el viento abrasador allende del mar parece haber hecho africanas, Leonardo llevaba en sí el germen de las pasiones más violentas y hasta de los instintos sanguinarios. Bien lo había probado con desafíos, tan numerosos y frecuentes, que su coronel, antiguo militar y que generalmente no fijaba mucho la atención en esta clase de delitos, se había apresurado con una benevolencia particular á concederle el favor de una licencia excepcional, en consideración á este mal lado de su carácter.

Sin embargo, lo que tenía de feroz y sanguinario no se mostraba en él sino á largos intervalos, especialmente desde que, libre del servicio militar, había vuelto á ponerse bajo la influencia moderadora de su madre, mujer excelente á quien debía todo lo que su corazón tenía de bueno y generoso. Ahora bien; en la balanza de sus virtudes y sus vicios, aquéllas debían pesar mucho más.

por habérmela quitado. Si me hubiese dicho buenamente:—«¡Guapo mozo! (así me llamaba en el regimiento) la catalana no te conviene: ¿puedo hacer algo por mí?» yo le hubiera contestado como buen amigo: «A tu gusto, sargento, si ella no tiene inconveniente»; pero me había engañado con decirme: «te he desembarazado de ella.» Además, después supe que no la había reclutado lealmente, sino á traición, diciéndola que estaba enamorado de otra á quien la sacrificaba. La pobre muchacha le había creído, y ya sabéis que los catalanes son amigos de vengarse..... sobre todo en esta especie de negocios. Yo no podía sufrirlo en silencio. Yo también era sargento, y al anochecer ambos nos dirigimos con nuestros testigos detrás de los fosos de la ciudadela.

—¡Qué! Leonardo, le dije, ¿un desafío por una mujer á quien no amabais ya?

—No se trataba de la mujer, sino de la mala pasada que me había jugado.

—¿Y lo heristeis?

—Hice más.

—¿Lo matasteis?

—Enteramente.

Miré á Leonardo. Sus facciones, poco antes alegres, se habían contraído súbitamente; tenía una mirada de tigre y un aspecto duro y feroz que jamás había notado en él.

SEGUNDO VIAJE.

CARTERA ENCONTRADA.—CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE BEATRIZ LA CATALANA.

Oriundo del Mediodía, descendiente de una de esas familias de Provenza á quienes el viento abrasador allende del mar parece haber hecho africanas, Leonardo llevaba en sí el germen de las pasiones más violentas y hasta de los instintos sanguinarios. Bien lo había probado con desafíos, tan numerosos y frecuentes, que su coronel, antiguo militar y que generalmente no fijaba mucho la atención en esta clase de delitos, se había apresurado con una benevolencia particular á concederle el favor de una licencia excepcional, en consideración á este mal lado de su carácter.

Sin embargo, lo que tenía de feroz y sanguinario no se mostraba en él sino á largos intervalos, especialmente desde que, libre del servicio militar, había vuelto á ponerse bajo la influencia moderadora de su madre, mujer excelente á quien debía todo lo que su corazón tenía de bueno y generoso. Ahora bien; en la balanza de sus virtudes y sus vicios, aquéllas debían pesar mucho más.

He aquí como conocí la bondad de corazón de Leonardo, y cómo desde aquel día empecé á tomarle cariño.

Un cochero de cabriolé que tomé una vez por casualidad, y que formaba parte del mismo establecimiento que Leonardo, sabiendo que éste era de quien me servía generalmente, me citó varios hechos honrosos que pronto me hicieron olvidar la expresión momentánea de ferocidad que tomaron sus facciones. Voy á contar dos de ellos, que son necesarios para la inteligencia de esta historia.

Una mañana, al limpiar el interior de su carruaje, Leonardo encontró una cartera arrugada, rota, llena de lodo, oculta entre la paja. Un nombre brillaba en letras doradas sobre la cubierta: «Durin-Delporte»; pero á este nombre no seguía la dirección, y el cochero se admiró de su hallazgo, sin conocer aún su importancia.

Abrióla al fin para obtener informaciones más circunstanciadas, y la sola cosa que encontró fué 35.000 francos en billetes de Banco. Para él no era suficiente; necesitaba una tarjeta que le diera luz acerca del legítimo dueño de esta suma.

Estupefacto á la vista de tal tesoro, en su primera emoción, indeciso acerca de los medios que podía emplear para restituirlo, Leonardo preguntó á un camarada, al primero que se presentó.

— Dame cinco billetes de á 1.000 francos, guarda los otros treinta, y te prometo no decir una palabra — le contestó.

Leonardo le miró con la expresión de ferocidad que ya le conocemos, y el consejero, turbado, se retiró encogiéndose de hombros.

Otro amigo suyo fué de opinión que era menester dejar pasar algún tiempo y esperar á que un cartel fijado en las esquinas de París prometiese mil, dos mil, tres mil francos tal vez de recompensa al que entregase intacta la cartera perdida; en cuyo caso habría medio de hacerla llegar á manos de su dueño por una persona de confianza que no tuviese relaciones con el establecimiento de carruajes, la cual daría de antemano á Leonardo la recompensa ofrecida, contentándose sin duda por su parte con un corto premio.

Este era un tunante menos endurecido que el otro; y sin dignarse contestarle, el cochero le dejó bruscamente y fué á dar parte de la ocurrencia á un íntimo amigo que estaba ocupado en limpiar su caballo en la cuadra.

Este tercer consejero era el mismo individuo por quien he sabido tantas particularidades acerca de Leonardo; le recordó que existía en la prefectura de policía una oficina especial, una especie de depósito donde los objetos hallados se custodiaban clasificados y numerados, con el mismo cuidado que las producciones de los tres reinos en el museo de historia natural.

— Véte allá al instante, amigo mío — le dijo; — esto te valdrá la estimación de tus jefes, y mañana saldrá en un periódico. ¿Quién sabe si conseguirás con esto el premio de la Academia Real, llamado Monthyon? ¡Vaya, que no será una mala propina!

Leonardo sube en su cabriolé para dirigirse á la prefectura de policía; pero en el camino recuerda que á aquella hora los empleados de aquella oficina especial no podían haber llegado todavía,

y que los momentos que perdería en aguardarlos podía emplearlos mejor para conseguir su objeto, la restitución de la cartera.

La estimación de sus jefes, el elogio del periódico, y hasta la propina del premio de Monthyon, todo lo había olvidado, excitado por la esperanza de hacer cesar algunos momentos antes las angustias de un desgraciado.

Aquella cartera sólo podía pertenecer á alguna de las personas á quienes había conducido en su cabriolé la tarde anterior. Acordóse de un joven cabizbajo, pensativo, inquieto, al que había dejado á la puerta de la casa de juego de Frascati. En todo caso, si los billetes eran de éste, le había salvado su fortuna quizás, tal vez su honor si la suma no le pertenecía.

Presentóse á la puerta donde se había apeado, y preguntó en el cuarto del portero por Mr. Durin-Delporte.

—No le conozco— contestó éste.

En otras muchas casas hizo la misma pregunta y recibió la misma respuesta. Leonardo pierde la esperanza y se cansa de perder gratuitamente su tiempo, su única fortuna, fatigando en balde al mismo tiempo á su caballo, su mejor amigo. Ya había visitado las casas donde había dejado á todos los que había conducido la noche antes, á excepción de un hombre anciano, de humilde aspecto, á quien había dejado en la esquina de la calle, como frecuentemente sucede, porque esos honrados comerciantes de París temen que si sus mujeres los ven venir en cabriolé les riñan.

Pero ¡cómo había de figurarse que un hombre semejante tuviese 35.000 francos en el bolsillo!

Leonardo, sin embargo, tomó su partido, porque tanto él como su caballo necesitaban descansar y tomar alimento, y determinó dirigirse á la cuadra más inmediata y fortalecer su estómago en la taberna de la esquina, esperando luego que algún parroquiano le hiciese ir hacia la prefectura de policía, donde entregaría su precioso hallazgo.

¡Ah! aquel buen viejo regordete que había bajado del cabriolé en la esquina de la calle, era en efecto el que, á lo menos la víspera, podía creerse sólo dueño de la cartera.

Mr. Durin-Delporte era fabricante de *necessaires*, una de las industrias más importantes de París; su establecimiento prosperaba, pero sus negocios, sin embargo, se encontraban momentáneamente en mal estado, porque las entradas de fondos eran muy lentas, y tenía que pagar varias obligaciones que iban cumpliendo sucesivamente, y satisfacer al mismo tiempo á numerosos trabajadores empleados por él.

El día anterior se había puesto en camino para encontrar por vía de préstamo ó de otra manera la cantidad que necesitaba para sus pagos de fin de mes. Al volver á su casa contento, triunfante, quiso enseñar á su mujer los billetes de Banco que había reunido en su cartera; pero una palidez súbita cubrió sus facciones, y sus manos quedaron paralizadas en sus bolsillos vacíos. La idea de que algún diestro ratero le había sustraído sus 35.000 francos se presentó en un principio en su imaginación; en seguida pensó en el cabriolé que había tomado para volver; pero en su primer movimiento de turbación y de estupor sólo se atrevió á pensar en él.

Como Leonardo había pensado, el pobre hombre vivía bajo la dependencia de su mujer y no tomaba carruaje sino á hurtadillas de su cara mitad. Mme. Durin-Delporte era laboriosa, activa y amaba á su marido; pero económica en extremo, le prohibía la satisfacción de los gustos más simples, y creía haber llegado á hacer de él un ente completamente frugal, arreglado, perfecto.

El hombre perfecto á los ojos de una mujer avara, es el que no toma café ni tabaco, que odia toda clase de juego, que no entra en los teatros y que con buenas piernas corre todo París si es menester, sin recurrir á los ómnibus y evitando atravesar los puentes en que hay que pagar.

El buen Mr. Durin-Delporte sólo era perfecto en apariencia; le agradaban el café, el dominó y los dulces; pero jamás se entregaba á estos placeres sino reservadamente, porque temía á su mujer.

En los pequeños dramas de la vida doméstica, así como en las grandes piezas dramáticas, el terror representa su papel; siempre hay un opresor y un oprimido. En los malos matrimonios el tirano es el hombre. Ahí se encuentra por un lado el abuso de la fuerza, por el otro las astucias, la resistencia, la rebelión de la debilidad; por consiguiente, hay una lucha prolongada, incesante entre el amo y el esclavo, entre el verdugo y la víctima. En los buenos matrimonios, al contrario, el déspota es la mujer. En ellos reina la paz y la armonía, al menos en apariencia, porque el hombre sólo tiene la costumbre de la sumisión. Como estudiante, como dependiente de una casa de comercio, como soldado, ¿no ha hecho acaso el

aprendizaje de la obediencia? ¿Y dónde queréis que la mujer haya aprendido á obedecer? ¿No nos han demostrado últimamente, y por cierto con suma razón y talento, que si la soberanía del bello sexo no estaba consignada en las leyes, lo estaba en las costumbres?

Resulta, sin embargo, de este orden natural, que donde la mano que debía ser más débil empuña el cetro, donde la voz de la mujer manda, el hombre adquiere los vicios de la debilidad y se hace astuto á su vez. Despojado de la piel de león, se reviste con la de zorra, y desgraciado de él si este disfraz lo descubre.

Tal era la situación en que iba á encontrarse forzosamente el honrado Mr. Durin-Delporte.

Hablar del cabriolé era correr el riesgo de una acusación terrible de falsedad, de prodigalidad, de desorden; así no se atrevió á ello al principio; pero al fin, y no sin penosas angustias que manifestaban la urgente necesidad de hacer penetrar un rayo de esperanza en medio de la aflicción que le rodeaba, hizo la fatal confesión.

Durante ella se mostró tan avergonzado, tan abatido, tan arrepentido, que la mujer le tuvo lástima y aplazó las reconvenciones para otro día.

—¿Al menos—le preguntó—tomaste el número del coche?

—No, ni siquiera pensé en ello.

—¡Qué falta! Pero como has vuelto en cabriolé, no debes estar fatigado. Es menester ir al instante á todos los establecimientos de carruajes de alquiler, á todos, y trata de reconocer al cochero, al cabriolé ó al caballo.

El desgraciado no contestó palabra y bajó la

cabeza después de haber dirigido una mirada dolorosa al reloj colocado sobre la chimenea.

Eran las diez y media. ¿Qué medios tenía para atravesar tan tarde á París de Norte á Sur, de Oriente á Occidente, en todas direcciones, cuando había hecho á pie mil excursiones en aquel día? Apenas tenía fuerza para moverse, agobiado con el cansancio y la desesperación. Entretanto su mujer observó que sus facciones, pálidas un momento antes, se habían vuelto color de púrpura; tomóle las manos, que estaban abrasando.

—¡Tienes calentura!—exclamó.

—¡Ah! ¡me costará la vida!—dijo el pobre hombre en voz baja y aprovechando el primer movimiento de lástima de su mujer para dar libre curso á los sollozos que le sofocaban y prorrumpir en llanto.

—¡No pensemos más en eso! Mañana habrá tiempo.... Mañana temprano.... porque las letras.... los obreros vendrán á asaltarnos á la vez, y sin dinero para pagar ¡ah! ¡es horrible!.... Pero pensemos en tí desde luego. Es menester que te acuestes, cútdate, porque si caes malo se empeorará el negocio.... Permanece, pues, tranquilo y sosegado.... Pero ¡qué descuido, no haber tomado el número del cochero! Cuando se toma un cabriolé, esto es lo primero que se hace. En verdad que lo mejor es no tomarlo. ¿No tenías tú piernas? Dime, ¿conviene acaso á los comerciantes ir á lo gran señor? ¡Y no tomar el número!.... Pero no hablemos más de eso....

Y volvía de nuevo á la carga. Así pasó casi toda la noche, porque uno y otro durmieron poco.

A la mañana siguiente Mr. Durin-Delporte te-

nia calentura, dolores reumáticos y no podía moverse. Su mujer le prodigaba toda especie de cuidados, le daba friegas, le preparaba una tisana, y al dársela no podía menos de decir en voz baja y casi á su pesar:

—¡Estamos perdidos! ¡no haber tomado el número!.... ¿A lo menos reconocerás las facciones de ese cochero, de ese infame, de ese ladrón? ¡Porque ciertamente se apropiará nuestro dinero, nuestra fortuna!

—Apenas le he mirado, y se parecen todos—contestó el enfermo suspirando.

La mujer levantó los ojos al cielo con aire de desesperación; una lágrima brilló en sus párpados, y repitió con una voz más sombría, más lenta, más desconsolada:

—¡Estamos perdidos! ¡Pronto vendrán á pedirnos un dinero que no tenemos; nuestros pagarés serán protestados, nuestro nombre deshonrado en el comercio y sin crédito! ¡La ruina! ¡la ruina! ¡Ah! nuestro pobre hijo, nuestro Alfredo, ¿qué va á ser de él?

—Tu tío, que es tan rico y sin hijos, podrá ayudarnos—dijo el enfermo.

—¡Oh! sí, ¡cuenta con él, con ese viejo avariento que nos detesta!

—¡Qué importa! Es menester probar. Cuando uno cae, es menester agarrarse á cualquiera cosa, aunque sea á los cuernos del diablo—replicó el marido recobrando alguna energía y haciendo un esfuerzo para levantarse; pero pronto cayó con pesadez sobre la almohada.

Su mujer corrió á asistirle, le colocó cómodamente en la cama, limpióle el sudor que caía á

gotas por su frente, le dió de beber, y tomando una silla se sentó cerca del enfermo.

—Aunque nuestro tío, por muy rico que sea, tuviera dinero de sobra, no nos lo daría—le dijo; —aunque estuviese en París no podríamos verle, porque su puerta está cerrada para nosotros; pero ¡dinero! jamás tiene bastante, porque sabe muy bien cómo emplearlo, dándolo á interés con gran usura; además, ahora no está en París, sino en Bretaña. ¿Lo habías olvidado?

Un vecino entró en aquel momento: era un hombre alto, rubio, pálido, curioso y celoso; en una palabra, el amigo de la casa. Habiendo observado que había habido luz toda la noche en el aposento de los esposos, y visto á la criada ir y venir con un aire más atareado que de costumbre, se presentó á saber la causa. Pusiéronle al corriente de lo ocurrido, y supo con un placer secreto que un amigo cuya industria prosperaba mucho más que la suya se veía en mal estado. Preguntó si habían ido á la prefectura de policía, lo que fué un rayo de luz para Mme. Delporte, que le suplicó fuese inmediatamente. El curioso, de un carácter poco complaciente, hubiera querido negarse á ello; pero él mismo se había tendido el lazo, y aunque alegó que por su parte también tenía pagos que hacer por ser fin de mes, no pudiendo rehusarse á este paso en tales circunstancias, salió en busca de la cartera perdida. Durante su ausencia los dos esposos recobraron alguna esperanza; pero este reposo de sus sufrimientos fué de corta duración. El vecino volvió y no habló palabra; pero con un aire mentido de consternación bajó la cabeza, extendió los brazos y lanzó un suspiro.

Este fué el golpe de gracia.

—¿Lo ves? Todo se ha perdido—dijo Mme. Delporte volviéndose hacia su marido;—no hubiera sido así si hubieras tomado el número.

En aquel instante se oyó la campanilla.

Mme. Delporte se estremeció; un sudor frío bañó el rostro del enfermo.

—Ya empiezan á venir—dijo la mujer, y continuó sollozando.—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡Será necesario interrumpir tus estudios, hacer de tí un obrero, un simple obrero! ¡Pobre Alfredo!

La sola criada del matrimonio entró anunciando que un hombre deseaba hablar con el amo de la casa.

—¿Es alguno de nuestros trabajadores? ¿Es portador de alguna letra, un acreedor?—preguntó Mme. Delporte con emoción.

—No lo sé, señora; sólo puedo decir que es un joven de buen aspecto y vestido con suma decencia.

—Pues bien, dile que vuelva..... que vuelva en todo el día..... esta noche; ó mejor, yo misma voy á hablarle. Pero es menester que á toda costa te levantes, Delporte—añadió dirigiéndose á su marido;—es menester que vayas á casa de un banquero, aunque tengas que hipotecar todo lo que nos queda. Ya sé que no puedes ir solo; pero el vecino te acompañará y responderá por nosotros en caso de necesitarse una firma.

El rubio hizo un gesto horroroso.

—¡Ah, hijo mío, hijo mío!—repitió la pobre madre; y después de haber dado un nuevo curso á sus lamentaciones, después de haber reparado precipitadamente el desorden de su vestido de mañana,

enjugó sus lágrimas, y afectando un aire de calma y tranquilidad, fué á hablar al desconocido que la esperaba en la pieza inmediata, que servía á la vez de antesala y de comedor.

—Perdonad—le dijo;—¿venís á cobrar una letra de cambio?

—No—contestó Leonardo, que había oído toda la conversación y se hallaba muy conmovido al considerar la dicha que traía á aquella casa;—no, señora, no vengo á cobrar letra alguna, sino simplemente á devolver 35 buenos billetes del Banco, de á mil francos cada uno.

Y le mostró la cartera.

Durante su almuerzo en la taberna, Leonardo había reflexionado que el hombre de modesta apariencia podía ser muy bien, si no el propietario, el depositario de la cantidad, algún cobrador tal vez, en cuyo caso la posición en que le colocaba esta enorme pérdida era terrible. Esta consideración le impidió vacilar más; determinó empezar de nuevo sus pesquisas, pesquisas quizá infructuosas; pero ¡qué importa! estaba resuelto á cumplir hasta el fin lo que consideraba como un deber sagrado.

Dirigiéndose hacia la calle de Bourbon Ville-neur, en la esquina de la cual había dejado al honrado viejo que había alquilado su cabriolé la víspera, recorrió á la ventura veinte casas, hasta que una voz desagradable, en lugar del eterno «no le conozco», que servía de contestación á la pregunta de si vivía allí Mr. Durin-Delporte, contestó: «En el tercer piso, á cuya puerta veréis el nombre en una lámina de cobre.»

Leonardo subió la escalera de cuatro en cuatro

escalones, y ya hemos visto la cartera perdida en poder de Mme. Delporte.

Esta, á la vista del precioso depósito que acababa de rescatar, lanzó un grito, y entrando, como fuera de sí, en el aposento de donde había salido, se arrojó llena de alegría en los brazos de su marido, saltó al cuello de la criada, dió un beso al vecino y volvía al comedor á ver á Leonardo y darle parte, sin duda, en este abrazo general, cuando se encontró que se había marchado.

—¡Corre, corre!—le gritó el enfermo, curado súbitamente y arrojándose fuera de la cama, sin hacer atención á la criada que le miraba estupefacta.—Es nuestro salvador, le debemos un testimonio de nuestra gratitud. ¡Corre detrás de él, tráelo aquí!

La buena señora salió en efecto en seguimiento del cochero; pero poco después entró toda sofocada, y arrojándose en un sillón dijo:

—Me ha sido imposible alcanzarle. Apenas estaba al pie de la escalera, ya estaba él instalado en su cabriolé, y por más que le llamé, fué en vano; hizo crujir el látigo y el caballo salió al galope.

—¡Ah, esposa mía!—le dijo su marido con aire de reconvención.—Espero que á lo menos habrás tomado el número.

—¡Misericordia! No he pensado en ello.

Por esta vez ella no habló de hacer correr á su marido por todo París para reconocer la identidad de la persona del cochero, y puso en manos de la Providencia, sin demasiado pesar, el cuidado de pagar la deuda de su reconocimiento.

Si me he extendido un poco en este primer epi-

sodio, para el cual me he valido no sólo del primero que me lo refirió, sino también del vecino de Mme. Delporte, que era justamente entonces mi proveedor de guantes y tirantes, ha sido porque deseaba que hicieseis conocimiento con la familia Delporte al poner en evidencia la delicadeza y el desinterés de mi amigo Leonardo.

El segundo rasgo de bondad de corazón que tengo que contaros de él es de mucho mayor importancia, por servir de base principal á la historia que me he encargado de referiros.

Leonardo pasaba un día por los malecones inmediatos al Jardín de Plantas, cuando oyó un vago rumor seguido de las voces «¡socorro! ¡socorro!» Una mujer con una niña en los brazos se acababa de precipitar en el Sena por la parte del puente de Ansterlitz. Era en el mes de Diciembre; la corriente era muy fuerte, y los lancharos estaban lejos. Leonardo, al ver esto, saltó de su cabriolé, á pesar de las reclamaciones de la persona á quien conducía, que lo había tomado á la hora, y que sólo veía un cálculo en aquel movimiento intempestivo de curiosidad.

Habiendo llegado cerca de la orilla, nuestro amigo oyó de nuevo los gritos de «¡socorro! ¡socorro!» Todos se confundían, se desesperaban, nadie se movía. Entretanto se veía flotar en el agua amarillenta dos cuerpos que se habían separado al caer.

Leonardo era un buen nadador, no titubeó, y despojándose de su abrigo, que confió á la primera persona que encontró, y después de calcular la distancia y la fuerza de la corriente, se arrojó al río en medio de las aclamaciones de la multitud, más dispuesta á aplaudir que á imitarle.

Al llegar en medio del río, vió flotar delante de sí un objeto confuso; después, entre una cabellera negra, una cara pálida y casi ya helada por la muerte, que se mostró un instante, dos grandes ojos se entreabrieron, cerrándose al momento, y el cuerpo desapareció enteramente. Leonardo se estremeció, sus brazos perdieron el vigor, su corazón dejó de latir, y creyó tener presente una visión, una aparición. Aquellas facciones le recordaban las de una mujer que había conocido, amado en otro tiempo. Su vista se turbó, oía confusos murmullos, se sentía poseído á la vez de un vértigo y de una parálisis, y podía creerse perdido, cuando un débil gemido que oyó en la superficie del río, lo sacó de su estupor.

Detrás del cuerpo de la madre seguía el de la hija, que pasaba cerca de él. Hizo un esfuerzo, tendió los brazos, cogió á la pobre criatura por los vestidos, que llenándose de viento la habían sostenido sobre el agua, y después de una lucha desesperada contra el entorpecimiento que le amenazaba á él mismo, consiguió llegar á la orilla nadando con un brazo y sosteniendo con el otro á la niña, que con una voz muy débil llamaba á su madre.

Inmediatamente transportaron á ambos, llenos de agua, casi sin conocimiento, á un cuerpo de guardia cercano, donde existe un establecimiento para socorrer á los ahogados y asfixiados.

Leonardo acababa de volver en sí cuando trajeron á depositar el cuerpo de la desgraciada madre, que había sido hallado bajo un arco del puente de Maria. Estaba muerta y todos los socorros del arte fueron inútiles. Era Beatriz la catalana; su antiguo amante la reconoció, y cuando le ofrecieron

el premio consignado á los que sacan del río una persona con vida aún, rechazó el dinero y sólo pidió en recompensa de su buena acción que le permitieran criar á la criatura que acababa de salvar.

TERCER VIAJE.

LA PUPILA DEL COCHERO.—LA CALLE DEL CUADRANTE.—ENGANCHE DE DOS CARRUAJES.

La historia de Beatriz es la misma que la de tantas otras pobres muchachas. Cayendo de falta en falta, después de la muerte del sargento, y no atreviéndose á volver á su país, vino á París, donde su belleza tardó poco en llamar la atención; abandonada después por el que la había hecho madre, la miseria y el aislamiento la habían impelido á la desesperación.

Aunque muy hablador, Leonardo jamás me hubiera dicho cosa alguna de este acontecimiento, todo en honor suyo, como había hecho con la cartera que encontre, si no hubiera sido porque á fines del mismo mes de Diciembre tuve ocasión de valirme de sus servicios para hacer una visita de entrada de año.

Encontrándole vestido muy ligeramente, con un frío tan riguroso, le pregunté por qué no traía el abrigo.

—Un tunante me lo ha robado—me contestó; —sí, un tunante. Aunque las leyes no condenan

el premio consignado á los que sacan del río una persona con vida aún, rechazó el dinero y sólo pidió en recompensa de su buena acción que le permitieran criar á la criatura que acababa de salvar.

TERCER VIAJE.

LA PUPILA DEL COCHERO.—LA CALLE DEL CUADRANTE.—ENGANCHE DE DOS CARRUAJES.

La historia de Beatriz es la misma que la de tantas otras pobres muchachas. Cayendo de falta en falta, después de la muerte del sargento, y no atreviéndose á volver á su país, vino á París, donde su belleza tardó poco en llamar la atención; abandonada después por el que la había hecho madre, la miseria y el aislamiento la habían impelido á la desesperación.

Aunque muy hablador, Leonardo jamás me hubiera dicho cosa alguna de este acontecimiento, todo en honor suyo, como había hecho con la cartera que encontre, si no hubiera sido porque á fines del mismo mes de Diciembre tuve ocasión de valirme de sus servicios para hacer una visita de entrada de año.

Encontrándole vestido muy ligeramento, con un frío tan riguroso, le pregunté por qué no traía el abrigo.

—Un tunante me lo ha robado—me contestó; —sí, un tunante. Aunque las leyes no condenan

á muerte á los ladrones, ese merecía ser ahorcado. Es menester tener el alma muy mala para robar á un hombre que confía su propiedad y en las circunstancias en que me hallaba entonces. Robarlo en el momento en que uno se zambulle en el agua, no por su gusto..... cinco grados bajo cero de frío á lo menos, perdonad..... ¡pero por amor de Dios y del prójimo!..... No está uno de humor de bañarse cuando los carámbanos de hielo van en pos de la corriente.

—¡Qué!—le dije,—¿fué el día que quisisteis salvar á aquella mujer y á su hija?

Leonardo me miró sorprendido, y aquel hombre tan terrible á veces se sonrojó al mirarme. Él tenía pudor por sus buenas acciones.

—¡Vamos! ya comprendo—me dijo un momento después;—sois vos á quien Jolivet ha conducido últimamente, y á quien habéis hecho hablar de mí.

Entonces me dió nuevos detalles acerca del trágico fin de la bella Beatriz, de quien me habló con una viva emoción; y cuando le felicité por la buena resolución que había tomado de adoptar á la hija de la catalana, me contestó:

—Debía hacerlo. ¿No soy en parte la causa de la pérdida de la madre? Si la catalana no me hubiera seguido, si hubiera permanecido en su país, nada de esto hubiera sucedido. Además, toda acción buena trae, como dicen, la recompensa consigo. Empiezo á querer á esa criatura. A mi madre al principio no le agradó mucho el presente que le hice aquel día al traerle el resultado de mi pesca, y me rió grandemente, en apariencia porque yo mismo hubiera podido perecer, pero en

realidad á causa de la niña; porque ya sabéis que las personas de edad miran siempre al gasto. Una boca más, por pequeña que sea, cuando está guarnecida de dientes, alarga la cuenta del panadero.

Esto era lo que el primer día decía mi madre en voz baja. Pues bien, ya hoy no es así; está loca con la chiquilla, que le sirve de compañía cuando yo no estoy en casa, y á mí me encanta verla cuando entro, porque Julieta tiene una cara..... (la he llamado Julieta por ser el nombre de mi madre), y promete tener tan buenos ojos como la difunta, ojos que descuartizarán á un corazón cuando sea su tiempo. ¡Pobre criatura! Mucho la querré, estoy seguro. ¡Caramba! podría muy bien haber sido su padre. Ella tendría dos años más, y todo quedaba arreglado.

En aquella época era poseedor de un carrik que empezaba á ser más propio para un cochero de cabriolé que para mí, y se lo regalé á Leonardo para reemplazar el que le habían quitado de una manera tan desleal, y desde aquel día fuimos amigos, no porque Leonardo fuera interesado, sino porque era agradecido.

Cada vez que me conducía á alguna parte, me hablaba de sus negocios, de sus proyectos, de Julieta, y siempre con el mismo tono de jovialidad y de buen humor, á menos que el recuerdo de la catalana no se presentase en nuestras conversaciones.

—¡Ah! ¡caballero!—me decía un día—no puedo olvidar mi última entrevista con ella, en medio del agua, cuando sus facciones lívidas se mostraron de repente junto á mí. Baste decir que no la había vuelto á ver desde Perpiñan, cuando la en-

contré del brazo del sargento mayor, tan fresca y tan lozana como una rosa. Jamás paso por el puente de Austerlitz y por sus inmediaciones (diríais que es una tontería, pero no lo puedo remediar) jamás paso por allí sin que me parezca que el lugar en que la ví está marcado en el río. Ahora también me parece que cuando abrió los ojos me reconoció y su último pensamiento fué recomendarme á su hija. Esto no es verosímil, porque apenas podría pensar; ella estaba casi muerta, y yo no estaba en estado de ser reconocido.... Pero no importa, yo lo creo. También es verdad que quiero en extremo á esa *chiquilla*. Ahora ya no tengo amores, ya no hago farsas ni locuras; ella me ha vuelto prudente y económico.

Ella no lo sabe, podéis imaginarlo; pero antes iba tras de una y tras de otra, porque es menester divertirse; pero hoy me divierto sin eso; voy á casa, hago bailar á Julieta sobre mis rodillas, le enseño canciones, me río con todo lo que me dice de extravagante; después mi madre, que sólo entiende de costura y de hacer media, le enseña una porción de cosas, y juntos hacemos mil proyectos para el día en que la casemos. ¡He aquí una diversión agradable y barata! y me basta; hasta he dejado de concurrir á la taberna. ¡Nosotros, ya veis, tenemos tantas ocasiones de ir á la barrera! Cuando estamos allí nos decimos: «En París pagamos el vino á diez sueldos; aquí sólo cuesta seis; ganamos cuatro»: mal razonamiento por cierto, porque son seis sueldos perdidos. Ahora guardo mi dinero; bebo menos, pero tenemos mejor comida en casa, y además de vez en cuando voy á hacer

una visitilla á la Caja de Ahorros. Esto me tranquiliza respecto al porvenir, y mi madre, al menos, acabará sus días en su cama y no en el hospital.

Todo esto lo debo á Julieta. Ya veis que yo soy quien tengo que agradecerle. Cuando pienso que todo el placer que experimento hoy es efecto de la casualidad, ó más bien de la Providencia, porque al fin, si yo no hubiera pasado por los malecones en el momento en que mi pobre catalana.... ¡Y hay gentes que dicen que no hay Dios! ¡Vamos! A no ser cochero de simón, no es permitido decir tales cosas.

Dos ocasiones tuve de ver con diez años de intervalo á esta Julieta, á quien Leonardo amaba tanto y que debía someterle á pruebas tan duras.

He aquí cómo fué la primera vez.

Leonardo jamás atravesaba la calle de Montmartre sin volver hacia la del Cuadrante para continuar su camino, ora se dirigiese hacia el Boulevard, ora hacia el Malecón.

Un día que tomó por la última calle y que yo tenía prisa, le dije:

—¡Tomais el camino más largo!

—Dejadme—me contestó:—yo sé lo que hago.

Habiendo llegado á la mitad de la calle, tiró de la rienda al caballo y se detuvo.

—Excusadme, mi amo—me dijo dirigiéndome una mirada maliciosa:—pero si me permitís, voy á haceros ver algo agradable.

—Sí, con tal que no tardéis mucho.

—Inmediatamente.

Púsose á silbar con fuerza una canción antigua,

y en el mismo momento aparecieron dos personas en una ventana del cuarto piso de la casa que teníamos enfrente. Una era una mujer de edad, que con la mano hacia á Leonardo señas de inteligencia, y la otra una niña de siete á ocho años con largos cabellos negros y rizados, de una fisonomía grave y linda, según pude ver á tan gran distancia.

—La vieja.... no paréis la atención en ella.... es mi madre—me dijo Leonardo;—pero la otra... ¿eh?—Y levantó la cabeza con tanto orgullo como un burgrave;—es ella; sólo tiene ojos y bello.

Julietta, después de haber enviado rápidamente algunos besos á mi guía, se retiró de la ventana, llena de confusión, habiendo observado que no era Leonardo sólo quien la miraba, y nosotros continuamos nuestro camino.

Hacia esta época las relaciones establecidas entre Leonardo y yo cesaron repentinamente y sufrieron una larga interrupción.

Desde la época del cólera le había perdido de vista, hasta que una casualidad me lo hizo encontrar hace poco tiempo.

Acababa de ser elegido jurado del tribunal territorial, y lo tarde que era ya me hacía desear llegar pronto á mi puesto, cuando un cabriolé vacío, muy elegante y limpio acertó á pasar por junto á mí. Hícele una seña y se detuvo.

Juzgad de mi admiración cuando en el cochero reconocí á Leonardo. Este reconocimiento puede hacerme honor como fisionomista, y apenas lo soy, porque Leonardo estaba muy cambiado. Encontréle triste y abatido; no tenía ya aquel aire de franqueza y de buen humor que le distinguía antes,

y diez años transcurridos desde nuestra última entrevista parecían haber impreso en su fisonomía los estragos de un cuarto de siglo. Sus cabellos encanecidos, sus mejillas marchitas, sus ojos apagados y los párpados azulados anunciaban la enfermedad ó los disgustos.

Echado sobre un lado del cabriolé, apenas volvió la cabeza cuando me coloqué á su lado. Le examiné con atención largo rato para asegurarme de su identidad.

—¿Adónde os conduzco, caballero?—preguntó.

—Al Palacio de Justicia.

Leonardo fijó un momento la vista en mí, sin que ni mi voz ni mis facciones pareciesen desperstar en él el menor recuerdo.

—Leonardo, ¿no me conocéis?—le dije.

Miróme con atención, sonrió tristemente, y sin romper el silencio me mostró con el dedo la capa que llevaba.

Era todavía mi antiguo carrik, vuelto, arreglado, adornado con otros cuellos, con mangas nuevas, ¿qué sé yo? pero me pareció mejor que cuando se lo regalé.

—Vamos — exclamé — encuentro que habéis medrado desde que os ví la última vez. ¿Este cabriolé es vuestro?

Contestóme con un signo de cabeza afirmativo.

—¿Vuestros negocios han prosperado? ¿Debéis acaso este carruaje á la Caja de Ahorros?

Por toda respuesta hizo un movimiento con los hombros, cuya significación me fué difícil comprender.

Empecé á creer que aquel día haría yo solo el

gasto de la conversación cuando una sola palabra que pronuncie pareciera volverle repentinamente toda su energía.

—¿Y vuestra pupila?—le pregunté.

—¡Mi pupila!—exclamó, enderezándose como si hubiera recibido un choque eléctrico.

—Sí, Julieta, vuestra Julieta.

Inmediatamente adiviné que había hecho vibrar en su corazón una cuerda dolorosa: su frente se arrugó, sus facciones se contrajeron, y me reconvine interiormente por haber con una palabra imprudente despertado en él un dolor reciente sin duda.

—Espero que no la habréis perdido.

—No—me contestó—no se ha perdido..... para todos. Vive.

En aquel momento, bien fuese porque mi conversación hubiera distraído demasiado á Leonardo, ó por cualquiera otra causa, un choque violento nos hizo casi saltar de nuestro asiento.

Un carruaje particular, un elegante milor, dentro del cual iban un joven barbudo y una joven muy linda vestida con elegancia, acababa de engancharse con nuestro cabriolé. Las ruedas, encajadas una con otra, no podían maniobrar; el cochero del milor, que sin duda había hecho su aprendizaje en algún simón, juró y dirigió á Leonardo un apóstrofe, al cual éste, contra su costumbre, respondió vigorosamente levantando el látigo con rabia. Parecía que se alegraba de encontrar alguno contra quien hacer recaer su mal humor.

En efecto, los dos cocheros, echándose bruscamente uno hacia otro, estaban próximos á venir á

las manos, cuando el joven barbudo del milor sacó la cabeza repentinamente por la portezuela, diciendo:

—Esteban, ¿qué haces?

—Pero, señor.....

—¡Silencio! no tienes razón ninguna.—Y volviéndose hacia el antagonista de su cochero,—¡Cómo!—exclamó—¿sois vos, Mr. Leonardo? Perdonad, siento infinito lo que ha pasado.

Leonardo se había sorprendido, y su fisonomía, que estaba pálida como la muerte, se había vuelto de color de púrpura al ver al joven. Éste, que había bajado de su carruaje, estrechaba afectuosamente y públicamente la mano del cochero del cabriolé entre las suyas, diciéndole:

—Si Esteban os ha faltado al respeto, será porque hace muy poco tiempo que está á mi servicio, Mr. Leonardo, y no os conoce.

—¡Oh, no hay mal alguno!—contestó Leonardo confuso é intimidado.—Cuando no se conoce á las personas..... además, nada hay que decir contra ese muchacho.

—Ya sabéis que hace muy poco tiempo que tenemos coche—dijo el joven.

—¡Y venís á vernos tan raramente, amigo mío!—añadió una voz que salía del milor.

Era la de la linda joven que se había acercado á la portezuela, y aunque sonriendo al ver á Leonardo, le dirigía una mirada de reconvención.

—¿No nos amáis ya?—le dijo.—El lunes es el día de mi cumpleaños..... espero que no lo habréis olvidado.

—¡No! ¡no!

—Cuento con que os veremos.

—Sí, si.... trataré de ir—contestó el pobre Leonardo, más turbado y desconcertado aún á la vista de la joven que con la presencia del joven barbudo; y sin saber casi lo que hacia, se ocupó en remediar el mal, lo que consiguió, gracias á la ayuda de Esteban; en seguida, después de saludar de mala manera á la pareja, volvió á subir en el cabriolé.

—¿No me pedíais noticias de Julieta?—me dijo con aspereza;—pues bien, ahora acabáis de verla.

—¡Cómol zaquella linda joven?....

—La misma; ya veis que no ha muerto.—Y lanzó un profundo suspiro.

En el mismo instante llegamos al Palacio de Justicia. Pero como quería saber el fin de la historia, ó más bien la historia entera, dije á Leonardo que viniera á buscarme al salir del Tribunal.

CUARTO VIAJE.

LAS DOS VIUDAS.—NAPOLEÓN ILUMINADO.—UNA COFIA QUE CUESTA UN MILLÓN.

Leonardo fué exacto á la cita. Ya no parecía el mismo hombre que por la mañana. Sus ojos brillaban de animación; su tez era más clara; se mostraba aún en su colorido el rubor que repentinamente se le había subido al rostro al ver á los dos jóvenes.

Hícele esta observación, y me contestó:

—¿Qué queréis? Cuando la veo, su sola vista me embriaga por el resto del día; vuelvo á tener fiebre.

—¿La amáis mucho, según eso?

—¡Demasiado, caballero, demasiado! ¡La he amado demasiado! ¡Caramba! Cuando uno cria á un niño.....

Y se calló como si temiera decir más.

—Si no sois su padre, sin embargo os debe la vida, y el cariño se aumenta con los beneficios—le dije, como una cosa común, pero en realidad para recordarle que sabía el principio de la historia de su protegida, y excitarle á confiarme el resto.

—Sí, si.... trataré de ir—contestó el pobre Leonardo, más turbado y desconcertado aún á la vista de la joven que con la presencia del joven barbudo; y sin saber casi lo que hacia, se ocupó en remediar el mal, lo que consiguió, gracias á la ayuda de Esteban; en seguida, después de saludar de mala manera á la pareja, volvió á subir en el cabriolé.

—¿No me pedíais noticias de Julieta?—me dijo con aspereza;—pues bien, ahora acabáis de verla.

—¡Cómol zaquella linda joven?....

—La misma; ya veis que no ha muerto.—Y lanzó un profundo suspiro.

En el mismo instante llegamos al Palacio de Justicia. Pero como quería saber el fin de la historia, ó más bien la historia entera, dije á Leonardo que viniera á buscarme al salir del Tribunal.

CUARTO VIAJE.

LAS DOS VIUDAS.—NAPOLEÓN ILUMINADO.—UNA COFIA QUE CUESTA UN MILLÓN.

Leonardo fué exacto á la cita. Ya no parecía el mismo hombre que por la mañana. Sus ojos brillaban de animación; su tez era más clara; se mostraba aún en su colorido el rubor que repentinamente se le había subido al rostro al ver á los dos jóvenes.

Hícele esta observación, y me contestó:

—¿Qué queréis? Cuando la veo, su sola vista me embriaga por el resto del día; vuelvo á tener fiebre.

—¿La amáis mucho, según eso?

—¡Demasiado, caballero, demasiado! ¡La he amado demasiado! ¡Caramba! Cuando uno cria á un niño.....

Y se calló como si temiera decir más.

—Si no sois su padre, sin embargo os debe la vida, y el cariño se aumenta con los beneficios—le dije, como una cosa común, pero en realidad para recordarle que sabía el principio de la historia de su protegida, y excitarle á confiarme el resto.

—¡Oh!..... ¿Sabéis?..... Es verdad; os lo conté hace tiempo.

—Hace tiempo—le contesté—me presentasteis á vuestra pupila..... en la calle del Cuadrante..... Una presentación en forma..... á distancia respetuosa..... cuatro pisos.

—¡Eh!..... ¡qué linda era entonces!—dijo Leonardo sonriendo.

—No la encuentro menos ahora.

—Sin duda..... pero entonces ella no quería más que á mí y á mi pobre madre. ¡Ah! cuando pienso en aquella época y en los años que siguieron..... ¡Era tan feliz!

—¿No lo sois ahora, mi pobre Leonardo?

—No, señor.

Callóse, y poco después empezó á hablar de Julieta y de los primeros años que habían transcurrido en la calle del Cuadrante.

La niña había crecido á su lado, tanto en edad como en gracia; su carácter se desenvolvía, y al contrario de la generalidad de los demás niños de su edad, se presentaba tranquila y grave. En sus grandes ojos negros el pensamiento se reflejaba precoz y lleno de ilusiones; hubiérase dicho que tenía el instinto de las desgracias que la habían amenazado tan corto tiempo después de su entrada en el mundo, ó que había conservado su recuerdo. Julieta saltó por encima de esa primera época risueña de la vida. Su grande alegría sólo se mostraba á la vista del sol, á la idea de un paseo en los Boulevards ó en el jardín del Palacio Real, donde le gustaba encontrarse entre las grandes señoras perfectamente ataviadas; un pedazo de cinta le agradaba más que todas las muñecas

y los dulces del mundo. En la niña se dejaba ya ver la joven.

Por lo demás, muñecas y dulces no podían abundar en casa del pobre cochero; y sin embargo, había una rivalidad entre éste y su madre, á ver quién rodeaba de más cuidados afectuosos á Julieta. Pensando sin cesar en su hija adoptiva, Leonardo había llegado á exagerar la ternura y la debilidad de la paternidad.

—A menudo, en medio del día se podía ver su carruaje, en lugar de estacionarse en alguno de los sitios destinados al efecto, permanecer inactivo y vacío delante de la callejuela de la calle del Cuadrante. Al pasar por allí, Leonardo subía á su casa, y no pudiendo ofrecer á su *nena* juguetes demasiado caros para él y que además no eran muy de su gusto, le traía algunas flores artificiales bastante descoloridas, ó algunos pedazos de tela que pedía humildemente á una modista que se servía de su cabriolé. Algunas veces también hacía gastos, y por poco que alguna circunstancia le sirviera de excusa, se complacía en hacer arrojar un grito de admiración á Julieta á la vista de un cinturón de terciopelo ú otro objeto semejante. Un día, bajo pretexto de ser el de San Leonardo, le regaló un par de pendientes dorados y esmaltados, acompañados de sortijas adornadas de piedras, todo encerrado en una caja especial; aderezo completo que la industria parisiense ha conseguido fabricar y ofrecer al público al precio corriente de veinticinco sueldos.

Su madre le decía entonces:

—Leonardo, no sólo pierdes tu tiempo y tu dinero, sino que también echas á perder á Julieta.

—Dejadme, madre—contestaba el honrado cochero;—puesto que hoy son mis días, es menester que me divierta un poco..... y ella también.

Y la buena vieja, después de reñir á su hijo, también se complacía en satisfacer los caprichos de la niña.

Todas las mañanas buenas se veía á Mme. Toureau (este era el nombre de la madre de Leonardo) con su vestido de viuda que usaba hacía quince años; con su pañuelo al cuello, de cuadros encarnados, cuyas puntas caían sobre su espalda encorvada; con su cofia de grandes pliegues formando una aureola de tela blanca alrededor de su frente arrugada y morena, pasear por el Boulevard con admirable resignación á una linda niña vestida con suma rareza, de mil telas variadas y distintas. Esta, con un aire grave y solemne, mostraba con orgullo sus joyas falsas, tanto en los dedos como en el cuello y orejas, llevando en sus largos cabellos negros cuidadosamente peinados alguna flor de oropel, lo que completaba un vestido algo carnavalesco.

Si alguno de los que pasaban volvía la cabeza para examinar de una ojeada este contraste notable, Mme. Toureau decía en voz baja:

—No tengáis cuidado, buenas gentes; si tuviera quince años, no la pasearía de esta manera. ¡De qué tendré yo aire, gran Dios!

Julietta fué la primera en renunciar á este lujo, pero conservó una afición decidida á vestirse bien, afición que modificó, sin embargo, de año en año y la hizo al fin llegar gradualmente al conocimiento de ese gran arte, tan precioso sobre todo para las jóvenes pobres, de distinguirse por su

sencillez. Es verdad que la naturaleza le ayudó.

Entre tanto la educación de Julieta amenazaba ser muy incompleta. A los ocho años no tenía la menor idea de la lectura; la madre Toureau no podía enseñarle lo que ella misma ignoraba, y Leonardo no tenía tiempo para ello. Además, siempre pensando en lo que podía agradar á su *nena*, le hubiese disgustado la idea de causarle un pesar con el estudio.

Afortunadamente, en el mismo piso que madame Toureau vivía una tal Mme. Lardenais, que se ocupaba en iluminar estampas; y como tenía en su taller diez jóvenes aprendizas que empleaban su tiempo en iluminar una porción de obras iconográficas de todas clases, Julieta, fuese por el encanto que las estampas tenían para ella, ó por el deseo, tan natural en verdad, de mezclarse con otras muchachas, vivas, alegres, habladoras, algunas de las cuales tenían pocos años más que ella, pasaba una gran parte del día en su compañía, y pronto llegó á ser el objeto del cariño general.

En los momentos de descanso y recreo, las mayores hacían el papel de mamá con ella, la adornaban, la ataviaban, la peinaban para hacerla más bonita aún; era su niña, su muñeca. A una de ellas se le puso en la cabeza enseñarla á leer, y todas, ó casi todas, se asociaron para la ejecución de esta grande obra. Julieta se prestó gustosa á ello, excitada por el deseo de poder explicarse por sus leyendas y sus inscripciones todas aquellas imágenes y estampas que nada querían decir para ella. Hasta en las horas de trabajo iba de unas á otras con el dedo sobre una letra, pregun-

tando su nombre. Así fué como jugando, casi sin pensar en ello, bajo la inspección de una docena de profesores no universitarios, aprendió esta ciencia tan difícil, tan caprichosa, tan enfadosa.

La viuda Lardenais se encargó en seguida de perfeccionarla con lecciones particulares, y al cabo de un año y algunos meses Julieta leía casi corrientemente. Su saber en este particular se detuvo en este punto, hasta un nuevo acontecimiento, por haberse empeñado Mme. Lardenais en iniciarla en los secretos de otra ciencia mucho más importante: la de iluminar.

La buena Mme. Toureau, ahora en relaciones íntimas con su vecina, gracias á Julieta, había encargado que no se dijera nada delante de Leonardo respecto á los nuevos talentos adquiridos por la joven, pues quería causarle una sorpresa.

En efecto, una noche del mes de Diciembre, día del aniversario del que seis años antes había visto al arrojado cochero salvar á la hija de la catalana de una muerte cierta, al entrar Leonardo en su casa encontró á Julieta engalanada, sentada junto á la chimenea en el sillón de Mme. Toureau, sitio de honor que rara vez cedía á nadie. Al principio no pudo menos de sonreírse al ver las galas de Julieta, sin tratar de adivinar la causa de habérselas puesto, y después se admiró de que ésta no saliera á su encuentro como hacía habitualmente.

Julieta, en una actitud medio teatral, y cuyo efecto había sido estudiado, tenía un libro en la mano y parecía absorta en su lectura; pero Leonardo creyó que estaba simplemente mirando algunas estampas y no fijó la menor atención en ello. Lo que más le chocó fué ver dos bujías encen-

didas, una enfrente de otra, sobre la chimenea. Jamás se habían encontrado dos luces en casa de Mme. Toureau.

Esta iluminación, la presencia de Mme. Lardenais, que al fin observó, aunque estaba casi oculta en un ángulo de la sala esperando la explosión para mostrarse; el vestido de Julieta, el de madame Toureau, más escogido que de costumbre y realzado por una trenza de cabellos rubios, sus cabellos de los domingos, no tardaron en darle una idea de que se preparaba alguna gran solemnidad.

—¡Hola! ¡qué iluminación! ¡dos estrellas fulgentes y los vestidos de fiesta!—exclamó, llevándose la mano á la frente en guisa de saludo militar;—¿viene acaso el rey á cenar con nosotros?

Por toda contestación, Julieta, con una voz conmovida, empezó la lectura de un capítulo de *La moral en acción*, en que se trataba de una niña salvada del mar por un soldado. Inmediatamente Leonardo recordó la fecha del día y se estremeció; creyó que recitaba una lección aprendida de memoria, en loor suyo, lo que le parecía más que suficiente para llenarle el corazón de alegría; pero cuando se acercó á la lectora y palpitándole el corazón siguió con la vista las líneas, las palabras que marcaba con el dedo, cuando la vió detenerse, vacilar en algunas, equivocarse, corregirse en otras, ¡oh! entonces las mismas imperfecciones de la lectura le revelaron la realidad, y quedó estupefacto, inmóvil, como delante de un milagro, no atreviéndose á dar crédito á lo que veía, y con la boca abierta, preguntaba á su madre con sus miradas estúpidas, cuando ésta le señaló con un gesto á la vecina.

Entonces comprendió todo, y precipitándose como un loco hacia la viuda Lardenais, la estrechó en sus brazos, é iba á dar gracias á su buena madre con una demostración semejante, cuando se detuvo de nuevo con admiración al ver que Julieta le alargaba un rollo de papel.

La idea de un presente en regla, de una pieza de caligrafía con adverbios en *mente*, como *invariably*, *incontestably*, tal como le habían enseñado á él en su infancia, para presentar á su madre que no sabía leer, se ofreció desde luego á su imaginación.

—¡Cómo!— dijo— ¡también sabe escribir!

—¡Más que eso!— exclamó la buena vieja.

Leonardo, no sabiendo qué podía hacerse en un papel mejor que letras, desató la cinta azul que sujetaba el rollo, lo deslió, y lo que se presentó á sus ojos no fué nada menos que el emperador Napoleón con labios de escarlata, ojos azules y mejillas rosadas que podían dar envidia á cualquier muchacha.

Debajo de la litografía iluminada estaban escritas estas palabras: *Pintado por Julieta Toureau*.

Este nombre de Toureau, el nombre de su familia junto con el de Julieta, y que parecía consagrar su adopción, fué tal vez lo que más conmovió á Leonardo en aquella memorable noche, que terminó con mil abrazos, una ensalada de naranjas y vino caliente.

Jamás se había visto tanta alegría en la habitación de la madre y del hijo, y toda se debía á Julieta. Algunos años después, una alegría más viva para el corazón de Leonardo, una explosión más fuerte, una escena más tierna pasaba entre

estas tres personas; pero con la diferencia que debía terminar de otra manera.

Hasta aquella época, el porvenir de Julieta, su suerte futura había estado entre las manos y á discreción de la buena vieja, la que quería hacer de ella una costurera; por este lado su aprendizaje estaba en buen estado; pero el emperador Napoleón vino á contrariar estas primeras intenciones, á echar por tierra estos planes, como lo había hecho con tantos otros.

Desde que Leonardo tenía á la vista, en un marco de pino con adornos de cobre, la litografía del grande hombre, pintada por *Julieta Toureau*, pensaba en una suerte más elevada para su protegida. ¿Por ventura no se había manifestado la vocación verdadera de su pupila en aquel cuadro? Quería que fuese artista de dibujo, de pintura ó de grabado; poco le importaba; pero quería que tuviese una posición en el mundo. Justamente tenía entre sus parroquianos pintores de mérito á quienes consultó sobre lo que había de hacer, y en consecuencia tomó irrevocablemente su partido: Julieta iría á una academia á aprender el dibujo.

Mme. Toureau se opuso á ello desde luego, diciendo que había que gastar mucho dinero, y mucho tiempo que perder antes que se sacase utilidad alguna, mientras que siendo costurera, con dos años de paciencia, el trabajo de la joven podía bastar á cubrir sus necesidades y gastos.

Leonardo, sin embargo, no se dejó vencer por estas buenas razones; se había vuelto ambicioso, vanidoso, no por él, sino por ella. No volviendo á entrar en la taberna, ¿no ganaría más de lo suficiente para vivir?

—Pero ¿y si caes enfermo?

—¡Bah! me enviaréis al hospital, y allí moriré, no tengáis cuidado.

—¡Al hospital! ¡ah Leonardo!

—Además, no caeré enfermo, yo os respondo de ello; no me echaréis de menos mientras ambas necesitéis de mí. Y luego, ¿acaso no tengo algunos ahorros en la Caja? Todas mis propinas están allí bañando juntas y procreando, en lugar de saltar con otras tantas en el cajón del tabernero. Os digo que no tengáis cuidado; ese dinero está allí para procurar maestros á Julieta, que os lo devolverá con un ciento por ciento de beneficio, y antes de lo que creéis; porque esta mañana he vuelto á consultar á un famoso doctor en pintura, que me ha dicho en confianza, como amigo, que antes de saber dibujar puede uno ser profesor.... Para esto hay pensiones.... para los jóvenes. Es un secreto del oficio, y Julieta será desde luego profesora.... de jóvenes; lo que convendrá á esta niña.... ¡y á tres francos por lección, ya veis! mientras que siendo costurera le será preciso permanecer todo el día sentada en una silla para ganar veinte sueldos y un dolor de espalda. ¡Nada de eso! Y Julieta no irá á pie por las calles como otras muchas. No lo sufriré; ¿no tiene, por ventura, un cabriolé á su disposición?

La buena vieja acabó por ceder. Julieta, preparándose á sus altos destinos, concurría todas las mañanas á la academia de dibujo; y después, al mediodía, iba á una pensión de jóvenes para terminar la educación que Mme. Lardenais había empezado; y además tenía, para apresurar sus progresos en una y otra ciencia, un profesor especial.

añadid á este cargo, que debía pesar naturalmente sobre la bolsa del pobre cochero, el papel de todas las cosas, los lápices, las plumas, los lapiceros, los cortaplumas, los originales para trabajar en casa; añadid también algo para el vestido de Julieta, porque la coquetería natural de la linda joven debía aumentar en exigencias á proporción de la nueva posición que querían hacerle, y fácilmente comprenderéis que el desorden no tardó en entrar en el caudal de nuestro amigo. El depósito de la Caja de Ahorros pronto se gastó.

Sin embargo, no se desanimó, y poco cuidadoso de la salud que había prometido á su madre conservar, Leonardo, para aumentar su salario y provechos, se sometió con frecuencia á un servicio doble de día y de noche, economizando hasta en su barba, en su ropa blanca y vestido, á riesgo de comprometer la reputación de buena apariencia que había tan justamente adquirido y parecerse á un cochero de simón, lo que era para él la semejanza más humillante.

Por su parte la buena Mme. Toureau, entrando al fin resueltamente en esta vía que en un principio había querido evitar, secundaba á su hijo en la lucha. Había ya desembolsado demasiado dinero para volver atrás. Las noches que Leonardo pasaba corriendo las calles con su cabriolé, ella permanecía en su sillón cosiendo ó remendando para algunas buenas almas de la vecindad, y cuando á la madrugada volvía aquél, pálido con la mala noche y disponiéndose á continuarla, encontraba á su madre con la aguja en la mano cerca de una vela de sebo casi consumida hasta el fin.

—Madre—le decía—esto no es razonable; ¡acabaréis por quitaros la vida!

—Hijo, trabajas demasiado; alguna desgracia nos sucederá—le contestaba; y ambos dirigían la vista hacia la niña, que en el sueño más profundo y apacible dormía en su cama. A esta vista ambos callaban, y sonreían á la vez. Luego, después de haber comido un bocado, Leonardo volvía á su obligación; la vieja ayudaba á Julieta á vestirse; y cuando la dejaba en la academia, iba al *faubourg* de San Martín, á media legua de distancia, á arreglar la habitación de un dependiente de una casa de comercio que le daba cinco francos al mes.

En esta época la lotería tocaba á su fin; pero sin embargo existía, aunque acusada por las Cámaras y amenazada de ser puesta fuera de la ley.

Una mañana, al salir Mme. Toureau de su casa, oyó ruido de tambores y pitos, observando al mismo tiempo un grupo de gente delante de una tiendecilla de comestibles situada en la esquina de las calles de Montmartre y el Cuadrante. En el primer momento de sorpresa sólo vió uniformes, morriones y plumeros, y creyó que habría ocurrido alguna riña, alguna desgracia.

—¿Vienen á arrestar á alguien?—preguntó á una de sus comadres que estaba inmediata suspirando y levantando los ojos al cielo.

—¿Cómo! ¿arrestar á alguien? ¿estáis soñando Mme. Toureau? ¿desde cuándo se prende á las gentes al son de la música, y de buena música, de la mejor, la de la lotería? ¿Conocíais á Alejandro, el pinche de Mr. Berioit?

—¡Si lo conozco! Él fué quien me vendió un

pollo fiambre el 6 de Noviembre, hace tres años, el día de mi hijo.

—Pues bien, acaba de ganar un terno, un terno seco; tres mil francos por diez sueldos. No son caros, ¿es verdad?

—¿Y por qué parecíais desconsolada por eso?

—¡Vaya! porque yo hubiera querido que me tocase á mí y no á Alejandro; hace diez y ocho meses que juego un terno y no acaba de salir, y dicen que la lotería se va á cerrar pronto; ya veréis como me falta tiempo. Esto es tener desgracia; ha sido menester que le haya tocado á ese Alejandro que cuenta diez y nueve años de edad y no tiene hijos, mientras yo tengo cuatro, y él se va á comer eso con una cuadrilla de pillos y mujeres de mal vivir. Ahora os pregunto si el cielo es justo, Mme. Toureau. ¿Sabéis que tres mil francos pueden sacar á una de apuros muy lindamente?

Esta última frase fué la que causó más efecto á la honrada Mme. Toureau; ella pensó en que su hijo no tendría necesidad de pasar más noches expuesto al frío y á la lluvia; en Julieta, cuya suerte se vería desde luego asegurada, y el demonio la tentó. Pero para realizar más seguramente todas sus esperanzas, y después de reflexionarlo bien, tres mil francos no le parecieron suficientes; necesitaba seis, y jugó un franco á terno seco con los números 12, 36 y 60. La edad de Julieta, de su hijo y la suya.

Al principio sólo quería hacer un ensayo, una sola tentación, acerca de la cual había resuelto guardar un eterno secreto en caso de no salirle á medida de su deseo; pero pronto se aficionó á ja

gar su terno, con tanto más ardor cuanto que la lotería debía cerrarse dentro de poco tiempo. La de París no le proporcionaba suficiente ventaja, y recurrió á la de Lila, luego á la de Lyon, después á la de Strasbourg y últimamente á las cuatro á la vez, y creciendo sus deseos ambiciosos á medida que el momento fatal se acercaba, dobló sus jugadas y hasta las triplicó.

Leonardo supo al fin que, á pesar de su actividad sobrenatural y la de su madre, había deudas en su casa. Los proveedores se negaban á dar más crédito y enviaban sus cuentas, lo que no le había aún sucedido. Él no podía explicarse de qué procedía aquella progresión tan rápida en los gastos, y quiso ver las cuentas; la primera cosa que se ofreció á su vista cuando la buena mujer se las presentó, fué un billete de lotería ya antiguo.

Inmediatamente conoció la causa del mal. Adoraba á su madre, la respetaba, era demasiado semejante á él en sus sentimientos para no haber adivinado en el momento los motivos generosos que la habían impulsado á cometer esta falta, y no quiso humillarla con reconvenciones, contentándose con dar curso en su presencia al dolor que le causaba su embarazosa posición: esta simple demostración bastó á la buena vieja, que le juró no volver á jugar más y que le cumplió la palabra.

Dos meses habían transcurrido desde que se verificó esta explicación, que permaneció oculta como un misterio entre la madre y el hijo, el cual no pensaba más en ello. Un empréstito de cincuenta escudos, hecho á su amo, había cubierto el déficit, y en la modesta morada del cochero, todo

había vuelto al estado normal, cuando una mañana al despertar Julieta contó á sus buenos amigos el sueño que acababa de tener y del que estaba aún sorprendida.

—Me encontraba en medio de un bosque—dijo—en un lugar solitario, agreste, en que había aguas vivas y rocas delante de mí, y á mi izquierda un largo sendero arenoso que daba vuelta repentinamente alrededor de una colina. Estaba pintando un fresno, un fresno enorme, como quien dice, el rey del bosque.

—¿Y estabas sola?—preguntó Mme. Toureau.

—Absolutamente sola—contestó la niña.

—¡Qué imprudencia!—dijo en voz baja Leonardo.

—Toda mi atención—contestó Julieta—la tenía puesta en el árbol, en sus grandes ramas, en sus hojas relucientes, en su tronco arrugado, verdoso y amarillento, cuando dos figuras siniestras se dejaron ver en el sendero: eran dos hombres barbudos, muy feos, que sólo podían tener malas intenciones.

—Ladrones ciertamente—dijo la vieja.

—Uno de ellos tomó á la derecha y otro á la izquierda—añadió Julieta;—pero ambos, sin dar á entender que me miraban, se acercaron á mí por un camino distinto, cuando de repente se volvieron tendiéndome los brazos y haciendo gestos horribles.

—¡Tunantes!—exclamó Leonardo.

—¡Vaya! Yo me asusté mucho, tanto que el miedo no me dejaba fuerzas para gritar ni para moverme. Sin embargo, no sé por qué, me parecía que si me dirigía hacia el fresno me vería libre.

Esta era mi idea, pensando que como acababa de hacer su retrato, debía amarme y protegerme. Era una idea muy rara, ¿es verdad? Pero ya sabéis, en los sueños.... En consecuencia, hice un esfuerzo para ir hacia él, pero no pude conseguirlo; mis pies habían echado raíces en el suelo. Estaba perdida, porque los dos hombres barbudos seguían acercándose é iban á cogermé.

Leonardo cogió convulsivamente una silla que estaba cerca de él y la enarboló con gesto amenazador.

—En aquel momento— continuó Julieta—el fresno vino á socorrermé. Los dos hombres se detuvieron entonces y se echaron á reir viéndole andar; pero inmediatamente el tronco del árbol se abrió como un armario y salieron cuatro soldados muy hermosos, con uniformes galoneados y grandes sables. Todos cuatro llevaban dormanes forrados de piel encima del uniforme, y de su cintura pendía una especie de bolsa de cuero.....

—¡Portapliegos! eran húsares— interrumpió Leonardo.

—Colocáronse en línea delante de mí, y lo que más me admiró es que cada uno llevaba en la bolsa un número diferente.

—¡Un número!— exclamó la vieja, y mirando á su hijo no se atrevió á decir más.

—¡Cada uno el suyo!— replicó Julieta.

—¿Cada uno el suyo?— repitió Mme. Tourneau; ¿y luego?

—¡Luego! Á la vista de los soldados los hombres barbudos huyeron, y yo estaba fuera de todo riesgo cuando desperté.

Después de la narración de Julieta, la vieja permaneció pensativa.

—¡Qué de tonterías se sueñan!— exclamó Leonardo, avergonzado de la emoción que había manifestado tan fuera de propósito, y sentándose en la silla que aun tenía en la mano maquinalmente.

Los tres almorzaron en familia, hablaron de cosas indiferentes y el sueño parecía olvidado. Sin embargo, debía tener sus consecuencias y ser causa de un gran cambio en la existencia de Leonardo y los suyos.

Al conducir á Julieta, no ya á la academia, sino al taller, la madre de Leonardo, después de mil preámbulos y varios circunloquios más ó menos diestros, preguntó á Julieta:

—¿El primero de los húsares que viste en sueños llevaba en el portapliegos el número 12?

—No, pero poco le faltaba; era el número 11; ¿por qué me lo preguntáis?

—Por nada, por nada....— pensaba.—¿Y el segundo? ¿el 36 tal vez?

—No, el 22; exactamente el doble del primero. ¡Oh me acuerdo perfectamente. Todavía los veo en guarismos dorados, sobre un fondo negro de charol que saltaba á los ojos.

—11, 22— pensó la vieja— he aquí un ambo. ¿Y el tercero?

—31.

—¡Bien! ¡ah! tienes muy buena memoria. ¿Estás segura que no te engañas?

—Ya lo creo; no es muy difícil retenerlos cuando se han visto.

Y la buena vieja volvió á decir entre sí:

—11, 22, 31; exactamente tres números de la lotería; un terno, y seguramente mejor que el mío.

¡Oh! ¿por qué no ha soñado antes? ¿No dices que había cuatro soldados?

—Sí; y el cuarto, que era muy buen mozo, tenía, á no dudarlo, el número 77.

La vieja se estremeció; tenía la cuaterna.

Después de dejar á Julieta, Mme. Toureau, al dirigirse hacia el faubourg San Martín, mientras hacía su tarea en casa del dependiente de la casa de comercio, y durante el camino al volver á su casa, no hizo más que decir entre dientes los bienaventurados números, la cuaterna predestinada, para grabarlos en la memoria. Y durante el día y durante la noche, que pasó sin dormir por temor de olvidarlos al despertar, los números 11, 22, 31 y 77 fueron repetidos por ella un millón de veces con los labios y con el pensamiento.

Para fijarlos más profundamente en su memoria, los apellidaba á su manera, aplicándoles á cada uno de ellos la frase adicional é invariable con que Leonardo los acompañaba en el juego de la lotería: 11, las piernas del vecino; 22, los patitos; 31, día sin pan, de miseria en Prusia; 77 las dos hocas. ¡No podían ya olvidarse!

Sin embargo, había hecho juramento á su hijo de no volver á jugar á la lotería, Mme. Toureau no era mujer que faltase á ellos, aunque los hubiese prestado..... á un rey. ¡Pues, bien! por esta vez Leonardo jugaría por ella.

Al día siguiente, no sin nuevos preámbulos, no sin nuevos paráfrasis en espirales y mosaicos, la buena vieja se explicó con su hijo. Leonardo le hizo justas observaciones; esto era arriesgar el volver á las andadas.

—¡Pero no siendo yo quien juega! ¿Quiero yo

acaso jugar? ¿No te he prometido no volver á hacerlo?

—Madre, cuando menos, será dinero perdido, y no tenemos mucho.

—¡Y si fuese dinero ganado! ¡un caudal! ¡y qué caudal! Escucha, hijo; un sueño es á veces un aviso del cielo, y los de Julieta deben venir de allá arriba. Es oro en barras; tengo confianza. Además, nada nos costará; no hay que desembolsar un cuarto. Ahí tengo una medalla antigua del Consulado, que era mi moneda de fortuna, y será una suerte más. El platero de enfrente me ha ofrecido dos francos por ella. Aquí está; corre, y vé pronto á la administración; no hay un momento que perder; mañana sale la lotería de París.

Cuando Leonardo volvió á la tarde, su madre, que estaba en gran conversación con su vecina Mme. Lardenais, le hizo señas de no decir nada delante de ella, porque la pintora de estampas era de un carácter despreocupado y no creía ni en sueños ni en la lotería, y Mme. Toureau temía perder su estimación dándole parte de sus esperanzas, ó ser objeto de sus burlas si no tenían buen resultado. Sin embargo, llamó á su hijo aparte y le preguntó si había jugado los números.

—Está hecho— contestó Leonardo;—y hasta he añadido un franco de mi bolsillo. ¿Estáis contenta?

Apenas salió, cuando la buena mujer, por una de esas mil contrariedades naturales al corazón humano, no pudiendo resistir á los impulsos de la sola idea que la dominaba entonces, lo contó todo á su vecina, que en efecto se rió mucho de su credulidad.

Aquella noche Leonardo no volvió, porque le tocaba el servicio extraordinario.

A pesar de haber pasado en blanco la noche precedente, Mme. Toureau durmió muy poco, y durante los cortos instantes que se entregó al sueño, Julieta, que estaba acostada á su lado, la oyó agitarse convulsivamente repetidas veces, gritando: 11, 22; ¡los patitos, las dos horcas! Sin embargo, al fin la naturaleza hizo valer sus derechos, y aunque la mañana estaba ya muy avanzada, la vieja, recobrando el tiempo perdido, estaba aún sumergida en una profunda inmovilidad reparadora.

De repente llamaron á la puerta.

—¿Quién está ahí?—preguntó Julieta, que estaba ya levantada.

—¡Soy yo! ¡soy yo! ¡abrid pronto! dijo una voz, la de la vecina.

La madre Toureau se despertó sobresaltada, se arrojó de la cama, y mientras se echaba un vestido con precipitación, creyendo que estaba la casa ardiendo, Julieta abrió á Mme. Lardenais, que pálida, asustada y temblando, dijo dirigiéndose bruscamente á la viuda Toureau:

—¿No me habéis dicho once?

—¿Once qué?—preguntó ésta como fuera de sí.

—¡Ah! ¡11! ¡las piernas del vecino!..... once..... si..... ¿qué hay?

—Que ha salido.

—¿De veras? ¿y el 22?

—También ha salido.

—¿Y el 31? ¿y el 77?—preguntó la vieja casi sin aliento.

—¡Todos han salido! ¡Tomad! ahora mismo

acabo de comprar esta lista en la administración de la calle de Montmartre.

—¿Una cuaterna!

La casa parecía hundirse con la alegría de las tres dichosas criaturas, que se arrojaban en los brazos unas de otras llorando, que se miraban, se consultaban para asegurarse que no habían perdido el sentido; luego, después de un momento de silencio, se ponían á saltar, á gritar, á bailar, las dos viejas principalmente, porque la joven se asociaba á su alegría sin casi preguntar la causa.

—¡Una cuaterna! ¡Un millón! repetían. Y madame Lardenais tiraba por alto su cofia, sin cuidarse de sus cabellos blancos que no se habían mostrado al público hacía mucho tiempo; mientras la económica Mme. Toureau, para dominar los excesos demasiado violentos de su dicha, cogía su vajilla, sus muebles, y los rompía todos.

En aquel momento se dejó oír una música en la calle, y la puerta se abrió con cuidado; era Leonardo, con una cara radiante y ocultando algo bajo los pliegues de su capote. Todas se arrojaron á él.

—¿Qué tenéis todas?—exclamó, protegiendo con sus brazos el paquete que traía; ¡los cabellos flotantes.... la vajilla rota!..... ¡acaso estáis riendo! ¡oh, oh!

—¿No lo sabes aún, hijo? ¿no has visto la lista? Y la música, ¿no la oyes?

—¿La música? Es un organillo que pasa..... ¿y qué?

—Que la cuaterna..... ha salido..... ¡un millón! ¡Somos millonarios! ¡gracias á Julieta, á su sueño, á sus húsares! ¡gracias á la lotería, en fin!

Leonardo abrió los ojos extraordinariamente,

sus facciones se contrajeron y se puso pálido como la muerte.

—¡Una cuaterna! ¿ha salido? ¿estáis seguras?

—Toma, mira la lista.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó al fin Leonardo con una voz desconsolada.—¡Una cuaterna!... ¡la lotería!... ¡Pero si no he jugado, madre!

Un triple grito se oyó.

—¡No tengas tales chanzas, muchacho!—dijo su madre medio enfadada, medio cariñosa, y con una risa forzada;—ya ves que haces mal. ¡Oh! seguramente has jugado; tú me lo has dicho. Además, ¿qué tienes guardado bajo tu capa? ¿un saco de dinero sin duda? un gran saco lleno de oro.... de billetes de Banco, ¿es verdad? Veamos, veamos; no nos hagas sufrir más tiempo. ¿Acaso no te vi entrar en casa del platero á cambiar mi moneda? Tú has añadido por tu parte.... ¿Era para jugar á la lotería?

—¡Era para comprar esto!—contestó Leonardo, cuyas facciones habían pasado del color blanco al purpurino. Y levantando su capote echó sobre la mesa un objeto cuidadosamente envuelto en un pliego grande de papel.

Aquel papel contenía una cofia para Julieta.

Aquella cofia había costado un millón.

QUINTO VIAJE.

EL INGLÉS.—METAMORFOSIS.—UN LECHO DE MUERTE.

Nuestro amigo tardó algún tiempo en reponerse de su sorpresa y aflicción, y no se consoló hasta que hubo ofrecido á su madre y á Julieta, no una compensación de lo que les había hecho perder, sino al menos alguna mejora en su condición. Para conseguir este objeto no le arredró la idea de enajenar su libertad, su libertad que le era tan querida, su vida indiferente é independiente en las calles de París, renunciando á sus lecturas, mientras estaba esperando parroquianos, ó sus conversaciones durante los viajes; dejó su cabriolé, su morada ambulante, donde no le faltaban buenos encuentros, donde con suma facilidad tenía tantas ilusiones de felicidad; separóse de su caballo, de su caballo á quien quería como un árabe al suyo; de su caballo que por espacio de ocho años no había sido cuidado por otras manos sino por la suya. Por Julieta hizo mayor sacrificio aún: consintió en no vivir bajo el mismo techo que ella y en verla pocas veces.

sus facciones se contrajeron y se puso pálido como la muerte.

—¡Una cuaterna! ¿ha salido? ¿estáis seguras?

—Toma, mira la lista.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó al fin Leonardo con una voz desconsolada.—¡Una cuaterna!.... ¡la lotería!.... ¡Pero si no he jugado, madre!

Un triple grito se oyó.

—¡No tengas tales chanzas, muchacho!—dijo su madre medio enfadada, medio cariñosa, y con una risa forzada;—ya ves que haces mal. ¡Oh! seguramente has jugado; tú me lo has dicho. Además, ¿qué tienes guardado bajo tu capa? ¿un saco de dinero sin duda? un gran saco lleno de oro.... de billetes de Banco, ¿es verdad? Veamos, veamos; no nos hagas sufrir más tiempo. ¿Acaso no te vi entrar en casa del platero á cambiar mi moneda? Tú has añadido por tu parte.... ¿Era para jugar á la lotería?

—¡Era para comprar esto!—contestó Leonardo, cuyas facciones habían pasado del color blanco al purpurino. Y levantando su capote echó sobre la mesa un objeto cuidadosamente envuelto en un pliego grande de papel.

Aquel papel contenía una cofia para Julieta.

Aquella cofia había costado un millón.

QUINTO VIAJE.

EL INGLÉS.—METAMORFOSIS.—UN LECHO DE MUERTE.

Nuestro amigo tardó algún tiempo en reponerse de su sorpresa y aflicción, y no se consoló hasta que hubo ofrecido á su madre y á Julieta, no una compensación de lo que les había hecho perder, sino al menos alguna mejora en su condición. Para conseguir este objeto no le arredró la idea de enajenar su libertad, su libertad que le era tan querida, su vida indiferente é independiente en las calles de París, renunciando á sus lecturas, mientras estaba esperando parroquianos, ó sus conversaciones durante los viajes; dejó su cabriolé, su morada ambulante, donde no le faltaban buenos encuentros, donde con suma facilidad tenía tantas ilusiones de felicidad; separóse de su caballo, de su caballo á quien quería como un árabe al suyo; de su caballo que por espacio de ocho años no había sido cuidado por otras manos sino por la suya. Por Julieta hizo mayor sacrificio aún: consintió en no vivir bajo el mismo techo que ella y en verla pocas veces.

Un rico inglés, habiendo oído hablar del carácter honroso al par que decidido de Leonardo, de su sobriedad, de su inteligencia, le había ofrecido tomarlo á su servicio en calidad de cochero, con un salario doble del que podía ganar anualmente con su cabriolé, á cuyo salario había que añadir las ventajas de darle casa, comida y ropa. Después de haber vacilado durante algún tiempo, Leonardo aceptó al fin, siempre pensando en Julieta.

Por espacio de dos años se sometió con resignación á su nueva ocupación, que sin embargo le rebajaba algo en su propia estima, porque decía: ya no tengo parroquianos, tengo un amo, estoy sentado en un pescante, no estoy en mi casa; el carnaje tiene dos caballos, cuatro ruedas, y por más que quiera hacerme ilusiones sobre mi posición, estoy muy cerca de parecerme á un cochero de simón. La sola diferencia consiste en que conduzco un coche particular.

El tercer año especialmente le fué muy duro. Su Milord permaneció ocho meses en el campo, y hasta el invierno no pudo Leonardo ver alguna que otra vez á Julieta y á su madre.

Aquella no era ya una niña: tenía quince años, era hermosa, sus formas se habían desarrollado con suma gracia, sus ojos eran negros y lánguidos, sus maneras dulces y graves á la vez, y una especie de indolencia en toda su persona, que le daba un encanto que no podría fácilmente esperarse de la pupila de un cochero de cabriolé.

Leonardo, á quien ocho meses de ausencia ponían en estado de juzgar por comparación de la metamorfosis experimentada por la linda joven, al verla por primera vez á su vuelta, guiñó un ojo con

malicia, hizo cierto ruido extraño con la lengua, peculiar á todos sus camaradas, y después de haberla abrazado tiernamente,

—¡Caramba! señorita Julieta, ¡qué grande y qué hermosa estás!—dijo mirándola con atención;—ya has acabado tu aprendizaje de dibujo, y preveo que pronto será menester que empieces otro lajo la dirección de algún lindo joven que sea tu marido; pero este aprendizaje no es el más largo. De todos los oficios no hay uno que más pronto se aprenda ni que más tarde en olvidarse.

Y volviéndose hacia su madre, que en vano se esforzaba en hacerle comprender por señas que no continuase hablando en este tono y sobre este particular, añadió en una especie de contemplación y jugando con los dedos:

—¡Caramba! ¡caramba! ¡cuántos saludos van á llover sobre nosotros! Esto hará que estemos frescos y abanicados durante la canícula.

—¡Vamos! ¡calla!—le dijo la buena mujer, que veía que á pesar de todos sus esfuerzos, su pantomima quedaba sin comprenderse.—Dime si es conveniente venir á hablar de casamiento á una muchacha de quince años.

—Yo no hablo sino para dentro de un par de ellos—contestó Leonardo sin prestar atención á los nuevos signos telegráficos que le hacía su madre.—A los diez y siete años una muchacha es ya una mujer; su corazón empieza á hablar y algunas veces más de lo que se quiere.... Yo he conocido algunas, cuando tenía edad para ello.

Leonardo se detuvo de repente, no por las señas que su madre le hacía, sino al ver que un ligero sonrosado cubría las mejillas de Julieta.

—¡Todo eso es una tontería!—dijo la vieja.— Yo sostengo que una muchacha no debe pensar en casarse hasta la edad de veinte á veintidós años.

—Escuchadme, madre—dijo Leonardo tomando un aire de predicador;—desde la última revolución las opiniones son libres; respeto las vuestras, y hasta las de las muchachas de treinta años que aun no están casadas, lo cual no atribuyo sino á gusto especial, pero permito á la *nena* que no las siga.

—¿Yo?—dijo Julieta interviniendo tímidamente en el debate.—¡Oh! ¡Dios mío! ¡qué me importa! me casaré después, si en esto os diese gusto. Sólo hay una cosa que yo desee.

—¿Cuál?—preguntaron á la vez la madre y el hijo.

—¡No dejáros nunca ni al uno ni al otro!

Dos gruesas lágrimas brillaron en los ojos de Leonardo. Julieta, antes que él hubiese pensado en enjugarlas, estaba en sus brazos, á los que atrajo á la buena vieja, y teniéndolos á ambos abrazados, les dijo:

—¿Dónde encontraré yo corazones parecidos á los vuestros? Yo misma, ¿podré amar á nadie tanto como á vosotros? ¿A qué hablarme ya de separación? ¿No es bastante que por mí, por mi bien, hayáis estado separado de nosotras tanto tiempo, Leonardo? Cuando pueda yo ganar dinero á mi vez, cuando os sea permitido volver á vivir con nosotras como antes, ¿será acaso cuando deba pensar en dejáros?

Leonardo estaba sollozando.

Así que Julieta se alejó, le dijo su madre:

—¿Dónde te se había ido el juicio, que vienes á meterle semejantes ideas en la cabeza?

—¿Qué sé yo?—contestó Leonardo, entre enfadado y arrepentido, sentándose en la cama por sentirse fatigado con la dulce emoción que acababa de experimentar;—era solamente por decir algo.

—No es porque yo trate de dejarla cumplir la cuarta parte de un siglo sin darle un marido—continuó Mme. Toureau;—todo lo contrario. Pero ya ves, muchacho, es menester no imbuir demasiado pronto á las jóvenes en esas ideas. Algunas veces bullen sordamente, fermentan sin saberlo ellas mismas, y las vuelven locas é incapaces de corrección. Tú sabes dirigir tus caballos, hijo mío; pero en cuanto á muchachas, créeme, no entiendes nada, absolutamente nada.

—De muchachas honradas, es posible—contestó Leonardo.

Su madre continuó:

—Julieta nos es necesaria; nosotros la queremos.... tú la amas, ¿es verdad?

—¡Oh! ¡muchísimo!—exclamó el buen cochero.

—En cuanto llegue á dejáros será un desconsuelo para ambos. Pues bien, dejadme á mí obrar, y si no contrarías mis proyectos, se casará, y antes de mucho, de aquí á dos años, como tú mismo has dicho, sin que se vea obligada á dejáros por eso.

—¡Bah!—dijo Leonardo—¿qué medio habéis encontrado, madre? ¿á qué galan le habéis echado el ojo?

—A tí, muchacho.

—¡Cómo!..... ¡quién!..... ¿yo?..... ¿yo?.....

—Tú eres quien te casarás con ella.

—¡Vamos! ¡queréis burlaros!—exclamó Leonardo levantándose y recorriendo la sala á pasos

largos encogiéndose de hombros. ¡Casarme yo con la *nena!*..... ¡Estáis soñando, madre! ¿Me querrá ella acaso? ¿por ventura no soy demasiado viejo?

—Yo sé lo que me digo, hijo, y no estoy soñando..... Mientras que tú has estado con tu Milord en el campo, he estudiado el corazón de tu *nena*, como la llamas, y he preparado el camino; no es que yo le haya dicho nada de casamiento; pero le he hecho comprender con buen modo y á manera de conversación, todo lo que te debe y todo lo que vales. Ella está bien dispuesta, ¡vaya! ¿querrás creerlo? hasta en ese desgraciado asunto de la lotería te da la razón, diciendo que había miles y cientos á apostar que la cuaterna no saldría, y que con lo que tú hiciste estabas seguro de traer siempre alguna cosa..... pero no hablemos más de eso, porque te apesadumbras..... nosotros ya no pensamos en ello. Tanto le he dicho á Julieta, muchacho, que cuando supo que había sido ella, y su educación, y el deseo de proporcionarle una buena posición en el mundo, la causa de que hubieras hecho un servicio doble por las noches, de que hubieras consentido en renunciar á tus costumbres, á dejar á tu anciana madre, la pobre niña, no era reconocimiento lo que experimentaba, sino una adoración por tí..... ¡Si supieras cómo me ha hablado de tí con lágrimas en sus bellos ojos! ¡cómo, de día y de noche te nombra rogando á Dios! ¡Si supieras cuán bueno, cuán hermoso te encuentra! Ella no quería creer que tenías cuarenta años; es verdad que yo le dije que no contabas más que treinta y siete. En fin, este matrimonio se hará; se hará, porque es idea mía, porque yo quiero, porque después de mi muerte es menester

que haya alguien que te consuele, que te ame.

Hasta entonces Leonardo sólo había experimentado por Julieta el cariño de un padre por una hija, de un protector por su protegida. La amaba con exceso porque la había salvado, porque la había criado, porque le causaba orgullo verla tan inteligente, tan hermosa, crecer bajo su protección; porque por sí mismo, de un carácter enérgico y apasionado, sólo había derramado la superabundancia del afecto que contenía su corazón en Julieta y en su madre. Jamás había pensado en ver en ella otra cosa sino su hija, su pupila, un objeto de sus pensamientos, de sus trabajos, un ídolo formado para adorarlo, pero pura y santamente.

Después de las confianzas de su madre, Leonardo persistió aún algún tiempo en tratar como sueños los planes formados por ésta; pero á pesar suyo, cada vez que veía á Julieta, este nuevo pensamiento que le habían hecho bullir en la cabeza sin haber entrado en ella enteramente, le asaltaba con violencia y modificaba, por más que hacía, la naturaleza de sus relaciones con la linda joven. Ya no se atrevía á mirarla con una expresión demasiado viva, y apartaba los ojos de ella para hablarla; recibía sus caricias con embarazo, con turbación, y se las devolvía con timidez. Su lenguaje no era el mismo; lo despojaba de su rudeza y hasta de su franqueza ordinaria, escogiendo las palabras al dirigirse á ella. No se presentaba delante de Julieta, en su propia casa, sino después de haber cuidadosamente inspeccionado su vestido y organizado minuciosamente sus menores detalles; todo, decía, para hacer honor á su amada.

El que en otros tiempos espiaba con avidez la ocasión de pasar algunos instantes con su pupila y se apartaba de su camino para verla en la ventana, se dirigía ahora á su casa con una especie de angustia; y si dejaba escapar alguna ocasión de ir, sentía en su corazón una especie de alegría como un triunfo; pero era una alegría amarga, un triunfo doloroso.

Leonardo luchaba en vano; lo que él creía evitar, lo veía en todas partes; el pensamiento que había desechado había llegado á ser una idea fija, y lentamente, gradualmente, á pesar de sus inútiles esfuerzos, sufría poco á poco la extraña transformación del padre en amante.

Entretanto el invierno pasó sin que él quisiera confesarse á sí mismo la naturaleza de sus nuevas emociones, no atribuyendo la turbación que sentía al ver á Julieta, sino á la falta de costumbre de verla diariamente como antes. Los hábitos de familia se perdían; la ausencia había matado á la familiaridad; pero decía entre sí: no nos amamos menos por eso, que es lo esencial.

Tenia razón; él no la amaba menos, la amaba tal vez más.... pero la amaba de otro modo.

—¡Ah! caballero—me decía con una viva expresión de agonía—¿quién hubiera podido adivinar el día que luchaba en medio del río entre la madre y la hija, sin saber en favor de quien había expuesto mi vida, que tenía á la derecha á la mujer que más había amado en mi vida, y á la izquierda á la que tanto había de amar después? Sí—continuó con una voz ahogada—aquel día, cuando el objeto de mis amores de joven perecía á mi lado, saqué del agua mi amor de la edad madura,

mi verdadera pasión, mi desolación para toda la vida. Beatriz se vengaba de mí por medio de su hija.

En la primavera, Leonardo volvió al campo con su Milord, y dejó á París, en donde se encontraba tan mal y tan turbado, con mucho más sentimiento que la vez anterior.

El pobre hombre atribuía la causa de esta rareza á que como iba envejeciendo no le agradaba la variación de vida. Privado de la vista de Julieta durante el estío, concluyó por creer que la tranquilidad del campo, los árboles, las flores, el sol, le eran naturalmente antipáticos, y echaba de menos la gran ciudad, los altos palacios, las nieves y las nieblas y los obstáculos que impiden el paso de los carruajes en las calles.

—¡Enhorabuena!—decía—en París hay algún mérito en ser un cochero hábil; es menester abrirse paso por entre la multitud sin atropellar á nadie, ni á los niños, ni aun á los objetos expuestos al público á la puerta de las casas; es menester saber escurrirse diestramente entre un montón de piedras que amenazan romper las ruedas de vuestro carruaje y un cabriolé que se obstina en disputaros el paso; es menester escapar de los ómnibus, de los carros cargados de muebles, de los del gas portátil; evitar los andamios de las obras sin subir por las aceras, y mantenerse durante los hielos al nivel de los mejores carruajes de los Duques y Pares. ¡Allí por lo menos se ejercita uno! Allí hay lucha y placer. Se siente uno estremecer al menor movimiento, oye el ruido de las ruedas.

¡Allí está la vida! Pero aquí, en estos caminos llanos, de tierra y arena, no hay más que ir dere-

cho, sin ruido, sin obstáculos; ¡vaya! ¡oficio de ciego! Esto es gastarse, degradarse, morir de vergüenza y de tedio.

Entonces el buen Leonardo echaba de menos su cabriolé y su caballo, sus fatigas, sus camaradas, y hasta el vinillo de la barrera, al que sin embargo había renunciado.... Se volvió triste, uraño, pendenciero, hasta que un día, no pudiendo soportar más, resolvió recobrar lo que llamaba su libertad, renunciar á la casa de campo del Milord, para volver á su boardilla; dejar los magníficos caballos alemanes del inglés para conducir de nuevo una miserable jaca á la que quería aun más; pero cuando se disponía á despedirse de su amo, vinieron á advertirle que éste le llamaba para un negocio importante.

—Leonardo—le dijo éste—voy á emprender un viaje muy largo; pienso pasar á América, á Africa, al fin del mundo, ¡qué sé yo!....

Según este preámbulo, nuestro amigo previó que la licencia que venía á pedir para marcharse se la iban á dar; ya se volvía á ver en París cerca de Julieta, y por uno de esos cambios súbitos del corazón que son más fáciles de comprender que de explicar, esta idea le hizo estremecer, no de alegría, sino de miedo. En el momento decisivo, en el momento de volver para siempre á la gran ciudad, una súbita revelación le decía que Julieta era la sola causa de su vuelta.

—Yo no puedo llevar conmigo á todas mis gentes—continuó el inglés.

—¡Sí, la amo!—se decía Leonardo en voz baja mientras el otro hablaba;—pero ella, ¿cómo ha de quererme, sino como á un padre? ¿Qué iré á ha-

cer en París? ¿Atormentarla? ¿hacerla desgraciada y sufrir mil suplicios á la vez?

—Ya comprendes—añadió su interlocutor—que en un viaje, y sobre todo en un viaje semejante, no se necesita un cochero.

—¡Qué lástima!—pensaba Leonardo;—¡tenía tan buen salario! ¿Ganaré bastante en París para poder mantener á mi madre y á Julieta con las comodidades á que las he acostumbrado, gracias á la generosidad de este buen amo á quien quería dejar? ¡Ah! ¡soy un ingrato, un egoísta!

—Pero si no necesito un cochero—continuó el inglés—me es indispensable un servidor fiel, valeroso, un hombre de confianza, en fin, que sea mi compañero más bien que mi criado, que me haga llevadero el tedio del camino, que sea depositario del dinero y lleve las cuentas; que esté á mi lado si me amenaza algún peligro. Te conozco, Leonardo; eres un hombre hoarado y de corazón; necesito tu probidad y tu valor; ¿quieres venir conmigo?

Apenas pronunció estas palabras, cuando Leonardo exclamó: «¡iré!» contentísimo de no ver cumplidos los votos que hacia pocos instantes antes; y para no perder su entusiasmo, se ocupó inmediatamente en los preparativos del viaje.

Al ir á dejar la Francia, al alejarse de ella, al desterrarse quizás para siempre, su primer cuidado fué hacer sus arreglos para que su madre pudiera tomar el importe de su salario. El Milord se encargó de ello, y aun aseguró, para el caso en que sucediera algún accidente á Leonardo, una pensión á Mme. Toureau y á su hija adoptiva.

Ya nada le quedaba que hacer á nuestro viaje-

ro, sino anunciar á aquéllas su resolución, su marcha y las ofertas generosas de su amo; pero le faltaba valor para ello, porque sabía que las pobres mujeres iban á llorar mucho al recibir esta buena noticia.

No queriendo volverlas á ver, tenía por precisión que escribirlas. Así lo hizo.

El mismo día recibió una carta de Julieta que le anunciaba que su madre estaba enferma y quería verle.

Leonardo dió á todos los diablos el Africa y la América, y aquella misma noche se puso en camino para París.

Cuando se halló en la calle del Cuadrante, su emoción fué tal, que apenas pudo reconocer la entrada de aquella callejuela que le era tan familiar; su vista se turbó, sus piernas no podían sostenerle al subir aquella escalera que había subido tantas veces, un ruido sordo vibraba en sus oídos. Habiendo llegado al cuarto piso, se puso á escuchar, y creyó oír voces y risas; tranquilizóse con esto, pensando que su madre sólo tendría una leve indisposición, y que Julieta se había alarmado sin motivo.

La puerta estaba entreabierta, empujóla y entró.

La morada de la viuda Toureau se componía de dos piezas; Leonardo se encontró solo en la primera, escuchó de nuevo y ya nada oyó. Poco después una voz llegó á sus oídos, pero una voz desconocida; creyó haber equivocado el cuarto; miró alrededor de la habitación y vió que le faltaba su principal adorno, su propio retrato dibujado por Julieta.

Mientras que Leonardo permanecía así indeciso sin saber qué hacer, un hombre salió de la pieza interior; un sacerdote. Leonardo se arrojó á su aposento; su madre estaba moribunda, y aquellas voces, aquellas risas comprimidas que había oído, eran oraciones y sollozos.

Al verle, la buena vieja pareció reanimarse.

—¡Ah! ya estás ahí, Leonardo? Alabado sea Dios; él es quien te envía para recompensarme, por haber pensado en él al pensar en tí; pero ya creía que sólo podía despedirme de tu imagen y no de tí.

Leonardo observó entonces que su retrato, descolgado de la pared de la primera pieza, había sido colocado al pie del lecho de la enferma, enfrente de ella. El buen hombre hizo un esfuerzo para articular algunas palabras.

—Todo lo que puedas decirme, lo sé—continuó Mme. Toureau interrumpiéndole;—déjame hablar mientras me quedan fuerzas para ello.

Después una sonrisa asomó á los labios pálidos y delgados de la enferma, y mostrándole con la mano á Julieta arrodillada y llorando en un rincón, le dijo:

—Tráemela, porque tengo que hablar con ambos.

Leonardo la miró fijamente con aire de inquietud y duda.

—Haz lo que te digo, muchacho; los momentos son preciosos, y no quiero dejaros sin haber asegurado vuestra felicidad.

—¡Madre mía! ¡madre mía!—exclamó Leonardo;—pensemos en vos, en vos sola.

—¡Ah!—dijo la pobre mujer sonriendo nueva-

mente, pero con grande esfuerzo, y reconviniéndole dulcemente;—por esta vez me escucharás sin desmentirme. Tú la amas, Leonardo, bien lo sé, no me equivoco; además lo he conocido; pero si no lo arreglara todo antes de morir, serias capaz de no decirle una palabra; y sin embargo, no es ella la que debe empezar.

—¡Callad, buena madre!—dijo Leonardo en voz baja arrodillándose al pie de su cama:—¡que no os oiga!

—Aunque no me oyera, querido hijo, ella comprendería lo que yo te digo en este momento, porque sabe muy bien tu *nena* cuál es el único pensamiento que me ocupa hace más de un año. Ven, hija mía, mi querida nuera.

Leonardo se estremeció á este nombre, y con aire de súplica hizo señas á su madre que no insistiera; pero ésta no hizo el menor caso y trató, aunque en vano, de sentarse en la cama.

—Ven—continuó la enferma— porque él no quiere ir á buscarte.

Julietta, pálida como la muerte y derramando un torrente de lágrimas, se acercó á la cama y se arrodilló junto á Leonardo.

Este no se había aún atrevido á mirarla; estaba temblando, y sólo dirigía la vista á su madre, temiendo leer en las facciones de Julieta un solemne mentís á la voluntad perseverante de la pobre vieja.

La moribunda tomó las manos de ambos entre las suyas y les dijo:

—Hijos míos, tan pronto como deje de existir, ambos, por cariño, de buena voluntad, seréis marido y mujer. Muchacho, sé que ella es dema-

siado joven todavía para casarse; pero dentro de un año, de dos tal vez, se hará la ceremonia. Entretanto, tú serás su padre, su amigo. Juradme, pues, que desde hoy os consideraréis como unidos el uno al otro.

Julietta fué la primera que alzando la mano exclamó:

—Lo juro.

Leonardo cogió aquella mano en un trasporte de alegría y felicidad, diciendo:

—Sí, madre mía; sí, os lo juramos. Si, juro que Julieta será mi mujer, como ahora es mi hija, mi hija querida; juro hacerla feliz, reemplazaros para con ella, velar sobre ella como sobre mi hija, sobre mi bien, mi solo bien, y por toda mi vida.

En seguida, levantándose, se atrevió á mirar por primera vez á Julieta, que fijaba en él sus ojos con una mirada llena de ternura; la atrajo á sus brazos, la estrechó contra su corazón, y cuando después se volvió hacia su madre, lanzó un grito terrible.

Mientras que su hijo se entregaba á los excesos de su alegría y ventura, la pobre vieja habia exhalado el último aliento.

Al acabar de contarme este nuevo capítulo de su historia, Leonardo detuvo su caballo, bajó la tapa de su cabriolé y me dijo:

—Ya estáis en vuestra casa, caballero.

—¡Ya!—le contesté yo, añadiendo como por vía de lástima:—¡Pobre Leonardo! La muerte de vuestra madre ha debido ser para vos un pesar bien grande.

—¡Oh! ¡Si no fuera más que eso!—me respondió con una mirada y un aire que parecían desafiar al

destino.—Puesto que hemos empezado, aun me queda algo que deciros. Tenemos todavía para dos largos viajes. Ya veréis que la muerte de mi madre fué tal vez el golpe menos sensible que me deparraba la suerte, porque al fin este acontecimiento debía suceder tarde ó temprano, y tengo que contaros otros cuya posibilidad vos mismo no podríais imaginar. Hasta mañana, caballero.

—Adiós, Leonardo; no dejes de venir á buscarme para llevarme al Palacio de Justicia. Adiós.

SEXTO VIAJE.

ALOJAMIENTO PARA DOS.—UN AMOR HEROICO.
 DRAMA EN CABBRIOLÉ.

Al día siguiente, según teníamos convenido, Leonardo vino á buscarme por la mañana temprano para conducirme de nuevo al Palacio de Justicia, adonde mi condición de jurado debía llevarme ocho días más todavía.

No pretendo atacar la institución del Jurado, ni la de la Guardia nacional; ¡no lo quiera el cielo! pero ambas imponen duras obligaciones á muchas pobres gentes que son, á pesar suyo, malos soldados y malos jueces; los primeros durante las horas del servicio militar sienten frío, dan patadas en el suelo, meneando los hombros y las caderas, llevando la gorra de pelo con la gracia y la resignación que los muchachos de la escuela la coraza con que los exponen á la vergüenza, y piensan mucho más en el tiempo precioso que están perdiendo que en su consigna; los segundos en su silla curial, alestargados con un reposo corporal á que no están acostumbrados, narcotizados con la elocuencia vaporosa de los señores del tribunal, á la que no es-

destino.—Puesto que hemos empezado, aun me queda algo que deciros. Tenemos todavía para dos largos viajes. Ya veréis que la muerte de mi madre fué tal vez el golpe menos sensible que me deparraba la suerte, porque al fin este acontecimiento debía suceder tarde ó temprano, y tengo que contaros otros cuya posibilidad vos mismo no podríais imaginar. Hasta mañana, caballero.

—Adiós, Leonardo; no dejes de venir á buscarme para llevarme al Palacio de Justicia. Adiós.

SEXTO VIAJE.

ALOJAMIENTO PARA DOS.—UN AMOR HEROICO.
 DRAMA EN CABBRIOLÉ.

Al día siguiente, según teníamos convenido, Leonardo vino á buscarme por la mañana temprano para conducirme de nuevo al Palacio de Justicia, adonde mi condición de jurado debía llevarme ocho días más todavía.

No pretendo atacar la institución del Jurado, ni la de la Guardia nacional; ¡no lo quiera el cielo! pero ambas imponen duras obligaciones á muchas pobres gentes que son, á pesar suyo, malos soldados y malos jueces; los primeros durante las horas del servicio militar sienten frío, dan patadas en el suelo, meneando los hombros y las caderas, llevando la gorra de pelo con la gracia y la resignación que los muchachos de la escuela la coraza con que los exponen á la vergüenza, y piensan mucho más en el tiempo precioso que están perdiendo que en su consigna; los segundos en su silla curial, alestargados con un reposo corporal á que no están acostumbrados, narcotizados con la elocuencia vaporosa de los señores del tribunal, á la que no es-

tán habituados, ponen la mayor atención en tener los ojos abiertos, mientras que duermen interiormente, ó á veces sufren tantos tormentos morales como el acusado cuya suerte van á decidir.

Una de mis compañeros de infortunio en el tribunal territorial me decía:

—Caballero, mi última guardia me valió un resfriado que me tuvo tres semanas en cama. Al levantarme supe que había sido nombrado jurado, por cuya circunstancia tengo que añadir quince días más al tiempo ya perdido. Ignoro si es ésta la manera con que se consigue la libertad, pero sé muy bien que no gozo de la mía. Parece que el medio de contentar á todos con la libertad en general es privar á cada uno de la suya particular.

—En este asunto soy de la misma opinión—le contesté.

—Yo soy comerciante—continuó—y temo mucho que mis negocios sufran extraordinariamente con mi guardia y con mi quincena de judicatura.

—Yo soy un hombre de letras, autor dramático, y como tal tengo algo de comerciante también, y experimento los mismos temores.

—Yo tengo cuentas que arreglar, entradas, cobranzas que hacer, obreros que dirigir, escrituras que poner en orden, una rivalidad formidable que sostener. ¿Qué medios hay para llenar tantas obligaciones?—añadió mi compañero de esclavitud.

—Y yo trabajos literarios que continuar, ensayos que dirigir, pruebas que corregir, cajistas, librereros, directores que satisfacer. ¡Cómo salir bien de todo esto!

—Creo—añadió mi comerciante para terminar la conversación—que la Guardia nacional y el Ju-

rado entran por mucho en el número inmenso de quiebras que se multiplican de día en día.

Y lanzó un suspiro.

—Y en la no menos grande cantidad de libros que abortan y piezas teatrales que sucumben—le contesté yo suspirando más fuerte que él.

Volvamos á Leonardo.

En el primer momento de dolor causado por la muerte de Mme. Toureau, ni Julieta ni él pensaron en vivir de distinta manera que anteriormente. Leonardo ocupaba la primera pieza y Julieta la segunda, la de la difunta, pareciendo como si la pobre mujer estuviera aún allí para salvar todo lo que esta situación podía tener de peligroso y de irregular. Digamos francamente también que una razón de economía obligaba á los dos huérfanos á vivir juntos.

Lo que forzaba á nuestro amigo y á su pupila á cerrar los ojos á las graves consideraciones del *qué dirán*, era sobre todo que el término del alquiler había ya empezado, y era menester concluirlo, bajo la pena de cargar con dos alojamientos. En la clase á que pertenece Leonardo, las cuestiones morales ceden ante las cuestiones positivas.

—Yo no tengo ya familia—se decía cuando entraba en materia con su propia conciencia;—¿á quién confiaré á Julieta? ¿á personas extrañas? ¡Vaya! ¿puedo separarme de ella?... ¡imposible!... Además, ¿no debemos llegar á ser marido y mujer y considerarnos casi como tales desde este momento?... Mi madre fué quien lo dispuso, y la voluntad de los moribundos es sagrada.

Sin embargo, durante el primer mes pareció volver á representar con Julieta su papel de padre. Si

acaso suspiraba al mirarla, era porque pensaba en lo que ambos acababan de perder; si la estrechaba en sus brazos, era para confundir sus lágrimas, y si besaba sus ojos, era para enjugar las que se desprendían de ellos.

Apenas pasó el mes, Leonardo sintió renacer su amor como el fuego bajo la ceniza que lo ha comprimido sin apagarlo. Llega el momento en que calentándose las mismas cenizas dejan paso á las llamas, y pronto, si la chimenea tiene menos brillo, da tal vez más calor.

Des penas que se confundan bastan quizá á engendrar una pasión. Juzgad, pues, cuando la pasión existe ya imperiosa y tenaz, más enérgica aún con los esfuerzos que se han hecho para contenerla.

Por la mañana, Leonardo se levantaba antes de amanecer, á fin de cuidar á su caballo y tomar su puesto con el cabriolé, porque había vuelto á su antigua profesión; pero antes de salir de casa iba cuotidianamente á dar un beso á Julieta en la cama y á convenir con ella en la hora en que podrían verse durante el día. Ordinariamente hallaba medio de venir á buscarla á eso de las diez para llevarla á la fábrica donde había entrado últimamente en calidad de aprendiz de pintura en porcelana.

En esto únicamente habían terminado por entonces las magníficas y brillantes esperanzas concebidas por su carrera artística.

Sin embargo, ganaba algún dinero que Leonardo le cedía generosamente para los gastos de vestido, haciéndose un honor en pagar por sí solo los de casa y manutención común.

Por la noche, cuando entraba, cenaba con ella, teniendo algunas veces el placer de leerle la novela de moda por vía de postre; y cuando se trataba de amor, cuando llegaba á una de esas escenas apasionadas que se encuentran en todas las novelas, la voz del lector temblaba y perdía su fuerza, y miraba á la joven con ojos de los que parecían salir chispas; pero Julieta no se asustaba por tan poco. Atribuyendo la alteración de la voz de Leonardo sólo al cansancio de la lectura, le invitaba á cerrar el libro, ó acercándose á él y apoyando negligentemente el brazo sobre su hombro, quería leer á su vez, y las situaciones más vivas, las expresiones más animadas, las metáforas más elegantes, parecían perder su interés, y heladas desaparecían con su lectura lenta y tranquila. ¿Cómo podía expresar con fuerza, con pasión, sentimientos que aun no había experimentado, transportes que no había sentido aún? No es esto decir que el corazón de Julieta fuese insensible á las grandes emociones; muy lejos de eso; sino que hasta ahora no había conocido lo que era el amor; el volcán dormía bajo la nieve, su corazón no tenía deseos ni palpitaba sino por la amistad, el reconocimiento, la gratitud. ¡Oh! entonces, pero solamente entonces, su voz era apasionada, su frente se erguía, sus hermosos ojos negros se animaban, y en sus mejillas, ligeramente pálidas, aparecía la púrpura de esa ardiente sangre española que corría en sus venas.

Algunas veces Leonardo, cuando Julieta ponía el brazo sobre su hombro, continuaba su lectura y la prolongaba extraordinariamente; creyéndose feliz al sentir en su frente el aliento de la joven y

el tacto de sus cabellos; pero Julieta, á los primeros síntomas de sueño, á fin de hacerle comprender que ya era hora de recogerse, empezaba delante de él, y con toda la inocencia de su alma, sus preparativos para acostarse. Se ponía las papillotes, se descalzaba, y después, con unas enaguas cortas y el seno apenas oculto con una simple pañoleta, de pie y no sin dar algunas señales de impaciencia, la cándida joven esperaba á que acabase el capítulo y le diese el beso de la noche como le había dado el de la mañana. ¡Cuán lejos estaba el enamorado cochero de gozar aquella calma impasible y aquella tranquilidad indiferente!

Retirado á su cuarto y sin poder dormir, pasaba á veces horas enteras entregado á las angustias de la pasión. En vano trataba de vencer á su imaginación, de domarla; su pensamiento rebelde mordía el freno, rompía las bridas y encabritándose le arrastraba, á pesar suyo, á planes y proyectos desordenados.

Sucedió que una vez, á fin de desprenderse mejor de las malas ideas que le asaltaban, se levantó y empezó á pasear por el cuarto con los pies desnudos; después abrió la ventana para que el aire frío de la noche calmase la agitación febril de su cerebro. Con los ojos fijos en la puerta de Julieta, en aquella débil puerta que le separaba de ella, de ella á quien no protegía ni un cerrojo, se alejaba instintivamente, pero con gran esfuerzo, cuando la joven, que le había sentido andar y moverse en el cuarto, inquieta por lo que pudiera agitarle de aquella manera, abrió ella misma la puerta, única barrera que los separaba.

La situación era crítica.

Vestida apenas la joven, entró, y buscándole en la obscuridad le decía:

—¿Estáis indispuerto, amigo mío?

Él quiso huir de ella, pero Julieta le siguió.

—¿Qué tenéis? ¿por qué no me respondéis? ¿tenéis algún pesar? ¿soy la causa? ¿estáis enfadado conmigo?

—¡No, no! Julieta, no tengo nada; ¡véte!— contestó Leonardo con voz muy alterada.

Y Julieta no se atrevía á dejarle solo en semejante agitación.

Sus manos se encontraron; las de Leonardo estaban abrasando.

—¡Dios mío! ¡tenéis calentura!

—Tal vez; ¡pero véte!

—¡Oh! ¡no os dejaré en el estado en que estáis.

Y el heroico cochero la detuvo á la distancia de sus brazos temblorosos.

La inminencia del peligro había vuelto la razón á Leonardo; respetó á la que debía pronto ser su esposa, no queriendo que tuviese que sonrojarse al ver la corona blanca de virgen. El pobre hombre debía sufrir todas las abnegaciones, todos los sacrificios, y éste no fué el más penoso ni el último.

Desde aquel momento Leonardo comprendió que no podía seguir viviendo tan cerca de Julieta, expuesto al peligro de una tentación. Al día siguiente encontró otra habitación en la calle de la Sordiere, á corta distancia de la fábrica á la que Julieta iba á trabajar. Dos piezas, separadas por un pajar, debían por espacio de quince meses ofrecer á cada uno un alojamiento aislado. Por espacio de quince meses no serían más que vecinos;

pero al cabo de este tiempo..... ¡cáspita!... al cabo de este tiempo Julieta tendría diez y siete años.

Algunos meses pasaron, y el invierno con ellos; la primavera volvió, y esta vez Leonardo no la vió con sentimiento, porque no debían obligarle á separarse de Julieta. Pero con el nuevo arreglo el tiempo le parecía más largo á nuestro amigo; veíala menos á menudo, con menos franqueza. Ya no la conducía por la mañana á la fábrica; algunas veces, cuando volvía de noche para cenar con ella, la encontraba acostada, y la puerta no se abría entonces, viéndose obligado á cenar solo en su cuarto frío y desierto. No más conversaciones prolongadas, no más lecturas junto al fuego. La existencia común de ambos estaba interrumpida por un pajaro. ¡Qué! ¿sería menester esperar un año, un año eterno, antes de empezar aquella vida dulce y tranquila! La impaciencia se apoderaba de él; hubiera querido abreviar su martirio la mitad del tiempo, ganar seis meses; pero no sabía cómo hacer ni qué pretextar para solicitar un favor semejante.

Un día Julieta, al salir de su taller, y todavía muy conmovida, dijo á Leonardo:

—Un hombre me ha venido siguiendo..... ¡me ha seguido hasta casa!..... Y con el pecho inflamado, la mirada llena de indignación, con ese orgullo español que de tiempo en tiempo se mostraba en ella, añadió: «¡Se ha atrevido á hablarme!»

En cualquiera otra circunstancia, el primer movimiento del cochero hubiera sido informarse de las señas del individuo y bajar precipitadamente la escalera para castigar al insolente; pero ocupado con la idea que le dominaba, Leonardo sólo vió en

la galante ocurrencia de Julieta un medio feliz para conseguir sus fines y disponerla á abreviar su noviciado de amante.

—¿Qué hombre era ése?—le preguntó.

—No lo sé—contestó ella.—No le he mirado.

—En París, *mena*, las jóvenes están expuestas á esos encuentros. Las mujeres casadas son ya otra cosa..... Se las respeta..... por causa del marido. ¿Y qué te decía?

—¡Oh! no me atrevería, en verdad, á repetirlo.

—¿Cómo!..... ¿Palabrotas?.....

—Al contrario.

—¿Qué al contrario!

—Requiebros..... una porción de cosas acerca de mi cuerpo y mi cara.

—¡Si no es más que eso, no hay mal en ello! ¡Parece que lo entiende bien! El hecho es que eres..... muy linda. Ahora estás muy alta..... tienes el aire de una duquesa..... Escucha, ya no eres una niña..... Tienes la apariencia de una mujer; sí, de una mujer; es decir, de una muchacha casadera.... Y no sé—añadió, no sin cierta turbación—por qué hemos dejado para tan tarde la época de nuestro casamiento.

—¿Cómo, tan tarde!—dijo la joven con aire de admiración;—¿no es para dentro de un año? Un año pronto se pasa.

—Sí—contestó el pobre enamorado cogiéndola la mano y bajando la cabeza en señal de contrición.

—Un año se pasa pronto cuando se vive juntos, cuando no está uno separado por un maldito pajaro, cuando cena uno todas las noches en compañía, y puede uno dar al otro los buenos días y las buenas noches; pero, ya ves, *mena*, desde que vi-

vimos aquí, en este diablo de casa, el tiempo tarda en pasar y no te veo bastante; los días me parecen semanas, las semanas meses, y un año compuesto de cincuenta y dos meses es demasiado largo..... ¿eh?.....

—¡Vaya! ¿quién tiene la culpa que dejásemos nuestra antigua habitación de la calle del Cuadrante? ¡Teniais tanta prisa de salir de ella!

—¡Es verdad, pero allí te amaba demasiado!

—¿Y no me amáis aquí?

—¡Vamos! ¡me haces decir tonterías! Allí te amaba demasiado para vivir tan cerca de ti; y aquí te amo también demasiado para vivir tan separado por este condenado pajar que tiene una legua de largo.

—¡Si tiene seis pasos!

—Seis pasos en un pajar equivalen á seis kilómetros, legua y media; ya ves que aun anduve escaso.

—Verdaderamente, Leonardo, no os comprendo —dijo la joven sonriendo;— me habláis de años de cincuenta y dos meses y de pajares de legua y media de largo; decís que me amáis demasiado para permanecer junto á mí, y lo mismo para estar lejos.

—No hay ningún mal en que, no me comprendas; ya te explicaré todo esto más tarde..... dentro de seis meses..... cuando seas mi mujer.....

—Dentro de seis meses sólo tendré diez y seis años y medio; ¿no es menester esperar á que tenga diez y siete cumplidos? Vos mismo lo decidisteis.

—Pero ¿y si mudara de parecer?—contestó Leonardo bajando la cabeza y mirando furtivamente á la joven.

—¡Vaya!—exclamó ésta; y después de un momento de silencio añadió:—Todo os lo debo, Leonardo; os pertenezco y dispondréis de mí como gustéis.

Leonardo levantó la cabeza súbitamente con una expresión de felicidad: ¡seis meses ganados! ¡la mitad del tiempo de un purgatorio! De repente se detuvo en este primer movimiento, una idea desagradable pasó por su imaginación, su frente se oscureció.

—Julieta—dijo—mírame y respóndeme con franqueza, con el corazón en la mano. ¿Consientes solamente por obediencia, por sumisión, en lo que te acabo de decir? ¿te casas conmigo solamente á causa de lo que crees deberme? Porque nada me debes; lo que he hecho por tí lo he hecho por mí mismo, porque me ha agradao, porque he encontrado placer en ello.

—Pero, amigo mío, ¿por qué os atormentáis así?—dijo Julieta.—¿Habéis olvidado lo que juré á vuestra madre?

—No; pero yo te relevo de aquel juramento. Haz cuenta que nada has dicho, habla francamente. ¿Consientes en ser mi mujer de buena voluntad? Pesa bien tu respuesta, porque te amo mucho, Julieta, sólo Dios sabe hasta qué punto; pero encontraría valor para renunciar á este casamiento, si supiera que te habia de costar un solo suspiro. Al hablar así, el pobre Leonardo temblaba como un azogado y de su frente caían gruesas gotas de sudor frío.

Julieta le tendió la mano diciendo:

—Hoy os lo juro á vos, Leonardo; seré vuestra mujer..... dentro de seis meses..... más pronto si

queréis, y cumpliré este juramento con la mayor satisfacción.

Leonardo, sin contestar una palabra, estrechó á Julieta contra su corazón, y ésta se asustó al sentir sus latidos; después empezó á llorar y á reír á un tiempo, á saltar por el cuarto dando palmadas; después se arrodilló delante de ella y le besó los pies: tantas extravagancias hizo, que la joven creyó que se había vuelto loco.

Cuando se tranquilizó un poco, hablaron del porvenir é hicieron mil planes risueños. Leonardo quiso inmediatamente y sin pérdida de tiempo fijar el gran día.

—Dentro de seis meses—dijo Julieta;—¿no está así convenido?

—Estaba convenido al principio..... pero.....

—¿Pero qué?

—¿No has dicho que si yo quería.....?

Julieta bajó los ojos.

—Pues bien, ¡me parece que quiero!

De propia autoridad entonces redujo el tiempo de pruebas á un trimestre.

—Noventa días—exclamó—son bastantes. ¡Ya ves, noventa días mortales, de veinticuatro horas cada uno! ¡Es menester tener paciencia, porque no los hay más cortos! Además, *ñena*, escucha, es preciso ser razonable. Esto no es decir que tenga más prisa que la que marca la ordenanza; pero lo que es menester, es menester.

Entonces hizo valer una porción de consideraciones mayores, á la cabeza de las cuales marchaba como siempre el alquiler de la habitación. El término que había empezado era menester acabarlo; pero ciertamente no empezaría otro en una casa

semejante, con un corredor tan desagradable como aquel.

Julieta no quiso turbar su dicha y suscribió á todo.

Un día tan feliz no debía terminar como los demás; así, se decidió que irían al teatro de la Gaité á ver el *Campanero de San Pablo* en las galerías delanteras.

Durante la representación, Leonardo, á pesar del interés del drama, tuvo de tiempo en tiempo mil movimientos intempestivos de alegría. En las escenas más tiernas gesticulaba de una manera que molestaba á los que tenía inmediatos, haciendo crujir los dedos, tarareando en voz baja, riendo con estruendo, no con mala intención, sino porque era muy feliz, y la dicha que experimentaba le hacía cometer mil tonterías á pesar suyo.

Una parte de los espectadores se volvió hacía él murmurando en contra suya; él creyó en un principio que todas las miradas se dirigían á Julieta, y que era un murmullo de admiración á que daba lugar su hermosura, y en calidad de esposo futuro saludó dando gracias.

—Causas mucho efecto—le dijo al oído á la joven, á la que encontró con los ojos bajos y las mejillas encendidas, lo que le afirmó en su opinión.

—¿Si es á vos á quien miran!—le contestó Julieta con cierto tono de reconvención.

—¡A mí!.... ¡Pues bien!.... ¡como gusten!.... ¡Debo estar muy buen mozo; soy tan feliz!....

Es menester observar que nuestro amigo, aunque bastante al corriente de la literatura dramática contemporánea, como todos los cocheros de

su misma categoría; frecuentaba muy poco los teatros.

A la entrada de la orquesta, apoyado en el palco de proscenio, estaba un joven, que aun después que Leonardo cesó de reír y de hacer exclamaciones, no dejó de mirar con un catalejo hacia la parte de la galería ocupada por nuestro amigo y su linda pupila.

—Aquél me mira demasiado tiempo y con sobrada atención, dijo Leonardo; eso me incomoda, y además es poco político. Durante el entreacto iré á decirle una palabra.

—No hagáis tal cosa—le contestó Julieta.—Además, no es á vos á quien mira.

—¡Cómo que no es á mí?

—No, estoy cierta.

—Entonces, ¿á quién!

—A mí.

—¡A tí! ¡Ah! parece que positivamente no sé lo que me hago ni lo que digo. Cuando dirigen la vista por aquí, creo que es á tí, y cuando te echan el antejo creo que es á mí.... ¡Vaya! Pero en efecto es á tí á quien apuntan con el lente.... ¡Cáspita! ¡eso es aún peor! No esperaré al entreacto.

Leonardo hizo un movimiento para levantarse; pero como los murmullos contra él empezaron nuevamente, se vió obligado á sentarse.

El joven había desaparecido.

El resto de la representación pasó tranquilamente para nuestro amigo, que, con los ojos vueltos á la escena, pero pensando en otra cosa, volvió á su estado de alegría y bienestar; ocupado con su *vena*, con su próximo casamiento, no compren-

dió nada de la comedia y la encontró muy buena. De vuelta á su casa, su dicha se prolongó, y á pesar de la soledad en que se hallaba y de echar pestes contra el maldito corredor, Julieta no se apartó un solo momento de su lado, soñando con ella toda la noche.

Al día siguiente y otros varios, sus camaradas y sus parroquianos le vieron contentísimo, cantando, charlando, preguntando como antiguamente, en sus buenos tiempos, cuando entablaba el relato de la larga historia de sus amores y duelos durante la última guerra de España; en una palabra, como cuando tenía veinticinco años.

Una noche Julieta volvió muy conmovida, y después de vacilar un poco, le declaró que había sido nuevamente seguida por el desconocido.

—¡Oh!—exclamó Leonardo—esto tendrá mal desenlace. ¿Quién es ese hombre? ¿Algún viejo que se ejercita ahora en repetir los cumplimientos y requiebros que dirigía á las jóvenes del tiempo del imperio?

—Es joven—respondió Julieta.

—¡Ah! ¡tú lo has mirado esta vez! ¿y es joven, dices?

—Bien lo sabéis.

—¿Cómo?

—El de la orquesta.... hace ocho días....

—Te confundes, querida mía. Aquel se contentó con echarte el lente aquella noche; ¡bastante es! ¿pero es el que te había seguido por la mañana?

—¡ Es el mismo!

Leonardo se puso hecho una fiera.

—¡Ah! ¡por la mañana y por la noche! ¿es

joven! Escucha.... Yo no tengo mala intención, y bien sé lo que se concede á la juventud: pero no le doy más que un día de gracia. Si te incomoda otra vez, una sola, ¿oyes? dímelo; y me pongo en emboscada, y tan cierto como Dios es mi señor, si se atreve á dar dos pasos junto á tí, aunque sólo sea un minuto, le cojo y queda allí sin vida.

Julietta no volvió á hablar del asunto. Poco tiempo después Leonardo fué á ver á su novia á la fábrica.

Él no había tenido ocasión de admirar sus obras, sino algunos objetos insignificantes que hacía en casa los domingos; pero esta vez se trataba de su obra maestra, un reloj de sobremesa, de porcelana, del cual no sólo había hecho los adornos, sino había inventado las figuras que lo embellecían, y era un jabalí forzado por los perros á abandonar el lugar en que se ocultaba.

Cuando Leonardo llegó al taller, Julieta estaba triunfante, no sólo por haber sido elogiada por el dueño, sino por haberlo sido además por el comprador, que habiendo escogido el dibujo, había asistido á la ejecución.

Nuestro amigo entendía poco de estas cosas, pero no por eso dejó de retirarse contentísimo, persuadido que iba á ser esposo de una de las primeras artistas en porcelana. Había oído hablar de Mme. Jacotot, y se decía á sí mismo que antes de poco se pronunciaría el nombre de Mme. Leonardo en el mismo sentido que el de la primera.

—Vamos, ¿tu desconocido no te sigue ya?— preguntó una tarde á Julieta.

—No—contestó ésta;— ya no me sigue.

El confiado Leonardo no vió la contracción de

labios con que habían sido pronunciadas estas palabras.

Un mes había pasado; el siguiente estaba para concluir, y Leonardo contaba los días, las horas, los minutos, con impaciencia, deseando ver llegar el fin del trimestre. No tenía otro pensamiento; éste le bullía en la cabeza y le seguía en sus viajes por el interior de París, modificándose, en todas las calles, en todas las casas, en todas las tiendas.

Desde luego pensaba en la nueva casa que debía ocupar; quería que fuese alegre, agradable; que tuviera ventanas á alguna plaza, á fin de tener más aire, comprendiendo instintivamente que la claridad, el sol, hacen algo en favor del amor.

Si pasaba delante de algún joyero, de algún almacén de modas, sacaba la cabeza fuera del cabriolé para inventariar rápidamente todos los objetos, todas las riquezas que se ofrecían á sus ojos, pareciéndole que podría darlo todo á Julieta.

—Quiero, decía entre sí, que coma con cubiertos de plata; no más cobre, no más peltre. Tendremos dos de plata fina, ó á lo menos de plaqué, que es lo mismo. ¿No podré darle un chal.... de cachemira francesa por regalo de boda?.... Esto sienta muy bien á las mujeres que llevan sombrero; ¿y por qué no lo ha de llevar ella? No es una obrera, es una artista, una artista que pronto será célebre como Mme. Jacotot.

Al volver á su casa daba cuenta á su novia de todos sus hermosos planes, á los que cada día se sucedían nuevos proyectos más brillantes aún.

Julietta le escuchaba con una sonrisa pensativa; pero se callaba.

¿Qué probaban aquella sonrisa y aquel silencio? Por una parte el asentimiento de su cora zón enamorado; por el otro, el pudor propio de una joven. Esa era la interpretación que Leonardo les daba, y de antemano se embriagaba con su próxima dicha y se dormía entre sueños dorados.

El despertar debía ser terrible.

Una noche, solo en su cabriolé, pasaba por los boulevards pensando en la publicación de las amonestaciones, en su casamiento, del que ya había hablado á su amo y á sus camaradas, cuando una de las ruedas entró en una excavación del piso, y del cheque se rompió uno de los muelles del cabriolé.

Leonardo volvió como pudo al local del establecimiento, llevando su caballo por la brida y consolándose de esta desgracia con la esperanza de quedar libre más temprano y encontrar á Julieta despierta aún; pero como acababa de llegar un cabriolé cuyo cochero se había puesto enfermo, encargaron á Leonardo que reemplazara á éste, y no hizo más que cambiar de carruaje y de número.

Tal vez hubiera él también podido ausentarse bajo el pretexto de enfermedad, porque del golpe del carruaje se había lastimado una me illa, que estaba hinchada y llena de sangre. Pero severo para sí mismo y no queriendo dejar de cumplir sus deberes, se contentó con atarse un pañuelo por bajo de la barba, y sin decir palabra se dirigió á su puesto.

Caminaba, pues, ya entrada la noche, y empezaba á llover, cuando una voz le preguntó si estaba vacío el carruaje. Detúvose, abrió su cabriolé, y

una joven á quien un hombre ayudó á subir entró rápidamente y se acomodó en el rincón opuesto al que él ocupaba. El joven que la acompañaba subió á su vez y se sentó en medio.

—Al boulevard del Temple, y de prisa—le dijo éste.

Leonardo soltó la brida á su caballo y se entregó de nuevo á sus dulces ilusiones.

La pareja permaneció al principio silenciosa, pero poco después empezó á hablar en voz baja; y la atención del cochero, puesta en movimiento por aquel confuso murmullo, le hizo poner cuidado para oír lo que decían.

—¿Por qué no venís á la Gaité? ¡Qué niñería! ¿Qué teméis? Los que os vean no irán á decirselo. Vuestra sociedad no es la suya, así como su clase tampoco es la vuestra. Además he tomado un palco con celosías, donde nadie podrá veros.

El ruido de los carruajes que pasaban impidió á Leonardo oír la contestación de la joven, cuya voz era débil y turbada.

—Si por causa de la noche estuvisteis allí á su lado..... ¡enhorabuena!—continuó su compañero,—respeto vuestros escrúpulos; pero ¿por qué inquietaros acerca de la hora? Si entra antes que vos creerá que estáis acostada, dormida. ¿Queréis que vayamos á otro teatro?..... Vamos; no se trata de la pieza que den, pero es menester que podamos hablar á solas á nuestras anchas, y al fin tomar una resolución. Cochero..... parad en el Ambigú cómico.

Al volverse el joven para dirigirle estas palabras, Leonardo tuvo tiempo de examinarle rápidamente á la claridad de los reverberos, y le pareció

que sus facciones no le eran enteramente desconocidas, pero sin poder recordar dónde le había visto; sin embargo, un malestar instintivo oprimió su corazón, y acortó el trote de su caballo para oír mejor.

—No—contestó la joven;—jamás tendré valor para decirle que no le amo, que amo á otro.

Un sudor frío bañó la frente de Leonardo; su vista se turbó, sus manos se contrajeron; el caballo, mal dirigido, entró por el boulevard, y poco faltó para que diese con el cabriolé contra un árbol.

—Tened cuidado, cochero.

—Ya lo tengo—contestó Leonardo con una voz ahogada.

El pobre hombre había reconocido en la joven á Julieta, á su Julieta, á su pupila, á la que debía ser su mujer.

El cabriolé de otro, el cambio de número, la cara del cochero oculta bajo un pañuelo, habían dado á los jóvenes una fatal seguridad.

Por espacio de diez minutos más Leonardo tuvo valor para contenerse; durante diez minutos de tortura pudo convencerse plenamente de que el corazón de Julieta no le pertenecía ya; de que aquel casamiento, para impedir el cual la faltaban fuerzas y valor, le causaba horror. Su vida presente, pasada, su porvenir, todo estaba destruido; sus ilusiones de felicidad habían sido las de un insensato; las sonrisas de Julieta al escuchar los proyectos que desarrollaba en su presencia sólo habían sido sonrisas de lástima, tal vez de desprecio; falsedades, mentiras. ¡Ella amaba á otro!..... sin duda con un amor violento como el que Leonardo ex-

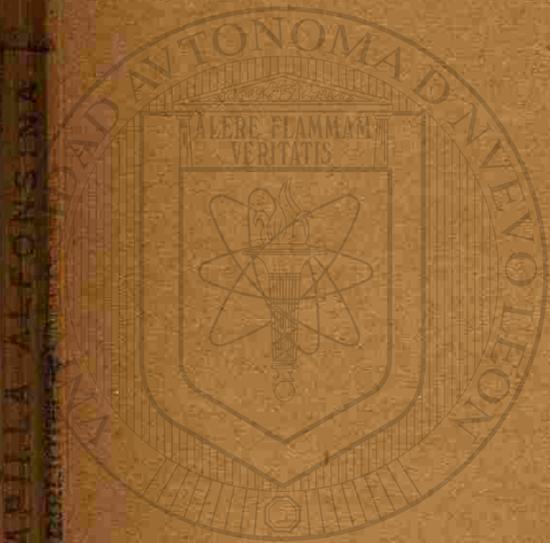
perimentaba por ella. Y Leonardo tocaba á aquel otro, estaba á su lado: aquel otro tenía en aquel momento pasado su brazo alrededor de la cintura de la joven, y su mano reposaba en la de ella mientras que le hablaba.....

Generalmente tan violento, Leonardo se sentía anonadado, abatido, aniquilado bajo el golpe que acababa de herirle, no teniendo ni aun fuerzas para vengarse; su imaginación estaba muerta, y maquinalmente, como si no hubiese sido más que un cochero que para ganar su salario conduce exactamente á las gentes al lugar que ellas le indican, se detuvo delante del teatro.

Peró cuando vió al joven sacar la bolsa con suma tranquilidad y prepararse á bajar para llevarse á Julieta consigo, ¡oh! entonces volvió á sentir un acceso de furor, se apoderó de él, y cogiéndole por el pescuezo gritó:

—¡Miserable! ¿crees que puedes pagarme bastante para que te entregue á mi hija, á mi mujer, para que te la traiga por tu orden hasta aquí! Ella me pertenece y la guardo.

Y con un brazo vigoroso precipitándole en tierra, Leonardo cerró de pronto el cabriolé y salió á escape con Julieta.



CAPILLA ALFONSO SINA

SÉPTIMO VIAJE.

DESPUÉS DE DESPERTAR.—UN PASEO Á BELLEVILLE.—EL ELÍSEO.—DESENLACE.

Al amanecer del día siguiente, Julieta estaba en su cama vestida, y su desordenada cabellera, la palidez de su rostro y sus párpados hinchados y encendidos manifestaban la noche que había pasado.

Leonardo, sentado en una silla al pie de la cama, pálido también y con los brazos cruzados, la contemplaba con los ojos fijos y enjutos durante el corto tiempo que la joven, cediendo á la fatiga, se había entregado á un letargo que interrumpía con sollozos.

Sin embargo, la tranquilidad parecía volver á sus facciones; una sonrisa asomaba á sus labios y hacía mover sus largas pestañas negras.

—¡Sueña con él!—exclamó Leonardo.—¡Ah! ¡si le cogiera! pero ella se ha negado.....

En aquel momento Julieta abrió los ojos, dirigió la vista á su alrededor, y en seguida los fijó un momento sobre su siniestro compañero. Entonces, cubriéndose la cara con las manos, cayó

sobre su almohada, y sus sollozos y las lágrimas que se desprendían por entre sus dedos indicaban que había recobrado la memoria.

Leonardo se volvió lentamente; pero nada en sus facciones, en sus movimientos, manifestaba la menor emoción de lástima, y por su palidez y la espantosa fijeza de sus ojos se le hubiese creído atacado súbitamente de una completa insensibilidad.

—Ahora ¿quieres decirme su nombre? — preguntó á la joven.

Esta cerró los ojos y creyó haber contestado negativamente.

—Te obstinas en callarlo, Julieta, pero yo lo sabré.

—¿A qué queréis saber su nombre, si ya lo sabéis todo?

—¡Mientes! — replicó Leonardo volviéndose hacia ella. — ¡Yo no lo sé todo, pero quiero saberlo!

Y levantando la mano que Julieta tenía fuera de la cama, enlazando sus dedos en los suyos con una especie de frenesi, y apoyando el codo en la cama, añadió con una alegría feroz:

—Sí..... eso es..... cuéntame tus amores; eso me divertirá.

Julieta se estremeció, y dirigiéndole una mirada llena de ternura, le dijo:

—¡Dios mío! Leonardo, ¡cuánto debéis sufrir!

—¿Por qué?

—¡Porque os habéis vuelto cruel!

—Y tú, á lo que parece, no eres cruel..... Haces uso de una bonita palabra. Ya ves que estoy alegre..... Vamos, vamos, cuéntame eso..... vamos á reirnos.

—Pues bien, sí, Leonardo, voy á deciroslo todo, á fin de que no podáis creer que he amado á ese joven sólo por haberle encontrado en la calle, lo cual sería atroz. Ya veréis que no he tenido yo la culpa.

—La habré tenido yo, ¿es verdad?

—Tal vez, dijo Julieta levantando la cabeza. La primera vez que me signió os lo dije; os acordaréis..... Yo estaba turbada, y aquel día sólo os burlasteis de mi susto y de su audacia. En consecuencia, ¿no estaba yo en mi derecho de creer que su acción no tenía nada de malo y que no había causa para alarmarse?

Todos los días repitió lo mismo, y nada os dije por temor de que me creyeseis una niña pusilánime. Sin embargo, causada de su obstinación, os previne de nuevo, y esta vez no os burlasteis, pero os pusisteis furioso de cólera. Esta vez queríais poner os en emboscada para atacarle, matarle tal vez.

—¡Oh! ¡qué bien hubiera hecho!

—Debí callar, pues, porque denunciarle nuevamente era precipitaros á cometer una mala acción, atraer sobre vos una desgracia, ¡y os quería tanto!

—¡Me quería tanto!..... se atreve..... vamos, vamos, ya veo que también estás alegre; así me gusta; continúa.

Julieta perdió de repente la animación que la había sostenido en su relato; retiró bruscamente la mano que Leonardo tenía aún entre las suyas, y pareció como que buscaba en vano en su imaginación el medio de anudar el hilo de sus ideas, roto por las feroces interrupciones del cochero.

—¡Ah! sí..... eso es..... continuó; un día en la

fábrica.....—Y deteniéndose de repente exclamó—
No, no debo acabar.... no puedo.

Un largo silencio siguió entre los dos personajes de esta escena.

Lo que Julieta se negaba á decir, era que el desconocido había encontrado medio de introducirse en la fábrica bajo el doble título de pintor y comprador; que él fué el que había mandado hacer aquel reloj de porcelana, cuya ejecución había dirigido tan bien y por tanto tiempo. Tranquila al ver su aire respetuoso y reservado, lisonjeada por él como mujer y como artista, debiéndole lo que tanto deseaba hacía tiempo, ensayarse en una obra de importancia, pronto sintió cambiarse los sentimientos de reconocimiento que experimentaba por su nuevo bienhechor, en otros más poderosos y más tiernos, porque al fin él era joven y buen mozo.

Hacer esta confianza á Leonardo, ¿no hubiera sido ponerlo voluntariamente en estado de averiguar quién era el que tantos motivos tenía para aborrecer? Para combatir aquella hidra de amor que nacía en su pecho, Julieta había apelado de su corazón á su razón; había opuesto el recuerdo de Leonardo al del de su nuevo amante; pero la comparación que forzosamente resultaba entre la edad, el lenguaje, los hábitos de ambos, no era siempre en favor del primero. He aquí otra cosa que tampoco podía decir á Leonardo.

En consecuencia, se callaba, y con la cabeza echada atrás, el rostro medio cubierto con su brazo, lloraba de nuevo, á la vez por su amigo, por su amante y por sí misma, porque se creía muy culpable y era muy desgraciada.

Por su parte Leonardo sintió redoblar sus angustias, ya tan violentas. Dando una falsa interpretación á las últimas palabras de Julieta, había buscado y encontrado en ellas la completa confesión de su deshonor. ¡Ella no debe acabar! ¡no puede!

—Sí, lo comprendo. Así—añadió—esta vida que la he consagrado, ese amor que me era debido, todo lo que con transportes de admiración he visto desarrollarse en ella, todo lo que yo había respetado, todo me ha sido sorprendido, robado! ¡todo ha sido presa de ese otro!

—Por última vez—dijo levantándose;—¿quieres decirme su nombre?

Julieta no contestó.

—Porque debes conocer dónde vive. ¿Sin duda habrás estado en su casa?

—¡Oh Leonardo! exclamó la joven humillada.

—¿Por qué, si vas al teatro sola con él?

—Era la primera vez.

—¡No hay ninguna mujer perdida que no emplee esta excusa!—dijo él con los dientes apretados y los puños cerrados.—¡Siempre es la primera vez!.... ¡Te digo que quiero conocerle!

El mismo silencio y la misma inmovilidad de parte de Julieta.

—¡Pero ya pienso en ello!—continuó el cochero;—él no puede tardar en dejarse ver aquí ó hacia la fábrica.... ya conozco sus facciones.

É hizo un movimiento hacia la puerta, y deteniéndose bruscamente añadió:

—¡Qué tonto soy! si le encuentro y no le mato como un perro, puede volver y me meterán en

la cárcel; si me bato con él y me deja en el sitio, entonces.....

Leonardo no acabó la frase, pero miró á Julieta con la misma mirada fija y terrible, y una voz inexorable se levantó dentro de su pecho, que le gritaba:

—¡Ella es la que debe morir!

—Vamos, levántate—la dijo;—vamos á salir; se ahoga uno aquí.

—¿A dónde queréis ir?—preguntó Julieta.

—¡A pasear! Me parece que ni tú ni yo estamos con humor de trabajar hoy. ¿Acaso no puedes ya acompañarme?

Julieta saltó de la cama, se peinó, compuso su vestido, y luego, como por efecto de una reflexión súbita, tomó la jaula que ocupaba una codorniz que había criado, y la abrió la ventana, colocó al pájaro delante de ella, y por un movimiento que Leonardo no observó dejó la jaula sin cerrar.

La mañana había estado triste y sombría; pero en aquel momento el sol brillaba entre las nubes que lo habían oscurecido. A la frescura del aire, á la vista de los rayos del sol que penetraban en el aposento, el pájaro se puso á cantar, sin pensar en escaparse. Al oír aquellos sonidos tan puros y armoniosos, al ver aquel sol que parecía vivificar al mundo, Julieta lanzó un suspiro ahogado, y una lágrima humedeció sus párpados secos é inflamados.

—Ya estoy dispuesta—dijo entonces, volviéndose hacia Leonardo, que durante todas estas disposiciones había dado algunas señales de impaciencia.

Después, cuando él recorrió los cerrojos de las

puertas, porque durante toda la noche había estado encerrado con ella, exclamó:

—¡Oh! ¡perdonadme!..... Un momento..... un solo momento..... olvidaba mis oraciones..... mis oraciones de por la mañana.

—Dilas—contestó Leonardo;—sí, ruega á Dios..... por tí y por mí.

El que hubiera podido penetrar sin ser visto en aquella boardilla, iluminada por una claridad tan dulce y tan pura, al contemplar aquella linda joven graciosamente arrodillada delante de su cama, al oír el murmullo de la oración que se unía al canto del pájaro, al leer en la mirada llena de ternura que Leonardo le dirigía á escondidas, hubiera podido creer que asistía á una escena sencilla y que tenía á su vista el cuadro de la felicidad. ¿No contenía acaso aquella humilde habitación los solos bienes reales de este mundo, los solos que no pueden comprarse, los solos que vienen de Dios y que vuelven á él; la armonía, un rayo de luz, la belleza, la fe, la juventud, el amor? Pues bien, si hubiese profundizado el corazón de aquellas dos personas al parecer tan felices, hubiera visto luchar ensangrentado dentro de ellos un pensamiento de muerte.

Salieron de la boardilla y Leonardo ofreció el brazo á Julieta. Al volver la calle de la Sourdiere, se dirigió Leonardo á un coche que estaba en la plaza del mercado de Saint-Honoré.

—¡Vaya! ¡eres tú!—dijo al reconocerle el cochero que había sido antes compañero suyo;—¿ya no estás en casa del inglés?

—¡Ojalá lo hubiese seguido al fin del mundo!—pensó Leonardo.

Y el cochero, apercibiendo entonces del brazo de su antiguo camarada á una linda joven, le guiñó, hizo un gesto de inteligencia, y acercándose al cochero le dijo al oído:

—¡Caramba! ¡es de lo mejor!

Leonardo rechazó duramente al cochero.

—Comprendido—contestó el otro recobrando su equilibrio.—¡Silencio! ¿á dónde vamos?

—A la barrera de Belleville.

—¡Bien! ¡conforme!..... el día está bueno, y hacéis bien en aprovecharlo. Ya no hay lilas ni flores, pero aun quedan las hojas.

—¡Despachemos!—dijo Leonardo con tono amenazador.

—¡Ah! ¡ah!—dijo el cochero entre dientes;—siempre tan amable el antiguo *Guapo mozo*.—Y cerrando la portezuela tras la pareja que veía iba á divertirse, añadió: «Sed felices, hijos míos.»

—¿Vamos á Belleville?—preguntó Julieta.

—¿Por qué no?—contestó Leonardo.

Después ambos permanecieron silenciosos hasta llegar á la barrera.

Allí encontraron otro conocido, Jolivet, su antiguo amigo Jolivet.

—¡Vamos!—le dijo éste;—¡creía que estabas malo por el golpe de ayer! Veo que estás bueno..... tanto mejor.

Y después de saludar á Julieta con un aire muy respetuoso y grave, añadió en su dialecto de cochero:

—¿Es ella? Te felicito. ¿Cuándo es el casamiento?

—Pronto—contestó Leonardo.

—Entonces, pronto nos veremos, señorita; porque yo me cuento como convidado á la boda. Leo-

nardo me ha dicho algo acerca de ella. No os pongáis colorada por eso. Tendréis un buen marido que os ame tiernamente; estad segura.

—Adiós—interrumpió bruscamente Leonardo, y quiso apresurar el paso. Pero Julieta apenas podía sostenerse, á causa de la impresión que le habían hecho las palabras de Jolivet.

Este volvió á encontrarlos, y sacando la cabeza fuera del cabriolé, les dijo:

—No os aventuréis á ir muy lejos; el tiempo se ha descompuesto. ¿Queréis que os lleve á París?

Julieta miró á Leonardo, que continuó andando sin contestar.

La predicción de Jolivet no tardó en realizarse. El sol, poco antes vencedor de las nubes, había á su vez sucumbido; el día se oscurecía y el aire era sofocante.

Apenas habían llegado nuestros taciturnos viajeros á la extremidad de la calle principal de Belleville, cuando las grandes gotas de agua que empezaron á caer anunciaron la tempestad. Volvieron hacia la derecha y tomaron por el parque de Saint-Fargeau, el cual, casi desnudo de árboles y de habitaciones, podía escaseamente ofrecerles un abrigo.

—¿Tendremos que andar mucho tiempo todavía—preguntó Julieta.

—No—contestó su compañero.

—¡Es que estoy muy cansada!

El cochero neortó el paso, pero sin interrumpirla.

Al pasar por el cementerio situado en el parque, Leonardo experimentó una conmoción parecida á la que produce la electricidad, y Julieta hizo la señal de la cruz.

En fin, en la extremidad de aquel terreno arenoso, antigua propiedad de los Condes de Saint-Fargeau, llegaron á unos bosques que hay á la derecha, antes que los de Piomanville, que se unen por el otro lado á las llanuras del Charonne.

Esta parte, aislada, rodeada de vallados y de fosos, ha sido siempre poco frecuentada por los habitantes de París. En aquel momento la lluvia, que caía á torrentes, la hacía más desierta que nunca. A este terreno se le daba el nombre del Eliseo.

Era de suponer que habría en la vida de Leonardo un día en que la energía natural de su carácter, unida á la violencia de su pasión, haría de él un hombre feroz. Sin compasión por el cansancio de Julieta, por su edad, que llevaba consigo la excusa de su falta, á pesar de la lluvia que, como hemos dicho, caía á torrentes, la obligó á saltar con él los fosos y á penetrar en aquel Eliseo á través de los portillos de los vallados.

Después la hizo volver á tomar su brazo, y siempre en silencio, continuaron ambos su camino por senderos húmedos y resbaladizos, oyendo por encima de sus cabezas el ruido de los árboles, que lejos de resguardarlos de la lluvia, vertían sobre ellos el agua que habían recogido.

De vez en cuando Leonardo miraba alrededor diciendo:

—No lo veo, ¿lo habrán cortado? ¿el viento lo habrá arrancado tal vez? ¡Al cabo de ocho años, bien puede uno hallarse desorientado!

Después, lanzando una exclamación, se dirigió hácia un árbol separado de los demás, plantado sobre un montecillo, y en cuya corteza se leía un nombre profundamente grabado.

Detúvose y dijo: «aquí es.»

Julieta pareció respirar y se sentó al pie del árbol, exhausta de cansancio, entumecida, casi inerte. Sus vestidos chorreaban agua, sus cabellos, pegados á las sienes, le daban un aspecto enfermizo y macilento que hacía resaltar aun más sus grandes ojos negros animados con una brillantez febril.

Su corazón hubiera debido palpar con una violenta emoción de terror; pero su pensamiento durante este largo viaje se había gastado de tal manera pensando en Leonardo, en el otro, en ella misma, que ahora vagaba á la ventura, y en la terrible situación en que se encontraba en aquel momento, la pobre muchacha se acordaba especialmente de su pájaro, entonces sin abrigo, y al que la tempestad mataría tal vez.

—¿Sabes, Julieta—le dijo Leonardo—para qué te he traído á este sitio?

—Sí—contestó ella;—para matarme.

Leonardo dió dos pasos atrás.

—¿Lo sabías?...

—¡Me habéis amado demasiado, Leonardo, para perdonarme!

—¿Lo sabías—repitió él—y sin embargo has venido?

—Os he seguido..... ¿Qué me importa?..... ¡Soy tan desgraciada!..... ¿Qué me une á la vida?

La contempló por un momento en la actitud en que estaba, sentada al pie del árbol, con los codos sobre las rodillas y las manos en la cabeza, tiritando de frío y de fiebre. Al verla tan resignada, tan humillada, tan abatida, un rayo de compasión penetró en su alma, pero se extinguió al recuerdo del otro.

—Escucha—continuó—tú misma has comprendido que después de lo que ha pasado no puedo dejarte vivir; eso sería consentir en tu vergüenza y en mi deshonor, porque ese hombre no se casará contigo. Sin duda es rico, orgulloso, vanidoso: ¿crees, por ventura, que tomará por mujer á la pupila de un cochero? No, no, ¡tú no lo crees! ¿Te ha hablado de casamiento?

Julieta hizo un signo negativo.

—¡Ya lo ves! Si te hubiera hablado, hubiera mentido. Esas gentes nos roban nuestras hijas, nuestras novias, para que sean sus queridas. ¿Qué sería ahora de tí? Ya no puedes permanecer conmigo; ¡irás, pues, á vivir con él en la infamia, en el lodo! hasta que algún día, como tu pobre madre, con un niño en los brazos, tomes el camino del río. ¡No, mejor es acabar de una vez! Pero, Julieta, también he tenido otro motivo para traerte aquí; porque en cualquiera otra parte podría....

El cochero se limpió las gotas de sudor que caían de su frente mezcladas con la lluvia, y añadió:

—Mira ese árbol.

Julieta volvió lentamente la cabeza y leyó su nombre grabado en la corteza.

—¡Ese es mi epitafio—dijo cerrando los ojos.

—¡Es el lema de mi antigua felicidad—exclamó Leonardo.— Un día.... hace mucho tiempo de esto.... eras pequeñita.... vinimos aquí con mi pobre madre, y yo, que sólo pensaba en tí, grabé tu nombre con la punta de este cuchillo.

Mientras hablaba, había sacado del bolsillo un cuchillo muy largo, y lo había abierto.

Al ruido que hizo el muelle, Julieta se estremeció.

—No sé por qué—prosiguió—he querido volver á ver hoy este árbol, este nombre.

La voz de Leonardo era más fuerte, más conmovida.

—¡Me parecía que aquí tendría más valor!.... Sí, más valor.... más motivos para aborrecerte.... al considerar el tiempo que hace que te amo.... al pensar en que este amor, esta abnegación con que te he rodeado durante toda tu vida, lo has sacrificado en un día, en un instante, no á un hombre, sino á un catalejo, á una barba puntiaguda, á un par de guantes amarillos! ¡Oh! ¡no! ¡no! ¡no es un hombre el que desde ayer noche no se ha atrevido á venir á disputarme tu posesión, á arrancarte de mis garras! ¡Ha creído el miserable, el cobarde, que instintivamente volverías á buscarle! Pero no volverás, no te verá más. Has dicho bien, Julieta, ése es tu epitafio, porque vas á morir.... Sí, lo juro, y jamás he faltado á un juramento.

Leonardo estaba en este punto de su relación cuando llegamos al Palacio de Justicia.

—Para concluir en dos palabras—me dijo.

—No—repliqué yo interrumpiéndole;—no puedo dejarte ir; quiero saberlo todo.

Y sacando el reloj, añadí:

—Aun tenemos tiempo; necesito hacer una visita en la calle nueva de Saint-Paul, en el barrio del Arsenal....

Leonardo puso su caballo al trote, y prosiguió diciendo:

—Tenía, pues, el cuchillo en la mano, blandiéndolo, y continuaba apostrofando á Julieta

para excitar más mi cólera; la había cogido por el brazo, é iba á herirla, cuando oí no lejos de nosotros ruido de pasos. Era un individuo que sin duda había buscado un abrigo entre los árboles durante la tempestad, y que habiendo cesado la lluvia, volvía á emprender su camino. Como se dirigía hacia nosotros, oculté mi navaja, y Julieta levantó la cabeza, y aunque podía escapármeme llamando en su ayuda al desconocido, no hizo el menor movimiento. Este pasó casi sin mirarnos, y después.... no sé.... pero no es fácil volver á empezar una tarea semejante.... no me atrevía á mirar á Julieta.... estaba temblando. Para excitarme de nuevo principié á pensar en el *otro*, á decirme que él era quien debía morir. Esto tuvo bastante buen resultado; pero cuando tenía el brazo levantado, Julieta exclamó: «¡En nombre de vuestra madre! ¡todavía no, todavía no!» En sus palabras conocí que no pensaba en el *otro*, y sin saber lo que decía, añadí: Qué es eso, ¿te falta valor á tu vez?

—No—contestó ella.—Sé que he merecido la muerte y no quiero sustraerme á ella. Os he hecho traición, os he engañado á vos, mi padre, mi amigo, mi bienhechor; pero en nombre de toda esa ternura que habéis tenido por mí, os pido un día de gracia, un solo día; mañana estaré dispuesta, como lo estaba antes.

—En la situación en que me encontraba entonces, este arreglo me convenía. Volvimos á casa, y bien podéis figuraros qué día pasaríamos. A la noche me retiré para que pudiera dormir á su voluntad, cerrando su puerta y dejando la mía abierta. A la una de la mañana apercibí un rayo de luz

por el hueco de la llave de su puerta; me acerqué de puntillas, y mirando por el ojo de la llave ví que estaba escribiendo.

—¡Bien!—dije;—le está escribiendo; la carta tendrá su nombre; no digamos nada. Volví á mi cuarto, y á pesar mío el sueño me venció. Ya era de día cuando me desperté, y bien conoceréis que no tendría las mismas ideas que la víspera; era menester tener el corazón muy seco y negro para vivir en su compañía veinticuatro horas con las mismas ideas. Pero mi odio era el mismo hacia el *otro*. Cuando entré en el cuarto de Julieta, la encontré levantada y esperándome.

—Antes de todo—le dije—quiero saber á quién has escrito anoche.

La pobre muchacha empezó á temblar, lo que no le había sucedido en el Eliseo.

—Dejadme mi secreto—contestó;—consiento en seguiros donde queráis, en morir donde gustéis.

—Entretanto mi furor me cegaba, echaba espuma por la boca y rechinaba los dientes. A fin de encontrar la carta, eché por tierra todos los muebles, sus vestidos, hasta sus dibujos, y no hallándola, me imaginé que la tenía en el bolsillo y me dirigí hacia ella. Asustada al verme, se refugió en un rincón, y cogiéndola brutalmente por los brazos, se los sujeté con una mano por la espalda, mientras que con la otra la registré y encontré un papel con estas palabras: «No acúséis á nadie; yo me he suicidado.» Mirad, señor, cuál es la mujer que he perdido.

Permaneció un momento pensativo, y añadió:

—Cuando ella vió su intención descubierta, ya no temió hacerme conocer lo demás, y me entregó

aquella carta que con tanto afán había pedido; aquella carta estaba dirigida á mí.

—No la leáis ahora—me dijo con su voz angelical;—es menester que la encuentren aquí intacta. Para impedir que sospechen nada, me despido de vos y os doy parte de mi resolución de terminar mi vida.

—¿Comprendéis, caballero?

—He aquí la razón—continuó Julieta—porque no quise morir ayer; ayer se reunían una porción de circunstancias en contra vuestra: el cochero que os conocía, el encuentro de Jolivet, aquel hombre que pasó por junto á nosotros en el bosque. Afortunadamente he pensado en todo esto, y hoy tomaremos mejor nuestras precauciones. Ahora, amigo mío, estoy pronta á seguirlos.

—Mientras que me hablaba así, había yo permanecido con la boca abierta como un gamo que mira llover. Ella conoció lo que pasaba dentro de mí, y así no temió cogerme la mano y besármela, lo que me hizo derramar lágrimas como á un chico. Esto me alivió y estaba sollozando cuando la puerta se abrió y entró un muchacho de corta edad, con librea. Era el lacayo del del cafalejo; pero aunque hubiera sido él en persona, creo que no le hubiera hecho nada. El lacayuelo había estado en la fábrica de porcelana, donde no había encontrado á Julieta, y estúpidamente venía á dar el recado de su amo. Empezó por anunciar á Julieta que éste había estado malo de resultas de una caída; bien lo creo, yo le había ayudado.

No le dejé concluir; ¿cómo se llama tu amo? le pregunté con voz terrible.

—Alfredo Delporte.

—¡Delporte! ¿Es acaso de la familia de Mr. Durin-Delporte?

—Es su hijo.

—¡Dios del cielo! ¿dónde vive?

—¿El padre?

—No, imbécil; el hijo.

—Malecón de Malaguais, núm. 15.

—¿Qué podré añadir, caballero? Vi al joven, vi al padre; recordé á éste que en otro tiempo le había salvado el honor trayéndole treinta y cinco billetes de á mil francos, cuya historia conocéis; conté francamente al primero todo lo que Julieta había sufrido por no exponerlo á mi furor. El joven había heredado á un tío avariento; era rico y no tenía intenciones de casarse muy pronto. Sin embargo, fué el primero que se decidió, y al fin y al postre, después de mil inconvenientes, de amenazas y de caricias, repitiendo al hijo que por poco mato á Julieta por su causa, y al padre que mataría á su hijo si Julieta no llegaba á ser su nuera, conseguí, no sin trabajo, ver la realización de este casamiento.... ¿que será causa de mi desesperación eterna!

Concluida su relación, Leonardo se recostó en su rincón y volvió á tomar su aire taciturno y melancólico. Sin embargo, cuando volvimos al Palacio de Justicia me dijo estas palabras:

—Mi amo, si tenéis hoy que decidir acerca de la suerte de algún pobre diablo que haya cometido un crimen por un exceso de amor, acordaos de Leonardo y sed indulgente.

FIN.

